

A woman with long brown hair, wearing a long-sleeved, off-the-shoulder blue gown with a feathered neckline, stands in a field of autumn foliage. The background is a soft-focus landscape of orange and red trees. The woman is looking over her shoulder towards the camera.

No tendrás MI CORAZÓN

LAS WHARTON 3

JANA WESTWOOD

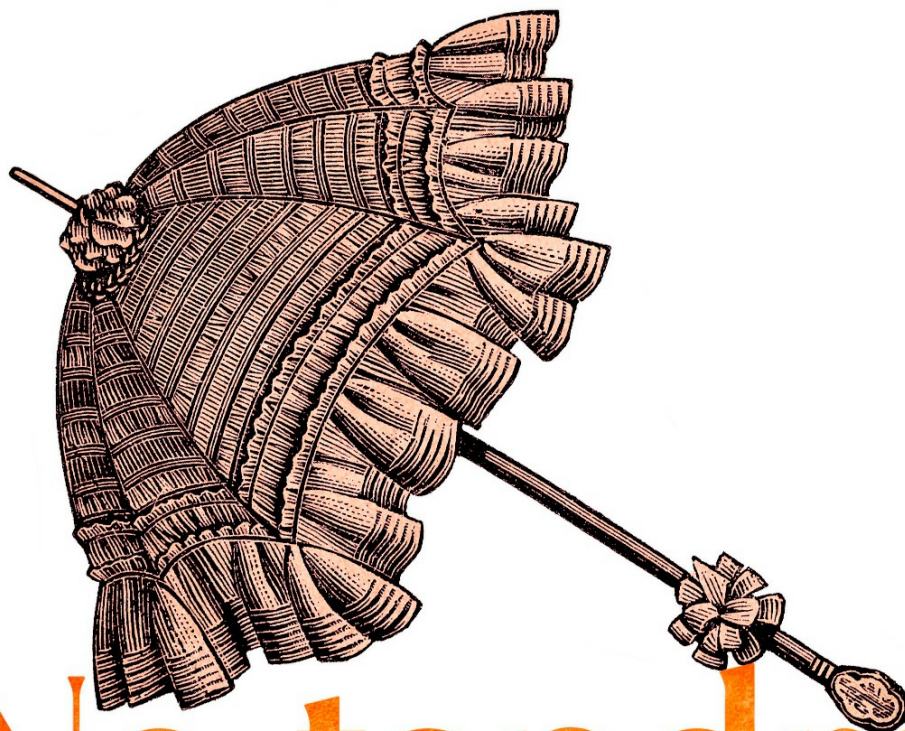
Caroline sabía que necesitaba tiempo para recuperarse del golpe que le supuso la traición de Nathan y Edwina. Pero cuando le dijeron que necesitaría tiempo para ello no se imaginaba que iba a ser arrinconada como una silla rota que ya no sirve para nada. Porque ella no tenía nada roto. Bueno, sí, el corazón, pero eso no afectaría en nada a su capacidad para sonreír, fingir interés o danzar cuando un caballero tuviese a bien proponérselo. El problema es que no se lo proponía ninguno.

Caroline tiene claro que no va a dejar que la conviertan en una solterona, pero tampoco quiere ser una víctima y por eso no permite que la compadezcan. Se lo va a poner muy difícil a todos aquellos que la quieren, incluso a alguno que se ha visto obligado a ayudarla.

Jana Westwood

No tendrás mi corazón

Las Wharton - 3



No tendrás MI CORAZÓN

JANA WESTWOOD

LAS WHARTON III

Prólogo

1781 a 1799, Berksham, Inglaterra

Thomas Crawford era dueño de una mina de la que se extraía cobre, estaño y arsénico. Además poseía una gran extensión de tierra lo que le proporcionaba unos buenos ingresos anuales. Era un hombre culto, educado y sin ínfulas, que tenía a bien relacionarse tanto con sus arrendados y sus trabajadores como con la alta burguesía sabiendo cómo comportarse en ambos mundos con gran soltura. Su mujer decía que tenía un don para ello.

Frances Beauford era hija de un *baronet* y había sido educada entre algodones. Siempre protegida, jamás tuvo que enfrentarse a dificultad alguna, quizá por eso forjó un carácter tranquilo y sereno poco dado a las extravagancias. Cuando su padre decidió casarla con Thomas Crawford ella no puso ningún impedimento. Tan solo se habían visto una vez, pero era un hombre tan sumamente guapo que creyó que no le sería difícil enamorarse de él. La novia aportó una gran dote al matrimonio y la pareja fue modestamente feliz hasta que llegó su primer y único hijo, James.

El niño colmó todas las expectativas de sus padres que viéndolo crecer vivieron una época dorada que los unió más de lo que habían creído posible. La delicada educación de Frances no fue óbice para que dedicara la mayor parte de su tiempo a disfrutar de la criatura y solo dejaba que se ocupara de él una niñera cuando no había otro remedio. Como todas las madres creía que únicamente su hijo caminó tan pronto y que solo él pudo llamarla mamá a tan corta edad. De nada servía que hubiese quién tratase de sacarla de su error, como su prima tercera Rachel, que solo por tener tres hijos parecía creer que tenía más autoridad sobre la materia que ella.

Cuando James cumplió los seis años estuvo claro que sería hijo único y que todo el peso del afecto de sus padres iba a recaer sobre sus hombros, pero el niño parecía sorprendentemente fuerte y con una serenidad pasmosa respondía a sus anhelos de manera natural. Así aprendió pronto y rápido todo aquello que sus padres querían que supiese, fue obediente y gracioso en justa medida para que nunca se sintieran avergonzados de él delante de sus invitados, pero sí recibieran los halagos que todo padre espera de sus amigos y conocidos.

Al cumplir los ocho años sucedieron dos cosas importantes en la vida de James: Decidió que quería ser soldado y conoció a Matthew Savage.

Matthew era el hijo pequeño de lord Savage y se convirtió en la pesadilla de James. Por algún extraño motivo que el niño no alcanzaba a comprender, Matthew la tomó con él desde el mismo instante en que lo tuvo delante. Siempre encontraba algo malvado que hacerle y todos sus

juegos terminaban con James herido, James rebozado en barro o James huyendo. Savage tenía tres años más que él y resultaba muy difícil para el delgaducho y espigado niño ponerlo en su sitio. Si no hubiese sido por Robert, el hijo mayor de la prima Rachel y su mejor amigo, Matthew habría convertido su vida en un infierno.

James era un niño concienzudo y persistente por lo que cuando decidía algo todos sus esfuerzos y energías se encaminaban a lograr su propósito. Así que, si quería ser miembro del ejército de su majestad, debía empezar a prepararse. Su padre no estaba de acuerdo en que ese fuese el destino de su hijo, quería que se ocupase de la mina y aprendiese el negocio cuanto antes para poder seguir su legado cuando él ya no estuviese. A pesar de ello el muchacho empleaba cada minuto libre en montar a caballo y leer las hazañas de los grandes generales que habían realizado gestas heroicas, alimentando con ello su ansia.

—¿Por qué quieres ser general? — preguntó June mientras trataba de dar caza a una rana demasiado escurridiza.

—Porque es el único modo que conozco para convertirme en un héroe — respondió James.

—¿Y para qué quieres ser un héroe? — La niña metió las botas en el agua y maldijo entre dientes consciente de la regañina que le iba a caer cuando su madre la viese.

—Quiero dejar mi huella en el mundo — afirmó el niño con solemnidad.

June soltó el palo y colocó sus manos en la cintura mirando a su amigo con la cabeza ligeramente ladeada.

—Para eso tendrás que marcharte de Berksham. ¿Y qué haré yo entonces?

El niño se encogió de hombros.

—¿Y a mí qué me cuentas? Ya te he dicho muchas veces que no voy a casarme contigo, eres demasiado guapa para ser la esposa de un general.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Has visto a alguna, acaso?

El niño asintió muy serio.

—A varias y te aseguro que eran mucho más feas y viejas que tú. ¿Qué general querría ir a la guerra teniendo una esposa guapa y joven?

—Entonces no seas general. ¿Cómo son las esposas de los capitanes?

James negó con la cabeza.

—Lo siento, pero tendrás que casarte con otro.

El niño se dio la vuelta para alejarse de allí y la niña corrió tras él salpicándose el vestido con el agua que se había colado dentro de sus botas.

—No vayas por ahí —pidió cogiéndolo de la manga de su camisa —. Nos encontraremos con el estúpido de Matthew y te dará una paliza.

James la miró con el ceño fruncido.

—¿Crees que le tengo miedo?

—Deberías tenérselo, es el demonio y te aseguro que no se habrá olvidado de lo que le hiciste a sus zapatos nuevos.

James sonrió divertido al recordar la travesura.

—No tiene por qué saber que fui yo.

—Siempre cree que has sido tú. ¿Dónde está Robert? — preguntó con las manos en la cintura —. ¿Por qué no ha venido esta mañana?

—Hemos quedado en la cueva de los contrabandistas.

—Pues vayamos entonces, pero mejor por este camino — dijo al tiempo que tiraba de él.

* * *

Al cumplir los quince años sucedieron dos cosas importantes en la vida de James: su padre le compró un puesto de alférez y June perdió el oído derecho.

—Hijo mío —sollozaba su madre abrazándolo —. ¿Qué voy a hacer sin poder verte durante tanto tiempo?

—Madre, no llore —dijo el muchacho —, quiero que esté orgullosa de mí, voy a ser un hombre de provecho.

—Yo estoy orgullosa de ti desde que naciste — dijo Frances limpiándose las lágrimas.

—Vamos, mujer. —La tranquilizó su marido —. No atosigues al muchacho. No va a estar siempre debajo de tus faldas, tiene que emprender su propio camino. Y si esto es lo que quiere, tenemos que apoyarlo.

Su esposa sorbió al tiempo que asentía y se limpiaba la comisura de los ojos.

—¿Por qué tiene que ser soldado? ¡No lo dejarán quedarse en Inglaterra! Lo enviarán por esos mundos lejanos e inhóspitos... — Sollozó.

Su hijo sonrió con ternura, para su madre cualquier lugar más allá de Londres era inalcanzable. Apenas había salido de Berksham para ir a la capital, a Bath y a visitar a los Wharton en Harmouth.

June se lo tomó mejor, llevaba tanto tiempo oyéndolo hablar de lo que iba a hacer que cuando llegó el momento estaba más que preparada.

—Me casaré con Robert. Probablemente ya estemos casados cuando regreses — dijo enredándose el pelo con una ramita de sauce.

—¿Robert ya lo sabe? —preguntó pensando en si debería advertir a su primo de lo que le esperaba.

June lo miró entornando los ojos.

—¿Te molesta? Ya sabes que tú eres mi primera opción. Si quieres que te espere...

—June...

—Vaaaale. —Lanzó la rama lejos y sonrió con mirada traviesa —. No dejes que te maten. Tienes que mantenerte a salvo. ¿Me lo prometes?

—No voy a la guerra —se burló y June lo miró amenazadora —. Está bien, te prometo que cuando vaya, haré todo lo que esté en mi mano para volver entero.

June arrugó su expresión enfadada y después le sacó la lengua.

—Vaya, vaya aquí están los novios.

La voz de Matthew Savage les llegó como el hedor de las aguas estancadas.

—¿Qué quieres, Matthew? Déjanos en paz — pidió James con cansancio —. Me marchó de Berksham y no vas a tener que verme en mucho tiempo.

—¿Y pensabas irte sin decir adiós? Qué mal educado, Crawford.

El joven, que ya tenía dieciocho años, miraba a James con una expresión maliciosa, mientras los hermanos Poyser se situaban a su espalda, como buenos perros de caza, a la espera de que hubiese una presa que recoger. June miró a su alrededor asustada, estaban demasiado lejos de

todas partes y sabía lo enfadado que estaría Matthew después de que James lo dejara en evidencia en casa de los Okten.

—Vas a ser alférez, vaya, vaya. ¿No eres demasiado blandengue, Crawford?

—No te preocupes por mí, me las apañaré.

—Lárgate, Matthew —dijo June con enfado—. Robert está a punto de llegar y todavía no ha olvidado lo que le hiciste a su caballo.

—Qué curioso, acabo de ver que se dirigía a la mina con el padre de James. ¿Lo estabais esperando? Qué mal amigo, dejaros tirados sin avisar.

—Vámonos, June —dijo James cogiéndola de la mano para alejarse de allí.

El otro hizo un repetitivo chasquido con la lengua mientras sus dos compinches les cortaban el paso.

—Esa actitud es muy poco amistosa, no se deja a alguien con la palabra en la boca, James. Aunque, después de lo ocurrido en casa de los Okten, no me extraña nada. Esos modales no te irán nada bien en tu nuevo oficio. Ya deberías saber que nunca olvido una afrenta. No creerías que iba a dejar que te fueras sin darte tu merecido, ¿verdad? ¡Sujetadlo! —ordenó a sus esbirros y se acercó lentamente con un brillo malévolo en la mirada.

Empezó a golpearlo y June se interpuso entre ellos dispuesta a impedirlo como fuese. Lo último en lo que pensó antes de caer al suelo inconsciente fue en la regañina de su madre cuando regresara a casa con el vestido lleno de barro.

* * *

Al cumplir los dieciocho años sucedieron dos cosas importantes en la vida de James: fue destinado a Jamaica a las órdenes del conde de Balcarres y le pidió a June que fuera su esposa.

—No.

—¿No? —James la miraba incrédulo—. ¿Esa es tu respuesta?

—Evidentemente —dijo mirando ostensiblemente a su alrededor—. No veo a nadie más aquí.

—Creía que era lo que querías.

—Pues te equivocabas.

—No te entiendo. —Se apartó el pelo mirándola desconcertado.

—Nunca me has entendido, botarate. Y no fue culpa tuya.

Él apretó los labios.

—No-fue-culpa-tuya —repitió ella muy despacio—. No vas a casarte conmigo para resarcirme.

—Yo no...

—Ahórrate las mentiras. Te conozco mejor que tú. —Giró la cabeza un momento y al volver a mirarlo sonrió—. ¿Qué has dicho?

Una expresión mortificada cruzó el rostro masculino como una ráfaga.

—Por suerte tengo dos oídos, no estoy totalmente sorda. Pero no me hables por este, idiota.

—Te decía que no te tengo lástima.

—Y yo te he dicho que te ahorres las mentiras. Soy lo bastante válida como para encontrar un marido que me quiera de verdad. Estoy sorda de un oído, pero del resto voy sobrada. Y la

culpa es del innombrable, no tuya.

No pronunciaba su nombre desde aquel nefasto día.

—Voy a estar mucho tiempo lejos de casa — insistió James —. Me gustaría irme sabiendo que estarás bien.

Dio un paso hacia él y puso las dos manos en su pecho.

—De acuerdo —asintió—. Bésame.

—¿Qué? —El joven no pudo evitar ruborizarse y June sonrió con una ternura que lo caló hasta los huesos.

Viendo la situación optó por tomar ella la iniciativa y poniéndose de puntillas lo besó en los labios. Después de unos segundos de fricción y un tímido intento de jugar con la lengua, se apartó y lo miró con una sonrisa.

—¿Lo ves? Nada de nada. —Negó traviesa —. Es como besar el tronco de un árbol.

—¿Has besado el tronco de un árbol? — preguntó algo inquieto por el experimento.

—Vete tranquilo, James. No es de mí de quién has de preocuparte, sino de ti. Espero que algún día encuentres a alguien a quien de verdad desees besar.

—Si no es contigo, no me casaré nunca. Un soldado nunca debería casarse.

—¡Ay, Señor! —exclamó ella poniendo los ojos en blanco —. Si es que eres un cabezota indomable.

Capítulo 1



Temporada social en Londres, mayo de 1811

—¿Entonces cómo hay que llamarlo? ¿Príncipe regente? ¿Su alteza el Príncipe regente?

— Harriet hacía una reverencia cada vez que mencionaba a Jorge IV.

—Tranquila, no vas a tener ocasión de llamarlo de ninguna manera — respondió Elinor mientras terminaba de colocar sus libros.

—¿Para qué te has traído todos esos libros?

—¿Para qué crees tú? Para ponérmelos en la cabeza y caminar como una estúpida no, desde luego.

—Eso fue cosa de mamá y lo sabes. — Harriet la miró con sorpresa —. A mí me importa un bledo cómo camine, pero al parecer para ella es de lo más importante.

La pequeña de las Wharton miró a su hermana y entornó los ojos prestando atención a su expresión.

—¿Estás nerviosa? Por lo de tu presentación y todo eso, digo. Las gemelas parecen entusiasmadas con la idea, pero a ti no te veo muy contenta.

Harriet se sentó en la cama y lo pensó unos segundos antes de responder.

—No me gusta ser el centro de atención.

—Ya —afirmó yendo a sentarse a su lado —, porque eso no te permite hacer según qué cosas. Ya he visto que te has traído el jō y el arco. ¿Mamá lo sabe?

—Realmente no me prohibió que lo trajera, lo que dijo fue que no quería que nadie me viese este año en Londres usando «esos objetos infernales». — Hizo una pausa dramática acompañada de una sonrisa perversa —. Y no voy a dejar que me vean.

—Harriet, vas a ser presentada en pública subasta — se burló su hermana —. Te pondrán en un expositor para que toooooodos los jóvenes casaderos te vean y te pongan precio, este año no creo que puedas ocultarte mucho.

—Mira que eres burra, Elinor, no te ponen precio, solo te dan una puntuación — se rio al tiempo que se ponía de pie y se pavoneaba ante su hermana —. Por cierto, ¿qué crees que soy? ¿Un siete?

Su hermana pequeña la miró de arriba abajo. Su larga y rizada melena roja, su cara de muñeca, unos ojos que brillaban con curiosidad y entusiasmo y un cuerpo atlético y flexible como no había visto otro.

—Por lo menos eres un seis y medio — dijo burlándose.

—¿Lo ves? No tengo nada de que preocuparme. Seguro que me dejan tranquila durante toda la temporada.

—No te hagas ilusiones. Mamá se encargará de que te lleguen un gran número de tarjetas. — Se puso de pie —. Tiemblo solo de pensar que el año que viene me tocará a mí. Tengo que pensar algo que me impida estar aquí durante esta maldita subasta. Si bebo agua de los charcos, como hacía cuando era niña, quizá me ponga enferma y pueda quedarme en Harmouth.

Era el primer año que una Wharton hacía su presentación en el baile de cumpleaños de la reina Carlota, por eso habían adelantado la fecha de su llegada a Londres. Que Emma y Edward se hubiesen casado tenía sus inconvenientes, pensó Elinor, su cuñado estaba demasiado bien relacionado con el príncipe regente. Esperaba ansiosamente que al año siguiente las cosas volviesen a ser como antes. Ya era bastante agobiante tener que participar de todo ese circo, como para que, además, tuviese que hacerlo en la corte. Eso era demasiado para ella.

—Será mejor que bajemos o mamá enviará a Kitty a buscarnos — dijo Harriet caminando hacia la puerta —. Ya colocarás tus preciados libros más tarde.

Cuando entraron en el saloncito allí estaba la baronesa con Elizabeth y Caroline terminando de organizar la estancia a su gusto.

—Ese florero ahí me incomoda — dijo Meredith sentándose en su butaca —. No me deja ver la ventana.

—¿Y qué quieres ver, mamá? — preguntó Caroline volviendo a ponerlo donde siempre para despejarle las vistas.

—A tu madre no le gustan los cambios, ya deberías saberlo — dijo Elizabeth sonriendo.

—La casa parece más grande. — Harriet se dejó caer en el sofá con modos muy poco femeninos.

La baronesa miró a su hija con expresión severa lo que hizo que rápidamente se colocase como es debido.

—Este año no me vas a dar ningún disgusto, Harriet — advirtió —. Te comportarás como la señorita que eres y dejarás a un lado todas esas «peculiaridades» que nadie, fuera de esta, casa debería conocer.

—Va a ser una temporada muy divertida — dijo su hija con ironía arrugando la expresión con desagrado —. No sé por qué no podemos esperar a que Caroline se case para hacer mi presentación. Es lo justo.

Su hermana clavó la mirada en ella con dureza.

—Si tienes que esperar a que yo me case te llenarás de arrugas, hermanita.

—¡Caroline! No hables así — la regañó su madre —. Harriet se presentará este año y tú encontrarás a un hombre decente que se convertirá en tu esposo llegado el momento. Eso es lo que va a suceder... próximamente.

Su hija le dio la espalda para que no viera su cínica expresión y siguió colocando las flores según su gusto.

—Echo de menos a Emma —dijo Elinor con pesar—. La casa está muy vacía sin ella.

Elizabeth sonrió con ternura al pensar en su sobrina. Ella también la echaba mucho de menos, su habitación estaba desangelada sin su presencia. Por eso había aceptado de buen grado la propuesta de Meredith de que se trasladase a la de Caroline. Y así, de paso, dejaban libre una estancia para James Crawford que viviría con ellos mientras estuviese en Londres.

Caroline acarició los pétalos de las flores con ternura, ocuparse de ellas y del jardín en Harmouth era lo único que daba paz a su espíritu. Ojalá todo fuese como antes. Ojalá Katherine estuviese allí preocupada por una marcada línea en su mejilla causada por la irreverente funda de su almohada. Qué poco se parecía la realidad a sus sueños de entonces, cuando imaginaba que ella era la protagonista de la temporada social y se veía colmada de atenciones. Las palabras de su madre antes de abandonar Harmouth resonaron en su cabeza mientras se evadía del parloteo de sus dos hermanas pequeñas.

—Este año será diferente, Caroline, y debes estar preparada. Sé que es muy injusto, hija, pero las mujeres somos capaces de parir, que es la tarea más dificultosa de todas las que existen en este mundo de Dios. Así que esto no es nada para ti. La ruptura de tu compromiso, y más del modo en el que sucedió, te coloca en una posición incómoda, es cierto, pero eso no significa que debas sentirte responsable de nada.

—Voy a ser una apestada, lo sé.

—No hables así, hija. Ante todo has de ser optimista, nadie quiere a una amargada, te lo aseguro.

—¿De verdad que no van a venir ninguna de las dos? — preguntó Elinor con evidente pesar sacándola de sus pensamientos —. ¿Por qué tenían que embarazarse a la vez?

—Esas cosas suceden cuando suceden — respondió su madre —. No podemos elegir el momento en el que se obra el milagro, hija. Ya lo entenderás cuando sea el momento.

—Y encima Colin no llegará hasta dentro de tres días. — Se lamentó la pequeña apoyando la cabeza en el respaldo y cerrando los ojos con cansancio.

—Colin, Colin, Colin... Algún día tendrás que dejar a ese muchacho en paz — advirtió su madre —. Hiciste enfadar mucho a Henry y te recuerdo que es el cabeza de familia. No creo que tarde mucho en convencer a su hermano de que se aleje de ti.

Elinor abrió los ojos y la miró con expresión taimada.

—Mamá, tienes que haber escuchado alguna de las mil veces que te he dicho que...

—¡No te vas a casar con él, Elinor Wharton! Aprecio mucho a Colin y lo sabes, pero no es un joven adecuado para ti.

Su hija frunció el ceño.

—¿Por qué no es adecuado para mí?

—Porque es... —No encontraba las palabras —. ¡Porque no!

—Bonita respuesta.

Las otras tres miraban a Elinor con expresión más curiosa.

—Estáis muy equivocadas si pensáis que hablo en broma — afirmó altiva —. Colin y yo estamos hechos el uno para el otro.

—Señora baronesa. —El mayordomo entró en el salón portando una bandejita —. Ha llegado esto para usted. Lleva el sello de su majestad, el príncipe regente.

Meredith se apresuró a coger el sobre lacrado.

—Gracias, George.

Las otras cuatro la miraban con curiosidad mientras leía la nota.

—Es una invitación —dijo la baronesa admirada —. Una invitación a la fiesta que dará el príncipe el diecinueve de junio en Carlton House para celebrar su nombramiento como regente.

Todas se miraron y sus expresiones iban desde la absoluta emoción de la baronesa hasta el más intenso hartazgo de Elinor que puso los ojos en blanco antes de cerrarlos.

—Y esto no ha hecho más que empezar — dijo con pesar.

Su madre se levantó de la butaca y caminó a paso ligero hasta la puerta.

—Tengo que contárselo a vuestro padre. Se va a poner muy contento. Niñas ya podéis ir pensando en qué os pondréis para la ocasión, no quiero prisas de última hora. Cuanto antes encarguemos lo necesario, mejor. Va a ser todo un acontecimiento en Londres. Elizabeth, tú asistirás, así que ve haciéndote a la idea. No haremos un feo al príncipe. Menos ahora que prácticamente es el rey.

Salió del salón sin cerrar la puerta tras ella.

* * *

Tres días después de la gran noticia de las celebraciones en Carlton House, Caroline iba a asistir al combate en la escuela de armas del maestro de esgrima Herny Angelo y que tendría como combatientes al conde Harrison Wickens y a lord Jayden Traill, dos de sus aventajados alumnos. Estaba de pie ante el espejo valorando si ponerse el coqueto vestido rosa que sostenía con su mano izquierda u optar por el verde más formal, cuando entró Elizabeth en la habitación y se detuvo en seco al verla.

—¿Adónde vas? —preguntó con tono severo.

—Ya lo sabes.

—No es adecuado que una señorita vaya sola a eventos semejantes, Caroline. Ya pusiste en evidencia a tus padres al asistir a la exposición de jarrones de los Coleman, pero esto es...

—No voy a ir sola —la interrumpió decantándose por el rosa y dejando el verde tirado sobre la cama.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Con quién vas a ir?

—Con William, por supuesto.

Su tía empalideció y un ligero temblor hizo que apretara los labios. A Caroline no le pasó desapercibida su turbación por lo que apartó la mirada y siguió con lo que estaba haciendo.

—Me pondré el rosa, es el que más me favorece, ¿no crees?

—Caroline, ¿no sería más conveniente que te acompañase James? Vive en esta casa con nosotros y es casi de la fami...

—¿James? —Se rio sorprendida—. Es arrogante y severo como un padre y asusta a todo aquel que se me acerca. Y no es que se me acerquen muchos, últimamente. Con esa mirada glacial que tiene es capaz de congelar una estancia con un parpadeo — fingió un

estremecimiento —. No podría divertirme estando con él. ¿Para qué crees que voy a esos eventos si no es para divertirme?

—No todo es diversión, Caroline.

—Para ti no, desde luego.

Elizabeth sintió una punzada en el pecho. Caroline se mordió el labio y cerró los ojos un instante maldiciendo en silencio. Se giró a mirarla con una sonrisa.

—Podrías venir con nosotros tú también, así todo sería mucho más... ¿adecuado?

Su tía tragó la saliva que se le había acumulado en la boca y después aspiró con fuerza, pues se había olvidado de respirar.

—Será divertido —insistió Caroline con una sonrisa que a Elizabeth no le gustó nada.

—Caroline, en el camino que has emprendido solo hallarás desolación. Lo sabes, ¿verdad?

Su sobrina mudó su expresión a una más dura.

—No voy a volverme transparente como tú, si es lo que pretendéis todos — dijo sin apartar la mirada —. Reclamaré mi sitio y me enfrentaré a quien haga falta para que me lo devuelvan. No soy una apestada y no seré una solterona. No me importa lo que penséis de mí, ni lo que digáis. Jamás, ¿me oyes?, jamás dejaré que me arrinconen después de haberme roto el corazón.

—Yo no pienso...

—Ya te he dicho que no me importa lo que penséis, así que no te molestes en decírmelo. Preocuparme por los demás solo me ha traído a este lugar y me he jurado a mí misma que este año voy a ser yo la única que importe. He tenido que presenciar cómo gente que decía apreciarme agasajaba a los recién casados y los invitaban a sus casas, mientras a mí me daban de lado. ¡Incluso el pastor les dio su bendición, Elizabeth! — exclamó furiosa —. ¿Y yo? Mamá me pide que espere a que todo esto se olvide. ¿Quién va a olvidarlo? Todos sabemos que me han marcado. ¡He sido rechazada poco antes de la boda! ¿A qué puedo aspirar? ¿Un viejo desahuciado, quizá? ¿Un tullido? ¿Eso es lo que queréis para mí? No respondas, era una pregunta retórica.

Se giró hacia el espejo y se miró en él con atención.

—Soy hermosa y soy joven, esas son las únicas armas que me quedan y voy a utilizarlas. Encontraré un marido que me satisfaga: joven, atractivo y con dinero. — La miró desde el espejo con expresión resuelta —. No voy a sacrificarme, Elizabeth, eso te lo dejo a ti.

Su tía aceptó el puñal que acababa de clavar en su pecho y asintió lentamente.

—Iré con vosotros entonces — musitó y sin más se dio la vuelta y salió de la habitación.

Caroline se dobló sobre sí misma conteniendo las ganas de vomitar. Cuando consiguió que su estómago se calmase caminó hasta la cama y se sentó agotada. Mantener aquella postura hiriente y dura, tan contraria a su propia naturaleza, le estaba pasando factura.

—Solo sobreviven los más fuertes — se dijo al borde de las lágrimas y se mordió el labio conteniendo un sollozo.

* * *

—¡Elizabeth! —James se acercó dispuesto a sostenerla.

—Estoy bien —dijo ella irguiéndose y forzando una sonrisa —. Ha sido un pequeño mareo, nada más.

—Te acompañaré. ¿Adónde te dirigías? Me parece que la baronesa y sus hijas pequeñas están en el salón. Ese que tiene los sofás tapizados en color rosa con esas florecillas pequeñas.

Elizabeth no pudo evitar sonreír al escuchar su descripción.

—Lo llamamos el salón Cotton, porque el papel de las paredes tiene un dibujo que recuerda a las bolas de algodón.

James asintió sonriendo también.

—Intentaré acordarme, soy un poco torpe para estas cosas.

Llegaron a las escaleras y el joven insistió en sostenerla del brazo hasta que estuvieron abajo.

—Esta anciana podrá llegar sola desde aquí, gracias — dijo Elizabeth burlona.

—Siento si te he ofendido de algún modo — dijo preocupado —, no era mi intención.

—¡Oh, no, era una broma! —sonrió ella al ver su expresión mortificada.

—No capto muy bien las sutilezas femeninas. Supongo que estar siempre rodeado de hombres no ayuda mucho a eso.

—Y más cuando son soldados. No puedo ni imaginar lo que debe ser estar en un campo de batalla, pero seguro que eso rebaja la preocupación sobre el nudo de tu pañuelo. — Sin pedir permiso se dispuso a arreglar el suyo que parecía haber sido enlazado por un tuerto manco —. Mucho mejor así.

—Gracias.

Se conocían desde niños y había demasiada confianza para que ese gesto lo incomodase.

—Parece que Harriet ha sacado a Meredith de sus casillas — dijo ella cuando la airada voz de la baronesa llegó hasta ellos.

James sonrió ampliamente y sus ojos se iluminaron.

—Por lo que sé de esta familia, Harriet y Elinor ejercen ese poder a menudo, pero la sangre nunca llega al río.

—Esta temporada va a ser un poco más complicada de lo normal, me temo — respondió Elizabeth caminando hacia la puerta del salón.

James inclinó la cabeza y después volvió a las escaleras que subió de dos en dos. Atravesó el pasillo con paso ligero y se detuvo en seco cuando Caroline abrió la puerta de su habitación con cierta brusquedad.

—Creía que era Elizabeth —dijo frunciendo el ceño al verla.

James señaló hacia las escaleras.

—Acabo de acompañarla abajo.

—¿Acompañarla? —se burló—. Tu actitud servil está empezando a resultar agobiante.

La miró unos segundos sin decir nada y consiguió incomodarla.

—¿Por qué la has acompañado? — preguntó al fin con tal de romper aquel silencio.

—Tuvo un ligero vahído y no me pareció conveniente dejar que bajase las escaleras sola.

—¿Un vahído? —Caroline salió al pasillo con tanta brusquedad que lo obligó a dar un paso atrás —. ¿Ha sido por la discusión que hemos tenido?

—Me parece que Elizabeth ya está acostumbrada a discutir contigo, como todas las demás. Me decantaría más por lo poco que come, según mi observación directa.

Caroline tenía los labios apretados y dudaba si mandarlo a paseo o darle la razón.

—¿Por qué habéis discutido? — Torció la sonrisa —. ¿Algo que no debías hacer, quizá?

—Voy a ir con William al combate en la escuela de esgrima — dijo retándolo.

—Ya veo.

Caroline levantó una ceja, de nuevo aquella expresión gélida en sus ojos.

—¿Te parece mal? —preguntó sonriendo burlona.

—¿A mí? —Frunció los labios con indiferencia —. Me importa bien poco con quién te pongas en evidencia, pero por la tranquilidad de tu familia, sabes que estoy dispuesto a llevarte a dónde gustes.

—William también es un amigo de la familia. ¿Por qué no puedo ir con él y contigo sí?

—Porque conmigo estarías completamente a salvo — dijo en un tono irónico que no dejaba lugar a dudas —. No me interesan las niñas mimadas que solo saben llamar la atención pataleando. Y, si me permites un consejo, diría que cualquier cosa que te diga Elizabeth, deberías tenerla en cuenta. Es una mujer razonable e inteligente. Podrías aprender mucho de ella.

Caroline se mordió el labio ofendida.

—¿Ir contigo? —Su enfado era ya más que visible —. ¿Acaso quieres que muera de aburrimiento?

James amplió su sonrisa lo que consiguió enfadarla aún más.

—Sería mejor para ti morir de aburrimiento que de ostracismo, pero cada uno elige su destino según le place. He visto a algunos hombres lanzarse contra una bayoneta en una batalla y morir desangrados, no es algo que me sorprenda.

Caroline empalideció ante semejante imagen.

—Creía que William y tú erais amigos. No pensaba que lo tuvieses en tan baja estima.

—Que seamos amigos no evita que vea que la mayor parte del tiempo está demasiado borracho para poder defenderse de tus maquinaciones. Unas maquinaciones que, en lugar de librarte de tu invisibilidad, solo conseguirán enterrarte en una fosa más profunda. — Se encogió de hombros —. Pero como he dicho, nada puede hacerse cuando alguien quiere acabar su vida desangrado.

Sin esperar a lo que ella tuviese que decir al respecto, siguió su camino.

—Serás imbécil. —Apretó los labios y resopló por la nariz.

James se detuvo un instante y Caroline sintió que su estómago se encogía de temor. Antes de que regresara entró en su cuarto y cerró con un fuerte portazo.

—¿Por qué narices tiene que estar él aquí? ¡Lo que me faltaba! ¿Quién se ha creído que es? El muy... — Gruñó de rabia y sacudió la cabeza —. Se va a enterar.

Se fue hasta la cama y cogió el vestido verde para guardarlo en su sitio. Cuando se hubo calmado sonrió con malicia, les iba a enseñar a todos que Caroline Wharton ya no era la estúpida bienintencionada y fácil de manipular que todos creían. Desde luego que no.

Capítulo 2



—No pienso recibir a semejante...

—¡Basta, Harriet! Estás hablando del hijo del vizconde de Mildford.

—¿Y qué tiene eso que ver? ¡Huele mal! ¿Por qué no se lava?

Elinor no podía parar de reír.

—Tiene un problema con el sudor... — Trató de justificar su madre.

—Sí —afirmó Harriet—, y alguien podría decirle que ese problema se arregla con jabón.

—¿Estás oyendo, Elizabeth? — preguntó la baronesa al verla entrar en el salón —. Esta niña está cada día más rebelde, pensaba que la que me iba a dar más problemas era Elinor, pero parece que Harriet se ha propuesto amargarme la temporada.

—Mamá, no te enfades —dijo su hija corriendo a abrazarla —. Sabes que no soporto que la gente huela mal.

—Siempre ha sido muy maniática con los olores, mamá — dijo Elinor.

—¿Te acuerdas de aquella vez que quiso lavar a las gallinas del señor Picks? — preguntó Elizabeth sentándose junto a su cuñada —. Estaba completamente decidida a hacerlo ella misma una a una. ¿Cuántos años tenía?

—Cinco —afirmó su madre sonriendo al recordarlo —. Ya entonces era tremenda. Nos tenía detrás todo el tiempo vigilando que no hiciese una travesura.

Su hija siguió abrazándola con el molesto brazo del sofá clavándose en su estómago.

—Mamaíta querida —dijo con voz infantil —, deja que yo escoja a quien recibir. Por favor, por favor, por favor...

Su madre la apartó para mirarla con severidad.

—Si te dejase decidir a ti solo entrarían en esta casa contrabandistas, saqueadores y gente de mala vida.

—Te has dejado a los piratas, mamá — añadió Elinor burlándose.

—Piratas no —negó Harriet poniéndose de pie —. No después de lo que le han hecho al pobre conde de Kenford.

—Pues Edward no se veía nada preocupado — dijo Elinor encogiéndose de hombros —. Según él ya le había advertido a su padre que era mala idea hacer negocios con el señor Burford. Casi parecía contento.

—¿Y qué culpa tiene ese hombre de que abordaran su barco y se quedaran con toda su mercancía? — preguntó Meredith sorprendida —. A ver si ahora va a resultar que ser rico es una indecencia.

—No creo que Edward se refiriese a eso, mamá — siguió Elinor —. Más bien creo que sus reparos a la hora de hacer negocios con el señor Burford son porque piensa que el verdadero pirata es él.

—¡Niña! ¡Estás hablando de lord Burford! ¿Es que mis hijas no respetan a nadie? — Se llevó la mano a la frente en un gesto un poco dramático.

Las otras tres la miraron con expresión divertida y Meredith bajó la mano rápidamente consciente de que se había pasado con el teatro.

—Bueno, no me gusta mucho ese caballero, pero eso no significa que permita que se le insulte en esta casa. No vuelvas a hablar de él en esos términos.

—Fue lo que dijo Edward —continuó Elinor —: «Pirata roba a pirata, menuda noticia».

—Edward es Edward, niña —aclaró su madre.

—¿Qué hace Caroline? Pensaba que habías ido a buscarla — preguntó Harriet a su tía.

—Está eligiendo un vestido para el combate de esgrima de mañana.

Harriet abrió los ojos como platos y volvió a arrodillarse junto a su madre.

—¡Oh, mamá! ¿Puedo ir con ella? Por favor, déjame ir. Prometo no hacer nada indebido. ¿Las mujeres pueden participar? ¡Oh, sería maravilloso que me dejaran combatir!

—De ningún modo vas a ir a semejante acto. En esos combates los caballeros suelen apostar su dinero. Ninguna jovencita decente debería asistir a esa clase de actos. Mucho menos participar. De ninguna manera.

—Pero Caroline va a ir, ¿por qué no puedo yo? — Harriet arrugó la expresión y se puso de pie cruzándose de brazos.

—Caroline tampoco irá. ¿Quién iba a querer acompañarla? No sé en qué está pensando esa muchacha.

—William irá con ella y...

—¿Qué? —Meredith miró a su cuñada con cara de susto —. ¿Cómo que William irá con ella? ¡De ninguna manera!

—Yo también los acompañaré. — La tranquilizó su cuñada.

—¿Tú? ¡Oh! ¿Quieres ir a un combate de esgrima? ¿Desde cuándo te...? — se calló rápidamente al pensar que William estaría allí.

Toda la familia sabía ya de las preferencias románticas de Elizabeth. Pero también sabían que había sido rechazada sutilmente por el joven Bertram.

—¡Oh! Claro, si tú vas es distinto.

—Caroline me ha pedido que los acompañe para no dar que hablar — mintió.

—Menos mal, parece que esa muchacha está recuperando el sentido común.

Elinor miraba a su tía con los ojos entornados y leyó en su expresión lo que trataba de ocultar. Por supuesto que Caroline no había recuperado la cordura, estaba claro que Elizabeth trataba de minimizar los daños. ¿Qué tenía Caroline en la cabeza? Sabía perfectamente lo que sentía su tía por William y aun así no había dejado de importunarlo desde la boda del conde de Kenford. Al principio sentía compasión por ella, por lo que esos dos desgraciados le habían hecho, pero cada día resultaba más insoportable con esos aires de suficiencia y esa falsa sonrisa siempre en los labios.

—¿No te acuerdas que quedamos con las gemelas en que iríamos a ver el nuevo caballo de Enid? — dijo Harriet sacándola de sus pensamientos —. Dijiste que me acompañarías.

—Ni sueñes que vas a montarlo y usar el ar... — Elinor enmudeció antes de terminar la palabra, pero su madre ya había clavado sus ojos en Harriet con una expresión muy poco halagüeña.

—¿Te has traído el arco? —La voz de la baronesa sonó como un trueno en plena noche.

Su hija valoró la posibilidad de mentir, pero enseguida la desechó por demasiado arriesgada y poco sostenible. Tarde o temprano sería descubierta.

—Dijiste que no podía usarlos en público y no voy a hacerlo. — Miró a su hermana pequeña y la vio ensartada de flechas.

—Harriet Wharton, quítate de mi vista — ordenó su madre señalando hacia la puerta —. Si se te ocurre llevar el arco a casa de los duques te auguro una temporada muy difícil, niña. Te encerraré en tu cuarto y no saldrás hasta Navidad.

—Tendré que salir para regresar a Harmouth — dijo Harriet en voz baja mientras caminaba hacia la puerta.

—¿Cómo...? ¡Esta niña no tiene remedio! — exclamó su madre mientras Elinor corría tras ella y cerraba la puerta para evitar que su madre dijese algo que luego tuviese que mantener.

—Tranquilízate —dijo Elizabeth cogiéndole la mano con cariño —, no hay maldad en ella.

—¿Que no hay maldad? Madre mía, Elizabeth, si alguien la ve con ese artilugio... Pero ¿qué tiene esa muchacha en la cabeza? No entiendo a quién ha salido con esas ideas estrambóticas que tiene.

—Siempre ha sido así, desde que nació.

—En realidad sí sé a quién se parece — afirmó con la cabeza —. Está claro que es tan lunática como su bisabuela. La hermana de mi abuela nos contaba que su madre era así desde niña, guerrera y muy poco femenina. Y aun así conquistó a un MacNiall, un montañés de las tierras altas, descendiente de una de las familias más recordadas de Escocia. Pero los tiempos han cambiado, los hombres ya no son como mi bisabuelo. No les gustan mujeres fuertes, seguras y poco femeninas.

—Harriet no es poco femenina — dijo Elizabeth con ternura —. Guerrera sí, es cierto, y con un ansia desbocada por probar y experimentar, pero también es dulce y cariñosa. Y tiene un corazón de oro.

—Es cierto —sonrió—. Desde niña siempre fue la más cariñosa de todas.

—Hasta el momento ha sabido controlar sus «peculiaridades» — sonrió también —. A Katherine y a Emma no les ha ido nada mal eligiendo a sus maridos. Deja que Harriet decida. Confía en la inteligencia de tus hijas, Meredith. Han demostrado con creces que merecen esa confianza.

—¿Estás segura? ¿Quieres que confíe en Caroline también?

Elizabeth amplió su sonrisa y asintió. La baronesa lo pensó un momento en silencio y de pronto la miró boquiabierta.

—¿Y qué me dices de Elinor? ¿Debo permitir que siga con esa tontería de casarse con Colin? Ese muchacho es como un hermano para ella.

—Ya llegaremos a eso cuando sea el momento.

—Está bien, pero no prometo nada. Todo dependerá de cómo se desarrolle la temporada. Me da pavor pensar en que una de ellas haga alguna locura imperdonable.

—Todo saldrá bien —afirmó Elizabeth con más deseo que certeza.

* * *

William acudió a la hora convenida y no mostró sorpresa alguna al ver que Elizabeth iba a acompañarlos. Las ayudó a subir al carruaje, como correspondía, y luego subió él mismo y se colocó frente a ellas en sentido contrario a la dirección que tomaron. Caroline estaba bellísima. William era consciente de que cualquier hombre debería estar más que satisfecho de que ella pusiera sus ojos en él. Sin embargo, no era eso lo que pensaban sus congéneres desde que Nathan Helps la abandonó para casarse con Edwina Hamblett. Había escuchado muchas conversaciones en las que caballeros solteros se lamentaban de la pérdida de una candidata con tantos buenos atributos. Cada día estaba más decepcionado de las actitudes de su sexo. ¿Cómo podían condenar a la mujer que había sido víctima de engaño en lugar de despreciar y ningunear a aquellos que la traicionaron? Tanto Nathan Helps como su flamante esposa se paseaban por los salones de Londres sin el menor recato. Fueron ignorados durante unos pocos meses como castigo a su proceder, pero ya tenían las puertas de las mejores casas de la ciudad completamente abiertas. En cambio, Caroline, seguía siendo despreciada en voz baja en corrillos de caballeros que en otro tiempo ansiaron sus atenciones.

Posó entonces sus ojos en Elizabeth, que se distraía mirando a los transeúntes, y sintió una punzada de culpa en el costado. ¿No era él mismo un canalla? Sabía de los sentimientos que albergaba hacia él, pero no podía corresponderlos. El sufrimiento acabó con el suyo y en su lugar solo quedaba un carbón seco y apagado, incapaz de amar pero doliendo como el primer día.

—Hace un día magnífico, ¿no crees, William? — Caroline lo sacó de sus pensamientos.

—Así es —afirmó él.

—Espero que gane el conde Wickens. ¿Y tú, con quién vas?

—No tengo un favorito. Tanto Wickens como Traill son excelentes espadachines.

—Pero no me negarás que Wickens es mucho más guapo y elegante. Eso debería darle una puntuación mayor.

—Me temo que lo que se juzga hoy aquí no es su aspecto físico, Caroline, sino su habilidad con el florete.

—De eso no tengo ni la menor idea — sonrió seductora —. Esperaba que me asesorases para poder apostar por el ganador.

Él levantó una ceja ligeramente y Elizabeth la miró perpleja.

—Apostar es una costumbre muy poco gratificante — dijo William.

—Pero si es lo que hacen todos. — Se rio viendo sus caras —. No querréis que me pierda la diversión.

Volvió a la dulce expresión y sonrisa seductora que habría derretido el corazón del más duro guerrero. Siempre que tuviera corazón, pensó su acompañante.

—Hay muchas cosas que no sé, está claro. ¿Querrás enseñarme, William? — preguntó con voz inocente —. Una joven como yo puede cometer graves errores si no sabe algunas cosas.

Elizabeth, avergonzada, miró a William con una súplica en los ojos que él captó perfectamente.

—No te preocupes, yo estaré atento para que no haya ningún problema.

Caroline sonrió seductora sin saber que el mensaje no era para ella.

—¿Qué sucede? —preguntó Elizabeth a William después de que se anunciase que el combate se había anulado.

—Lord Jayden ha sufrido un percance en una pierna y no podrá participar en el duelo. Le están buscando un sustituto — explicó él.

—¿Ese es James? —Elizabeth señaló al joven que se quitaba la chaqueta y se la entregaba a otro caballero.

—¿James? ¿Qué James? —preguntó Caroline que se había distraído mirando a los asistentes.

—Crawford —afirmó William asintiendo con la cabeza —. Esperadme aquí, voy a apostar por él.

—William. —Caroline lo detuvo cogiéndolo del brazo y rápidamente sacó unas monedas de su bolsa entregándoselas con una enorme sonrisa.

—Yo también quiero apostar — dijo con una sonrisa burlona —. Por Wickens.

William no disimuló su sorpresa, pero no dijo nada y se alejó de ella con premura, tenía que hacer su apuesta antes de que empezaran.

—No saldrá nadie herido, ¿verdad? — preguntó Elizabeth cuando los espadachines se colocaron en posición.

William regresó antes de que Henry Angelo diera la voz de inicio.

—A Harriet le habría gustado estar aquí — dijo Elizabeth en un susurro.

—Aquí no —negó Caroline—, ahí donde están ellos.

La destreza de James quedó evidenciada a los pocos movimientos. A pesar de no haber sido entrenado por el prestigioso maestro Henry Angelo, su precisión y buen desempeño despertaron la admiración del profesor que no pudo contenerse en sus efusivas muestras de satisfacción. El estilo de James era más sobrio que el de su contrincante, quizá el haber aprendido en una academia militar dotaba a su ejecución de una solidez que el otro no tenía y por eso acabó proclamándose como vencedor y ovacionado por todos los presentes, excepto por Caroline que frunció los labios creyendo que había perdido su apuesta. William sonrió satisfecho por sus ganancias y le devolvió sus monedas.

—No las he apostado —afirmó.

Caroline apretó los labios.

—Le dije...

—No podía apostar contra un amigo, lo siento.

Caroline desvió la mirada hacia el vitoreado vencedor y sus ojos se cruzaron. Mantuvo una expresión indiferente y James sonrió divertido antes de saludarla con una inclinación de cabeza.

—Enhorabuena —lo felicitó William cuando llegó hasta ellos —. Ha sido un combate magnífico.

—Felicidades, James. —Se unió Elizabeth con orgullo.

Los tres miraron a Caroline a la espera de que dijese algo.

—Yo había apostado por Wickens.

James sonrió abiertamente.

—De haberlo sabido, me habría dejado ganar.

—Tranquilo, tu amigo no me ha hecho caso y me ha devuelto las monedas. No sabía que dominases la esgrima. Ten cuidado, cuando Harriet se entere no parará hasta que aceptes luchar contra ella.

—Ya hemos dado algunas clases juntos. Y se le da francamente bien.

¿Por qué no borraba aquella estúpida sonrisa condescendiente?

—¿Hay algo que no se le dé bien a Harriet? — preguntó burlona —. Aunque no sé de qué le va a servir todo eso cuando mamá le encuentre un marido. Podrías proponerle matrimonio, James. Después de todo eres su ídolo y ya tenéis algo en común. — Amplió su sonrisa —. Podéis combatir a esgrima el resto de vuestras vidas, eso te evitará la ardua tarea de encontrar algo divertido que hacer.

—Harriet es una jovencita encantadora y muy especial — afirmó James —. El hombre que se case con ella será muy afortunado.

—Caroline, por favor... —susurró Elizabeth al ver la expresión taimada en el rostro de su sobrina.

—Me temo que pocos caballeros serán lo bastante valientes como para atreverse a cortejar a Harriet. Desde luego, el hombre que la consiga habrá de ser muy aguerrido y fuerte, a ti te dominaría como un perrito, así que, pensándolo mejor, harás bien en no poner tus ojos en ella.

—¡Caroline! —Elizabeth la pellizcó en el brazo.

—¡Au! —exclamó la otra mirándola sorprendida.

—Discúlpate ahora mismo —ordenó su tía.

—No será necesario —dijo James con voz profunda e inclinando la cabeza para despedirse se alejó de allí.

—Tienes que haber perdido la razón — dijo Elizabeth visiblemente enfadada —. Cuando regresemos a casa espero que te disculpes con él o te prometo que hablaré con tu padre.

Su sobrina la miró dolida y después de unos segundos luchando con su deseo de responder, apretó los labios y se dio la vuelta con brusquedad para alejarse de ella con paso decidido.

—¡Caroline Wharton! —La saludó con excesiva alegría una empolvada y pálida Lavinia Wainwright —. No esperaba encontrarme aquí con una Wharton. — Desvió la mirada hacia donde estaban Elizabeth y William y volvió a mirarla a ella —. Y me encuentro con dos. ¿Ha cambiado a su amiga por su tía? Claro, supongo que la señora Helps y usted ya no tienen la estrecha relación que solían tener, ¿verdad?

—No había tenido ocasión de darle mi pésame por el fin de la suya con el señor Lovelace — dijo con semblante apenado —. La veo muy recuperada.

—No he estado enferma.

—Me refería a recuperada del disgusto.

—Usted también parece haber superado su pérdida.

—¿Cuál pérdida? —preguntó con cinismo —. ¿Se refiere a la de haberme librado de una mala amiga y evitado un mal matrimonio? Oh, sí, lo tengo muy superado.

Lavinia sonrió divertida y se mordió el labio sopesando sus posibilidades.

—Debo decir que me gusta esta nueva Caroline.

—Pues estamos de acuerdo, a mí también me gusta.

Lavinia se rio a carcajadas.

—¿Le apetece dar un paseo? Hace un día espléndido y estos jueguecitos masculinos son de lo más aburridos, ¿no cree?

Caroline sonrió al tiempo que asentía.

—¿Me permite cogerla del brazo, Caroline?

—Puedes tutearme, Lavinia, como apestadas que somos deberíamos ayudarnos, ¿no te parece?

La otra volvió a reírse llamando la atención de Elizabeth que empalideció al ver que se dirigían hacia la puerta cogidas del brazo.

—Eso no traerá nada bueno — dijo William que también lo había visto —. Deberíamos ir a buscarla.

Elizabeth negó con la cabeza sin apartar la mirada de su sobrina.

—Si intervenimos solo haremos que se reafirme en su decisión. Sigue sangrando por la herida, necesita tiempo para reponerse.

—Pues no creo que la señorita Wainwright sea buena con la aguja.

Capítulo 3



William organizó una comida para sus amigos. El hecho de que ese año no pasaran en Londres la temporada hacía que todo fuese mucho más aburrido.

—¿Has traído vino de tu bodega? — preguntó Alexander mirando a Edward que escondía algo en la espalda.

—¡*Voilà!* —exclamó el otro mostrando dos botellas.

—Iría perfecto con el venado que ha preparado Molly — afirmó William.

—Ha sido un detalle traerte a la cocinera de tu madre — dijo Edward escogiendo un sitio en la mesa al lado de James —. ¿Cómo te va en casa de los Wharton? ¿Te tratan bien?

—Muy bien, como siempre. Aunque ahora tengo una habitación gracias a que vosotros os llevasteis a dos de las hermanas. — Sonrió tranquilo.

—¿Dónde dormías antes cuando te quedabas con ellos? — preguntó William.

—En la buhardilla —respondió un poco seco.

Alexander y Edward se miraron de refilón, se notaba tensión entre los otros dos, pero ninguno dijo nada al respecto. Una buena copa de vino suavizaría sus ánimos.

—¿Cómo está Katherine? —preguntó Edward mientras llenaba las copas —. Si no lo pregunto ahora y luego se me olvida, Emma me matará.

—Está deliciosamente hermosa — dijo Alexander con una sonrisa de oreja a oreja —. ¿Y Emma?

—Maravillosa. ¿Te has fijado en cómo les brillan los ojos cuando mencionas al bebé?

Alexander apartó la copa de sus labios para asentir insistentemente.

—Es increíble, parece un sortilegio. Y se ruboriza como una niña.

—¡Dios! —exclamó William dando un golpe en la mesa —. ¡Qué asco dais!

Los otros dos se miraron confusos y luego a su amigo interrogadores.

—¿Asco? —preguntó Edward.

—Sí, asco. ¿Es que ya no vais a hablar de otra cosa que no sean vuestras mujeres o vuestros hijos? ¡Por Dios!

—Hacía tiempo que no nos veíamos... — se excusó Alexander.

—¿Tiempo? ¡Si os veis cada dos por tres! Vuestras esposas son hermanas. Venga, hombre. A mí es al que hace tiempo que no ves y me importa una mierda que a tu mujer se le ponga la cara roja al pensar en su hijo. Os he invitado a comer para que pasemos un rato de los de antes.

—Ellos ya no son los de antes — intervino James.

—¿Y tú qué mierda sabes? —preguntó mirándolo con expresión cínica.

—Están casados y esperando un hijo, no hace falta ser una lumbrera para comprender que sus prioridades han cambiado. No como las tuyas.

—Vaya, así que sabes cuáles son mis prioridades.

—¿Divertirte? ¿Emborracharte hasta caer inconsciente? Te recuerdo que te recogí de casa de los Waterman hace una semana porque no podías ni tenerte en pie.

—No sé por qué te llamaron a ti.

—Porque saben que somos amigos.

Edward y Alexander los miraban alternativamente como si se estuviesen lanzando una pelota. Ambos con expresión desconcertada y confusa.

—¿Qué narices pasa aquí? —preguntó Edward, al que empezaba a molestarle el cuello.

—Que sois unos capullos, eso pasa — dijo William y a continuación apuró el contenido de su copa para volver a llenarla después.

Edward y Alexander miraron a James esperando una respuesta.

—Sigue tonteando con Caroline.

—¿Qué? —Alexander tenía una expresión que no dejaba lugar a dudas —. Te dijimos...

—No estoy tonteando con ella — lo cortó su amigo con cansancio —. Es ella la que tontea conmigo.

—Quieres que te demos una paliza — afirmó Edward —. Es eso, ¿verdad? Desde hace tiempo que te la estás buscando.

—Desde que recibió aquella carta de Cha-Eun — recordó Alexander.

—Eres un capullo —dijo William mirando a James —. ¿Esto es por lo que te dijo Caroline en la escuela de esgrima?

—Mira por dónde, yo creía que el capullo eras tú. Pensabas ir solo con Caroline al combate.

—Ella me abordó y no me dejó escapatoria.

—¿No te dejó escapatoria? ¿Te puso un cuchillo en el cuello?

—Deberías saber lo insistente que es, vives en su casa. Aunque, ¿sabes qué? No tengo por qué darte explicaciones. Si quieres enfadarte con alguien, enfádate con ella que te llamó poco menos que afeminado.

—¿Me estás provocando? —James se puso de pie enfadado —. ¿Es que quieres que te parta el cráneo? ¡Es la cuñada de estos dos, idiota!

—¿Y quién ha dicho que no me preocupe? — William se levantó también —. Mientras flirtea conmigo no lo hace con otro. Deberías ocupar mi lugar y así me dejaríais todos en paz.

En cuanto lo dijo se dio cuenta de lo mal que había sonado eso, pero fue al mirar a sus dos amigos que comprendió que era peor de lo que él mismo pensaba.

—No quería decir...

—Siéntate, William —ordenó Alexander.

—Tú también, James —secundó Edward.

—Y ahora hablemos con calma de todo esto — siguió Alexander —. Está claro que los cuatro sabemos que Caroline no es una mujer cualquiera, es la hermana de Katherine y de Emma y lo que hagas, William, podría acabar con una amistad de muchos años.

El mencionado apretó los dientes y el hueso de su mandíbula se mostró con dureza.

—Por otro lado —intervino Edward —, los dos sabemos la clase de hombre que eres y no, James, no es estúpido, aunque a veces lo parezca. Así que dinos de una maldita vez qué narices te pasa y qué pretendes con Caroline.

—¿Tan malo sería que me casara con ella? — preguntó dolido —. ¿Es porque no tengo título?

—Retiro lo dicho —dijo Edward mirando a James —, es rematadamente estúpido.

—¿Crees de verdad que a alguno de nosotros nos importa semejante idiotez? — preguntó Alexander —. ¿En serio, William?

—¿Entonces qué os preocupa tanto?

—¡Que no la amas! —exclamó Edward.

—¡Cómo si eso fuese algo a considerar en un matrimonio normal! Que se lo pregunten al regente.

—No es solo que no la ames — intervino Alexander —, es que amas a otra.

La expresión de dolor los sorprendió a todos, pero duró solo un instante.

—Seo-jeon no existe y no quiero que volváis a mencionarla. Eso se acabó y tengo que seguir con mi vida — dijo con voz plana —. ¿No queréis que tenga una familia? ¿Hijos? No paráis de decir lo maravilloso que es.

—Pero no con Caroline. —Edward negó con la cabeza —. Lo que ocurra en ese matrimonio acabaría afectándonos, William. Si ella fuese desgraciada, sus hermanas te odiarían, ¿no lo entiendes?

—¿Y qué pasa con que ellas me odien? ¿Es que acaso ya no tenéis libertad para decidir? ¿Hacéis solo lo que ellas quieren? Menudos peleles os habéis vuelto todos.

Los otros dos se miraron y se conminaron a no perder los nervios.

—Caroline es muy vulnerable ahora mismo — intervino James —. No digo que no puedas casarte con ella sin amarla, mis padres se casaron así y han sido muy felices. Lo que pasa es que Caroline no es Caroline ahora mismo, actúa de manera irracional y errática, no sabe lo que quiere porque está dolida, frustrada y enrabada. Deberías dejar que se calme y cure sus heridas antes de intentar algo con ella.

Los tres lo miraron boquiabiertos.

—Vaya con el oficial —dijo Alexander sonriendo —. Menuda labia.

A William le sorprendió que la defendiera tan vehementemente, después del modo en el que ella lo había tratado. Se sintió como una rata.

—Soy consciente de eso —confesó al fin —, y si he aceptado sus tejemanejes es para protegerla. Si no soy yo buscaré a otro para castigar a los suyos y afrentar a todos esos que la ningunean. ¿Lo entendéis ahora, imbéciles? Nunca me casaría con una mujer que me ha elegido por despecho. Ese matrimonio no tendría futuro. Solo digo que si cuando se cure sigo pareciéndole un candidato deseable, quizá podría plantearme sentar la cabeza con ella.

—En ese caso no pondríamos ninguna objeción — afirmó Edward.

—¿Seguro? —Miró a Alexander que asintió.

—A mí no me mires —dijo James encogiéndose de hombros —. Hago funciones de hermano porque así me lo pidió el barón, pero no tiene nada que ver conmigo.

—¿Podemos comer tranquilos ya? — William cogió el cubierto dando por terminada la discusión.

—¿Qué pasó en el combate de esgrima? — preguntó Alexander mirando a James.

—¿No íbamos a comer tranquilos? — le espetó William —. Dejemos a Caroline fuera de este comedor, ¿de acuerdo?

—Está bien —aceptó su amigo encogiéndose de hombros.

—¿Qué tal los negocios, Edward? — preguntó James —. ¿Ya se ha recuperado tu padre del disgusto con Burford?

—No del todo. —Sonrió malicioso —. Ya me encargo yo de que no olvide que se lo advertí.

—A Burford lo vi el otro día en Almarck's — mencionó William al tiempo que rellenaba su copa —. Echaba humo por las orejas. Se lo ha tomado como algo personal y está empeñado en cazar a ese *Bluejacket* como sea.

—Ese hombre se cree el ombligo del mundo — dijo Edward con expresión de desprecio —. Está convencido de que *Bluejacket* es un corsario a sueldo de los franceses y que él es su único objetivo.

—Entonces no es un pirata — dijo William.

—Para Burford es algo personal. — Alexander vigilaba a su amigo mientras hablaba, si seguía a ese ritmo se acabaría el vino él solo.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó a Edward.

—Burford se está inventando toda clase de historias para desacreditarlo y que la armada tome medidas. Los barcos de su majestad están muy ocupados por culpa de Napoleón y él está tratando de convertir su problema en un asunto de Estado.

—Pues si alguien puede conseguir eso es Burford — afirmó William —. Tiene los medios y las influencias que hacen falta.

—James, ¿tú qué opinas? —preguntó Alexander —. ¿Crees que el almirantazgo intervendrá en el asunto?

—Por lo que yo sé, Jacob Burford está muy bien situado. Tiene amigos en todos los altos estamentos del ejército y la armada. Si ese *Bluejacket* se ha metido con él está claro que no lo conoce. Hay enemigos mucho menos peligrosos que ese y que le aportarían también grandes beneficios, pero aun así, si no ataca a un barco de su majestad, me temo que Burford va a tener que pagarlo de su bolsillo.

—¿Y lo hará? —dijo William dirigiéndose a Edward —. ¿Fletará un barco para capturarlo? Su amigo asintió.

—Tengo entendido que ya lo ha hecho. ¿Conocéis a Ben Chantler? Lo llaman el azote del Ángel Negro.

—Lo colgaron hace dos años, ¿no? — dijo James.

—Así es. Chantler estuvo persiguiéndolo tres años sin descanso. Pues Burford lo ha contratado para que atrape a *Bluejacket*.

—Míralo desde esta perspectiva — sonrió William después de apurar su vaso —, eso significa que hay posibilidades de que tu padre recupere parte del botín.

—¿Vas a acabarte tú todo el vino? — Alexander quitó la segunda botella de su alcance mirando lo poco que quedaba —. Te la has bebido casi toda.

—¿No la has traído para que nos la bebamos? — preguntó el otro con sonrisa inocente.

—Ya estás borracho —dijo Edward severo —. Está claro que has estado bebiendo antes de que llegáramos. Pero ¿qué narices te pasa, William? En serio, cuéntanoslo de una vez.

—¿Por qué diantres os habéis tenido que casar los dos tan pronto? — preguntó el otro con expresión de no haber roto un plato en su vida —. En serio, me habéis dejado solo en Londres con este... este.

James movió la cabeza ignorando el dedo que lo señalaba.

—No se lo tengas en cuenta — pidió Edward.

—Empiezo a acostumbrarme a sus cambios de humor — afirmó el oficial —. Hay días que soy su mejor amigo, casi un hermano.

—¿Qué hay de la plantación que pensabas comprar? — preguntó Alexander.

—Es muy difícil llevar un negocio desde la distancia — dijo William con voz pastosa —. Tendría que irme a América. Quizá lo haga, eso sería una solución a todos mis problemas.

—¿Solución? ¿De qué estás hablando? — Alexander lo miraba con el ceño fruncido y muy poca simpatía.

—¿Creéis que Caroline querría vivir en América? Podríais preguntárselo...

—Pero ¿no acabas de decir que no te casarías con una mujer que actuara por despecho?

—Pero podría enamorarla —dijo William sonriendo con cara de bobo —. Yo soy mejor que ese Helps. Cuando estoy sobrio al menos.

—¿Y eso cada cuánto pasa? — se burló Edward.

—Una vez cada tres días, más o menos — respondió James con expresión de cansancio —. Olvídate de Caroline, sobrio o ebrio me da lo mismo. No dejaré que le pongas una mano encima.

Los otros tres lo miraron con atención.

—¿Otra vez ejerciendo de hermano? — preguntó William y se echó a reír divertido —. ¿Te ha adoptado el barón?

—Puedes considerarme su hermano, su guardián o lo que te parezca, pero que te quede muy claro que no vas a usar a Caroline para que te saque esa flecha que otra te clavó en el corazón.

—¡Qué poético! —exclamó William poniéndose serio.

—Considéralo una advertencia amistosa.

De nuevo Alexander y Edward pasaban sus miradas de uno a otro con evidente curiosidad.

—Estos dos acabarán a golpes — dijo Edward.

—Desde luego —afirmó Alexander.

—¿Por quién apostarías?

—Por James —dijo Edward burlón.

—Tienes razón, William estará borracho.

—Hombre, una vez cada tres días deja poco margen.

—Sobrio, quizá apostaría por él — aseguró Alexander —. Bayan no quiso entrenarlo, pero lo cierto es que estuvo presente en casi todas sus clases. Siempre que hemos peleado le he

ganado, pero la verdad es que pega fuerte.

—Ya —asintió Edward—. Pero eso era cuando no bebía como una esponja.

—Desde luego. Parece mentira, siempre creí que el borracho serías tú.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Por ese carácter agrio que tienes. Bueno, que tenías. Emma lo ha suavizado bastante.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Antes ya le habrías dado una buena tunda a William y ahora mírate ahí tan tranquilo.

—Todavía no lo descartes, me estoy conteniendo.

—Sabéis que seguimos aquí, ¿verdad? — preguntó James levantando una ceja.

William se puso de pie tambaleándose y se dirigió hacia la puerta.

—¿Tú adónde vas?

—A por más vino. Aún no estoy lo bastante borracho para aguantaros.

* * *

Lavinia Wainwright miraba a su visitante con expresión complacida.

—Caroline, qué sorpresa más agradable.

—Espero no molestar, he venido sin avisar.

—¿Molestar? ¡Oh, desde luego que no! Siéntate, por favor. Pediré que nos traigan té y algunos dulces. No suelo tomar nada por las tardes, pero hoy haré una excepción.

Cuando las dos estuvieron sentadas Caroline fue la primera en hablar.

—El otro día lo pasé muy bien y había pensado que quizá podríamos... vernos de vez en cuando.

—Pienso lo mismo. Si no te he visitado yo desde entonces es una mera cuestión de timidez, no sabía si sería bien recibida en casa de los Wharton. Sé que no soy muy querida entre los miembros de tu familia.

Caroline sonrió abiertamente.

—No despiertas muchas simpatías, no. Pero creo que las circunstancias nos han acercado por algo, ¿no crees lo mismo?

—¿Te refieres al hecho de que nos hayan convertido en unas apestadas? — Lavinia asintió vehementemente —. Totalmente de acuerdo.

—Mi hermana pequeña siempre dice que las mujeres deberíamos estar unidas, sin importar rencillas particulares, por el bien de nuestros intereses. Cada día me doy más cuenta de la razón que tiene. Nosotras no hemos hecho nada malo. Hemos sido víctimas de las acciones de otros y, sin embargo, nos tratan como si hubiésemos cometido un pecado imperdonable.

Lavinia asintió con rostro serio.

—En cambio esos caballeros siguen con sus vidas como si tal cosa — afirmó.

—Uniremos nuestras fuerzas y no permitiremos que nos arrinconen. ¿Qué te parece?

Lavinia sonrió abiertamente conforme.

—Cuenta conmigo.

En ese momento llegó la doncella con el servicio de té y a Caroline no le pasó desapercibida la sorpresa que mostraron sus ojos al verla. No debían ser muy habituales las visitas como la

suya en esa casa. Colocó la bandeja en la mesa y se dispuso a servir las tazas. A Caroline le pareció que estaba excesivamente nerviosa y le sonrió para darle confianza, pero en lugar de calmarla provocó que la joven golpease una de las tazas con la tetera y el líquido ambarino se vertió sobre el platito que la sustentaba.

—¡Oh, lo siento! —dijo Caroline rápidamente aprovechando que Lavinia estaba colocando un cojín para su espalda —. ¡Qué torpe soy!

Lavinia fulminó a la doncella con la mirada pero rápidamente sonrió con simpatía para que su invitada no se molestase.

—Mary, pon más cuidado —dijo con una falsa sonrisa.

—Pobre Mary —se lamentó Caroline —, yo te hago verter el té y tu señora te regaña en lugar de llamarme la atención. A veces somos muy poco comprensivas, ¿verdad? Discúlpame, por favor. Y, por favor, Lavinia, no me avergüences más regañándola injustamente.

—Está bien. Vete, ya nos servimos nosotras.

—Puedo traer otra taza...

—No hace falta —dijo Caroline limpiando el platito con una de las servilletas.

—Cada día es más difícil estar contenta con el servicio — dijo Lavinia con evidente enfado.

Y mucho más difícil para ellos encontrar buenos señores, pensó Caroline.

—Tu hermana va a ser presentada ante la reina. Tengo entendido que es la primera Wharton que pasa por esa ceremonia. — Lavinia sonrió orgullosa —. Yo podría contarte algunos detalles que seguro se lo pondrán un poco más fácil.

—Adelante, Lavinia, cuéntame.

Capítulo 4



Harriet se esforzaba en no parecer nerviosa, aunque sus manos no colaboraban con sus esfuerzos. Hubiese preferido no tener que pasar por ese trámite y, al igual que Caroline, darse por «presentada» en el baile de los Everitt. Pero allí estaba, frente a la puerta del salón en el que la reina Carlota, esposa del rey y madre del príncipe regente, recibía a las jóvenes debutantes que tenían invitación para ese día, diecinueve de mayo de 1811.

El mayordomo real las iba nombrando una a una con un cierto margen para darles tiempo a hacer una reverencia y despejar el terreno a la siguiente. En algún momento la reina hacía un comentario o una pregunta y todo el proceso se ralentizaba, pero lo normal era que pasaran de forma ordenada y sin pausa.

El brillante suelo de mármol relucía con el sol que entraba por los enormes ventanales y lo proyectaba hasta resultar molesto dependiendo de dónde estuvieran situadas. Harriet frunció el ceño mientras buscaba una posición más cómoda que le permitiese ver algo. No solo era la reina, a su alrededor había un séquito considerable de damas y caballeros que cuchicheaban todo el rato y a los que la reina parecía escuchar con atención.

¿Qué dirán sobre mí? Espero que ninguno de ellos sepa de mis gustos, no creo que a su majestad le parezcan adecuados. Sonrió para sí mientras observaba la enorme estancia y avanzaba lentamente. Era un lugar magnífico, desde luego. Ojalá hubiese podido estar con las gemelas, pero claro ellas son hijas de un duque y ya hace rato que pasaron el mal trago. ¿Ese de ahí no es Lovelace? Que asco le tengo. ¿Por qué está aquí? No tiene hermanas a las que acompañar. Seguro que está buscando a su próxima víctima. Me encantaría una reunión privada entre él y mi jō, le iba a enseñar lo que...

—Harriet Wharton. Hija del barón de Harmouth, Frederick Wharton, y de la baronesa Meredith Wharton.

¿Yo? ¿Ya?

La joven enderezó aún más la espalda y comenzó a caminar con porte regio. Excesivamente regio en opinión de su madre que la observaba con el corazón tenso. Avanzó mirando al frente como si nada de aquello fuese con ella. La baronesa le había insistido en que no mirase al suelo directamente y por una vez en su vida fue de lo más obediente. Por eso no vio el pendiente que se le había caído a la debutante anterior y al pisarlo sobre un suelo tan pulido y cuidado su pie resbaló veloz dispuesto a derribarla gran estrépito. Claro que Harriet no llevaba años practicando toda clase de cosas inútiles como para que un resbalón la tumbase. Con gran agilidad cambió los pesos moviendo su cuerpo y consiguió equilibrarse con la flexibilidad de una caña de río. Después se agachó a recoger el pendiente y se lo entregó a la joven anterior que hizo varias reverencias excusándose. Todo esto delante de la reina Carlota que esperaba sin perder detalle.

—Su majestad... —Harriet hizo una profunda reverencia y permaneció unos segundos en esa posición antes de elevarse para continuar.

—Harriet Wharton, ¿no?

—Sí, su majestad.

—¿Dónde has aprendido a...? — Señaló hacia el lugar en el que había caído el pendiente.

—¿A no caerme? Bueno, son años de práctica, su majestad.

La reina sonrió al tiempo que asentía.

—Estoy segura que eso le evitará muchos disgustos a tu madre. — Miró alrededor —. ¿Dónde está *lady* Wharton?

Meredith se acercó rápidamente y realizó una reverencia igual a la de su hija mostrando una extraordinaria agilidad para su edad.

—Su majestad...

—Vaya, así que esta es la baronesa de Harmouth. ¿Cómo es que no nos conocíamos aún?

—Nos vimos una vez hace años, pero he cambiado mucho desde entonces — dijo Meredith sonriendo afable.

—Y yo, querida. Cada vez que me miro en un espejo me asusto.

Harriet sonrió sin poder evitarlo.

—Ya veo de quién ha heredado ese maravilloso pelo rojo esta niña — afirmó la reina.

En ese momento se anunció la llegada del príncipe regente que entró en la sala acompañado por su habitual séquito provocando una reverencia general de todos los presentes.

—Madre, veo que ya conoces a las Wharton. A dos de ellas, al menos. ¿Quién eres tú?

—Harriet, su alteza real —respondió sin levantarse de su reverencia, que le estaba provocando un temblor desagradable en la rodilla —. La penúltima de las Wharton.

El príncipe hizo un gesto para que todos volvieran a su posición normal.

—Ya veo. Entonces aún nos queda otra por casar — dijo con expresión pensativa.

—En realidad solo dos de mis hermanas están casadas. Aún falta Caroline. Y luego está Elizabeth, mi tía. La hermana de mi padre, que también es joven. En realidad es la mayor de todas. No digo que sea mayor, mayor, Elizabeth es joven. Muy joven, ciertamente. Y maravillosa. Quiero decir...

Enmudeció al ver la expresión de susto en la cara de su madre.

—¡Vaya! —El príncipe regente miró a la reina con sorna —. Madre, parece que vas a estar muy ocupada con este tema. Así que mejor dejo que sigas con ello para que puedas regresar a Frogmore cuanto antes, como, seguro, es tu deseo.

—Agradecemos tu acto de presencia, hijo — dijo la reina.

A Harriet le pareció detectar sarcasmo en su voz. El príncipe salió del enorme salón repleto de gente que de nuevo hicieron una reverencia, aunque esta vez no tan pronunciada, y la reina le indicó a Harriet con un gesto de su regia mano que continuara avanzando para que pudiera terminar el dichoso acto.

* * *

—¡Madre mía! ¡Madre mía!

Meredith atravesó el *hall* de su casa sin dejar la cantinela que Harriet llevaba escuchando todo el camino. No pensaba que nadie pudiera repetir tantas veces la misma exclamación.

—No ha sido para tanto, mamá.

—¿Que no ha sido para tanto? — Su madre se giró a mirarla horrorizada —. ¿Que no ha sido para tanto?

—¿Qué ocurre? —El barón las había escuchado llegar y miraba a su esposa con preocupación —. ¿Algo ha ido mal?

—¿Que si algo ha ido mal? ¡Dios Santo! Tendrías que haber estado allí, esposo. ¡No! Bendito sea Dios, menos mal que no has estado. ¡Qué vergüenza!

Caroline, Elizabeth y Elinor ya estaban allí también. Todos en el *hall*, incluido George, el mayordomo.

—Harriet ha hecho una acrobacia delante de la reina — dijo su madre horrorizada.

—¿Que has hecho qué? —El barón miró a su hija interrogador.

Elinor se echó a reír a carcajadas y Caroline negó con la cabeza.

—No ha sido una acrobacia. Pisé un pendiente y me resbalé — dijo mirando a su madre —. ¿Habrías preferido que me cayera?

—¡No! Lo que habría deseado era que caminases con elegancia hasta su majestad, hicieras tu reverencia y te alejaras con la misma elegancia que ya he mencionado. Pero no, tú tenías que dar el espectáculo y ahora su majestad nos conoce bien a las dos.

—Pensaba que te alegrarías de que quisiera conocerte.

—¿Alegrarme? ¿En estas circunstancias?

—A ella no ha parecido importarle el suceso. Y ha admirado nuestro pelo.

El barón las miraba a una y a la otra completamente desconcertado.

—Vamos al salón —ordenó y sin esperar respuesta caminó con paso firme seguido por las mujeres.

Una vez en el salón y con la puerta cerrada, Harriet fue conminada a explicar lo sucedido sin omitir detalle alguno. Salvo las exclamaciones y suspiros de su madre, nadie hizo el menor ruido durante la explicación y cuando terminó se hizo un tenso y profundo silencio que nadie parecía dispuesto a romper.

El barón se llevó las manos a la espalda y las cruzó antes de ponerse a deambular a un lado y otro de la habitación. Harriet se fijó en la palidez del rostro de su tía y Caroline volvió a negar con la cabeza. La única a la que parecía divertirle todo aquello era Elinor, que apenas podía disimular su risa.

—Supongo que en estos actos suelen pasar cosas... — dijo el barón mirando a su esposa.

Meredith se mordió el labio para no volver a exclamar el nombre de Dios.

—Deberíamos volver a Harmouth — dijo la baronesa convencida —. En Londres solo se va a hablar de esto.

Ojalá, pensó Caroline, así me dejarán en paz.

—No seas exagerada, querida.

—¿Exagerada? El príncipe se ha mofado de nosotras.

—No se ha mofado, mamá. Solo ha dado a entender que somos una familia interesante.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! —Meredith se recostó en el respaldo de la butaca con una mano en la frente.

—Será mejor que nos dejéis solos — pidió el barón mirando a su esposa con seriedad —. Vuestra madre y yo tenemos que hablar de esto con calma.

Las cuatro jóvenes salieron del salón y una vez se hubieron alejado lo bastante se pararon a hablar.

—No ha sido tan terrible —dijo Harriet convencida —. La reina me miraba con simpatía.

—Pues a mamá le va a dar algo — afirmó Elinor sin dejar de sonreír.

Harriet miraba a Elizabeth esperando que dijese alguna cosa, pero su tía se mantenía callada y con la mirada baja.

—Elizabeth... —Puso una mano en su brazo —. No quería mencionarte, es que me puse nerviosa.

—No pasa nada.

—Sé que ha sonado raro cuando lo he contado, pero si hubieses estado allí...

—Habría sido mucho más incómodo para ella, tonta — afirmó Caroline.

—No soy vuestra hermana, soy vuestra tía. De hecho, ni siquiera soy una Wharton de verdad, así que mejor no me incluyas en esta clase de asuntos.

—¡Elizabeth!

—Es la verdad, Harriet, ya estoy un poco cansada de tener esa presión sobre mis hombros. Mi nombre es Elizabeth Dodson, que era el apellido de mi madre. Y no tengo padre.

Sin esperar respuesta se alejó de ellas con paso decidido. Las tres hermanas se quedaron petrificadas.

* * *

Tuvieron que pasar unos días para que las cosas se tranquilizaran. La baronesa se relajó al comprobar que nadie hablaba de lo sucedido durante la presentación, más que algún comentario trivial y sin importancia sobre el traspies de Harriet y lo bien que lo había resuelto. El anuncio del compromiso de Joseph Lovelace con la hija del marqués de Valentre acaparó toda la atención y, probablemente, sería de lo único que se hablaría durante muchos días.

—Es horrible —afirmó Elinor durante el desayuno —. Ese hombre es despreciable.

—La vida es como es, niña — afirmó su madre encogiéndose de hombros —. Los hombres son los que mandan y no van a perjudicarse a sí mismos.

El barón levantó la mirada del diario y las miró con severidad, dando por terminada la conversación sobre un asunto tan escabroso.

—Es posible que Joseph Lovelace consiga hacer un buen matrimonio — intervino James —, pero eso no lo hace menos despreciable.

Caroline torció una sonrisa descreída.

—Sí, desde luego, no hay más que ver cómo Waterman, Hickton o Brisling lo desprecian.

—Esos caballeros son tan indignos como él y probablemente tienen algo que esconder. De no ser así...

—De no ser así tampoco harían nada, James. Todo el mundo sabe lo que trató de hacerle a Katherine y nadie ha cambiado un ápice su actitud hacia él.

—Nosotros sí —intervino el barón con evidente disgusto.

Su hija lo miró con tristeza.

—Nosotros no contamos.

—Alexander le dio una paliza — recordó Harriet.

—¿Y ya está? ¿Con eso queda todo arreglado? — insistió Caroline —. Y ahora ha dejado tirada a Lavinia para cambiarla por la marquesa y todos tan tranquilos.

—No me lo puedo creer —dijo Elinor —. ¿Estás defendiendo a esa bruja?

—¿No eres tú la que siempre dice que las mujeres deberíamos defendernos siempre?

Elinor cerró la boca y se tragó sus propias palabras.

—Haya paz, niñas —pidió su madre —. Estos no son temas para tratar en el desayuno.

—¿Por qué no dijiste que participarías en el concurso de esgrima? — preguntó Harriet mirando a James con disgusto —. Me habría gustado mucho verte ganar al conde Wickens.

—No era mi intención participar — aclaró —. Me lo pidió el señor Angelo y no pude negarme.

—¿De qué lo conoces? —preguntó el barón con curiosidad —. Tú no has sido alumno suyo.

—En el ejército todo el mundo conoce a la familia Angelo. Mi maestro de esgrima fue alumno de su padre.

—No sabía que los capitanes necesitaran saber esgrima — dijo Caroline —. Suponía que erais más de espada larga que de florete.

—En esgrima también se utiliza la espada — explicó él sin mirarla.

—Por desgracia —intervino el barón —, la esgrima no es solo un divertimento, hija y a la hora de defenderte de un enemigo con espada es imprescindible responder con la misma arma.

—¿Has matado a muchos enemigos, James? — preguntó Caroline mirándolo con fijeza —. ¿O los oficiales se limitan a dar órdenes desde su caballo para que sean los soldados los que hagan el trabajo sucio?

James posó sus ojos en ella y la frialdad que imprimió en esa mirada la caló hasta los huesos.

—No todos podemos ser Nathan Helps, Caroline, algunos tenemos que ensuciarnos el traje.

—Esta mañana tengo que hacer unos recados — dijo Elizabeth rápidamente para parar aquello —. ¿Necesitáis algo?

—¿Adónde vas? —preguntó la baronesa agradecida de que alguien derivase la conversación a temas menos escabrosos.

—Quiero encargar algunas telas.

—¡Oh! Bien hecho. Hace mucho que no te confeccionamos un traje nuevo. ¿Me traerás unas velitas con aroma de vainilla? Yo no puedo acompañarte, pero quizá vosotras... — Miró a sus hijas.

—Yo he quedado con Colin.

—Y yo prefiero no dejarme ver en público aún — pidió Harriet.

—Lavinia y yo vamos a ver las marionetas en casa de los Waterman — dijo Caroline con desgana.

—No os preocupéis. —Sonrió Elizabeth —, puedo ir sola perfectamente.

—Yo te acompaño —se ofreció James —. Tengo que enviar una carta y aprovecharé para comprar algunas cosas.

Elizabeth le sonrió agradecida y siguieron desayunando.

* * *

—¿Está segura de que quiere todas las telas del mismo color? — El señor Canning la miraba sin expresión.

—Completamente segura —confirmó Elizabeth mirando hacia fuera para comprobar que James ya la esperaba frente a la puerta.

—¿Quiere que se lo hagamos llegar a su casa o enviará a alguien a buscarlo?

—Encárguese usted mismo, así no tendré que estar pendiente.

—Muy bien, pues nos ocuparemos de todo. Que tenga un buen día. Y salude a su cuñada.

—Buenos días —saludó antes de salir de la tienda —. ¿Te he hecho esperar mucho?

—No —negó James con una sonrisa —, acabo de llegar. Hace un día magnífico para estar en la calle.

Caminaron hacia el lugar en el que los esperaba el cochero. Elizabeth se sentía muy cómoda con él. Tenían la misma edad, pero él se esforzaba en que pareciese que ella era más joven lo que era un gesto que cualquier mujer agradecería.

—Debe ser difícil para ti estar ocioso tanto tiempo.

—Es lo que llevo peor de estar en Londres. Al menos, cuando estoy en casa puedo ocuparme de algunos asuntos de mi padre. Además de salir a montar todos los días y otras actividades lúdicas. Tenemos un lago al que solemos ir a nadar — dijo sonriendo.

—Vivir en el campo es mi sueño — confesó sincera —. Me gustaría tener una pequeña granja con animales. No me gusta nada Londres.

James asintió y la ayudó a subir al landó con gesto galante. Subió tras ella y se sentó enfrente. El cochero se puso en marcha y durante unos segundos ambos contemplaron a sus conciudadanos con mirada pensativa.

—Londres es una gran ciudad — afirmó James.

—Desde luego. Y tiene muchas actividades. Teatros, conciertos, bailes, fiestas... — Sonrió.

—Hablando de teatro, ¿llegaste a ver alguna representación de «*El rey Lear*»?

—Hace tres años. Sabía que al rey Jorge no le gustaba nada por motivos obvios, pero no imaginé que llegarían a prohibirla.

—Yo también la vi, pero en Jamaica. — Sonrió —. Y no fue una versión muy buena, la verdad.

—¿Crees que está justificada una medida tan drástica? Está claro que la historia no tiene nada que ver con el rey.

—La locura es un tema muy delicado y la gente tiende a resaltar las similitudes y a hacer comparaciones. Aun así, no me gusta que se haya prohibido y temo que acaben haciendo lo mismo con el libro.

Elizabeth lo miró con preocupación.

—¿Tú crees? Dios Santo, espero que no. Nosotros tenemos un ejemplar en la biblioteca. ¿Habrá que esconderlo?

—A mí me regaló uno Edward. El original de Shakespeare, no la versión de Tate — sonrió malicioso.

—Muy propio de Edward... —Elizabeth enmudeció al ver algo en la calle que llamó su atención.

James siguió su mirada y apretó los labios con visible disgusto.

—¡Detenga el coche! —ordenó al cochero —. ¿Te parece bien?

Elizabeth asintió con firmeza.

—Ve.

James bajó del vehículo y cruzó la calle serpenteando para evitar los coches y los caballos que circulaban. Al otro lado, William caminaba tambaleándose hacia la entrada de una taberna. Vio que los dos hombres hablaban airados y parecía que James no lograba doblegarlo. Señaló hacia el landó y cuando William vio a Elizabeth toda su lucha cesó, mostrándose avergonzado. Finalmente, se dejó llevar sin oponer resistencia.

—Señorita Elizabeth —dijo quitándose el sombrero al sentarse frente a ella —. Disculpe mi estado, le aseguro que no entraba en mis planes encontrarme con nadie.

Arrastraba las palabras y sus ojos brillaban como dos luminarias. Pero eran las profundas ojeras y la piel demacrada lo que llamó más la atención de Elizabeth que se preguntaba por qué se estaba haciendo aquello.

—¿Una fiesta que duró demasiado? — preguntó James después de pedirle al cochero que tomara el camino de la casa de William.

El otro lo miró con expresión cínica.

—Algo así.

—La próxima vez pídeles a tus anfitriones que te dejen quedarte a dormir.

—Solo falta que me cobren por una habitación fija, ya me sacan bastante por las copas y la compa... — Se detuvo de golpe al ver la expresión asustada en el rostro de Elizabeth —. Mis disculpas, señorita, no estoy muy lúcido en este momento.

—No, desde luego —afirmó ella.

—Le pido que no tenga en cuenta nada de lo que diga mientras dure el trayecto.

—Pronto no se te podrá tener en cuenta nunca, si sigues bebiendo así — afirmó James severo —. Edward y Alexander se van a enfadar cuando sepan que te he encontrado en este estado en pleno día y en una calle céntrica.

—Pues no se lo digas —dijo sonriendo con cara de bobo —. Alguna ventaja debía tener que este año no viniesen a Londres.

Miró a Elizabeth suplicante y esta suspiró.

—No diré nada.

William sonrió agradecido y se inclinó hacia delante para cogerle la mano.

—Señorita Elizabeth, no debería estar soltera. Es demasiado guapa y demasiado buena, es un auténtico desperdicio.

James le dio un tirón para devolverlo a su sitio.

—Duérmete —ordenó—. Te aviso cuando lleguemos.

Pero William tenía los ojos fijos en Elizabeth y no parecía muy dispuesto a callarse.

—Otras se casan sin desearlo — dijo poniéndose serio —. Obligadas por un horrible padre capaz de hacer cualquier cosa para que se cumpla su voluntad. Padres que no dudan en utilizar a sus hijas como monedas de cambio entregándoselas a hombres despreciables incapaces de ver el daño que provocan.

Elizabeth comprendió que se refería a esa Seo-jeon de la que tanto había oído hablar.

—William... —James trató de detenerlo, pero Elizabeth le hizo un gesto para que lo dejase.

—¿Usted quiere casarse, Elizabeth? — preguntó con voz pastosa.

—No me lo planteo —confesó sincera.

—¿Por qué? Debería planteárselo. Estoy seguro de que hay muchos hombres que la querrían como esposa.

Ella sonrió con tristeza, pero no dijo nada.

—Siento no ser ese hombre — dijo rotundo —. Pero alégrese, no querría estar casada con un muerto, ¿verdad? Yo no le haría eso. A usted no.

Elizabeth frunció el ceño.

—No debería decir esas cosas de sí mismo. No está muerto.

—Sí lo estoy. Lo estoy. —Golpeó en el lateral del vehículo —. ¡Pare el coche, quiero bajarme!

El cochero hizo lo que le decía.

—Aún faltan dos calles —dijo James tratando de impedirselo —. En un minuto...

—No quiero ir a casa. —Lo apartó de un empujón y consiguió descender sin tropezar —. Lo siento, señorita Elizabeth, siento que haya visto a alguien tan patético. — Hizo una gran reverencia y a punto estuvo de dar con la cabeza en el suelo.

—William...

—Déjalo, James —pidió ella sujetándole del brazo.

Lo observaron alejarse dando tumbos hasta que se perdió por una calle lateral. Entonces Elizabeth le pidió al cochero que reanudara el viaje.

—Lo siento —se disculpó James—. No debería haber ido a buscarlo.

Elizabeth no dijo nada. No había nada que decir.

Capítulo 5



Llegar un mes antes de lo habitual tuvo sus consecuencias y más con el añadido de que faltaban Emma y Katherine, cuya madurez y buen criterio habría podido ayudar mucho. La presentación de Harriet distrajo la atención de la baronesa hacia su hija mediana durante un par de semanas, pero pronto los desmanes y malas decisiones de Caroline volvieron a ser el tema central de la mayoría de las conversaciones durante las cenas.

—No vas a ir a las carreras de caballos con Lavinia Wainwright y no se hable más — sentenció la baronesa mirando a su hija con una clara advertencia.

—¿Qué tiene de malo, mamá? — No se iba a rendir tan rápido —. No está mal visto que dos jóvenes vayan a esos eventos.

—¿Te crees que no me entero de lo que pasa cuando estáis juntas? Ya se ocupan algunas de venir corriendo a contármelo. ¿Qué daño te han hecho las señoritas Ashton para que las avergonzarais como lo hicisteis? No es propio de ti, Caroline. Reírte de sus vestidos... ¿Acaso no te hemos dado una buena educación?

Su hija desvió la mirada visiblemente incómoda. No tuvo nada que ver en aquello, pero lo cierto es que tampoco hizo nada para impedir que Lavinia se burlase de ellas. Incluso se le escapó alguna risita contenida cuando hizo mención de que sus vestidos habrían causado sensación veinte años atrás. La mirada de todos los presentes hizo que se avergonzara de sí misma y rápidamente escondió su sonrisa, pero no iba a demostrar debilidad, eso nunca.

—Yo no dije nada al respecto. Todo el mundo sabe que Lavinia tiene un humor un poco... ácido. Pero estaréis conmigo en que las señoritas Ashton deberían renovar su guardarropa. Era un evento en casa de los duques, no un paseo por el parque, mamá.

—Están solteras y no creo que gocen de una renta muy succulenta como para ir derrochando dinero en vestidos — apuntó Elinor mirando a su hermana con desdén —. No todas las solteras tienen un padre como el nuestro.

Lo dijo con maldad, pero no se dio cuenta de que indirectamente había atacado a Elizabeth y fue la expresión de su madre y la breve mirada a su cuñada la que se lo hizo ver.

—No quería decir...

—Lavinia Wainwright es una persona cruel, injusta y despreciable — dijo Elizabeth mirando a Caroline —. Deberías mantenerte alejada de ella si no quieres que los demás te hagan partícipes de sus mismos dones.

Harriet carraspeó dispuesta a desviar el tema.

—¿De verdad tendré que asistir al baile en Carlton House? — preguntó revolviendo la comida de su plato.

—Primero será el de los Everitt — dijo Caroline con expresión cínica —. ¡Esto no ha hecho más que empezar para ti!

—Las celebraciones en Carlton House con motivo del nombramiento del príncipe como regente son ineludibles, si no quieres ser castigada con la indiferencia de todos, Harriet — dijo su madre.

—Y no te conviene semejante cosa. — Caroline sonrió con malicia —. Con una apestada en la familia hay más que suficiente. Y estoy hablando de mí, por si alguien duda.

—Resultas un poco cansina con tu actitud — dijo Elinor —. ¿Cuándo vas a dejar de compadecerte de ti misma?

Todos la miraban con reprobación, incluso James que solía mantenerse al margen.

—No sé por qué os lo tomáis todo a la tremenda. Solo quiero divertirme y encontrar marido. Cuando Katherine hizo su lista no pensasteis que estuviese mal.

—Katherine no se hizo amiga de la peor persona de todo Londres — dijo Elinor.

—Caroline... —Su tía la miró con ternura —. Somos tu familia y te queremos.

—¡Oh, por favor! ¿Quieres dejar de ser Santa Elizabeth? Me irritas.

—Caroline... —Su padre la miró con severidad —. Si sigues por este camino me obligarás a tomar cartas en el asunto y te aseguro que yo no me limitaré a llamarte la atención como tu madre.

Su hija bajó la cabeza en señal de rendición y siguió comiendo dispuesta a no volver a decir una palabra. Estaba claro que todos estaban de acuerdo en que era una persona horrible y lo prefería a las miradas de lástima y el cuidado que ponían al hablar después de lo sucedido con Nathan y Edwina. La compasión la debilitaba y en eso Elizabeth era la que más daño le hacía.

—Van a ser tres días de celebraciones — intervino James con voz calmada —. Parece que el príncipe quiere abrir su casa al pueblo para que todo el que quiera pueda visitarla. No estoy seguro de que sea una buena idea, ¿usted que opina, barón?

—Pienso como tú, es muy arriesgado no poner límites. Se puede encontrar con una verdadera hecatombe.

—Nosotras asistiremos al baile y con eso demostraremos nuestra satisfacción por su regencia — dijo la baronesa —. De los eventos posteriores nos mantendremos alejadas.

* * *

Caroline se detuvo frente a la casa de las hermanas Ashton y enderezó los hombros al tiempo que llenaba de aire sus pulmones. No había estado en esa casa desde el año anterior y en esa ocasión

había ido acompañada de su prometido. Pero les debía esa visita, después de lo sucedido en casa de los padres de Alexander. Cruzó la verja y subió los peldaños de la entrada. Antes de que llamara una segunda vez la puerta se abrió y Poppy asomó la cabeza encogiendo los ojos para enfocar bien la vista.

—¡Señorita Caroline! —exclamó abriendo del todo mientras gesticulaba de tal modo que varios transeúntes la miraron con desaprobación.

—Espero no molestarlas —dijo mientras entraba, tal y como la mayor de las Ashton le había indicado.

—¿Molestarnos? ¡Por supuesto que no! — exclamó llevándola hasta la salita en la que esperaba Caitlin con gran interés.

—¿Es la señorita...? ¡Oh, sí, es usted! — dijo Caitlin al verla entrar —. ¡Qué sorpresa más agradable!

Caroline imaginó cómo debía sentirse la reina cuando entraba en cualquier lugar.

—Siéntese, siéntese, querida — pidió Caitlin —. Ahora mismo preparamos un té, ¿verdad, Poppy?

—Claro, Caitlin, enseguida voy. Tú quédate con nuestra invitada y charlad, charlad...

—He traído unos pastelitos — dijo Caroline mostrándole la caja que sostenía.

—¿Por qué ha hecho eso? No tenía que molestarse. Nosotras siempre tenemos pastelitos. ¿Verdad, Caitlin?

—Verdad, Poppy. Son nuestra debilidad, pero no se lo diga a nadie.

—Su secreto está a salvo conmigo — dijo Caroline.

—Pero siéntese aquí, vamos — pidió Caitlin mientras Poppy se dirigía a la cocina —. Este es el mejor sitio de la casa. Poppy y yo siempre nos peleábamos por sentarnos en él, así que optamos por repartirlo. Ella se sienta los días pares y yo los impares.

—Como buenas hermanas.

—Eso, como buenas hermanas — afirmó la pequeña de las Ashton con un gesto de complicidad.

—No sabía si tendrían alguna visita.

—¡Oh! Hace mucho tiempo que no viene nadie. Antes nuestros pastelitos de arándanos eran un reclamo para mucha gente, pero desde que la señora Helps aprendió la receta... Me refiero a su amiga Edwina. Insistió tanto en que la enseñáramos a hacerlos que no pudimos negarnos.

Caroline sintió que se le revolvían las tripas.

—No lo mencione delante de Poppy — pidió su hermana bajando el tono —. Está muy sensible últimamente y estas cosas le afectan demasiado. Esa receta era de nuestra abuela.

—Cuánto lo siento. Tranquila no diré una palabra.

—¿Qué cuchicheáis? —preguntó la otra que llegaba con la bandeja del té —. ¿Estáis hablando de la celebración del príncipe? Quitá eso de ahí para que pueda poner la bandeja, Caitlin.

—Perdona, Poppy, tienes razón. — Recogió los útiles de costura y los dejó sobre una mesita —. Estábamos haciendo algunos arreglos a los vestidos que nos trajo su tía.

Caroline la miró interrogadora.

—¿No se lo ha dicho? Vino esta mañana con un par de vestidos que no se pone y nos preguntó si nos los quedaríamos nosotras. Le daba pena deshacerse de ellos porque están sin

estrenar. Poppy y yo nos quedamos muy sorprendidas, ¿verdad, Poppy?

—Verdad, Caitlin. Los vestidos son preciosos, no entendemos por qué no se los ha puesto nunca. Son esos que están en el sofá.

Caroline miró los dos vestidos y se mordió el labio sorprendida. Eran los más nuevos que tenía Elizabeth, se los había hecho para esa temporada. Su madre se enfadaría muchísimo si se enterase que se había deshecho de ellos.

—¿Por qué no asiste su tía a ningún evento? ¿Guarda alguna clase de luto? Poppy y yo lo hablábamos hace un rato y no lo entendemos, ¿verdad, Poppy?

—Verdad, Caitlin. Son los vestidos más bonitos que hemos tenido nunca. Yo tendré que hacerle un pequeño arreglo al mío, pero a Caitlin le queda como un guante. Siempre ha sido muy esbelta.

—Es que a ti te gustan demasiado los dulces, deberías cuidar un poco más tu figura.

Su hermana contuvo una risita con expresión avergonzada.

—Es que son mi perdición, me gustan tanto... ¿A usted le gustan los...? ¡Están llamando a la puerta! — exclamó emocionada.

—Sí, Poppy, están llamando — dijo Caitlin levantándose para ir a abrir.

Caroline maldijo en su cabeza, esperaba que no fuera alguien a quien no quisiera ver, como Edwina Helps.

—¡Oh, qué sorpresa! Pase, pase... — La voz de Caitlin se fue acercando a la sala —. Mira quien ha venido a visitarnos, Poppy.

James apareció tras ella con una expresión serena y ojos inquisitivos.

—¡Señor Crawford! —exclamó la mayor de las Ashton al verlo —. ¡Esto sí que es una sorpresa! Voy a por una taza para usted. Acababa de servir el té así que está calentito. Siéntese, siéntese...

—No quiero molestarlas —se disculpó —. He visto entrar a Caroline y...

—Oh, no molesta en absoluto — dijo Caitlin con una enorme sonrisa —. Tome asiento, por favor. La señorita Caroline ha traído unos pastelitos que seguro que están deliciosos.

Caroline lo miraba con los labios apretados y controlando su expresión para que no se notara lo molesta que estaba. Era el colmo que la hubiese seguido hasta allí.

—A James no le gustan los dulces, ¿verdad, James? — dijo imitando la coletilla que tan arraigada tenían las dos hermanas —. Él prefiere sabores más fuertes, recuerde, Caitlin, que es un aguerrido oficial de su majestad.

Él sostuvo su mirada y sonrió levemente.

—Me gustan los dulces, Caroline, como sabes bien ya que almuerzo y ceno todos los días en tu casa. En cuanto a los sabores más fuertes, lo cierto es que tengo un paladar poco exquisito, así que me como lo que me ponen en el plato.

—Aquí está su taza —dijo Poppy poniéndosela delante.

Cuando estuvieron todos sentados las dos hermanas miraron al recién llegado con expresión admirada. Caroline se dio cuenta de que lo encontraban verdaderamente atractivo y lo miró con ojo analítico. ¿James guapo? Hizo una imperceptible mueca de duda. Sí, tenía unos rasgos hermosos y sus ojos, de un azul extraordinariamente claro, sonreían casi más que sus labios. Los labios... mmm, podría decirse que eran bonitos, y su mandíbula marcada le daba un aspecto muy masculino. ¿Eso de la barbilla era un hoyuelo...?

—Así que ha venido siguiendo a la señorita Caroline — dijo Poppy sonriendo con picardía —. Vaya, vaya...

—Hacen una pareja maravillosa, ¿verdad, Poppy?

—Verdad, Caitlin.

—¡Oh, no, no! —Se apresuró Caroline al borde de un colapso —. El señor Crawford y yo solo somos amigos. Él es como... un hermano para mí.

Las hermanas no ocultaron su desilusión. Los miraron alternativamente y luego entre ellas.

—¡Qué desperdicio! ¿Verdad Caitlin?

—Y que lo digas, Poppy. ¡Qué desilusión!

Caroline casi sintió pena por haberlas desilusionado de ese modo, pero al mirar a James su torcida sonrisa le devolvió las ganas de discutir con él.

—Aunque James no fuese como un hermano, tampoco me fijaría en él de ese modo. No me gustan los soldados.

Las hermanas Ashton la miraron confusas.

—¿No le gustan los soldados? — preguntó Caitlin y miró a su hermana interrogadora —. ¿Ha dicho que no le gustan los soldados, Poppy?

La otra asintió con la cabeza varias veces con expresión apenada.

—No me gustan los hombres cuya profesión consiste en matar o morir. Y tampoco sería la esposa de un hombre que se marcha sin saber si va a volver. Me temo que no tengo vocación de viuda.

—¡Dios Santo! —exclamó Poppy asustada —. Qué manera de decirlo, señorita Caroline.

—¿Qué haríamos sin nuestros soldados? — preguntó Caitlin con incredulidad —. Napoleón se habría instalado en Windsor si no fuera por ellos.

—No digo que no crea que tiene que haberlos, por supuesto, alguien tiene que hacer esa labor, pero ¿casarme con uno? ¡No, por Dios! — Se rio a carcajadas.

James la miraba con una mezcla de interés y desprecio. ¿Quería que alguien la protegiera, pero que lo hiciera desde lejos?

—Pero el señor Helps era un oficial — recordó Poppy —. Y usted era su prometida.

Caroline se dio cuenta de la trampa en la que se había metido solita.

—Pero recuerda, Poppy —dijo Caitlin —, que ese caballero no era «esa clase de soldado».

—Ah, ¿no? —preguntó James interviniendo en la conversación —. ¿Y qué clase de soldado era el señor Helps?

La mayor de las Ashton se colocó bien en la silla para responderle.

—Pues, ya sabe, un oficial de esos que se quedan en casa. De los que mandan desde lejos.

—¿Cómo van a mandar desde lejos, Poppy? Ni que tuvieran el don de la ubicuidad.

—Que sí, Caitlin, que envían cartas a las tropas para que sepan adónde tienen que ir y con quién tienen que luchar.

—¿Por carta?

—Claro, por carta. Tienen mensajeros para eso. Es que no lees nada, Caitlin, mira que te lo tengo dicho: tienes que informarte. El señor Helps siempre lo decía, ¿no te acuerdas? Que en el ejército tiene que haber hombres que luchen y hombres que los dirijan.

—¿Y él era de los que los dirigen?

—Eso decía, sí. Tienes que leer el periódico, se aprende mucho.

Las dos hermanas se habían colocado frente a frente y parecían haber olvidado que tenían visita.

—No me gustan los diarios, solo cuentan cosas malas — dijo Caitlin con expresión infantil.

—Eso no es cierto, el otro día leí que un hombre de Netherfield había salvado a una familia de un incendio. Él solito sacó a toda esa familia de su casa.

—¿Y un incendio te parece una buena noticia?

—Se salvaron todos —argumentó Poppy convencida.

—Pero perdieron su casa. ¿Qué será ahora de esa pobre familia?

James y Caroline se sintieron como dos intrusos.

Cuando salieron de la casa después de una taza de té y algún que otro pastelito, Caroline ya no parecía enfadada.

—No te he seguido —explicó James sin que ella le preguntase —. He ido a visitar a un antiguo superior que vive cerca de aquí y al regresar te he visto entrar.

Escrutó su rostro para ver si decía la verdad y finalmente asintió aceptando su explicación.

—No sabía que tenías amigos en Londres.

—Es el coronel retirado Thomas Lowdon.

Caroline no había escuchado ese nombre jamás.

—Fue relevado del servicio después de perder una pierna — añadió James.

—Dios Santo —musitó horrorizada —. Y yo hablando de... Siento haber dicho esas cosas, lo creo firmemente, pero no debería haberlo dicho delante de ti y menos después de que hayas visitado a ese amigo.

—No puedo reprocharte que no quieras casarte con un soldado. Yo mismo tengo claro que no me casaré nunca.

—¿Lowdon está casado?

James asintió levemente.

—Y su mujer tiene la mirada más triste que yo haya visto — musitó con pesar —. Se casó con un hombre entero y fuerte y ahora vive con uno débil, roto y angustiado.

—Es injusto para los dos, pero es a lo que me refería. Algunas mujeres solo ven los uniformes impecables y lo bien que os sientan — dijo señalándolo como ejemplo —. No quieren ver el sufrimiento que tendrán después, cuando sus maridos se marchen y no vuelvan. O como tu amigo, vuelvan...

James tenía muchas experiencias que corroborarían sus certezas.

—He visto soldados cojos, mancos o ciegos, a los que abandonaron sus esposas al regresar a casa. Algunas lo hacen porque no pueden soportar el sufrimiento, otras porque aquel que regresa no se parece en nada al hombre del que se enamoraron. Están amargados, enfadados con el mundo... — Negó con la cabeza —. Es muy poco inteligente permitir que los soldados se casen. Se pasan el tiempo idealizando lo que dejaron en casa y luego, cuando vuelven, la realidad no se parece en nada a sus fantasías. Yo estoy satisfecho con mi vida, no tener que preocuparme de una familia me da la libertad de actuación que necesito cuando estoy en peligro. Todo es más fácil.

Caroline se dio cuenta de que era sincero y, después de muchos meses de desconfianza, pudo verlo de nuevo como a un amigo.

—Volvamos a casa —sonrió.

Capítulo 6



Caroline y Harriet entraron juntas en el salón. Su madre se había quedado conversando con la condesa Fairfax y el barón había desaparecido, como hacía siempre.

—No me dejes sola —pidió Harriet sin apenas mover los labios.

—Deberías haber aceptado visitas. Ahora ya tendrías una idea de con quién deberías bailar y con quién no.

—Tú podrías hacerme una lista.

Caroline miró a su alrededor y comenzó a decirle nombres que sí y nombres que no. Después de unos pocos minutos Harriet se había hecho una idea bastante clara de lo que quería hacer: volverse por donde había venido. Por suerte en ese momento aparecieron las gemelas y su rostro se iluminó de alegría.

—¿Puedo? —suplicó con ojos inocentes.

Caroline hubiese querido decirle que ella tampoco quería quedarse sola, pero se encogió de hombros con fingida indiferencia y su hermana se esfumó. Durante unos minutos permaneció en el mismo sitio contemplando con desinterés al resto de invitados, tanto a los que charlaban en animados corrillos como a los que bailaban, pero pronto se cansó de sentirse observada, pues ya había captado más de un codazo y cuchicheos mal disimulados. Le dieron ganas de gritarles a todos: *Sí, estoy sola*. Pero por supuesto, eso no la habría ayudado en nada.

Decidió acercarse a alguno de los comedores en los que habían dispuesto las mesas para la cena de pie y entretenerse comiendo algo hasta que llegara Lavinia Wainwright, la única persona que, al parecer, le dirigiría la palabra esa noche. Caminó junto a las mesas sin saber qué elegir entre tantas apetecibles viandas. Junto a uno de los ventanales vio a su padre hablando con el padre de Nathan Helps y tras un primer momento de sorpresa la curiosidad tomó el control de sus actos y la llevó a acercarse con disimulo, ocultándose para no ser vista.

—... me alegra saber que comprende la situación, barón, lamentaría muchísimo que una relación de amistad de tantos años se viera enturbiada por la actitud de nuestros jóvenes hijos.

—Ya le he expresado mi opinión al respecto y con esto queda zanjado el tema.

—¿Amigos entonces?

Caroline giró la cabeza para ver como su padre asentía. Miró de nuevo la mesa que tenía frente a sí y de pronto toda aquella comida le provocó ganas de vomitar. Salió del comedor a toda prisa y en el pasillo hacia el salón de baile se topó con la última persona que necesitaba ver en ese momento.

—Caroline...

Nathan Helps estaba frente a ella y la miraba con una expresión entre asustada y petrificada.

Por un instante tuvo el impulso de hacerle un desplante, uno que lo dejara en evidencia delante de todos y lo avergonzase lo suficiente como para desear que fuese un hombre al que poder retar a un duelo. Pero en el último momento comprendió que eso solo iba a perjudicarla a ella y desistió.

—Señor Helps —dijo ella haciendo una ligera inclinación de cabeza.

—Me alegro de... verte. Yo... Quería decirte...

—Si me disculpa, iba...

James observaba la escena desde una prudencial distancia y en cuanto vio salir del salón a Nathan Helps comprendió lo que pretendía. Ese hombre le ponía los pelos de punta. Además de ser despreciable y altanero se pavoneaba por allí como si no hubiese roto un plato en su vida. Si alguna vez lo tuviese bajo su mando, se iba a enterar de lo que es bueno. Pero eso no iba a ocurrir, no le cabía la menor duda. ¿Cómo se había fijado Caroline en un hombre así? ¿Tan ansiosa estaba por casarse que no podía esperar a un candidato mejor? Supuso que le resultó atractivo, estaba claro que lo era, pero ¿es que no tenía más aspiraciones que esa? Moviò la cabeza y de pronto todas las alarmas se encendieron en su cabeza. Nathan la sujetaba del brazo mirando a su alrededor y tiró de ella hasta un salón vacío, cerrando la puerta tras él. James apretó los labios y buscó un lugar en el que dejar su copa.

—¿Qué haces? —preguntó asustada cuando lo vio apoyar la espalda en la puerta para impedir que escapara.

—Tienes que escucharme.

—No tengo por qué hacer nada.

—No quise hacerte daño.

—¿Qué no qui...? ¡Oh, Dios! ¿Cómo se puede tener tanta desfachatez?

—Perdí la cabeza. Edwina me embaucó y yo caí en la trampa. Pensé que podía estar embarazada, hubiera sido un escándalo para mi familia...

—¡Basta! Encerrándome aquí pones mi buen nombre en riesgo y ya me has hecho bastante daño, ¿no crees?

—Solo estamos hablando.

—¿Tras una puerta cerrada y sin testigos? Si no te apartas ahora mismo te juro que me pondré a gritar...

En ese momento alguien empujó la puerta con tanta fuerza que lanzó a Nathan hacia delante y a punto estuvo de hacerlo caer de bruces.

—¿Qué está haciendo? —preguntó James con expresión furibunda.

—Solo estábamos hablando.

James miró a Caroline y el aspecto de ella le dijo todo lo que quería saber.

—Salga de aquí ahora mismo o le arranco la cabeza. Si vuelve a incomodar a la señorita le mostraré con gusto mi destreza con la espada.

Nathan miró a Caroline y después a James y sin más salió de allí dejando la puerta abierta.

—¿Estás bien?

Caroline asintió, pero su cuerpo temblaba como una hoja y no había forma de disimularlo.

—Me arrastró hasta aquí, yo no...

—Lo he visto, tranquila.

Ella se dejó caer en una butaca y apoyó la cabeza en una mano como si le pesara.

—Temía este momento. Escuchar sus retorcidas excusas...

—Será mejor que regresemos al baile o daremos que hablar.

—Preferiría irme a casa.

—¿Y darles ese gusto? —James se acercó y le tendió la mano —. De ninguna manera. Vamos, Caroline, tú no eres tan débil.

La cogió de la mano y la llevó suavemente hasta el salón de baile. Caminaron entre la gente y los ojos de Caroline se cruzaron con los de Edwina un momento. ¿Era odio lo que vio en ellos? Apartó la mirada y se centró en la de James. Solo tenía que mirarlo a él y no pensar en nada que no fuera la música.

—Contemos cuántas veces se toca la peluca el señor Fitzpatrick. No estoy seguro de si lleva un compás de tres por cuatro o de cuatro por cuatro. ¿Qué opinas?

Caroline no pudo evitar contarlos mentalmente y se sintió fatal por divertirse con ello.

—Eres malvado —musitó.

—No es mi intención criticarlo por cubrir su desnudez, al contrario, lo único que llama mi atención es la constancia de su mano para asegurarse de que «aquello» sigue en su sitio. Un, dos, tres. Un, dos, tres. Definitivamente es un compás de vals.

Caroline apretó los labios conteniendo la risa y se alejó de él para girar alrededor de otro de los bailarines de la cuadrilla con el que se cruzaba en su diagonal. Después de algunos pasos más volvió a estar a la altura de su pareja de baile y a expensas de sus comentarios jocosos.

—Tuve un soldado en mi compañía que tenía que santiguarse tres veces antes de cada batalla — le explicó —. Era tan importante para él que una vez en una emboscada casi lo matan porque en lugar de empuñar su sable se puso a santiguarse. Creo que al juez Bartholomew le ocurre algo parecido. — Bajó el tono para que solo ella lo escuchara —. Cada vez que una dama pasa por delante de él, se santigua. Creo que teme que se le aparezca Lucifer para llevarse su alma. ¿Sabes qué hay quien dice que tiene más de doscientos años?

Caroline miró hacia el venerable anciano que estaba sentado cómodamente en un sillón apartado. Todo el mundo bromeaba con su edad, pues parecía haberse detenido el tiempo para él. Los que lo conocían desde entonces aseguraban que no había cambiado apenas en los últimos cincuenta años. Y entonces pasó frente a él la señorita Darrell y el hombre se santiguó haciendo que Caroline soltase una sonora carcajada. Eso llamó la atención de sus compañeros de cuadrilla y de otros que solo miraban y se mordió el labio intentando contener la risa.

James miró aquel labio mordido y algo se removió en su interior.

—¿Te apetece que comamos algo? — preguntó en cuanto la música cesó.

Caroline asintió sonriente. Se sentía bien, hacía demasiado tiempo que no se reía con tantas ganas. Miró la espalda de James mientras caminaba de su mano entre toda aquella gente.

Desconocía aquella faceta suya, no sabía que fuese tan bromista y divertido. Lo de que bailaba bien, lo sabían todas las Wharton, pero es que era un excelente compañero de baile en todos los aspectos.

—Espera aquí —dijo acompañándola hasta un rincón menos saturado de invitados—. Te traeré un plato. ¿Alguna preferencia?

Caroline le señaló algunas viandas y se aseguró de que no hubiera en su plato ni zanahorias ni remolacha. Mientras esperaba miró a su alrededor para comprobar que Nathan y su querida esposa no se hallaban cerca.

—Es amigo de la familia, por eso se ocupa de ella...

Frunció el ceño al reconocer la voz de *lady* Peal, la mayor cotilla de Londres.

—Por supuesto, ningún caballero se acercaría a ella con intenciones serias —respondió otra voz que no pudo identificar—. A saber qué cosas pudieron suceder con quien tú ya sabes...

—No deberían pedirle tanto a ese pobre muchacho, tener que llevar esa carga durante el poco tiempo que tiene antes de volver con su compañía. No es justo.

—Desde luego que no. Lo suyo sería quedarse en casa, ¿no crees?

—Si tuviera dos dedos de frente... Pero ya sabemos cómo son algunas jovencitas.

—Y más siendo el año de debut de su hermana. ¿Es que no le importa perjudi...?

James, que regresaba con los platos, miró por encima del hombro de Caroline con fijeza. Las voces se detuvieron inmediatamente. Caroline estaba completamente roja y su expresión era tan desvalida que lo conmovió. Había escuchado lo bastante de la conversación para saber lo que estaba pensando. Dejó los platos sobre una mesa y la cogió del codo para guiarla hasta la terraza, lejos del ruido y del alcance de las malas lenguas. Caroline agradeció el frescor de la noche en sus ardientes mejillas.

—La gente habla —dijo él—. No debes escucharlos.

Caroline asintió, pero sus manos seguían crispadas y retorciéndose una dentro de la otra.

—Tienen razón —dijo evitando su mirada—. Y siento que mi padre te haya obligado a hacer esto. No es justo para ti.

—No siempre eres encantadora —dijo él con tono burlón—, pero la verdad es que esta noche me estoy divirtiendo.

—¿Lo de las bromas también es cosa suya? Porque lo cierto es que me han hecho reír y papá no es precisamente gracioso.

—No volvamos atrás, Caroline —pidió mirándola serio—. Somos dos amigos que se han hecho compañía mutuamente. Lo que digan...

Caroline le dio la espalda para que no viera la rabia en sus ojos.

—Ojalá pudiera entrar en ese maldito salón y gritarles a todos lo que pienso de ellos y sus códigos de conducta —dijo entre dientes—. Ojalá pudiera abofetear a Nathan y arrancarle los pelos a Edwina. Ojalá supiese usar el *jō* como Harriet.

—Esos son muchos «ojalás».

—Búrlate, me lo merezco por ser una estúpida. Por un momento...

James miró su perfil con interés.

—¿Por un momento qué? Termina la frase.

Caroline lo miró y había fuego en sus ojos. Un fuego intenso y abrasador.

—Por un momento me he olvidado de lo podridos que están todos. De sus mentes retorcidas que no tienen ni un ápice de compasión. Casi me he sentido como antes de... todo.

—Eso es bueno.

—¡No! —exclamó casi desvalida—. Es todo lo contrario a bueno. ¿Es que no lo entiendes? Eso me debilita. Me deja indefensa ante ellos. Perdonaría a Nathan. Casi podría volver a ser amiga de Edwina con un poco de paciencia por su parte. ¡Claro que no lo entiendes! Nadie puede entender cómo soy y esa horrible manía que tengo de comprender a los demás, de justificar sus actos. — Negó con la cabeza tratando de contener las lágrimas —. Tengo que ponerme una coraza protectora, una de un metal muy sólido que impida que nada de lo que hay fuera entre dentro de mi corazón. Si no lo hago volverán a utilizarme, a aprovecharse de mí y yo volveré a odiarme por ello. Apártate de mí, James, no me trates como si fueses mi amigo.

—Eso va a ser complicado porque soy tu amigo — dijo poniéndose serio.

—No lo eres —negó con la cabeza con expresión dolida —. Sé que en estos meses te habrías lanzado por la ventana en más de una ocasión.

—De la del salón Cotton, probablemente — se burló.

—Sigues las órdenes de mi padre, no lo niegues. Ni siquiera habrías venido a este baile de no ser por eso, ¿me equivoco? — Él no lo negó y mantuvo su mirada impasible —. Mis padres quieren que me olvide de que ni uno solo de los que antes se morían por bailar conmigo se atreve a acercarse a mí. Que no vea que esos dos traidores se pavonean por todo Londres sin pudor ni vergüenza. Pero no puedo hacerlo. Ni siquiera por ellos.

—¿Y de qué te sirve verlo? ¿Por qué tu vida debe reducirse a lo que otros hagan?

Caroline sentía que las lágrimas le quemaban los ojos como ácido y no quería dejarlas salir. Debía ser fuerte. Debía ser fría. Dejó de retorcerse las manos y respiró hondo para que el frescor de la noche entrase en sus pulmones y relajase sus nervios. James vio de nuevo aquella expresión cínica y arrogante que tanto le desagradaba.

—Gracias por preocuparte por mí, James, pero no te necesito. Lavinia ya debe haber llegado, así que iré a buscarla.

—Ella no es la solución, Caroline — dijo con suavidad —. Solo te hará más daño.

—Descuida. Todavía tengo el puñal que me clavó Edwina en la espalda, no voy a dejar que nadie se acerque lo bastante como para volver a hacerme daño.

Dijo «nadie» con una mirada que no dejaba lugar a dudas.

—Te estaré vigilando —le advirtió cuando le dio la espalda para regresar al salón.

—Vigila a Harriet, así descansas de mí un poco. No olvides que este año ella es la debutante y va a recibir muchas atenciones. — Se volvió a mirarlo antes de entrar —. O, mejor aún, hazte un favor y deja de ser el perrito faldero de mi padre y vive tu vida. También tienes una.

James se quedó solo y se llevó la mano a la nuca con expresión reflexiva. ¿Por qué se lo tenía que poner tan difícil?

* * *

—No quiero bailar más —pidió Harriet escondiéndose detrás de Enid —, por favor, no permitáis que se me acerque ninguno más.

—Pero si es muy divertido — dijo la gemela haciéndola salir de su escondite —. Yo he bailado más que tú.

—Y yo —afirmó Marianne—. Y he contado que has dicho al menos seis veces que no. Eso debe ser alguna clase de récord.

—Quiero irme —gimió Harriet.

—Pues no puedes —sentenció Enid mirándola muy seria —. Harriet, por favor, deja de...

—¡Dios mío! —exclamó la pelirroja irguiéndose de repente —. ¿Quién es ese?

Las gemelas se giraron para mirar hacia donde señalaba con la barbilla y vieron a un oficial joven y atractivo hablando con Jacob Burford.

—Es el capitán Chantler —anunció Marianne —. Cenó en casa hace una semana.

Harriet miró a su amiga con ojos muy abiertos.

—¿Cenasteis con él y no me lo habéis mencionado siquiera?

Las gemelas se miraron confusas.

—¿Y por qué íbamos a mencionártelo? Fue bastante aburrido. Papá y él solo hablaron de barcos y de saqueos...

—¿Saqueos? —A Harriet le parecía cada vez más interesante el tema.

—Por lo que pude entender mientras prestaba atención — relató Enid —, Jacob Burford lo ha contratado para que capture a *Bluejacket* y recupere todo lo que el pirata le ha robado en los últimos meses.

—Burford está obsesionado con eso — intervino Marianne —. Es lo que dice papá.

Su hermana asintió.

—Según él, Burford está dispuesto a perder dinero con tal de que lo capturen y lo cuelguen.

— Enid arrugó la frente con desagrado —. No me cae bien ese hombre. ¿Y a vosotras? Hay algo siniestro en él.

Las otras dos asintieron con la cabeza.

—Chantler es capitán de la armada de su majestad — explicó Marianne —, pero el almirantazgo lo ha puesto al servicio de los buques comerciales para protegerlos y tratar de capturar al pirata. Él aseguró que no necesitaba más apoyo, que con su barco y su tripulación se bastaba para esa labor. Parecía muy seguro de sí mismo.

—¿Está casado? —preguntó Harriet sin apartar la mirada de él.

—¿Te interesa? —exclamó Enid sorprendida —. ¿No es un poco mayor? Debe tener más de treinta años.

—Es guapísimo —suspiró su amiga extasiada —. Y parece tan... valiente.

—Podríamos presentártelo —ofreció Marianne.

Harriet miró a la gemela como si acabase de aparecerse ante ella el mismísimo Bayan, el monje ciego que entrenó a Alexander y que no perdía la esperanza de conocer algún día.

—¿Ahora?

—Bueno, tendremos que esperar a que termine de hablar con Burford. No querrás que los interrumpamos.

—Esperaré lo que haga falta.

En ese momento se acercó un joven a pedirle un baile y ella se excusó argumentando que le dolía un pie por todos los pisotones que había recibido. Todo ello con una dulce y serena sonrisa. Sus dos amigas la miraron sin dar crédito a su nula mano izquierda.

* * *

—Encantado de conocerla, señorita Wharton.

—Harriet —aclaró ella con cara de boba —. Señorita Harriet, Wharton solo es mi hermana mayor. Era, porque ahora es señora Wilmot.

—Señorita Harriet, pues. ¿Me haría el gran honor de concederme este baile, señorita Harriet?

¿Concedértelo? Te lo habría suplicado de rodillas si no me lo hubieses pedido. No lo he dicho en voz alta, ¿verdad?

—Estaré encantada —respondió esforzándose en que su voz sonase normal.

Iniciaron el baile y de cerca aún le pareció más atractivo e imponente. Era muy alto y fuerte, a juzgar por cómo le quedaba el uniforme. ¿Por qué están tan guapos con uniforme?

—Tengo entendido que es usted un cazador de piratas. — A bocajarro y sin preámbulos.

El capitán levantó una ceja, sorprendido y después soltó una carcajada.

—Nunca me habían llamado eso. Pero técnicamente, no puedo negarlo.

—¿Y cree que podrá atrapar a *Bluejacket*?

—Eso espero, sí. Sus últimas fechorías han pasado todas las líneas que un hombre decente nunca debería cruzar. Está claro que merece la horca y voy a encargarme de que acuda a su cita lo antes posible.

Harriet sintió que se le secaba la boca al pensar en semejante castigo.

—¿Es cierto lo que cuentan? ¿Que es inglés pero trabaja para los franceses? — preguntó con curiosidad.

El capitán asintió con vehemencia.

—Lo que lo convierte en un traidor, además de en un criminal. En su último ataque mató a un oficial y a dos subordinados lanzándolos por la borda atados de pies y manos.

—¡Qué crueldad!

—No entraré en más detalles, pero le aseguro que la crueldad es una de sus insignias.

Los ojos del capitán tenían el color de la miel y unas pintitas negras que le recordaron al chocolate. Harriet casi se relamió de gusto contemplándolo.

—Tengo entendido que este es su primer baile — dijo él con su voz aterciopelada y suave —. Espero que los caballeros con los que ha bailado hoy hayamos estado a la altura de sus expectativas.

Harriet sonrió coqueta, aunque no fue un acto voluntario ya que no tenía ni la menor idea del arte de seducir que otras jóvenes a su edad ya dominaban a la perfección. Se mordió el labio para contener la afirmación que pugnaba por salir de su boca de manera que solo pudo sonar en su cerebro, con tono alto y claro.

Tú los has eclipsado a todos. Desde luego, esta es la mejor noche que podía soñar y la recordaré para siempre como la noche en la que conocí al hombre con el que compartiré el resto de mi vida.

Capítulo 7



Caroline entró en su habitación agradeciendo que Elizabeth ya estuviese dormida. Se desvistió rápidamente y deshizo el peinado que tanto le había costado hacer a Martha, la doncella que mejor peinaba de la casa. Claro que, para el servicio que le había hecho, podría haberla peinado Kitty. Se cepilló el cabello con excesiva fuerza, necesitaba sentir algo lo bastante potente como para liberarla de la angustia que atenazaba su estómago, y el dolor le valía.

Se metió entre las sábanas dejando las cortinas de la ventana descorridas para ver el cielo oscuro e indiferente. Cerró los ojos, pero su mente divagó entre los sucesos de esa noche sin encontrar la paz que necesitaba para conciliar el sueño. Volvió a abrirlos y miró hacia la cama de su tía que dormía plácidamente. ¿Cómo podía dormir tan tranquila con la vida que se veía obligada a llevar? Al menos ella siempre había tenido un padre y una madre.

Ahucó la almohada sin encontrar la posición óptima y colocó las dos manos debajo de la cabeza. El rostro de Nathan se materializó frente a ella y en lugar de desprenderse de esa imagen, lo miró a los ojos como si estuviese allí mismo. ¿Qué pretendía? ¿Que lo perdonase por traicionarla de la manera más vil y cobarde? ¿Que aceptase que no había querido hacerle daño? ¿Que no había sido culpa suya? ¿O es que acaso se había cansado ya de su flamante mujercita y quería comer del plato que había rechazado? Edwina... Orgullosa mientras se pavoneaba por el salón de los Everitt como una gallina clueca. El modo en que la había mirado era de lo más revelador. Estaba claro que había visto lo que su marido había hecho y la hacía responsable a ella. ¿Por qué no la dejaban en paz? ¿Acaso ella los había molestado?

Se sacudió aquellos pensamientos y Lavinia ocupó su lugar. Sabía que era una arpía, una mala persona capaz de hacer daño a cualquiera sin que le importase si lo merecía o no. Pero en ese momento eso era lo que ella necesitaba, alguien poco considerado con los demás. Alguien muy diferente a ella. Porque debía cambiar, era vital que cambiase o volverían a hacerle daño otra vez. Solo había que ver lo sucedido con James. Un poco de simpatía y atención, unas cuantas risas y ya estaba dispuesta a considerarlo un verdadero amigo. Así, en un instante.

Recordar que hacía todo aquello porque su padre se lo había pedido fue un jarro de agua fría que la dejó tiritando, pero se alegraba de que hubiese sucedido. Unos minutos más a solas con él y habría derribado todo el entramado que tanto le había costado levantar para protegerse. Lavinia era la persona que le convenía. Alguien a quien ni en mil años conseguiría apreciar. Alguien a quien nunca respetaría y con la que siempre sabría a qué atenerse. Además, estaba segura de que estando con ella todos la temerían. Y si no iban a apreciarla y a ser justos con ella, prefería que la temieran. Sonrió malévola.

Debía encontrar marido, fuese como fuese, sin importarle las consecuencias que su elección pudiese traerle a otra. Miró de nuevo a su tía y su sonrisa se congeló en los labios. No quería que Elizabeth sufriese, pero su sufrimiento no tenía nada que ver con ella. William no la quería, lo había dejado muy claro, ¿por qué tenía ella que renunciar a un buen partido? El único al que no le importaba que Nathan Helps la hubiese dejado tirada como un trapo viejo y cuyo corazón estaba tan roto como el suyo.

—Debo hacerlo, Elizabeth —musitó —. No me resignaré ni dejaré que me arrinconen como un mueble viejo. No quiero ser como tú.

Su tía se removió en su cama como si una mano invisible la hubiese agitado. Caroline le dio la espalda y contempló la menguante luna en la ventana.

—William será bueno conmigo — susurró sin prestar atención a las lágrimas que brotaban de sus ojos.

* * *

—Tus rosas están preciosas. Se nota que Arthur las cuida bien en tu ausencia.

Caroline sonrió a su madre y esta se sentó en una de las sillas del jardín para verla trabajar cómodamente.

—He pedido que nos traigan un poco de té — siguió Meredith —. Me apetecía pasar un ratito charlando contigo.

Caroline se mordió el labio consciente de que eso no era buena señal, pero tampoco podía evitarlo, así que respiró hondo al tiempo que se quitaba los guantes y dejó las herramientas en su caja para sentarse con su madre mientras esperaban a que Kitty les llevase el té.

—Viste a Nathan en casa de los Everitt.

Caroline trató de no variar su expresión, pero no pudo evitar un leve temblor en sus labios. ¿James? ¿La bruja de la señora Peal? Prefería a James, seguro que fue cuidadoso en las formas.

—Hija... —La baronesa colocó una mano sobre las de su hija que descansaban en su regazo —. Sé que lo estás pasando mal, a mí no puedes engañarme con esa pose arrogante y tu cínico discurso. Soy tu madre, te conozco mejor que nadie en el mundo. Tienes el corazón herido y pretendes sellarlo a fuego para que nadie vuelva...

Kitty llegó con el servicio del té y la baronesa tuvo que esperar a que las dejaran solas de nuevo.

—Ya nos servimos nosotras, Kitty.

—¿Necesita algo más, baronesa?

—No, nada, está todo perfecto. Anda, sigue con tus cosas.

La muchacha desapareció rápidamente consciente de que las había interrumpido y cerró las puertas que daban acceso al jardín para que tuvieran intimidad. Caroline comenzó a servir el té con la peregrina idea de que su madre se ahorrara la charla, pero la baronesa no era una mujer que se apartara del camino que había trazado y en cuanto el té estuvo servido continuó donde lo había dejado.

—Conmigo no puedes fingir, así que no lo intentes — dijo con cariñosa severidad —. Sé que lo que más te duele es lo que te hizo Edwina. Ella era tu amiga desde pequeña y confiabas completamente en su lealtad.

Caroline apartó la mirada y parpadeó repetidamente para devolver sus lágrimas al lugar del que habían salido.

—No te has desahogado con nadie, niña, y no se puede contener un dolor tan grande.

—¿Y qué quieres que haga, mamá? — La enfrentó con enfado —. ¿Que me derrumbe? Todos queréis convertirme en una víctima.

—¡Eres una víctima, hija!

—¡No! ¡Me niego a serlo! —Se puso de pie con fiereza —. No voy a encogerme y a lamerme mis heridas mientras los que me traicionaron viven felices para siempre.

—Nadie capaz de hacer lo que ellos hicieron podrá vivir feliz para siempre.

—¿Estás segura de eso, mamá? Porque por lo que se ve lo son — mintió —. En cuanto Edwina esté embarazada su felicidad será completa. ¿Y yo? ¿Qué pasará conmigo? Me quedaré sola como Elizabeth, cuidando de mis padres, de mis sobrinos... No, mamá, no me rendiré tan fácilmente y no deberías pretenderlo.

—¿Quién ha dicho que yo pretenda eso? ¡Siéntate, Caroline! — ordenó con firmeza pero sin acritud y esperó a que obedeciera —. Ninguna hija mía se va a rendir ante nada. Quiero que luches por tu futuro, que encuentres el modo de salir de este embrollo en el que ellos te metieron. Pero antes tienes que llorar, despotricar y gritar, si es necesario. Tienes que curar tus heridas, porque si no lo haces no se curarán. Ya sé que piensas que si las ignoras, si luchas contra todos acabarás por salirte con la tuya, pero estás equivocada. Ahora no necesitas enfrentarte a los demás no debes gastar todos tus esfuerzos en ganar una batalla, hija, porque así solo conseguirás perder la guerra.

Caroline no disimuló su sorpresa ante semejante símil, pero su madre no dio muestras de percibirlo. La baronesa le acarició la mano con ternura sin dejar de mirarla.

—Eres una víctima, asúmelo. Cura tus heridas este año, olvídate de buscar marido y de Lavinia Wainwright. Olvídate de todos ellos. Yo no quería venir a Londres, pero invitaron a Harriet a la ceremonia de debutantes de la reina, no podíamos negarnos. El año que viene todo será distinto.

—Quiero recuperar mi vida.

La baronesa la observó en silencio y cogió la taza para beber un sorbo, mientras Caroline miraba la suya sin ganas.

—Nada en esta vida es fácil — dijo Meredith —. Eso no significa que cuando llegan las dificultades nos dejemos arrastrar por la marea. Lavinia Wainwright no es el camino y quiero que te apartes de ella cuanto antes.

—¿Por qué? Es la única que sabe cómo me siento.

—A esa mujer le importa muy poco cómo te sientes, Caroline. Que ese desgraciado la haya abandonado no la hace mejor persona. No olvides lo que intentó hacerle a Katherine y lo que provocó con sus artimañas. La vida de tu hermana estuvo a un tris de irse por el barranco.

—Lo sé, no lo he olvidado. Y no va a ser mi amiga del alma, mamá, pero es mucho más fuerte que yo a la hora de enfrentarse a situaciones como estas. Necesito su ayuda.

—Hablas como si no tuvieses a nadie contigo. Eso es muy injusto, hija.

—Mis hermanas mayores están ocupadas formando su propia familia. Y las demás... tienen sus asuntos.

—¿Quieres volver a Harmouth? Elizabeth estaría encantada de regresar contigo.

—¿Quieres que huya como una apestada? ¿Que les dé la razón? — Sintió una rabia profunda y oscura retorciéndose en sus entrañas —. ¿Qué he hecho mal, mamá? Dímelo. Dime qué he hecho para merecer esto.

—No has hecho nada mal, hija, pero de nada sirve nadar contra corriente. La gente tiene sus normas y es duro contravenirlas. ¿O crees que para mí fue fácil?

Caroline entornó los ojos mirándola con atención. Meredith suspiró sin dejar de mirarla, sopesando qué decir y qué no.

—Yo era una simple institutriz. ¿Qué crees que pasó cuando tu padre decidió que yo era la mujer con la que quería casarse? ¿Crees que tu abuelo estuvo de acuerdo? ¿Que la gente apoyó esa idea? — Negó con la cabeza —. Fue un auténtico suplicio, Caroline, no te imaginas lo que sufrimos.

—Sé que te marchaste a Escocia para huir de papá — dijo con una tímida sonrisa.

—En ese momento estaba desesperada. No podía soportarlo más. Y ¿sabes qué? Fue lo mejor que podía hacer, alejarme. Me ayudó a recapacitar, a saber lo que sentía y lo que estaba dispuesta a hacer. Me tranquilizó y me abrió los ojos de muchas formas.

—Pero papá fue a buscarte.

Meredith sonrió al recordar aquello. Todavía se le ponía el vello de punta cuando pensaba en ello. Si su hija supiera el hombre valeroso, fuerte y decidido que era su padre...

—Sí —dijo con la sonrisa bailando en sus labios.

—Algún día tienes que contarme esa historia con todo detalle, mamá.

—Algún día —asintió aún pensativa.

Haciendo un esfuerzo se libró de su ensoñación y miró a su hija de nuevo.

—No debes dejar que esto enturbie aún más tu camino. Deja que el río siga su curso, todo volverá a la normalidad. Aparecerá un hombre capaz de pasar por encima de cualquier obstáculo para llegar hasta ti.

—No hice nada indebido, mamá. Solo nos besamos alguna vez.

Su madre se ruborizó ligeramente.

—Lo sé, hija —afirmó convencida.

—No quiero encerrarme como un ratón asustado. Quiero salir, ir a fiestas...

—Deja que James sea tu acompañante. El muchacho se preocupa, es como un hermano.

—Querrás decir como un guardián a las órdenes de papá. Resulta humillante.

—Algo tenía que hacer tu padre, estamos preocupados.

—Quizá debería pensar en defender a su hija en lugar de vigilarla. Enfrentarse a cualquiera que tratase de humillarme, en lugar de actuar como si no hubiese pasado nada...

—¡Caroline! —Su madre la miraba sin dar crédito —. ¿Estás sugiriendo que debería haberlo retado a un duelo?

—No he dicho eso. —Reculó asustada, la idea de que su padre pudiese salir herido la hizo estremecer de terror —. Quería decir...

—Estáis aquí —dijo Elinor apareciendo como una exhalación —. Llevo un buen rato buscándoos.

La pequeña de las Wharton se sentó junto a ellas y cogió una de las galletitas que seguían intactas en el plato.

—Mamá, tú conociste al padre de Colin. ¿Cómo era? — dijo antes de dar un mordisco a su galleta —. ¿A quién se parecía? ¿A Henry o a Colin?

Su madre la miró con severidad.

—Niña, tu hermana y yo estábamos...

—Yo tengo que hacer unas cosas — dijo Caroline aprovechando la ocasión de huir de allí —. Puedes tomarte mi té, Elinor, aunque ya debe estar frío.

—No me importa —dijo su hermana cogiendo la taza.

—Caroline...

—Ya seguiremos hablando otro día, mamá — dijo entrando en la casa.

Caminó sin detenerse hasta el salón de tarde donde sabía que no habría nadie y una vez allí se dejó caer sin fuerzas en una butaca. Estaba claro que su familia la daba ya por desahuciada. Querían que se mantuviese en un prudente segundo plano y no diese que hablar. Ya tenían sus ojos puestos en Harriet y en que ella consiguiese un marido ese año y la estúpida Caroline que dejó que la engañaran de la manera más burda, debía estar callada y no dar problemas mientras tanto. Sintió que las lágrimas le quemaban los ojos y apretó los dientes prohibiéndoles que cayeran sin su permiso, consciente de que nada de eso era cierto.

¿Por qué todo tenía que ser tan injusto? El año anterior estaba ilusionada y feliz, creyendo que ella importaba. Y ahora... Quizá su madre tenía razón y lo mejor sería regresar a Harmouth con Elizabeth. Se preguntó si algún día serían como las hermanas Ashton y sintió un escalofrío. Antes muerta.

* * *

William miró a su mayordomo con expresión confusa y lentamente bajó los pies de su escritorio.

—¿Qué?

—La señorita Caroline Wharton ha venido a verle. La he acompañado al salón de las lilas.

—Deje de llamarlo así, Porter — pidió poniéndose de pie —. Me recuerda a mi madre.

—Hay lilas en las paredes, señor.

—También hay cortinas y no lo llamamos el salón de las cortinas — respondió colocándose la camisa dentro de los pantalones.

—¿Y cómo le gustaría que lo llamase, señor?

—Pues... El salón que está al lado de la biblioteca. O el salón a la izquierda de las escaleras... ¡Yo qué sé! Pero salón de las lilas, no.

—Lo tendré en cuenta, señor. ¿Va a asearse antes de atender a su visitante?

William miró su camisa arrugada y se estiró el cabello hacia atrás peinándolo con los dedos.

—¿Tan mal estoy?

—¿Comparado con qué, señor?

—Pues conmigo mismo cuando estoy decente.

—Depende de la impresión que quiera dar a esa joven. Si su intención es que no regrese nunca más, va usted estupendamente ataviado, señor.

William torció una sonrisa. Todavía no sabía para qué necesitaba él un mayordomo, aunque su madre insistiese en que era del todo imprescindible si quería dar buena impresión.

—Gracias, Porter.

—¿Le digo que espere, entonces?

—No —negó con mirada cínica y las manos en la cintura—. La atenderé ahora mismo.

—Como guste el señor.

El mayordomo se echó a un lado para dejarle pasar delante y William fingió seguridad y aplomo al salir del despacho.

—Caroline...

—¡William! ¡Por fin! Ese mayordomo tuyo es un poco raro, ¿no crees?

Él se encogió de hombros asintiendo a la vez.

—Mi madre insiste en que debo tenerlo si quiero parecer respetable.

—¿Y quieres parecerlo?

—Pues no sabría cómo responder a eso. ¿Te parecería respetable si me sirviese una copa a estas horas de la mañana?

—Por mí puedes hacer lo que te plazca —dijo enigmática, mientras repasaba con el dedo el respaldo del sofá.

Llevaba un precioso vestido verde y tenía la mirada pícara de una niña que sabe que está a punto de hacer una travesura, y William sentía en la nuca el aliento helado del peligro que lo acechaba. Se llenó el vaso un poco más de lo aconsejable y bebió un largo trago antes de volver a mirarla.

—¿Y qué te trae por aquí a estas horas? —preguntó tratando de sonar despreocupado.

—He venido a pedirte que me acompañes a la carrera de esquifes en el Támesis. Estará todo el mundo y quiero que nos vean juntos.

A William se le atragantó la bebida y tosió varias veces antes de recuperar el aliento.

—Caroline, no...

—Si vas a darme la charla, ahórratela. —Se acercó hasta donde él estaba y se detuvo a pocos centímetros de su rostro—. ¿Te parezco atractiva, William?

El otro sintió que su corazón se aceleraba. Desde esa distancia podía verle las venitas de la esclerótica.

—Mucho.

—¿Y te avergüenza que te vean con una mujer que ha sido rechazada por otro?

—En absoluto.

—¿Tienes a otra candidata para ser tu esposa?

William pensó en saltar por la ventana y correr hasta que sus piernas no diesen más de sí.

—Estoy esperando —insistió ella.

Él negó con la cabeza.

—Entonces no veo qué mal puede haber en que tú y yo nos casemos.

Sin esperar respuesta se puso de puntillas y lo besó en los labios. William no movió un músculo y se abstuvo muy mucho de responder a semejante provocación. Casi podía escuchar la respiración de Edward en su oreja. Sus amigos lo iban a matar como no se mantuviese frío y con las manos y la lengua quietas.

Caroline se apartó de él decepcionada y después de unos segundos de escrutinio se encogió de hombros y le quitó el vaso de *whisky* de la mano para llevárselo a los labios. Dio un trago y se lo devolvió arrugando la nariz con desagrado.

—Sabe como tu boca. Es asqueroso.

—Gracias —dijo él sin saber muy bien lo que significaba esa palabra.

En ese momento no se acordaba ni de su nombre. Tan solo escuchaba el sonido amenazador del *jō* golpeando rítmicamente la mano de Alexander, mientras lo miraba muy serio. Caroline se apartó para dejarlo respirar y casi pudo escuchar un suspiro de alivio al darse la vuelta.

—Tenderemos que perfeccionar ese beso. Ha sido horrible. ¡Y yo creía que Nathan no sabía besar!

—Caroline, creo que deberíamos abstenernos de... eso.

Ella se giró a mirarlo de nuevo y un sudor frío bajó por la espalda de William.

—¿Abstenernos de eso? ¿Qué clase de matrimonio crees que busco? No nos abstendremos de nada, por supuesto. Voy a darte hijos y tú, a cambio, me darás una buena vida.

—Por supuesto —afirmó él, de nuevo sin tener ni idea de lo que estaba diciendo.

—Soy muy bella y estoy sana, seguro que podré darte al menos dos hijos, un niño y una niña. ¿Con eso tendrás bastante? — No esperaba respuesta y él tampoco podía dársela, apenas podía sostener el vaso —. Nos conocemos desde hace tiempo y tus mejores amigos son mis cuñados. En realidad, si lo piensas bien, esto es lo más lógico, no sé por qué no me fijé en ti antes de elegir a Nathan.

—Qué pragmática.

—Tú tienes el corazón roto porque la mujer que amabas te dio una patada y te echó de su país... Sí, no pongas esa cara, conozco tu historia, te recuerdo que mi hermana Katherine está casada con el hombre que estuvo contigo en ese viaje. En cuanto a mí... Bueno, mi historia es lo bastante reciente como para que la recuerdes, no hace falta que te la relate. La cuestión es que ambos necesitamos este matrimonio. Seré buena contigo y cumpliré con mis obligaciones maritales, aunque espero que aprendas a besar mejor de aquí a entonces.

—Yo...

—Ahora iremos a esa carrera para que todos nos vean juntos — sonrió ella interrumpiéndolo —. Pero tendrás que adecentarte un poco, estás horrible. ¿Has dormido con esa ropa?

—No he dormido.

—Eso lo explica todo. —Se sentó en el sofá —. Ve a darte un baño y a ponerte ropa limpia. William obedeció como un niño y se dirigió a la puerta.

—Y aprovecha para quitarte ese repugnante aliento a *whisky*, por favor, supongo que tendré que besarte alguna vez más antes de que nos casemos. Y tendrás que hablar con mi padre, pero yo lo prepararé todo antes. ¿A qué esperas? ¡Ve a bañarte!

Capítulo 8



—¡Vamos, Colin! —gritó Elinor al tiempo que aplaudía.

Los asistentes que estaban cerca la miraron con severidad, pero a la pequeña de las Wharton no pareció importarle porque siguió animando a su amigo entusiasmada hasta que llegó a la meta. Esperó hasta que desembarcó de su esquife y caminó sonriente hasta ella.

—¡Has ganado! —gritó ella dando saltitos.

—He quedado tercero, Elinor — la corrigió él riendo —. Nunca te aclaras.

Su amiga frunció el ceño un momento y después se encogió de hombros.

—Me da igual, has estado genial.

Otro de los participantes que había quedado por detrás de él pasó junto a ellos y se chocó con Colin deliberadamente.

—*Macaroni* —susurró con desprecio.

—¡Eh! —Elinor lo increpó.

—Déjalo —pidió Colin en voz baja.

—¿Qué se ha creído? No saber perder es de acomplejados — le espetó sin hacer caso a su amigo.

—Algunos no deberían poder competir — dijo el otro elevando el tono a pesar de dirigirse a su amigo que estaba a menos de dos pies de él —. Es una vergüenza. Debería quedarse mirando con las damas.

Elinor empalideció al escucharlo y apretó los puños para contener la furia que empezaba a crecer en su pecho.

—Elinor... —suplicó Colin.

—¿Qué se ha creído...? —dijo ella acercándose hasta estar a su espalda —. ¡Discúlpese inmediatamente con mi amigo!

El ofensor la miró con una sonrisa burlona y sin emitir sonido dijo «*macaroni* de mierda» ante la perpleja cara de Elinor, que no tuvo dificultad en leerle los labios. El blanco dio paso al

rojo y la furia fue ya incontenible. Elinor le dio un bofetón atrayendo la atención de todos los allí presentes.

—¿Cómo se atreve?

Levantó la mano amenazador, pero alguien la capturó al vuelo y se situó entre ellos.

—Estoy seguro de que no pretendías agredir a una dama — dijo Henry con voz helada —. Ni siquiera tú eres tan despreciable.

El otro miró al hermano de Colin con una sonrisa burlona.

—Henry Woodhouse, ¿cómo no? Siempre defendiendo a su pobre hermano.

—Mi hermano no necesita que lo defiendan, pero tú lo necesitarás si no te das media vuelta y regresas a la madriguera de la que has salido. Nunca has sabido perder, Coventry, cosa que me sorprende, con la práctica que tienes deberías estar más que acostumbrado.

El otro apretó los dientes visiblemente enfadado.

—Deberías tenerlo escondido, Henry. Todos acabarán por darse cuenta de que no es ni macho ni hembra, uno que come sin hambre y se ríe sin sentido... Ya sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

Henry lo cogió de la pechera y lo elevó hasta hacerlo ponerse de puntillas. Bajando mucho el tono le dijo algo que los demás no pudieron oír y después lo empujó con fuerza controlada para no tirarlo al suelo. El otro se dio la vuelta y se alejó de allí con su amigo. Se escuchaban los cuchicheos de la gente, pero nadie se atrevió a intervenir.

—Henry... —Colin se acercó a su hermano que se volvió lentamente.

—Felicidades, has hecho una buena carrera — dijo muy serio —. Nos veremos en casa. Elinor.

Inclinó la cabeza a modo de saludo antes de ponerse el sombrero y alejarse de allí con paso firme y sin volverse. Colin se apresuró a recoger sus cosas y Elinor corrió tras él. Durante el camino ninguno dijo una palabra y Elinor se detuvo al llegar a la verja frente a su casa. Colin se giró a mirarla con el ceño fruncido.

—No puedo entrar. Tu hermano...

—No te ha prohibido la entrada en casa, tan solo que le hables.

Ella no se movió. Desde aquella discusión no había vuelto a poner un pie allí y por algún motivo ese día se sentía menos propensa a hacerlo que nunca. Colin suspiró y fue a por ella.

—Tenemos que hablar y no vamos a hacerlo en mitad de la calle — dijo cogiéndola del brazo y arrastrándola con él.

Entraron en la casa y sin responder a las preguntas del mayordomo la llevó hasta la biblioteca y cerró la puerta antes de enfrentarse a ella.

—¿Por qué has tenido que hacerlo? ¿Por qué siempre tienes que hacerlo?

—¿El qué? ¿Defenderte?

—¡Ponerme en evidencia!

Elinor empalideció.

—¿Qué yo te he...? ¡No me lo puedo creer!

—No entiendes nada, Elinor.

—¿Que no entiendo nada? ¿Qué es eso que te ha llamado? ¿No llaman así a los...? ¿A...?

—A los que son como yo, dilo Elinor: llaman así a los que son como tú.

—¡No! No tienen derecho.

—¿Y tú? ¿Tú tienes derecho a meterte en mi vida? Eres mi amiga, pero sabe Dios que a veces desearía que no lo fueras.

Elinor no pudo disimular el dolor que aquellas palabras le causaban.

—¿Qué debería haber hecho? ¿Dejar que se mofara de ti? ¿Es eso? ¿Es lo que esperas de una amiga?

—A veces es mejor callarse y agachar la cabeza.

Elinor negó incrédula.

—Yo no puedo hacer eso. No puedo quedarme mirando cómo atacan a alguien a quien quiero, Colin. Y nunca podré.

—Eres como Henry.

—No soy como Henry.

—Porque Coventry es un cobarde, si no mi hermano ya habría recibido un guante. Es una estupidez responder a los bravucones, no sirve de nada. Seguirán insultándome cada vez que algo de lo que hago no les guste. Porque pueden, ¿entiendes, Elinor? ¡Pueden! — gritó.

—¡No! —gritó ella también con los ojos llenos de lágrimas —. ¡Y no lo permitiré!

Colin se acercó a ella y la agarró por los hombros para sacudirla.

—Despierta, Elinor, despierta de una vez. No solo sois las mujeres las despreciadas, las ninguneadas, las que deben permanecer en la sombra acatando los que dictan sus normas. Pero la diferencia entre vosotras y nosotros es que nosotros ni siquiera podemos protestar. No podemos defendernos porque no existimos, ¿entiendes? Debemos dejar que nos insulten, que nos arrinconen o escondernos detrás de las faldas de alguna misericordiosa dama que se case con nosotros y finja que todo es normal.

—¡Oh, Dios, es tan injusto!

—Sí, es injusto, pero no lo cambiarás provocando a los Coventry del mundo. Son demasiados y tienen el poder. Con lo que has hecho hoy has exacerbado su ira contra mí y has provocado que otros sean conscientes de que tengo un problema. Hoy me has causado un daño irreparable, Elinor, ¿entiendes lo que digo? Y es lo que haces con tu actitud, con tus protestas indiscriminadas y sin contexto. Cuando no miras a tu alrededor como si no hubiese nadie aparte de ti y tus ideas, esto es lo que consigues.

—Yo lo arreglaré. —Las lágrimas se deslizaban a borbotones por sus mejillas —. Seré una de esas damas que has dicho, nos casaremos y nadie podrá decir nada de ti nunca más.

—Tu familia no lo permitirá. Ahora que voy a estar en boca de todos, probablemente no quieran ni que me acerque a ti. — Negó con la cabeza —. Márchate, Elinor. Necesito un poco de tranquilidad. Además, tengo que hablar con Henry. ¡Dios!

Su rostro se contrajo por la preocupación, consciente de que sus problemas acabarían con la vida de su hermano.

—Hablaré yo con él —dijo ella sorbiendo —. Le explicaré que ha sido todo por mi culpa...

—Vete, Elinor, por favor.

—Colin...

—Por favor —repitió él.

Sus sollozos le partieron el corazón cuando la vio salir corriendo, pero enseguida tuvo que ocuparse de sus propias lágrimas.

La baronesa miraba a su hija con pesar. Caroline acababa de narrarles a ella y a Elizabeth lo sucedido en la carrera de esquifes y cómo Elinor había estado a punto de ser golpeada por ese desgraciado de Lionel Coventry.

—Ese hombre es horrible —dijo Elizabeth contrariada.

—Si no llega a intervenir el hermano de Colin no sé lo que habría pasado. William ya se disponía a...

—¿William? —Su madre la cortó enseguida —. ¿Os encontrasteis allí?

—Fuimos juntos —dijo sin inmutarse.

—¿Qué? —Su madre la miró sobresaltada —. ¿Qué estás diciendo? ¿Los dos solos? ¡Caroline!

—No tienes nada de lo que preocuparte, mamá. William y yo sabemos lo que hacemos.

—¿Qué sabéis...? ¿Cómo saliste de casa sin que nosotros lo supiéramos?

—Quieres saber cómo esquivé a James, ¿no? — se burló su hija —. Fue fácil, es demasiado crédulo. Le dije que me había olvidado la sombrilla en mi cuarto y que hacía demasiado sol para salir sin ella.

—Serás... —Su madre no daba crédito —. Pobre muchacho.

—La culpa es vuestra por insistir en que me vigile. Digo yo que tendrá otras cosas más interesantes que hacer.

Su madre se levantó para salir del salón.

—Voy a ir a verlo y a disculparme por tu artimaña. Esto tiene que terminar, no podemos abusar así de él. Hay que solucionar esto de una vez.

Caroline la vio salir del salón sin detenerla, aunque en el fondo la inquietaba su amenaza.

—Caroline... —Elizabeth la miraba con sincera preocupación.

—¿Tú también vas a regañarme? Últimamente no escucho más que reproches.

—¿Y eso no te dice nada sobre tu comportamiento?

—Ya hablamos de esto, no voy a ceder.

—¿Hasta dónde piensas llegar?

Caroline respiró hondo por la nariz y enderezó firme la espalda antes de soltarlo de un bufido.

—Sé que amas a William, Elizabeth, pero las dos sabemos que él a ti no. Tú no te casarías con un hombre que no te ama, lo sé bien, así que deja de hacerme sentir culpable.

—No te reconozco. La Caroline que conocía tampoco aceptaría casarse sin amor.

—Pues ya ves, he cambiado, porque estoy más que dispuesta a casarme con él y a cumplir con mis deberes de esposa sin que medie entre nosotros ese sentimiento. — Se acercó mirándola fijamente a los ojos —. Te quiero mucho, Elizabeth y si me dices que me aparte para ocupar mi sitio, lo haré sin dudarlo.

Su tía le sostuvo la mirada negando con firmeza.

—Entonces ya está todo dicho. — Se apartó con una sonrisa cínica —. Es un excelente partido para mí, rico, atractivo y el mejor amigo de Alexander y Edward, no desaprovecharé la oportunidad. Pronto estaré en el mismo grupo que nuestras hermanas: embarazada y compartiendo vivencias e historias con ellas. ¿Qué más puedo pedir dada mi situación?

—Amor, Caroline. Es lo que mereces.

Su sobrina soltó una carcajada.

—¿Eso esperas tú, Elizabeth? ¿Que llegue un caballero con brillante armadura y sobre un caballo blanco gritando a los cuatro vientos que te ama? — Negó con la cabeza —. Pues siento desilusionarte, pero no creo que eso pase jamás. Tienen demasiado donde escoger. Nosotras solo somos una más, no tenemos nada especial que ofrecer.

—Si al menos fuese él el que te pretende...

—No me importa —afirmó rotunda—. Y no quiero que trates de hacerme cambiar de opinión. Mira Elizabeth, no quiero hacerte daño, pero no eres una buena influencia para mí. Tu falta de empuje y tu resignado ánimo me enervan. Lo siento, pero es así. No soporto ver cómo languideces suspirando por William cuando, si tú quisieras, podría ser tuyo. Está desesperado por sacarse a esa mujer de la cabeza y se casaría con cualquiera que se lo propusiera. ¡Hazlo! ¡Hazlo y me echaré a un lado!

—¿Y cómo sería mi vida? ¿Cómo me levantaría por las mañanas y me acostaría por las noches, sabiendo que mi esposo sueña con otra cada vez que me toma en sus brazos?

—¿Es mejor saberlo en brazos de otra a la que tampoco ama? ¿Podrás soportar eso?

—Me causará un triple dolor si esa otra eres tú — reconoció —. Sufriré por ti, por él y también por mí, pero será más llevadero si ese daño no lo he infligido yo.

—Elizabeth, por favor... —Era imposible no conmoverse por más que se esforzara en endurecer su corazón.

—Escúchame bien, Caroline, yo siempre te voy a querer, hagas lo que hagas, porque sé que tu corazón es bueno y que todo lo que estás haciendo es fruto del enorme dolor que sientes, pero no te perdonaré si acabas siendo desgraciada. Y siento que caminas inexorablemente hacia esa desgracia, así que te pido, te suplico que medites bien tus actos, pues serán irreversibles.

Elizabeth se levantó y salió del salón consciente de que su ánimo no iba a poder aguantar mucho más sin derrumbarse. Caroline se quedó allí sentada durante mucho rato.

Capítulo 9



Carlton House, 19 de junio de 1811

La baronesa miró de arriba abajo a James con expresión aprobadora.

—Estás muy elegante con tu traje de gala.

El joven sonrió agradecido.

—Cualquiera quedaría deslucido ante la belleza de las Wharton. No hay más que verla a usted.

La baronesa sonrió ante semejante adulación.

—Ya estamos listas. —Harriet entró en el salón seguida de Caroline.

—Voy a buscar a vuestro padre a su despacho — dijo Meredith caminando hacia la puerta —. Podéis esperarnos en el coche.

—¿Me apoyaríais si digo que me encuentro fatal? — preguntó Harriet dejándose caer en el sofá.

—Mamá te arrastraría hasta ese baile aunque estuvieses en cama con fiebre — advirtió Caroline.

—¿Qué ganas tengo de que pase este maldito año! — dijo levantándose para salir de allí.

Caroline se volvió hacia James.

—¿Podrías no vigilarme esta noche? — pidió con expresión afable —. Por favor.

James le sostuvo la mirada.

—¿Piensas hacer algo indebido?

Caroline torció una sonrisa.

—¿Divertirme lo consideras algo indebido?

—Depende de lo que quieras hacer para conseguirlo.

—Solo quiero disfrutar de una noche especial. El príncipe ha tirado la casa por la ventana para esta celebración y estoy segura de que va a ser algo extraordinario. Habría querido que

William me acompañase, pero ya que no ha podido ser, al menos no me hagas sentir como una prisionera.

—Una prisionera en una fiesta — dijo levantando una ceja —. Qué extraña asociación de ideas.

—James, por favor...

—Considérame tu pareja de baile — sonrió taimado —. Procuraré no importunarte más de lo imprescindible.

Caroline sonrió agradecida y se dirigió a la puerta.

—Siempre que te comportes como se espera de ti, claro.

Ella se paró en seco y giró la cabeza para lanzarle una de sus miradas asesinas, sabía que nada de lo que dijera serviría para convencerlo. Se encogió de hombros y salió de allí.

A los dos mil invitados a la cena se les había especificado que debían llegar a las nueve, pero había tanta preocupación por no llegar tarde que antes de las ocho ya se había formado una larga fila de carruajes. Una banda de música tocaba en un quiosco preparado para ese fin, mientras los invitados hacían su entrada a la mansión. Las damas iban ataviadas con sus mejores vestidos y los caballeros con sus más elegantes trajes, entre los que se encontraban un gran número de oficiales del ejército y la armada vistiendo de gala. Entre ellos James Crawford. Caroline tuvo que reconocerse a sí misma que resultaba comprensible la admiración que despertaba en cualquier fémina con la que se cruzasen. Su porte masculino y seguro contrastaba con sus juveniles rizos rubios y unos ojos de un azul tan claro que resultaba difícil dejar de mirarlos.

Al entrar en Carlton House una doble línea de servicio recibía a los invitados y les indicaba el camino hacia el salón octogonal. El espacio se había transformado en un distribuidor floral con arbustos en macetas y flores que desprendían un olor dulce e intenso. A partir de ahí, los invitados se iban distribuyendo por las diferentes salas ornamentadas pudiendo admirar los muebles y la porcelana francesa de la que el príncipe era un gran coleccionista. Las lámparas refulgían con las mejores velas de cera de abeja y en el salón de terciopelo azul, los más afortunados, podían contemplar la última adquisición del Regente, *El constructor de barcos y su esposa*, de Rembrandt, por la que había pagado cinco mil guineas la semana anterior, para disgusto de muchos de sus súbditos.

El salón de baile se había dividido en dos con un cordón rojo de seda para dar cabida a dos líneas de bailarines. En el suelo, expertos artistas habían dibujado con tiza arabescas ornamentaciones que incluían las letras del nombre del rey cuyo cumpleaños era la excusa para aquella celebración. Un arte efímero que desaparecería bajo los pies de los bailarines en cuanto la música diese comienzo.

La mesa de comedor principal en la que cenaría el Príncipe, ya de madrugada, estaba colocada en el conservatorio gótico a lo largo de toda la sala. En ella se sentarían cuatrocientos invitados entre los que no estarían los Wharton, ya que no habría nadie en ella por debajo del título de marqués. Los mil seiscientos invitados restantes disfrutarían de un ágape en el lujoso buffet que se había instalado bajo las marquesinas ornamentadas del jardín. La noche era muy cálida y Caroline agradeció no tener que estar dentro de la casa.

—He visto al Príncipe —anunció Harriet conteniendo la risa —. Lleva bigotes falsos y una peluca rizada. Parece mucho más viejo.

Su madre la miró con severidad y después comprobó que nadie fuera de ellos la había escuchado.

—No estamos en casa, Harriet, contén esa lengua.

Su hija apretó los labios con aburrimiento, pero su expresión cambió por completo al ver a las gemelas y con una rápida excusa se fue con ellas.

—Vamos a saludar a los duques. — El barón cogió a su esposa del brazo y siguieron los pasos de Harriet.

—Al menos ella se lo pasará bien — murmuró Caroline.

James sonrió con expresión burlona.

—Eres una derrotista —afirmó—. Si estuvieras en el ejército no ganaríamos ninguna batalla.

—Ni siquiera vamos a poder entrar en la casa para ver los cambios que se han hecho — dijo frunciendo la nariz —. ¿A quién se le ocurre dar una recepción para dos mil invitados?

—A alguien que se siente muy seguro de sí mismo.

Caroline vio cómo un grupo de señoritas cuchicheaban sin dejar de mirar a James.

—A esas jóvenes parece interesarles mucho. Estoy segura de que tu noche sería mucho más agradable con ellas.

James no desvió su mirada como si no le importase lo más mínimo y mantuvo la misma expresión burlona.

—¿Esa es tu táctica para librarte de mí? ¿Qué harías si yo no estuviese presente?

—Por lo pronto me relajaría. No es agradable tener a alguien juzgándote constantemente.

—Yo no te juzgo, Caroline. No sé por qué te empeñas en verme como a tu enemigo. Siempre nos llevamos bien.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de que te convirtiesen en mi guardián. Cargo que tú aceptaste gustoso, por cierto.

—¿Qué crees que debería haber hecho? ¿Decirle a tu padre que no me metiese en sus asuntos?

Caroline sabía que negarse habría supuesto una afrenta para su padre y que le habría causado una gran decepción, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

—¿No preferirías estar en Berksham con tu familia? — dijo comenzando un paseo —. Seguro que se alegrarán de verte.

—Me marcharé a finales de julio. Aún tengo cosas que hacer en Londres.

Caroline no disimuló su decepción. Aunque al menos tendría agosto para disfrutar antes de regresar a Harmouth.

—Ya veo que te alegras.

—¿De que te marches en julio? Me alegraría más si lo hicieses mañana, pero está claro que mi opinión no le importa a nadie, así que no finjamos que sí.

—¿Qué esperas conseguir con esta actitud, Caroline? — dijo deteniéndose —. ¿No puedes, simplemente, dejar que este año pase? Cualquiera diría que se te acaba el tiempo. ¡Eres una niña!

Ella frunció el ceño desconcertada.

—¿Así es como tú lo ves?

—Si tan equivocado estoy, explícamelo para que lo entienda.

Ella sonrió burlona.

—¿Y por qué tengo que explicártelo? — Suspiró —. Tengo mis motivos y me incumben solo a mí.

—Me gustaría entenderlo —dijo sincero.

Ella se encogió de hombros y sonrió señalando a Lavinia Wainwright que acababa de llegar.

—Ya ha llegado mi compañera de destierro — dijo cínica —. Intenta que no sea muy evidente que nos vigilas, por favor, es un poco humillante. — Caminó dos pasos de espaldas para no dejar de mirarlo —. Sobre todo, para ti.

Él levantó una ceja y sonrió divertido. Era muy difícil enfadarse con ella si mostraba sus cartas con tanta elegancia.

* * *

—No te vuelvas —advirtió Enid—, el capitán Chantler acaba de llegar.

El corazón de Harriet se aceleró y sus ojos se abrieron como platos. Creía que no iba a asistir, eso había dicho su padre.

—Está muy guapo —añadió la gemela en un murmullo.

—Guapísimo —confirmó Marianne—. Bailemos y así podrás mirarlo con disimulo.

Se unieron a la cuadrilla que se colocaba para empezar un nuevo baile y Harriet pudo por fin ver a su idolatrado capitán con su traje de gala. Tuvo que hacer enormes esfuerzos para no caer desmayada de la impresión. Si la imagen que tenía de él era cercana a la perfección, ahora se había convertido en un dios.

Cuando terminó la danza, las gemelas se las ingeniaron para llevar a su amiga lo bastante cerca como para que el capitán reparase en ella.

—Señorita Harriet —dijo acercándose a saludarlas —. Señorita Enid. Señorita Marianne.

Las tres respondieron al saludo como se esperaba de ellas.

—Una celebración magnífica, ¿no creen?

—Desde luego —afirmó Enid—. Ha llegado usted tarde, se ha perdido la entrada de la delegación francesa.

Marianne le dio un no muy disimulado codazo.

—No es que estuviéramos pendientes de su llegada — aclaró Enid lo que provocó el inmediato sonrojo de Harriet y una ligera sonrisa en el capitán.

—No pensaba tal cosa —dijo Chantler.

—¡Oh! —exclamó Marianne mirando hacia donde estaba su madre —. Mamá nos llama. ¿Qué querrá ahora? ¿Nos disculpan un momento? Vamos, Enid.

Su hermana la siguió sin protestar, consciente de lo que pretendía. El rubor en las mejillas de Harriet ya no podía disimularse en modo alguno.

—Qué calor hace esta noche — dijo con nerviosismo —. No debería haber bailado esa cuadrilla, ahora estoy sofocada.

—Pues me alegro de que lo haya hecho porque ese rubor la favorece enormemente.

Si había algo que Ben Chantler sabía hacer bien era tratar a las mujeres. Podía leer en ellas como en un libro abierto y encontraba gran placer en el arte de seducir.

—Y pensar que he estado a punto de no venir — confesó mirándola a través de sus largas pestañas —. Me alegra haber terminado mi reunión a tiempo para poder estar ahora aquí. ¿Le apetece que bailemos?

—Será un placer —dijo de lo más comedida y a continuación aceptó la mano que le ofrecía colocando la suya en posición de reposo.

* * *

—¿No te parece vulgar y ostentoso el uniforme del príncipe? — musitó Lavinia inclinando la cabeza para que solo Caroline pudiese escucharla —. Beau Brummell se estará tirando de los pelos en algún lugar apartado para no tener que dar su opinión al respecto. Con todos esos diamantes y bordados de oro debe haber aumentado de peso doscientas libras por lo menos.

Caroline no dijo nada al respecto, llevaba un buen rato queriendo huir de su lado, harta de tantas críticas y quejas respecto a cualquier tema, ya fuese el atuendo de un invitado, la voz de alguna dama o que la cena estuviese dispuesta para las dos de la madrugada.

—¿Quieres que entremos y echemos un vistazo a las habitaciones del palacio? — preguntó Lavinia —. Tengo entendido que nuestro regente ha adquirido hace poco un Rembrandt.

—Me gustaría escuchar a Catalani — dijo Caroline refiriéndose a la gran soprano que iba a actuar esa noche.

Lavinia arrugó la nariz con evidente desagrado.

—No tienes por qué venir, podemos vernos más tarde, si quieres — ofreció Caroline con esperanza.

—Está bien —aceptó la otra—. Ve a ver a esa soprano y yo me daré una vuelta por la casa. Tengo mucha curiosidad por ver los últimos arreglos que se han hecho, por lo que sé se han gastado un dineral.

Lavinia se alejó sin esperar respuesta y Caroline soltó con alivio el aire que había retenido en sus pulmones.

No todos los invitados sentían predilección por el *bel canto*, pero aun así la sala estaba repleta y Caroline no pudo conseguir acercarse siquiera, así que optó por rodear la casa y llegar por el exterior hasta una de las ventanas y escucharla desde fuera.

Edwina, que llevaba un rato observándola, esperando el momento de poder acercarse a ella, la siguió hasta su escondite.

—Sabía que no te perderías una actuación tan prominente — susurró a su espalda.

Caroline se apartó de la ventana como si un gato hubiese saltado sobre su hombro y se giró a mirar a su antigua amiga con expresión sobresaltada.

—Me has asustado.

La otra seguía sonriendo con la misma taimada expresión.

—Hace días que quería que nos encontrásemos, pero hasta hoy no ha sido posible.

Caroline mudó su expresión vistiéndola con un manto helado.

—Será mejor que nos alejemos de la ventana — sugirió Edwina —. No querrás que todos escuchen lo que tengo que decirte.

La mirada amenazadora le dejó claro a Caroline que hablaría allí si no la seguía y su instinto le dijo que era mejor no arriesgarse. Caminaron hasta un lugar apartado de todos y se pusieron

frente a frente.

—Sé que te viste a solas con mi marido en casa de los Everitt. — Esperó a que la otra se excusase de algún modo y al ver que no lo hacía entornó los ojos mirándola con mayor atención —. ¿De qué hablasteis?

—Yo no me vi a solas con nadie, él me arrastró hasta aquella habitación.

—Con la puerta cerrada.

Caroline sintió un escalofrío en la nuca.

—Dijo que quería disculparse.

—¿Disculparse? —Se acercó a ella un poco más —. ¿Por qué querría hacer semejante cosa? Caroline no mudó de expresión y se mantuvo lo más indiferente que pudo.

—Supongo que ahora es consciente de que me infligió un gran daño.

—¿Un gran daño?

Caroline se dio cuenta de que aquello había sonado fatal y en una mente retorcida podría malinterpretarse.

—Me abandonó siendo mi prometido.

Edwina la escudriñaba con atención buscando en su rostro vestigios de algo oculto.

—¿Os habéis vuelto a ver? — preguntó paseando a su alrededor, como un león acechando a su presa.

—¿Qué? Por supuesto que no — dijo Caroline con demasiada vehemencia.

—Nathan estuvo en la regata de esquifes y sé que tú también.

—Bueno, sí, pero solo nos saludamos.

—Entonces sí os habéis visto...

—Edwina, ¿qué pretendes? —dijo enfrentándola al fin —. Si has venido a decirme algo, hazlo de una vez.

La otra soltó el aire de golpe, se despojó de aquella falsa máscara de seguridad y la miró con fijeza.

—No he olvidado lo que me dijiste.

—¿El qué? A lo largo de todos estos años te he dicho muchas...

—Que mi marido me engañaría con otra y que disfrutarías con ello.

—Estaba enfadada.

—¿Ya no lo estás?

Caroline no pudo responder a eso.

—Debe ser duro para alguien que siempre ha tenido la atención de todos verse relegada a un segundo plano. — Había inquina en su voz —. ¿Crees que fue fácil para mí vivir a tu sombra? ¿Tratar de no desmerecer a tu lado? ¿Teniendo que esforzarme el doble para poder recibir menos de la mitad?

—¿De qué estás hablando? —Frunció el ceño desconcertada.

—Claro, ¿por qué ibas a darte cuenta? Estabas demasiado ocupada en ti misma como para ver más allá de tus narices.

—¿Me estás responsabilizando de lo que me hiciste? — No podía creer lo que escuchaba —. ¡Confiaba en ti, Edwina! ¡Eras mi mejor amiga! ¡Y me robaste al hombre con el que iba a casarme!

—¡Sí, lo hice! —Se rio la otra—. ¡Y no me arrepiento en absoluto! Era lo que te merecías.

—¿Lo que me merecía? ¿Por qué me odias tanto?

—¡Por ser tú!

Caroline tenía los ojos muy abiertos y temblaba con gran tensión.

—¿Qué clase de respuesta...?

—La perfecta Caroline. La dulce Caroline. ¿Qué vestido nuevo tendrá? ¿Qué peinado se habrá hecho hoy? Siempre a tu alrededor como una sirvienta, recogiendo las migajas que me dejabas...

—Edwina, has perdido la razón...

Su antigua amiga la miró con verdadero odio.

—Desde niña tuve que vivir a tu sombra. Mi madre te adoraba, mis amigas te adoraban, ¡el mundo te adoraba! Y para todos yo solo era «la amiga de Caroline Wharton». Siempre escuchándote, ayudándote, consolándote...

—¿De qué estás hablando? Éramos amigas. Las dos, yo también te...

—¿Amigas? Tú no sabes lo que es eso. ¿Cuándo te preocupaste por mí? Yo te lo diré: ¡nunca! Siempre era yo la que iba a verte, la que se quedaba junto a tu cama cuando éramos niñas y enfermabas. La que se preocupaba si te veía triste. Y en cuanto Nathan apareció me echaste a un lado sin contemplaciones. Ya no era bienvenida en tu casa a cualquier hora porque ya no necesitabas mis servicios.

Caroline la miraba anonadada. Una larga serie de imágenes de cuando eran niñas desfilaron por delante de sus ojos. Lo que decía no era cierto, estaba obviando todas las veces que se preocupó por ella. Lo mucho que le importaba.

—¿Por qué no me dijiste cómo te sentías?

Edwina torció una amarga sonrisa.

—¿Es que acaso no lo hice? ¡Lo hice, Caroline! Montones de veces. — Negó con la cabeza —. Tú tenías a tus hermanas. Sois las Wharton. No necesitáis a nadie más. Por ellas sí te preocupabas, te desvivías, pero a mí... A mí me dejabas estar a tu lado, copiar tus vestidos y mirar tus rosas.

—¿Te dejaba? ¡Lo compartía todo contigo! Incluso estrenaste algunos de mis vestidos antes de que...

—No tienes ni idea de lo que es la amistad. Nunca lo has sabido.

Caroline se sintió al límite de su resistencia.

—¿Y tú sí? ¿Lo que me hiciste te parece propio de una amiga?

—Tú no amabas a Nathan —escupió con desprecio—. Ni siquiera te gustaba como era. Tan solo te resultaba agradable a la vista y te hacía sentir superior a mí porque yo no tenía prometido. Además, soñabas con ser como Katherine. Pero ¿sabes qué? Nunca vas a estar a la altura de tu hermana. Ella siempre irá cien pasos por delante tuyo. Es más guapa y mucho más buena que tú.

Caroline sintió las lágrimas deslizándose por sus mejillas y se las quitó con rabia.

—Eres muy cruel, Edwina, no sé cómo pudiste esconder tan bien tu inquina hacia mí durante todos estos años.

—Ni te imaginas lo cruel que puedo llegar a ser — dijo la otra inclinándose hacia ella para mirarla fijamente a los ojos —. Podría destruirte sin apenas esfuerzo. Todo lo que yo diga sobre ti tendrá el peso de años de estar a tu lado.

—¿Me estás amenazando?

—¡Oh, desde luego que sí! — se rio cínica —. Ya te he demostrado de lo que soy capaz, así que sabes que no miento. Si te acercas a mi marido te juro que arrastraré tu nombre por el barro. Si ahora te sientes relegada imagina lo que será si me invento que cruzaste la línea de la decencia con él y que yo fui testigo de ello.

Todos los temores de Caroline cayeron sobre ella como una lluvia helada.

—Serías capaz...

—Ya lo creo que sería capaz. Tú dijiste que te alegrarías si mi esposo me engañara y yo te digo que si te interpones entre nosotros, si dices algo sobre mí que no me guste, si respiras siquiera demasiado fuerte cerca de mi oído te juro que destruiré tu reputación para siempre. No habrá agujero lo bastante profundo para esconderte.

—No harías algo tan espantoso sabiendo que es mentira.

—¿Qué no? ¿Estás dispuesta a arriesgarte?

Se rio tan cerca de su cara que Caroline sintió su repugnante aliento en la nariz.

—Señora Helps. —La voz de James a su espalda hizo que Edwina empalideciera —. Debo interrumpir su abyecto discurso para aconsejarle que se quite de mi vista lo más rápido que pueda antes de que haga algo de lo que los dos tengamos que lamentarnos.

La mencionada se giró hacia él imprimiendo en su rostro un orgullo que estaba muy lejos de sentir.

—No sé qué es lo que ha creído oír, pero...

—He oído la repugnante amenaza que acaba de verter sobre la señorita Caroline y le aseguro que si se atreve a decir una sola palabra sobre ella me encargaré personalmente de que envíen a su esposo al frente y, a poder ser, bajo mi mando. Imagínese lo contento que se pondrá cuando sepa que es gracias a usted.

James dio un paso hacia ella con una actitud lo bastante amenazadora como para hacerla huir rápidamente. Caroline no se movió y su expresión denotaba una gran conmoción.

—Así que era esto lo que tanto temías — dijo acercándose a ella.

Caroline apartó la mirada al tiempo que se limpiaba las lágrimas avergonzada.

—No deberías haber intervenido — dijo con voz ronca —. Si Edwina quiere destruirme puede hacerlo con un simple comentario dicho con mala intención y todos la creerán. Tiene razón en que no tendría escapatoria. Por mucho que tú dijeras...

James la sujetó al ver que se tambaleaba. Estaba temblando y le costaba respirar.

—Mírame, Caroline —ordenó—. Respira conmigo. Así. Muy bien. Otra vez.

Ella hacía lo que le decía agarrándose con fuerza a sus brazos. Su visión se había oscurecido y se habría desmayado de no haber estado él allí.

—¿Mejor?

Ella asintió despacio.

—¿Por qué no le has contado a tus padres lo que temías? Ellos lo habrían ent...

—Como le hables de esto a alguien te juro que no te lo perdonaré — dijo soltándose con brusquedad.

—Caroline...

—No les causaré esa preocupación. Ellos no podrían hacer nada y solo conseguirían empeorarlo todo.

James suspiró.

—¿Y crees que casarte con William lo arreglará? — negó con la cabeza.

—Edwina no se atreverá a difamarme si tengo quién me respalde.

—¡Ya tienes a quién te respalde! ¡Tu familia! Yo.

—Tú no puedes hacer nada —lo cortó—. Ni siquiera importa que hayas escuchado lo que decía. Sería tu palabra contra la suya. Cada quién creería lo que le diera la gana y mi reputación quedaría dañada igual.

—¿Crees que mi amenaza no iba en serio?

—Sé que no iba en serio. Amas demasiado tu trabajo como para utilizarlo de ese modo.

—Casarte con William por eso es una locura.

—¿Por qué? ¿Porque no nos amamos? — dijo mostrando un claro desprecio hacia ese sentimiento—. No todas podemos tener la suerte que han tenido Katherine o Emma. Ahora mismo lo único que quiero es alejar la desgracia de mi familia y que me dejen vivir en paz. William puede darme eso y a mí me basta.

—¿Él sabe tus motivos?

Caroline asintió sonriendo con tristeza.

—¿Crees que me seguiría el juego si no lo supiera? Es demasiado bueno como para hacer todo esto sin un buen motivo. Además se expone a que Alexander le rompa el cráneo con ese palo infernal — se burló.

Caroline lo miró ya sin artificios. Ahora que sabía la verdad todo sería más fácil.

—Es lo mejor para mí, James.

Él negó con la cabeza.

—No estoy de acuerdo, pero al menos ahora entiendo tu comportamiento de todos estos meses y es un alivio. Aunque aún hay algo que se me escapa.

—Lavinia Wainwright —dijo ella leyéndole el pensamiento.

—¿Qué tiene ella que ver en todo esto?

—Lavinia es la única a la que Edwina teme. Creí que estando cerca de ella no se atrevería a hacer esto. Está claro que me equivocaba.

—Igualmente, no sé si merecía la pena el riesgo que supone estar a su lado, pero me deja tranquilo saber que tu opinión sobre ella no ha cambiado.

—No, no ha cambiado. La detesto profundamente.

James sonrió aliviado.

—¿Te sientes mejor? ¿Lo bastante como para volver a la fiesta? El príncipe debe estar preguntándose dónde te has metido. — Se burló.

Caroline suspiró con resignación.

—¿Vas a seguir vigilándome? — preguntó.

—Más que nunca.

—Me lo temía —aceptó.

James le ofreció su brazo y caminaron juntos y en silencio.

Capítulo 10



—La habitación del bebé ha quedado preciosa — dijo Emma sonriendo —. Me encanta ese papel que habéis puesto en las paredes.

—Es de la tienda del señor Bradford — respondió Katherine —, luego te digo el nombre exacto por si quieres utilizar el mismo.

—¿Ahora se pondrán a hablar de decoración? — preguntó Edward llegando al límite de aburrimiento.

—¿Te apetece que vayamos a mi despacho? — propuso Alexander.

—¡Por favor! Estoy de ropita y trastos de bebé hasta los...

—Os dejamos solas para que habléis de vuestras cosas — dijo Alexander dando un beso a su esposa en la frente.

Edward hizo un gesto a Emma antes de salir.

—Está enfadado conmigo —aclaró mirando a su hermana —. Le di la razón a su padre en un asunto de negocios y se lo tomó fatal.

—Ya veo lo preocupada que estás — dijo Katherine burlona.

—Ni una pizca —negó Emma sonriendo —. Me gusta hacerlo rabiar de vez en cuando. Las reconciliaciones son muy placenteras.

—¡Emma! —Rio a carcajadas.

—No me negarás que tenemos mucha suerte con nuestros maridos — sonrió al tiempo que se acariciaba el abultado vientre —. Todavía vivo en una nube.

—Y yo. Aunque no te negaré que últimamente me despierto aterrada en plena noche.

Emma frunció el ceño con preocupación.

—¿Aterrada por qué?

—No puedo hablar de esto con Alexander, sé que a él también lo asusta. ¿Y si...? No puedo ni decirlo en voz alta.

Emma comprendió a qué se refería y la cogió de las manos sonriéndole con ternura.

—No va a pasar nada, el bebé nacerá sano y fuerte. Lo que le ocurrió a Alexander fue algo extraño, inexplicable con los conocimientos que tenemos ahora, pero que no tiene por qué repetirse. Los duques aseguran que no ha habido ningún otro caso en la familia.

—Que ellos sepan.

—¿Cómo no iban a saberlo? ¿Crees que alguno de tus nietos o biznietos desconocerá lo que le ocurrió a Alexander? Te aseguro que en esta familia se hablará de ello en los siglos venideros. Este niño va a nacer sano, ya lo verás.

Katherine sonrió agradecida.

—Qué alegría que hayáis venido. Echo de menos estar en Londres, ¿sabes? El bullicio, el ajetreo en casa...

Emma asintió. Ella también lo añoraba, a pesar de que los bailes y las fiestas no eran lo suyo, añoraba estar con la familia y los nervios de las debutantes.

—Os quedaréis esta noche, ¿verdad?

Emma volvió a asentir.

—Sí, sabía que me lo pedirías y he venido preparada.

—¿Piensas reconciliarte en mi casa? — Katherine la miró fingiendo asustarse.

—Por supuesto. Por los viejos tiempos.

Las dos se rieron a carcajadas.

* * *

—Algo le pasa a William que no quiere contarnos — dijo Alexander convencido.

Durante la cena había salido el tema de Caroline y una cosa llevó a la otra.

—La boda de Seo-jeon —afirmó Katherine.

—Sí, eso lo sacudió fuerte, pero tiene que haber algo más — insistió su marido —. Le he escrito a Cha-Eun una carta y se lo he preguntado directamente. Seguro que él lo sabe.

—William te matará si se entera — afirmó Edward.

—Pues tú no se lo digas.

—¿Por quién me tomas? —fingió ofenderse.

—Viste a James hace dos días — dijo Emma —. ¿Cómo está? Vivir ahora mismo en casa de los Wharton no debe ser nada fácil.

—Ya sabéis que vuestro padre le pidió que se ocupase de vigilar a Caroline. Pues vuestra hermana no se lo pone nada fácil. Al parecer se ha hecho muy amiga de Lavinia Wainwright.

—Lo sabemos —dijeron ellas a la vez.

—Ni en un millón de años habría creído eso posible — afirmó Alexander.

—Está enfadada con el mundo — dijo Emma —. Tiene una pataleta, ya se le pasará.

—Mientras esa pataleta no tenga consecuencias... — dijo su marido.

—¿Qué consecuencias va a tener?

—Dijo que quería casarse con William. — Edward la miró muy serio —. Él no está ahora como para poder defenderse.

—¿Defenderse? —Emma dejó el cubierto en el plato.

Katherine y Alexander se miraron conscientes de lo que se les venía encima.

—¿Por qué tendría que defenderse?

—Sabes a lo que me refiero.

—No, no lo sé. Ilumíname con tu sabiduría.

—William es débil.

—¡Pobrecito William! ¿Qué crees que va a hacerle Caroline? ¿Seducirlo?

—¡Emma! —exclamó su hermana, pero la otra no dejaba de mirar a su marido.

Edward torció una sonrisa.

—Me parece que las Wharton saben muy bien cuáles son sus armas y cómo utilizarlas.

—¿Lo dices por mí? —soltó la servilleta en la mesa y se puso de pie.

—¿Por quién si no? —Él la imitó.

—Algún día tendrás que madurar, Edward Wilmot, no siempre voy a darte la razón en todo.

—¿Darme la razón? ¿Cuándo fue la última vez que pasó eso? Que yo recuerde siempre estás en el otro bando.

—¿Y qué culpa tengo yo de que tengas tan malas ideas? ¿Jamaica? ¿En serio?

—¿Qué pasa en Jamaica? —preguntó Katherine.

—Solo serían unos meses —dijo Edward acercándose a su esposa sin responder a su cuñada—. El tiempo imprescindible para ocuparme de nuestros asuntos allí.

—¿Y no puede ocuparse Harry como dijo tu padre?

—Esta no es la empresa de Harry, no puede sustituirme allí.

—¿Prefieres que te sustituya aquí? ¿En mi lecho?

—Emma...

—Eres un bruto y un insensible — dijo saliendo del comedor.

Intentó cerrarle la puerta en la cara, pero Edward tuvo rápidos reflejos y salió tras ella.

—No camines tan rápido —ordenó—. Llevas a mi hijo en tu vientre.

—Ah, ¿sí? —Se giró encarándolo—. ¿Y acaso eso te importa?

—No digas tonterías.

—¿Que yo digo tonterías? ¡Tú dices tonterías! ¡Jamaica! — exclamó y volvió a caminar hacia las escaleras—. Si tú te vas a Jamaica no esperes encontrarme aquí a la vuelta.

—Ah, ¿no? ¿Y dónde vas a estar si puede saberse? — preguntó subiendo las escaleras tras ella.

—En... En... —Se detuvo en el rellano y cogió aire—. ¡No lo sé! Pero no aquí.

—Eso lo imagino, estamos en casa de tu hermana.

Emma aceleró el paso una vez en el pasillo.

—¿Ya sabes cuál es nuestra habitación? — preguntó él al ver que iba decidida.

—Claro que lo sé —dijo con tono enfadado y entró en ella volviendo a intentar cerrarle la puerta en la cara.

Edward puso la mano para parar el golpe y entró cerrando tras él.

—Emma...

—No me hables, estoy furiosa.

—No es bueno para el bebé que te enfades tanto.

—Es culpa tuya —dijo caminando hacia la ventana y respirando hondo para tratar de calmarse.

Su marido se acercó despacio y trató de abrazarla, pero ella se libró de su agarre de un manotazo. Edward volvió a intentarlo, esta vez con rapidez e ingenio y la atrapó contra su

cuerpo. Apoyó la boca en su oreja y habló en susurros.

—No me iré si tú no quieres, amor mío. Pero no digas que no es una buena idea, solo di que no quieres que te deje sola ni un minuto.

—Es una mala idea —dijo provocadora.

—Tú sí que eres mala —sonrió.

—Te juro que si te marchas le diré a nuestro hijo que eres el peor padre del mundo.

—No te creará.

—Y el peor esposo.

—Porque sabrá que su madre es la más lista del universo y jamás se habría enamorado de un hombre tan estúpido. — La hizo girar en sus brazos hasta tenerla de frente —. Mi preciosa lunática.

—No te irás.

—No me iré —sonrió de nuevo.

Ella lo agarró por las solapas y jugueteó con ellas sin mirarlo a la cara.

—¿Es porque estoy gorda y ya no te resulto atractiva?

—¿De qué estás hablando? —Se rio divertido mientras se balanceaba con ella —. Estoy loco por ti.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo miró con ojos brillantes.

—Si estuvieras loco por mí no podrías ni imaginar estar lejos.

—Y no puedo. Por eso mi plan es que vengas conmigo. Te dije que esperaría hasta que nuestro hijo hubiese nacido.

Emma abrió los ojos sorprendida.

—¿Quieres llevarme contigo?

—Siempre has dicho que querías hacer un viaje. Jamaica es un lugar precioso.

—¿Por qué no lo dijiste?

—No quería que mi padre encontrase un motivo para estropearle la sorpresa.

—Pero tendría que dejar a nuestro hijo. Es un viaje demasiado largo para llevarlo.

—Solo serían unos pocos meses — dijo él —. No se dará ni cuenta.

Emma frunció el ceño no muy convencida, pero enseguida desechó sus preocupaciones y se centró en el gesto.

—¿Ya puedo besarte? —preguntó él con el deseo bailando en su mirada.

Emma negó con la cabeza y lo besó ella.

* * *

—No van a volver, ¿verdad? — preguntó Alexander.

Katherine negó con la cabeza.

—¿Tú sabías algo de ese viaje a Jamaica? — preguntó curiosa.

—Edward cree que *Bluejacket* tiene su guarida allí. Tiene un informante que le aseguró que vive en la isla escondido tras una falsa identidad.

—¿Y quiere cazarlo? —preguntó asustada.

—Algo así.

—¿Algo así?

—Cosas de Edward —afirmó Alexander —. ¿Nos tomamos el postre en el salón? Así podré hacerte un masaje en esos pies hinchados.

Katherine asintió y dejó que la ayudara a ponerse de pie, aunque podía hacerlo sola perfectamente.

—Ojalá pudiera hacer algo más por ti, amor mío — dijo él cogiéndola de la cintura con delicadeza —. Siento que tengas que cargar tú sola con todo el peso de este embarazo.

Ella lo miró burlona.

—Te aseguro que si pudieras cambiarte conmigo no lo dirías. Es muy cómodo para los hombres hacer esa clase de afirmaciones sabiendo que son imposibles.

—¿No me crees?

—¡Por supuesto que no! —se rio a carcajadas al imaginarlo —. ¿Quién querría unos pies hinchados que ni siquiera puedo verme, un calor sofocante, dolores de espalda y de cabeza, agotamiento físico constante y un hambre que nunca se sacia?

El rostro de Alexander era un poema. La desolación misma. Katherine le sonrió con tanto amor que le explotó el corazón.

—Adoro llevar a este niño en mi vientre, amor mío, pero si me dieran la oportunidad de escoger los efectos adyacentes te aseguro que no escogería ninguno de los que conozco — afirmó rotunda —. Te quiero demasiado para desearte algo tan molesto, así que no vuelvas a decir nada tan estúpido. Con ese masaje en los pies y tus constantes atenciones, tengo suficiente.

Alexander asintió y sin darle ocasión a protestar la levantó del suelo y la llevó en brazos hasta el salón.

Capítulo 11



El barón miraba a su hija con expresión seria y el tenedor suspendido a medio camino entre el plato y su boca. En el comedor se había hecho un tenso silencio solo alterado por el sonido del cubierto de Caroline que siguió comiendo sin aparente preocupación. Su madre se giró a mirar al mayordomo y al lacayo que esperaban para servirles.

—Déjennos un momento, por favor — pidió y los dos sirvientes salieron del comedor.

—¿Qué has dicho? —preguntó su padre después de dejar la servilleta suavemente sobre la mesa.

—Voy a casarme con William Bertram — repitió.

—Que yo sepa, William no te ha cortejado como es de esperar en estos casos y tampoco ha hablado conmigo para comunicarme sus intenciones.

—Te las comunico yo, papá.

El barón apretó los labios y respiró hondo por la nariz tratando de contener la tensión que se había alojado en su estómago.

—¿William lo sabe? —preguntó Elinor con ironía.

Caroline la miró con frialdad un instante y después siguió comiendo.

—No habrá celebración, nos casaremos en una ceremonia íntima.

—¿Desde cuándo pasa esto? — preguntó el barón mirándola fijamente —. No tenía noticia de que...

—Es lo mejor para mí.

—¿Lo mejor?

Caroline asintió sin mirarlo y dejó el cubierto en el plato. Se limpió la boca muy despacio y miró a su padre sin temor y con gran serenidad.

—Soy consciente de que podéis no estar de acuerdo con mi decisión, pero...

—¿Con tu decisión? —dijo su madre ofendida —. Pero ¿es que acaso es así como se hacen las cosas?

Caroline miró a James con disimulo y vio que tenía los ojos clavados en el plato y las manos sobre la mesa. No quería que interviniese, y que estuviese allí la ponía nerviosa, pero no encontró un mejor modo de comunicárselo a toda la familia. Un enfrentamiento directo con su padre habría sido demasiado para ella.

—Este no es ni el lugar ni el momento de tratar estos temas — dijo el barón —. Si William tiene intención de casarse contigo deberá hablar primero conmigo y yo estudiaré esa posibilidad. Aunque, desde luego, no será una boda ni rápida ni íntima. Eso sería como admitir que hay algo turbio en esa idea.

Caroline suspiró con cansancio.

—No quiero esperar.

—Pues lo siento por ti porque es lo que va a pasar. ¿A qué viene tanta prisa?

—El marqués de Valentree va a dar una fiesta en su mansión de Covenant Place.

El barón frunció el ceño sin comprender qué relación tenía aquello.

—Mamá. —Caroline se giró hacia la baronesa —. ¿Hemos recibido alguna invitación?

—Sí.

—¿Sí? ¿Y cómo es que no me lo has dicho?

Su madre se mordió el labio consciente de lo que su hija pretendía.

—Porque... no quería... disgustarte.

—¿Y por qué iba a disgustarme una invitación a una fiesta en casa de los marqueses? A mí me encantan las fiestas, mamá.

—Meredith... —Su esposo la conminó a explicarse.

—Solo han invitado a Harriet.

—¿A mí? ¿Por qué me han invitado solo a mí?

—Es una fiesta para jóvenes solteras...

—¿Yo no soy joven y soltera, mamá? — preguntó Caroline con expresión de inocente desconcierto.

El barón cerró un momento los ojos, pero enseguida recuperó la compostura.

—Está bien, entiendo tu enfado...

—¿Entiendes mi enfado, papá? ¿De verdad lo entiendes? ¿Eso era lo que le decías al señor Helps en el baile de los Everitt? ¿Qué entendías mi enfado?

—No te traerá nada bueno escuchar conversaciones ajenas — la reprendió con semblante pétreo.

—Al parecer es el único modo de saber la verdad — musitó su hija con la mirada fija en el plato.

La baronesa observó a su marido interrogadora, pero él prefirió dejar esa conversación para la intimidad de su alcoba.

—Cuando sea la esposa de William Bertram nadie se atreverá a tratarme así — dijo Caroline levantando la cabeza orgullosa —. Los Bertram no tienen títulos, pero sí mucho dinero y con eso me basta. No dejaré que me ninguneen y que me desechen como un trapo viejo y si para ello tengo que fugarme con William a Gretna Green, lo haré sin dudarlo.

—¡Caroline! —exclamó su madre horrorizada.

No podía ni imaginar que una hija suya hiciese algo semejante. Todo el mundo sabía que Gretna Green era el pueblecito escocés al que iban las parejas que querían casarse fuera de los

convencionalismos de la buena sociedad. Y, casi siempre, por motivos poco edificantes.

Harriet y Elinor habían enmudecido por completo y Elizabeth estaba pálida como una muerta. Todos en aquella mesa parecían presa de algún extraño conjuro que les impedía reaccionar debidamente. James observaba a la familia con disimulo, profundamente consternado por la deriva de los acontecimientos.

—Yo he sido invitado a casa de los marqueses — dijo —. Vendrás conmigo.

Caroline lo miró con fijeza.

—Debes pensar que soy patética si crees que tengo tan poco orgullo.

—El año que viene todo estará olvidado, hija — dijo su madre.

—¿El año que viene? ¿De qué estás hablando, mamá? ¿Es que no conocemos todos a Caitlin Ashton? ¿Te parece que alguien se ha olvidado de lo que le pasó? Tiene más de cuarenta y cinco años y la abandonaron cuando no había cumplido los veintidós. ¿De dónde sacas que el año que viene se me levantará el castigo? Un castigo que no merezco, por cierto. — Se puso de pie al borde de las lágrimas.

—Siéntate, Caroline —pidió su madre.

Ella obedeció ya sin poder contener el llanto.

—Puedes irte si lo deseas — concedió su padre muy serio.

—Gracias —musitó su hija apresurándose a abandonar el comedor.

El silencio se sentó a la mesa y fue James el encargado de librarse de él.

—Barón, me gustaría hablar con usted en privado — pidió.

* * *

Debían ser las tres de la madrugada. Aún faltaba un buen rato para que amaneciese y Elizabeth no había podido conciliar el sueño. Así que se levantó, se puso la bata y las zapatillas y salió del cuarto para ir a la cocina y prepararse un té. Con la taza en la mano deambuló por la planta de abajo poniendo mucho cuidado en no hacer ruido y se metió en el despacho de su hermano. Cerró la puerta con suavidad y depositó la lámpara sobre una mesa cerca de la ventana. Se fijó en el jarrón que tenía las flores ya marchitas y se conminó a cambiarlas al día siguiente, mientras tomaba asiento en la butaca en la que el barón solía leer.

Solo Emma sabía de su costumbre de ocultarse en ese despacho cuando estaban en Londres y no podía dormir. Su olor, los objetos que allí encontraba le proporcionaban la paz y la serenidad que ansiaba su espíritu y calmaban la sensación de soledad que a veces la acompañaba. Como aquella noche.

Encogió las piernas en el asiento y sostuvo la taza caliente entre las manos mientras observaba la calle desierta. La imagen de la señorita Ashton vino a su mente con su perenne sonrisa bobalicona y la dulzura de su voz. A Caitlin le habían encantado los vestidos, los había mirado con añoranza, como si le trajeran recuerdos de una ilusión perdida. En aquel momento se sintió orgullosa de su buena obra, pero ahora se preguntaba si ese vestido no le aportaría más tristeza que alegría. ¿Le recordaría a aquellos días en los que un vestido hermoso era el símbolo del momento que esperaba vivir con él? ¿La arrastraría a un viaje hacia el cortejo, el compromiso y, finalmente, el abandono que sufrió? Deseó fervientemente que eso no sucediera, que ya no quedase ni rastro de aquella joven en ella. No parecía descontenta con su vida de solterona. ¿Así

sería ella dentro de unos años? Aunque ella no tendría una hermana con la que compartir los buenos y malos momentos. Sus sobrinas se casarían y abandonarían Harmouth. Así que ella cuidaría de Meredith y Frederick cuando envejeciesen y después esperaría su muerte con resignación.

«No soporto ver cómo languideces suspirando por él cuando, si tú quisieras, podría ser tuyo. William está desesperado por sacarse a esa mujer de la cabeza y se casaría con cualquiera que se lo propusiera...».

Las palabras de Caroline la hicieron estremecer. Sabía que tenía razón, era apocada y cobarde, incapaz de luchar por conseguir algo más de lo que la vida estaba dispuesta a ofrecerle. Aunque anhelaba que William cayera rendido de amor por ella y le pidiera que fuera su esposa, no iba a mover un dedo para conseguirlo. Una cobarde, eso era.

—Un caballero en un caballo blanco — musitó burlándose de sí misma.

Jamás recibió una tarjeta para ser visitada y solo una vez le pidieron un baile. Fue cuando tenía veinte años y el caballero había cumplido los cincuenta hacía tiempo. A eso era a lo que podía aspirar, pero gracias a Dios, su hermano no estuvo dispuesto a permitirlo. Así que no hubo más bailes y se resignó a ser la tía de las Wharton. Demasiado joven para disfrutar de la ilusión de sus sobrinas sin resquemor y demasiado mayor para mantener viva su esperanza. ¿Cómo no compadecerse de sí misma si los que la querían le tenían lástima? Incluso William. El puñal de su pecho se clavó hasta la empuñadura y por más que intentó sacárselo no pudo ni rozarlo.

Bebió un largo sorbo de su té y sonrió hacia la ventana con la vista nublada por las lágrimas. Se alegraba de que su madre no pudiera verla, solía decir que su vida sería mejor que la que ella había tenido. Nunca le había recriminado nada, ni siquiera en su cabeza, pero en aquel momento un rencor desconocido se retorció en sus entrañas.

—¿Por qué? —musitó—. ¿Por qué te entregaste a él, mamá?

Negó con la cabeza y se sacudió aquel horrible sentimiento. No iba a perderla también a ella. La madre de Edward había caído en desgracia y ahora era la esposa del conde de Kenford. Quizá, si sus padres no hubiesen muerto... ¿A quién quería engañar? El conde se llevó a su hijo con él. Lo educó y lo trató como a un hijo. Su padre no quiso ni conocerla. Era una bastarda y siempre lo sería. Podía dar gracias de que su hermano se compadeciese de ella y la acogiese en su casa. ¿Casarse con William? ¿Cómo se le había pasado siquiera por la cabeza?

Debía dejar todo aquello atrás, el pasado y sus anhelos absurdos. Tenía una buena vida y una familia que la quería, ¿a qué venía aquella autocompasión infantil? Les devolvería gustosa todo lo que habían hecho por ella. Era lo menos que podía hacer. Bajó los pies al suelo y recuperó la lámpara para salir de allí con la firme promesa de no volver a utilizar ese lugar como refugio. No tenía nada de lo que refugiarse.

Capítulo 12



—¿Que James se marcha? —preguntó Harriet con desagrado —. ¿Por qué?

—Ya habrá terminado todos los asuntos que tuviese en Londres. Y sin sus amigos aquí...

Elinor hablaba mientras miraba por la ventana ansiando ver la desgarbada figura de Colin aparecer por la esquina de la calle. Llevaban varios días sin verse y empezaba a acusar el evidente distanciamiento de su amigo.

—William —dijo en voz alta.

Elizabeth levantó la cabeza de su bordado.

—¿Qué? —Caroline se acercó a la ventana.

—Viene hacia aquí —confirmó Elinor.

—¿Sabías que iba a venir? — preguntó su madre a Caroline.

Su hija negó repetidamente con la cabeza y miró hacia la puerta con nerviosismo. Esperaron durante cinco minutos sin que apareciera y después de un tiempo prudencial la baronesa tiró del llamador para que acudiera el mayordomo y las sacara de dudas.

—George, ¿hemos tenido alguna visita?

—Sí, señora. El señor Bertram está en el despacho hablando con el barón.

Caroline ahogó una exclamación y la baronesa tuvo que esforzarse en mantener la compostura hasta que George abandonó la estancia y se quedaron solas.

—¿Ha venido a pedir tu mano? — Harriet miraba a su hermana con ojos muy abiertos.

—¡Eso espero!

Elinor era la única que no creía que semejante cosa estuviese pasando. Tenía a William en alta estima y lo consideraba un hombre demasiado inteligente como para casarse con su hermana. Menos aún en las circunstancias que se encontraba en ese momento. Y no era porque Caroline hubiese caído en desgracia, sino por su estúpido e irracional comportamiento de los últimos meses. Se moría de ganas de ir corriendo hasta el despacho de su padre para pegar la oreja a la puerta. Colin se quedaría de piedra si supiera... Volvió a mirar hacia el exterior con los

labios apretados y expresión de enfado. Si él no iba a visitarla esa tarde, lo haría ella. El orgullo no debería anteponerse jamás al afecto.

* * *

—Adelante —animó el barón con expresión severa —. Di lo que has venido a decir.

William frunció el ceño consciente del malhumor de su interlocutor.

—Quería hablarle de un tema delicado...

—Lo imagino.

—Es sobre... Caroline.

Frederick apretó los labios y respiró hondo por la nariz sin apartar la mirada.

—Su hija me preocupa.

El barón frunció el ceño cambiando su expresión severa por una desconcertada.

—¿Te preocupa?

William asintió.

—Mucho, la verdad.

—Explícate.

—Supongo que sabrá que últimamente ha estado un poco... rara.

—¿Rara en qué sentido?

—Bueno... —William se peinó con la mano en un gesto nervioso. Trató de sonreír aunque lo que consiguió fue una mueca extraña —. Está confundida y...

El barón empezaba a perder la paciencia.

—Di lo que tengas que decir, parece mentira, William.

—Quiere que nos casemos. No quería disgustarlo, barón, sabe que aprecio a su familia, pero debe saber que su hija está muy herida, tanto como para perjudicarse a sí misma con sus actos. Su amistad con Lavinia Wain...

—Sí, sí lo sé —lo interrumpió molesto —. Pero ¿te vas a casar con ella?

Los ojos de William amenazaron con salirse de las órbitas.

—Yo... Señor, no, no puedo casarme con ella.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó el barón aliviado —. No me malinterpretes, muchacho, serías un yerno perfecto, pero preferiría que ninguna de mis hijas se casara sin amor.

Se puso de pie y comenzó a deambular por el despacho para calmar los nervios que había contenido desde el inicio de la entrevista.

—Pero una vez aclarado esto — dijo William sin saber si se sentía más ofendido que halagado o al revés —. Temo que, cuando yo me aparte, Caroline busque a otro candidato que supla mi papel en este embrollo. Para ser honesto, al principio llegué a plantearme la idea de casarme con ella. Es una joven extraordinaria y no merece el trato que se le ha dado, pero estoy demasiado roto como para preocuparme por otro ser humano ahora mismo.

El barón recobró su natural afabilidad.

—Agradezco tu sinceridad, William. Y en vista de ello te confesaré que no eres el único que está preocupado. James habló conmigo hace un par de días y me contó algo que me ha hecho pensar mucho. No te preocupes, muchacho, voy a solucionarlo. — Hizo una pausa y lo miró con atención —. En cuanto a ti, también deberías solucionar lo que sea que te atormenta. Antes

de que te des cuenta tu vida se habrá acabado. Devuelve algo de lo que has recibido, muchacho, es una buena filosofía de vida.

* * *

Elizabeth llevaba un jarrón con flores frescas para el despacho de su hermano y se detuvo en seco al ver a William salir de él.

—Elizabeth.

—William.

De pronto el jarrón parecía pesar una tonelada y temió que se le cayera de las manos, apretó tanto los dedos que se le quedaron blancos.

—¿Podríamos hablar un momento... a solas? — pidió él.

Lo miró confusa. ¿Hablar? ¿De qué quería hablar con ella? De Caroline, claro. Había salido del despacho de su hermano, así que era evidente que las cosas iban a suceder tal y como Caroline esperaba. Miró a su alrededor y caminó hacia una consola para dejar el jarrón.

—Salgamos al jardín trasero. Están todas en el salón Cotton y no nos escucharán — dijo muy seria y se giró para caminar delante de él.

William la observó mientras la seguía, tenía un porte elegante, pero su forma de caminar no era nada afectada. Una vez fuera de la casa ella se giró dispuesta a escuchar la buena nueva. Que quisiera contárselo aparte daba cuenta de lo evidente y patética que era su situación.

—No sé cómo empezar... —dijo él visiblemente nervioso.

—Lo he visto salir del despacho de mi hermano. Supongo que debo felicitarlo — dijo para ayudarlo —. Me alegro mu...

—No he venido a pedir la mano de Caroline, si es lo que piensa.

Elizabeth abrió los ojos un poco más de lo normal y esperó a que continuara hablando.

—No sé por qué, pero siento la necesidad de explicarme contigo — dijo tuteándola sin previo aviso —. No quería que te llevaras una mala impresión de mi comportamiento...

Elizabeth desvió la mirada sintiéndose demasiado vulnerable en ese momento.

—Nunca he tenido intención de casarme con Caroline, las cosas que dije en aquella boda fueron fruto del alcohol. Sé que me he comportado como un auténtico imbécil desde entonces y he avergonzado a mis amigos con mis borracheras. Me disculpo contigo por haberlo presenciado. Lo sucedido aquel día en el coche fue imperdonable.

—Me alegra verte recapacitar.

William sonrió agradecido al ver que también lo tuteaba.

—Nadie sabe esto que voy a contarte, pero si no se lo cuento a alguien no podré seguir adelante y, por alguna razón, quiero que ese alguien seas tú.

Elizabeth asintió dispuesta a oírlo hablar de su inmenso amor por...

—Seo-jeon murió hace meses.

—¡Oh! —Dio un paso hacia él de manera instintiva —. William yo... Lo siento mucho.

—Cuando me marché de Joseon era consciente de que se casaría con otro, estaba preparado para ello. Me dolía profundamente, pero no soy estúpido, sé cómo funciona el mundo. Se casaría, tendría hijos y poco a poco mi recuerdo se diluiría en las brumas del tiempo, irremisiblemente. Pero ni en mis peores pesadillas imaginé... — Desvió la mirada al cielo y gruñó como un

animal herido antes de poder continuar —. Estaba tan abrumado por mi dolor que no pensé en el suyo. Parecía tan fuerte, tan segura que creí... que no me amaba tanto.

Elizabeth lo llevó hasta una silla y se sentó en otra frente a él.

—Debería haber adivinado lo que pretendía hacer...

—¿Hacer? —Frunció el ceño confusa —. ¿Qué...? ¡Oh, Dios Santo!

—Se clavó un puñal en el corazón — dijo con voz ronca y los ojos llenos de lágrimas —. Yo la abandoné creyendo que era lo mejor para ella, creyendo que en realidad no me amaba lo suficiente para sufrir lo que supondría...

Elizabeth quería decir algo, pero cualquier cosa que dijese sonaría tan vacía que prefirió permanecer en silencio mientras él encontraba las palabras.

—Es cierto que, tanto si nos escapábamos como si yo me quedaba y la hacía mía, nos habrían condenado a muerte. Y no estoy seguro de que hubiésemos podido escapar de allí con vida. — Sonrió con amargura —. Al final dio igual, consiguieron su propósito: ella está muerta y yo... también.

Elizabeth no pudo disimular la conmoción que le causaban sus palabras y las lágrimas se precipitaron por sus mejillas.

—Aun así, podría casarme contigo y fingir ante todos hasta convertirme en un fantasma. Lo haría por ti...

—Basta —pidió Elizabeth con el agua temblando en sus ojos —, por favor, no sigas. Me estás haciendo mucho daño.

—Si pudiera amar a otra mujer, serías tú — dijo con tristeza —. Lo supe aquel día, durante aquel estúpido juego. Sentí que se calentaba mi corazón. Un tibio rescoldo que se apagó del todo cuando supe...

Elizabeth buscaba el modo de no hacerse pedazos allí mismo. Se puso de pie y le dio la espalda para que no la viese llorar, pero entonces William hizo algo que no esperaba. La tomó en sus brazos y la besó. Fue un beso de apasionada desesperación. Un beso hambriento y exigente que se lo quitó todo. La apretó contra su cuerpo y su lengua buceó irreverente buscando en sus recuerdos un sabor perdido. Ella lo supo, supo que no era su boca la que deseaba, pero durante los segundos que duró el beso se esforzó en llevárselo consigo. No debería ser tan difícil robárselo a una muerta.

Cuando él se separó, Elizabeth sentía los labios ardiendo y las piernas de gelatina.

—Me marcho a América —dijo él soltándola despacio como si temiera que fuese a desplomarse —. No tengo intención de regresar.

Ella asintió sin ocultar los sentimientos que emergían a sus ojos.

—Ven conmigo —pidió con ojos vacíos de expresión.

Durante un instante el mundo se detuvo. Los planetas frenaron su avance y el Universo contuvo la respiración. Fue un segundo intenso y extremo en el que Elizabeth se vio a sí misma rodeada de niños en una tierra extraña y con un hombre junto a ella que parecía formar parte del paisaje. Y se vio a sí misma, triste, vacía y con el corazón seco.

—Quizá algún día...

—No, William. —Negó con la cabeza lentamente —. Podría casarme con un hombre que no me amase y me ofreciese lo que tú me ofreces, pero sé que no podría soportarlo si ese hombre eres tú. Ojalá encuentres en tu nueva vida lo que te arrebataron en esta.

Él asintió despacio mientras veía un muro levantarse entre ellos.

—Adiós, William.

—Adiós, Elizabeth.

Observó su espalda alejándose y se quedó allí parada durante mucho rato. Una parte de ella gritaba que corriera tras él, podría tenerlo, sería suyo en cuerpo al menos. Tendría a sus hijos... Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. No era eso lo que quería. No solo. Ella le entregaría su alma y al final solo quedaría de sí misma un cascarón vacío, una sombra desolada. Respiró hondo y se secó las lágrimas. Para eso no necesitaba compañía, podía conseguirlo sola.

Capítulo 13



—¿No apostasteis al caballo de Waterman? — preguntó Edward perplejo —. ¡Os dije que ganaría!

—Estaba el último en todas las apuestas — dijo James.

—¡Por eso era un buen negocio! No me lo puedo creer, sois idiotas. — Se sentó en la butaca sosteniendo su copa —. No me gusta el champán, ¿por qué bebemos champán? Esto no es ninguna celebración.

—Ya estamos. —Alexander levantó una ceja.

—¿Ya estamos de qué?

—¿Acaso nos has reunido tú?

—Anda, bebe y calla —le espetó Edward recostándose en el respaldo.

—Haya paz —pidió William pasando entre ellos. Saltó por encima del escabel para llegar hasta James al que le entregó su bebida —. Brindemos.

Todos se pusieron de pie y alzaron sus copas.

—¡Por William y su estúpida idea de irse a América! — exclamó Edward.

Todos bebieron.

—¡Porque se aburra sin nosotros y regrese pronto! — deseó Alexander.

Volvieron a beber.

—Yo necesito rellenar mi copa — dijo Edward caminando hacia la botella —. ¿Alguien más? ¿No?

—Tú has empezado en cuanto te la ha dado — dijo James —. Se suponía que había que esperar al brindis.

—Vale, ya está. —Edward miró a su compañero de batallas y le hizo un gesto para que alzase su copa —. Te toca.

—Pues... —James miró a William despejadas ya todas sus dudas —. Porque te vaya muy bien y encuentres lo que buscas.

Él le devolvió la sonrisa y todos bebieron una vez más.

—Supongo que tengo que dar un pequeño discurso.

—Por mí te lo puedes ahorrar. — Edward volvió a su cara de malas pulgas —. Solo di que volverás pronto y ya.

—He comprado una plantación, Edward, no es algo que pueda manejarse a distancia.

Lo dijo de un modo que no necesitaba mayor explicación. Estaba claro lo que quería decirles. Sus amigos bajaron las copas deshaciéndose del fingido entusiasmo. William se mordió el labio mientras buscaba las palabras que expresaran mejor lo que quería decirles.

—Pronto seréis padres de familia... — Se giró hacia James —. Disculpa que no te incluya, pero primero tengo que decir esto.

—Tranquilo.

—Como te pongas tierno, me largo — advirtió Edward.

—Me habría gustado veros las caras cuando nazca vuestro primer hijo, pero siento que no puedo retrasarlo más. Mi intención era marcharme hace tiempo, pero siempre encontraba una excusa para esperar y sé que si no lo hago de una vez, al final no me iré nunca.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Edward, calla —ordenó Alexander.

—Debo hacerlo, Edward. —William lo miró muy serio —. Solo beber alivia un poco mi angustia y todos sabemos adónde me llevará eso. Me gustó la experiencia que tuve en mi viaje a América y creo que puedo hacer algo importante allí.

El ánimo de todos decaía a gran velocidad y no era eso lo que William pretendía con aquella celebración.

—Vamos, quitad esas caras. Podéis venir a visitarme — dijo convencido —. Prometo no obligaros a recoger algodón.

—Iremos, ¿verdad Alexander? — dijo Edward.

El otro asintió visiblemente emocionado.

—Vigílalos de cerca, James — dijo William —. Sin mí aquí su amistad corre peligro.

—Tranquilo, mediaré siempre que sea necesario.

William lo miró con sorna.

—Y ten cuidado, estando tan cerca de las Wharton corres un gran peligro. Esas mujeres son como el vino dulce, bebes y bebes y antes de que te des cuenta ya estás borracho.

—A las Wharton ni acercarte — advirtió Edward —. No quiero dormir en el vestidor por tu culpa.

—¿En el vestidor? —preguntó Alexander burlándose —. ¿Emma ni siquiera te deja ir a otra habitación?

—Me quiere cerca incluso enfadada.

Los otros rieron a carcajadas y levantaron sus copas para un nuevo brindis.

—¡Por William!

* * *

William Bertram se marchó y la agitada vida de Londres siguió su curso sin inmutarse. Después de su partida Caroline dejó de asistir a eventos y fiestas resignándose a su condición de apestada.

Curiosamente y contra todo pronóstico eso aumentó la preocupación de sus padres.

—Le he dicho a Elizabeth que podríamos dividirnos — anunció durante la cena del primero de julio —. Ella puede ir a casa de Emma y yo a la de Katherine. Las acompañaremos en la última fase del embarazo y luego, cuando nazcan los bebés, podremos ayudarlas a cuidar de ellos.

El barón miró a su esposa con los labios apretados y la baronesa asintió en respuesta muda a una silenciosa pregunta.

—James, ¿te marchas mañana como dijiste? — preguntó Frederick.

—Sí, a primera hora.

—Dijiste que te quedarías hasta que terminase julio — protestó Harriet.

El oficial miró a la joven con evidente simpatía.

—Ya he acabado los asuntos que tenía pendientes en Londres y, aunque mi madre asegura en su carta que está bien, quiero ver con mis propios ojos ese tobillo.

Harriet se mordió el labio con expresión culpable y asintió.

—Tu padre se alegrará de verte — afirmó el barón —. Me consta que lleva muy mal que tu madre esté enferma.

James sonrió al tiempo que asentía.

—Se lo tiene terminantemente prohibido.

—Pues ella debería obedecerle. — Miró a su esposa y Meredith asintió levemente —. Hemos pensado que sería bueno que Caroline se marche contigo.

Su hija lo miró sorprendida.

—A Frances le iría muy bien tenerte allí — explicó su madre —. No tiene hijas y, aunque el servicio la cuida con afecto, no es lo mismo.

—¿Queréis que vaya a Berksham y cuide de la madre de James? — preguntó sin expresión —. Está bien.

Los dos se miraron sorprendidos.

—¿No vas a protestar? —preguntó Harriet sin poder contenerse.

Caroline negó con la cabeza y luego miró al oficial.

—James ha tenido mucho trabajo conmigo, es justo que ahora yo le devuelva el favor.

—No es un castigo, hija —aclaró su padre.

—Recuerdo a la señora Crawford y siempre fue encantadora conmigo, nunca podría ser un castigo cuidarla. Lo haré lo mejor que pueda.

—No está inválida —aclaró su hijo sonriendo abiertamente —. Solo que ahora se mueve muy despacio.

—Me irá bien estar lejos de Londres — aseguró Caroline con serenidad.

Sus hermanas y su tía no parecían muy contentas con la idea de que se marchase. Y así se lo hicieron saber esa noche en su dormitorio.

—¿Por qué has aceptado? —preguntó Elinor sentándose en la cama junto a ella.

Harriet dio la vuelta para ir al otro lado y se sentó también dejando los pies de la cama para Elizabeth. Caroline las miró una a una con una triste sonrisa.

—Me he portado fatal últimamente — dijo.

Su tía la miró con ternura y palmeó sus pies por encima de las sábanas.

—Un poco —dijo sonriendo.

—Lo de Lavinia ha sido lo peor — afirmó Harriet.

—Lo sé —concedió Caroline—. Creí que así estaría protegida, todo el mundo teme a Lavinia.

—¿Y no ha funcionado? —preguntó Elinor.

Caroline negó con la cabeza.

—¿De verdad te quieres ir a Berksham? — Harriet comenzó a trenzar su abundante melena roja.

—Creo que me irá bien estar lejos de aquí.

—Para evitar a Edwina, ¿verdad? — preguntó la pelirroja —. Pasó algo en Carlton House.

—¿Nos viste?

—Iba a acercarme, pero James se me adelantó. Estaba muy enfadado.

—Hiciste bien, fue mejor así.

—¿Qué quería Edwina de ti? — preguntó Elizabeth.

—Me amenazó con mentir sobre mi comportamiento con Nathan si la molestaba de cualquier modo — confesó al fin —. Estaba dispuesta a difamarme y hacer creer a todo el mundo que había hecho algo indebido.

—¿Qué?! —exclamaron las dos pequeñas a la vez.

—¡Dios mío!

Su tía no daba crédito a lo que oía. ¿Edwina? ¿Cómo alguien podía cambiar tanto? Aunque quizá la pregunta era otra: ¿Cómo pudo ocultar su verdadera personalidad durante tanto tiempo?

Caroline les explicó lo ocurrido en casa de los Everitt y cómo Nathan la llevó hasta un lugar apartado y le pidió perdón a su manera.

—Ahora lo entiendo —dijo Elizabeth —. Se siente amenazada.

—Un hombre capaz de traicionar, como Nathan Helps te traicionó a ti, no es de fiar — afirmó Elinor —. No debemos olvidarlo.

—Edwina tiene lo que se merece, me alegra que sufra — sentenció Harriet recostándose de lado en la cama —. Yo habría preferido un castigo más contundente, pero algo es algo.

Caroline puso los ojos en ella y la miró con fijeza.

—¿Quién era ese capitán Chantler?

El rubor acudió raudo a sus mejillas. Se dejó caer bocarriba estirando brazos y piernas poniendo cuidado en no empujar a Elinor con los pies.

—Es el hombre más maravilloso que he conocido nunca — afirmó con voz soñadora —. Fuerte, valiente, elegante y ¡tan guapo!

Su hermana frunció el ceño y miró a Elinor interrogadora.

—Está así desde el baile —afirmó la pequeña —. Es insoportable.

—¿Cuántas veces bailaste con él? — preguntó Caroline.

—Tres.

—¿¡Tres!? ¡Harriet! ¿Mamá lo sabe?

—Supongo que no, ya que no me ha encerrado en el desván y tirado la llave.

—¿Cómo es que no está todo el mundo hablando de ti? — insistió la mediana.

—Supongo que nadie se fijó en nosotros. Había demasiado en lo que poner atención aquella noche.

—No me gusta ese capitán —afirmó Elizabeth—. Debería saber que tres bailes con el mismo caballero podrían dañar tu reputación.

Harriet sonrió con cara de boba.

—Cuando lo conozcas cambiarás de opinión. Es maravilloso. ¡Y tan valiente! — Se incorporó de golpe —. ¿Una mujer puede navegar con su esposo si este es capitán de un barco de la armada? No me atreví a preguntárselo, me habría puesto en evidencia.

—¿Ponerte en evidencia? —Caroline la miraba irónica—. ¡Bailaste tres veces con él!

—¿Quién decide cuántas veces podemos bailar con un caballero? — Elinor las miró a las tres circunspecta—. ¿Por qué dos y no tres o cinco? ¿Qué mal hay en bailar con quien queramos?

—Es una declaración de intenciones — afirmó Elizabeth—. Es como decir que sientes predilección por él.

—Claro, y una señorita no puede sentir «predilección» por nadie. Me pone enferma.

—Pues si eso te pone enferma vas a estar enferma todo el tiempo, hermanita — dijo Caroline con tristeza—. No quisiera verte en mi situación, desde luego.

—Ni en la mía —afirmó Elizabeth.

Las tres hermanas miraron a su tía sorprendidas. Nunca hablaba de ello.

—¿Qué es eso de que te has deshecho de todos tus vestidos? — preguntó Caroline aprovechando la ocasión—. Me lo ha dicho mamá esta tarde. Sabía que le habías llevado algunos a las señoritas Ashton, pero ¿todos?

—He hecho confeccionar unos nuevos.

—¿Te has cambiado todos los vestidos? — Elinor no daba crédito, su tía era demasiado comedida para ese derroche.

—La mayoría estaban sin estrenar y el señor Canning los ha puesto a la venta en su tienda. Algunos los he regalado, como esos dos de las señoritas Ashton. Y los nuevos no me han costado mucho, son sencillos. Más adecuados a la vida que llevo. No tenía sentido tener tantos vestidos de fiesta cuando no asisto a ninguna.

—Elizabeth, pero eso puede cambiar en cualquier momento — susurró Harriet abrazándose a ella con cariño.

—No me compadezcáis, por favor, sería humillante. — Trató de sonar despreocupada—. Ahora mi ropa es cómoda y práctica. No necesito gasas ni muselinas y tampoco vivos colores con los que debo tener cuidados especiales.

Las tres se fijaron en su vestido gris y la miraron interrogantes.

—Sí, gris. Es el color perfecto para mí.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Caroline con visible enfado—. El color rosa te sienta maravillosamente.

—Y el azul —añadió Harriet.

—O el verde —apuntó Elinor.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Caroline—. Eres una mujer joven y hermosa y no tienes por qué...

—Tú menos que nadie debería hacer esto. — La expresión de Elizabeth se endureció—. Negar lo evidente es deprimente y estúpido. Aceptar la realidad ha hecho que me quite un

enorme peso de encima. Era agotador estar fingiendo todo el tiempo. No voy a casarme nunca. Yo lo he aceptado y vosotras también debéis hacerlo si os importa mi bienestar.

—¿Por qué eso tiene que ser algo malo? — Elinor se puso de rodillas para mirarlas a todas desde una posición aventajada que diese más fuerza a sus palabras —. ¿Por qué las mujeres tenemos que estar supeditadas a un hombre? ¿Es que acaso no tenemos capacidad para hacer lo que sea necesario? ¿Para qué necesitas casarte, Elizabeth? ¿O tú, Caroline? Yo, desde luego, no lo necesitaría.

Harriet hizo un gesto con la mano para que a ella no la incluyera y su hermana pequeña puso los ojos en blanco antes de sentarse sobre sus talones para continuar hablando.

—En lugar de preocuparnos tanto por el color de nuestros vestidos deberíamos luchar por conseguir que nos dejaran tener la vida que queremos.

—Nosotras no tenemos ninguna imposición — afirmó Caroline —. Nuestros padres...

—Lo sé, papá nunca ha querido que nos casáramos sin amor, pero ¿no has oído su discurso?, lleva implícita la idea de que debemos casarnos. ¿Por qué William puede marcharse a América a perseguir un sueño y Elizabeth no?

—Hay muchas cosas que una mujer no puede hacer — afirmó Caroline —. Por más que te empeñes. Necesitamos el apoyo de una figura masculina.

—¡Lo sé! —exclamó la otra con vehemencia —. Eso es de lo que hablo, deberíamos esforzarnos en que entendieran que hay muchísimas de esas cosas que se supone que deben hacer los hombres que podemos y que, de hecho, hacemos tan bien como ellos.

—¿Por ejemplo?

—Administrar una empresa —dijo convencida —. Un hogar es como una pequeña empresa. Tiene trabajadores, mantenimiento y una organización que la señora de la casa, en este caso mamá, deber controlar. Tanto aquí como en Harmouth mamá se encarga de que todo funcione a la perfección. ¿Qué diferencia hay entre eso y la fábrica de los Woodhouse, por ejemplo? ¡Ninguna! Cuando Henry me hablaba de los muchos detalles que debía tener en cuenta en su empresa, yo siempre veía a mamá organizando menús, tareas y horarios. Saber a quién hay que pagar, cuándo y cuánto. Qué necesidades teníamos cada uno de nosotros. Qué criados hacían bien su trabajo y cuáles necesitaban mayor atención.

—Tienes razón —afirmó Elizabeth —. Una familia como la nuestra requiere de mucho trabajo.

—¿Y por qué tenemos que montar de lado? — Que le hicieran caso era toda una novedad y no iba a desaprovecharlo —. ¿Qué hay de malo en que Emma utilice pantalones para montar? Sin embargo, debe esconderse en sus tierras si quiere hacerlo y cuando viene a Londres vuelve a esa estúpida costumbre que nos destroza la espalda.

—Elinor... —sonrió su hermana mediana consciente de que le habían prestado demasiada atención.

—Tiene razón —afirmó Elizabeth sorprendiendo a las otras —. En todo lo que dice. Mientras nosotras no lo veamos, nada cambiará.

—¿Qué crees que va a cambiar? — Caroline negó con la cabeza —. El mundo es así desde que es mundo. La naturaleza lo domina todo. Las mujeres somos débiles en comparación con ellos. ¿Quién ganaría en una lucha?

—Depende —afirmó Harriet con una sonrisa —. Yo podría derrotar a hombres más fuertes que yo.

—¡Ja! —se burló Caroline.

—¿No me crees?

—Puede hacerlo —afirmó Elizabeth —. La he visto vencer a Edward y él no es un hombre poco diestro, precisamente.

—La dejó ganar —afirmó Caroline —. Ella es una niña a su lado. ¿De verdad te crees que puede vencer a un hombre fuerte y grande como Edward solo con ese palo?

Harriet la miró dolida.

—No soy tan tonta como para no darme cuenta de si alguien me deja ganar. ¡Edward no se dejó! — exclamó enfadada —. Ese día lo derroté y me felicitó como el caballero que es. — Se bajó de la cama molesta.

—No te enfades, Harriet —le pidió Caroline al ver que se marchaba —. No pretendía molestarte.

—Elinor tiene razón —dijo saliendo del dormitorio.

Caroline miró a su hermana pequeña.

—¿Tú también te vas?

—Voy a hablar con ella —dijo sonriendo —. Para una vez que me da la razón... Buenas noches.

—Buenas noches.

Caroline miró a Elizabeth con atención y después de un momento se incorporó sobre sus rodillas y se arrastró hasta ella para cogerle las manos.

—¿Ese color gris no es un reflejo de tu ánimo, Elizabeth?

—No —negó con la cabeza y su expresión parecía sincera —. Estoy cansada de tanto esfuerzo inútil. Solo quiero tener una vida tranquila y sosegada. Preocuparme del día a día sin pensar constantemente en todo lo que no voy a tener. Muchas mujeres no se casan nunca y no por ello son infelices. Mira las hermanas Ashton.

Caroline sonrió.

—Sí parecen felices —afirmó—. Casi como un matrimonio bien avenido.

—Vuestros padres me han dado una vida maravillosa y vivir amargada por lo que no puedo tener es ser una desagradecida.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Irte a vivir con Emma?

—Primero iré a casa de Katherine. Es la que tendrá el bebé antes y me va a necesitar, ya sabes lo aprensiva que es. Estoy segura de que va a estar analizando a su bebé constantemente para asegurarse de que todo está bien. Después me iré con Emma.

—¿Te quedarás en Haddon Castle?

Elizabeth se encogió de hombros.

—No lo sé. Dejaré que lo decida la Elizabeth del futuro — sonrió sin tapujos.

Caroline le dio un sentido abrazo exento por completo de compasión. Su tía tenía razón, no hay solo una vida y sacar partido de la que uno tiene debería ser considerado una obligación.

Capítulo 14



—¿De qué te ríes?

Caroline miraba a James con expresión curiosa. Se dirigían a Berksham en el coche y tenían por delante unas cuantas horas de viaje.

—De la cara que puso tu padre cuando aceptaste venir sin más. Desde luego, no se lo esperaba.

—Me gusta sorprender a la gente. — Disimuló una sonrisa.

—Supongo que esperaban una de tus rabietas.

—¿Rabietas yo? —Chasqueó la lengua al tiempo que negaba con la cabeza —. Está claro que no me conoces en absoluto.

James torció una sonrisa ante la clara invitación.

—Ilústrame —pidió.

—Bueno... Yo diría que soy extremadamente inteligente, visiblemente hermosa y con un humor sutil y elegante. Si a eso añadimos que gozo de una robusta salud, podemos decir que tienes ante ti a una mujer absolutamente extraordinaria.

—¿Modesta no lo incluimos? Creo que la exposición que has hecho de ti misma lo certifica. No has mencionado que eres una buena conversadora, una solícita hija, hermana y sobrina y, desde luego, una perfecta amiga.

—¡Ja! Búrlate todo lo que quieras que no voy a ofenderme. — Lo miró inclinando la cabeza a un lado —. ¿En Berksham serás también mi perro guardián?

James frunció el ceño como si lo hubiese ofendido, aunque en realidad se estaba divirtiendo.

—¿Vas a comportarte como lo has hecho en Londres?

—Probablemente no.

—Entonces, quizá me tome vacaciones.

—Has sido un incordio —dijo risueña.

—Gracias.

—No era un halago.

Él levantó una ceja como si lo pusiera en duda.

—¿Quién se toma un insulto como un halago? — preguntó curiosa y, cuando James sonrió burlón, puso los ojos en blanco —. Está bien. Vamos a establecer unas normas. Sí, no pongas esa cara, he sido desterrada a Berksham, quiero asegurarme de que no voy a perder por completo la poca dignidad que me queda.

James juntó las manos, expectante y sacó la paciencia de donde la tenía guardada.

—Adelante —animó.

—Bien. —Se sentó erguida y lo miró con solemnidad —. No le contarás a nadie lo ocurrido en Londres esta temporada.

—¿Nada? ¿Y qué les diré a mis padres cuando me pregunten por los tuyos?

—Nada que tenga que ver conmigo.

—Tus padres tienen que ver contigo. Y tus hermanas. Y tu tía.

Lo miró con severidad y James levantó manos pidiendo disculpas por burlarse.

—Bien —aceptó ella—. Tampoco se mencionará en absoluto lo sucedido con esos dos.

—¿Te refieres a...?

—Sí, me refiero a los traidores — lo cortó impaciente —. Supongo que voy a llevar una vida tranquila y bucólica.

—Quieres decir aburrida.

—No quería ser descortés.

—Estoy acostumbrado.

Caroline entornó los ojos mirándolo con atención. Sabía que bromeaba a su costa y en el fondo no le desagradaba porque le hacía sentir que las cosas volvían a la normalidad. James siempre había sido muy serio y educado, pero tenía una vena irónica que pocos captaban. Y una de esos pocos era ella.

—¿Me dejarás respirar? No voy a hacer nada indebido, lo prometo.

—¿Cuándo no te he dejado yo respirar? Tan solo me aseguraba de que no lo hacías debajo del agua.

Ella frunció los labios para dedicarle una mueca.

—Tenía ganas de volver a casa — dijo él mirando por la ventanilla.

Caroline relajó su expresión y observó su perfil sin disimulo. Sus facciones se perfilaban marcadas y fuertes contra el fondo oscuro. De pronto se dio cuenta de que no había pensado en cómo se sentía él malgastando su tiempo con ella. Si no se hubiese comportado como una idiota quizá habría vuelto a casa mucho antes. Algún día encontraría el modo de resarcirlo.

* * *

—¡Caroline! —Frances se incorporó en el sillón sorprendida.

—No se mueva, por favor —pidió la joven con un elocuente gesto de su mano —. He venido a cuidar de usted, no soy una invitada.

—¡Por supuesto que eres una invitada! James, ¿qué es eso de que ha venido a cuidarme? No soy ninguna inválida, tan solo tengo un tobillo...

—Mamá, ahora te lo explicaré, pero primero habría que pedirle a Holly que prepare una habitación para ella, ¿no os parece?

—¡Oh, sí, por supuesto! ¡Qué alegría! — exclamó Frances —. ¡Otra mujer en esta casa! ¡Qué alegría! Pero siéntate, siéntate y cuéntame cómo están todos en casa.

Caroline sonrió agradecida por tan efusivo recibimiento y se sentó en el sofá.

—Mi madre le manda recuerdos y he traído algunas cosas que me ha dado para usted.

—Qué maravillosa mujer es Meredith. Ojalá vengan pronto a visitarnos. ¡Lo pasamos tan bien juntos! ¿Y cómo están tus hermanas? Katherine y Emma embarazadas, ¡qué bendición tan grande! Lo que daría yo por tener un nieto.

Los tres miraron a James y Caroline disfrutó de ver que ahora era él el incómodo.

—¿Verdad que James debería casarse? — dijo su madre con pesar —. Tiene unas extrañas ideas sobre el matrimonio.

—Mamá, no empieces —pidió él con serenidad.

—Eres mi único hijo, si no te casas nunca voy a ser abuela. — Se giró a mirar a su invitada con ojos muy abiertos —. ¿Tú crees que es normal que no quiera casarse, Caroline? ¡Porque es militar! Si lo llego a saber nunca habría permitido que se hiciera soldado. ¡Jamás!

Caroline le cogió las manos mirándola con cariño.

—No se disguste, Frances, James es un buen hijo y sabrá cómo compensarla. Estoy segura.

—¿Compensarme? ¿Cómo va a compensarme de no tener nietos? — Negó con tristeza —. Yo quiero ver niños corriendo por esta casa. Y niñas, sobre todo quiero ver niñas.

—¿Cuándo te marchas, hijo? — preguntó el padre cambiando de tema.

—A finales de agosto, padre.

El hombre se acercó a él y lo cogió de los hombros antes de mirar a su esposa.

—Disfrutemos de nuestro hijo ahora que está aquí, querida, ya habrá tiempo de preocuparse por lo demás.

* * *

—¿Te gusta la habitación? — James se apoyaba en el marco de la puerta abierta, con los brazos cruzados.

Caroline asintió mientras observaba cada detalle. La cama con dosel, las cortinas con bordados, los muebles robustos, pero delicados... El color de las paredes era un ocre suave y empolvado que le gustó especialmente. Pero lo mejor de todo eran las vistas del mar desde su ventana.

—La brisa huele de un modo especial aquí — dijo pensativa.

Él se acercó situándose detrás de ella.

—Estarás bien, Caroline.

Lo dijo de un modo tan dulce que sintió que el calor la abrazaba suavemente. Lo miró indicándole que se colocara a su lado y sonrió burlona.

—Veo que piensas seguir ejerciendo de hermano mayor.

—Perro faldero, habla con propiedad. — Se quitó un imaginario sombrero.

Ella se mordió el labio con expresión culpable.

—Lo siento, no debí decirte eso.

—No, no debiste.
—En mi descargo deberías reconocer que tú no lo habrías aguantado tan bien como yo.
—Vaya, qué disculpa más extraña.
—Bonita vista —dijo ella volviendo a contemplar el paisaje.
James seguía mirándola a ella y entornó los ojos ligeramente.
—Preciosa.

* * *

Berksham era un pueblo costero situado a unas cinco horas de Londres. Después de que el conde de Bedford lo pusiera de moda dos años atrás, se había convertido en el destino turístico de algunos londinenses, nada interesados en los eventos de la temporada social, que buscaban paz y sosiego, buenas vistas y agua de mar. El pueblo que Caroline recordaba no se parecía nada al bullicioso ambiente que se encontró y su ánimo mejoró con el cambio.

James era hijo único. En la casa de los Crawford había más servicio que miembros de la familia, lo que era una novedad para ella, acostumbrada a la actividad constante de las Wharton. Enseguida se dio cuenta de la transformación que sufría James en aquella casa. No solo cambió su ropa por una mucho más ligera e informal, además se convirtió en una costumbre verlo en mangas de camisa leyendo bajo la sombra de un árbol. Pero era el cambio en su humor y su ánimo lo que más la sorprendió. Se mostraba alegre y risueño todo el tiempo y bromeaba con su padre con tanta complicidad que Caroline llegó a envidiar su estrecha relación. También era muy cariñoso con su madre y resultaba sorprendente verlo ocuparse de detalles que a la mayoría de los hombres les habrían pasado desapercibidos, como una corriente de aire o una sutil mueca de dolor en su rostro.

También le sorprendió la relación que mantenía con la prima tercera de su madre, Rachel. James era para ella como un dios y lo reverenciaba sin disimulo. En cuanto entraba por la puerta de su casa revoloteaba a su alrededor, solícita y atenta a cualquier cosa que pudiese necesitar. De nada servía que James rechazase ese comportamiento y tratase de neutralizarlo. Su hijo, Robert, era el marido de June, la amiga de la infancia de James.

—Mi hija Bethany vive en Cambridge — siguió explicándole cuando fue a visitarla al día siguiente de su llegada —, y Amelia en Escocia. No pueden venir muy a menudo.

—Pero tienes a Robert a dos pasos — dijo James quitándole importancia.

—¿Ya has visto a mis nietos, Caroline? ¡Oh, son los niños más adorables del mundo! ¡Y tan listos!

James la miró con un gesto de disculpa consciente de lo que venía a continuación. Durante la siguiente media hora no se escuchó hablar de otra cosa que no fueran las hazañas de aquellos niños y lo muy listos que eran.

—... aunque tú, con tantas hermanas, habrás visto muchas travesuras infantiles.

—Desde luego —afirmó sonriendo—, en especial de Harriet que siempre fue muy ingeniosa. De hecho, sigue siéndolo.

—Recuerdo a tus hermanas, aunque entonces erais todas muy pequeñas. Tú has crecido mucho — dijo con expresión divertida —. ¿Estás prometida?

Caroline negó con la cabeza sorprendentemente tranquila.

—Mi compromiso se rompió hace meses.

—Eres muy joven —dijo la mujer rápidamente y miró a James—. Los dos lo sois. Ya tendréis tiempo de casaros. ¿Os apetece una taza de té o algún refrigerio?

—No, prima Rachel —dijo James levantándose—. Nos marchamos ya.

—¿Tan pronto? Con lo bien que lo estábamos pasando.

Caroline se fijó entonces en una mesa en la que había varias cajas de música y se acercó a verlas.

—Qué preciosidad —dijo sin atreverse a tocarlas.

—¿Te gustan? —La mujer se acercó sorprendida—. A nadie le gustan más que a mí. Mis hijas dicen que solo sirven para coger polvo.

—¿Puedo? —Caroline señaló una pequeña con forma circular y la abrió después de que su dueña le diera permiso—. ¡Oh!

Emergió una bailarina con un vestido rojo que giraba lentamente al son de una musiquilla.

—Es preciosa —musitó embelesada.

—Son mis tesoros —dijo Rachel orgullosa—. Me gusta coleccionarlas.

Caroline asintió y la felicitó de nuevo antes de marcharse.

—Ya has hecho tu buena obra del día —dijo James cuando se alejaron de la casa—. La has hecho feliz.

—He sido sincera —aclaró, aunque no era necesario.

Una semana después de su llegada Frances ya caminaba prácticamente bien y después de dar un corto paseo se dispusieron a disfrutar de una agradable merienda las dos solas.

—Tienes que ir a visitar a June —dijo Frances mirando con deseo los pastelitos que había preparado la señora Boden, la cocinera—. Sabe que has ido a ver a su suegra y si no lo haces pronto se presentará aquí dando voces. Adoro a esa muchacha, pero todavía no estoy para recibir a esos dos adorables niños que no paran quietos ni un segundo.

—James le pidió que me diese tiempo para acomodarme —dijo Caroline con una sonrisa.

—Lo sé y me extraña que le haya hecho caso. June no es de las que acata las órdenes así como así. —Escogió un pastelito de mermelada de frambuesa y se lo llevó a la boca como si de un manjar de dioses se tratase.

—No debe abusar de los dulces —aconsejó Caroline ejerciendo de enfermera.

—No has dejado a la pobre señora Boden que me los preparase hasta hoy, no seas tan dura conmigo, niña. Este es el único vicio que tengo.

—Creía que las galletas le gustaban.

—Y me gustan, el jengibre tiene un aroma delicioso, pero no puede compararse a esto —dijo cerrando los ojos con deleite antes de llevarse a la boca el pedacito que le quedaba.

Su invitada sonrió abiertamente. Frente a un plato de dulces, la madre de James no tenía más de cinco años.

—¿Por qué no se casaron June y James? —preguntó.

Frances se limpió las manos en la servilleta y bebió un sorbo de té antes de responder.

—Ya sabes que mi hijo tiene unas ideas un tanto peculiares en cuanto a este tema.

Caroline asintió.

—Supongo que todo cambiará si se enamora —siguió Frances—. Está claro que habla desde el desconocimiento.

—En casa pensábamos que se casarían. Nos sorprendió mucho enterarnos de que se había casado con Robert.

Frances asintió.

—Ya te he dicho que adoro a esa muchacha, quiere profundamente a mi hijo y para mí eso es lo más importante, pero no creo que hubiesen hecho un buen matrimonio. Claro que mi visión del amor conyugal es un poco más pragmática. Supongo que sabes que nuestro matrimonio fue concertado.

Caroline asintió sin que hiciese falta especificar que su madre se lo había contado.

—Nuestros padres decidieron que debíamos casarnos y ni Thomas ni yo tuvimos nada que decir al respecto. No nos amábamos, claro, ¿cómo puedes amar a quién ni siquiera conoces? Primero tuvimos que acostumbrarnos el uno al otro y con el tiempo llegó el sentimiento sincero que ahora compartimos.

Caroline asentía mientras la escuchaba, eso era lo que creía que tendría si se casaba con William.

—Lo cierto es que no nos ha ido mal — siguió Frances —. Nuestro afecto mutuo ha crecido con los años y puedo decir que soy muy feliz con él. Tengo amigas que se casaron profundamente enamoradas y que hoy detestan igual de profundamente a sus esposos. Aun así, no quiero que mi hijo viva sin amor. Sin una mujer que espere su regreso y unos niños que lo llamen papá cuando corran a sus brazos. Me pone muy triste pensar que el día que su padre y yo faltemos se quedará solo.

Caroline tenía la misma opinión que James, pero no quería molestarla, así que mantuvo la boca cerrada.

—Debo aceptar que no tendré una nieta. — Frances se encogió de hombros con resignación —. Igual que tuve que aceptar que no tendría una hija. Tu madre es muy afortunada con tantas niñas en casa.

—Mi padre no tanto —sonrió burlona —. Él habría querido un varón, pero está claro que nunca llueve a gusto de todos.

—Cierto, cierto —sonrió Frances mirándola con cariño —. Eres una jovencita muy inteligente, Caroline. Estoy segura de que en poco tiempo todo lo ocurrido quedará en el olvido y encontrarás al hombre que mereces. Entonces te alegrarás de haberte librado de ese descastado. Ya sabes el dicho: a enemigo que huye, puente de plata.

Caroline sonrió agradecida, aunque ella preferiría construirle un foso de pinchos y guardarse la plata para un mejor uso.

Capítulo 15



Caroline trató de disimular su sorpresa al entrar en el salón. Sobre la alfombra del suelo una mujer se revolcaba riendo a carcajadas y pidiendo auxilio al mismo tiempo, mientras un niño y una niña la acribillaban a cosquillas.

—No puedo más, no puedo más... — Se quejaba riendo sin parar.

—June, tenemos visita —anunció su marido con las manos en la cintura.

Al ver que no le hacían caso, el que se presentó como Robert cogió a los dos pequeños levantándolos del suelo uno bajo cada brazo y se giró hacia la petrificada Caroline.

—Estos son Paul y Blanche — anunció —. Saludad a Caroline, niños.

—Hola, Caroline —cantaron a dúo.

—Encantada de conoceros.

—¿Caroline? —June se levantó del suelo estirándose la falda y después se colocó el pelo sin demasiado interés —. ¿Caroline Wharton? ¡Vaya! Sí que has cambiado.

—Hola, June.

—Papá, ¿nos llevas al estanque? — pidió Blanche con voz lastimera —. Dijiste que nos llevarías ayer y al final no tuviste tiempo.

—Sí, papá, vamos a bañarnos — se apuntó su hermano —. Mamá siempre dice que hay que bañarse para que no nos salgan culebras de las orejas.

Robert miró a su mujer esperando confirmación.

—Está bien, llévatelos, pero esta vez que se quiten la ropa primero.

—Aquello fue un imprevisto, no pudimos evitarlo — dijo su esposo con expresión inocente —. Hoy nos la quitaremos, ¿verdad, niños?

—Prometido, mamá —dijo Paul poniéndose la mano en el corazón cuando su padre lo dejó en el suelo.

—¿A qué esperáis? Id de una vez o me lo pensaré mejor.

Los niños salieron corriendo del salón.

—El deber me llama —dijo Robert al pasar junto a Caroline —. Espero verte a menudo por aquí.

—Que os divirtáis —deseó la recién llegada en tono informal.

—¿Estoy muy desastrosa? —preguntó June llamando su atención —. Si te molesta subo a arreglarme un poco.

—No, por favor. Estás perfecta.

June sonrió abiertamente agradecida por semejante mentira.

—Ven, sentémonos —pidió la anfitriona y retiró algunos juguetes que estaban esparcidos por el sofá y los colocó dentro de un cesto —. No solemos recibir a nadie. Quiero decir visitas, ya me entiendes. Aquí viene mucha gente, pero por esos no me molesto.

—Por mí tampoco necesitas molestarte — dijo ella cogiendo una muñeca y guardándola en el cesto también.

Cuando hubieron terminado le señaló un lugar específico en el sofá para que se sentara.

—Por este oído no oigo —indicó la oreja derecha tomando asiento a su lado.

—Oh, claro.

June sonrió.

—Me gusta aclararlo enseguida así evito que la gente se sienta incómoda. Lo sabías, ¿verdad? Lo de que estoy sorda de un oído.

Caroline asintió.

—No sería tan terrible si no tuviera esos horrorosos pitidos de vez en cuando. Por suerte desde que nació Blanche me pasa mucho menos. Una vez al año o así. Al principio era muy a menudo y resultaba de lo más irritante.

Caroline sonrió con simpatía.

—Lo recordaré —señaló su lado izquierdo y June asintió.

—Pensaba ir yo a visitarte si no venías — advirtió June cuando estuvieron sentadas.

—Eso me dijo Frances.

—Me conoce bien —sonrió y su rostro se volvió aún más hermoso.

Era una mujer muy bella, pero con una belleza salvaje y extraña. Quizá eran sus ojos aceitunados o los gruesos labios, aunque lo más probable es que fuese por el cabello enmarañado y sujeto de manera caótica.

—¿Estás cómoda con los Crawford? Son muy buenas personas, pero a veces pueden ser un poco... intensos en su afecto.

—Estoy muy bien.

—¿Y qué es eso de que has venido a cuidar de Frances?

Caroline sonrió.

—Fue una excusa para sacarme de Londres.

La otra frunció el ceño y la miró con más atención.

—¿Has hecho algo indebido, Caroline? No, imposible — se respondió a sí misma —. La niña que recuerdo sería incapaz de hacer nada que no aprobara su madre.

—Digamos que me he comportado como una estúpida estos últimos meses — dijo sin borrar su sonrisa —, y he provocado algún que otro disgusto a mi familia, pero nada irreparable.

—Bueno, dejaremos esa conversación para cuando lleves aquí por lo menos un mes, no espero que me abras tu corazón el primer día. — Se puso de pie —. ¿Te apetece un café? No tomo té, lo odio, pero Claire, la cocinera, siempre tiene porque a su esposo le gusta.

—Café está bien.

June se acercó a la puerta.

—¡Víctor! —gritó con voz potente.

Al cabo de un momento llegó corriendo un niño de unos seis años.

—No has ido al estanque, ¿aún estás malito?

El niño asintió y tosió para demostrarlo.

—Vaya, lo siento. —Sonrió June revolviéndole el pelo —. Pues Blanche y Paul te echarán de menos. Tú eres el más divertido de los tres.

El niño sonrió satisfecho y Caroline no pudo evitar hacerlo también.

—Dile a tu madre que mi invitada y yo queremos café. Saluda a la señorita Caroline.

—Hola, señorita Caroline —dijo el pequeño haciendo una reverencia.

—Encantada de conocerte, Víctor.

—Vamos, ve a pedirnos ese café.

El niño echó a correr y June regresó al sofá.

—En esta casa no seguimos mucho el protocolo. Tenemos la suerte de que no hay peligro de que el príncipe regente aparezca con su séquito, así que nos lo tomamos con calma.

Caroline sonrió abiertamente. ¿*Con calma*? Se preguntó divertida.

—Considera nuestra casa como una pequeña y libre Nueva Inglaterra. Tenemos nuestro propio código de conducta, pero lo importante es que la gente se quiere y es feliz. No necesitamos demostrar nada ni distinguirnos de los demás. Al principio mis padres se escandalizaban de que los criados me llamasen June, pero ahora ya se han acostumbrado.

—¿Te llaman por tu nombre?

—Para eso lo tengo, ¿no?

—¿Y no crea confusión?

—¿A qué te refieres?

—A que se tomen confianzas o que no sepan cuál es su sitio.

—Oh, te aseguro que aquí todo el mundo sabe cuál es su sitio. Cada uno se ocupa de sus cosas y nos tratamos con respeto. Nadie se toma confianzas con nadie. Excepto Robert conmigo y yo con él, claro — sonrió con picardía y Caroline fingió no enterarse —. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Supongo que hasta que acabe la temporada en Londres y mi familia regrese a Harmouth, aunque no descartaría que me desterrasen de por vida — se burló.

June la observó pensativa.

—Algo muy gordo tienes que haber hecho para que tu madre haya dejado que una de sus niñas se marche lejos de...

—Aquí está el café y os hemos puesto unos nevaditos — anunció un hombre entrando en la sala.

Caroline lo reconoció, era el que le había abierto la puerta.

—Este es Mark —dijo June—. ¿Te habías presentado, Mark?

—Encantado de conocerla, señorita...

—Caroline —respondió ella misma.

—Pruebe los nevaditos de mi mujer, tienen una crema deliciosa. A mí no me deja ni olerlos porque me los comería todos, pero son un manjar de dioses, se lo aseguro.

June cogió dos de la bandeja y se los puso en la mano.

—Anda, cómetelos rápido y asegúrate de que no te quede rastro del polvo de azúcar cuando vuelvas a la cocina.

—Gracias. Bendita seas.

Mark salió del salón llevándose su tesoro y cerró la puerta tras él.

—Es un trozo de pan —aseguró June volviendo a su sitio —. Se cortaría un brazo por nosotros. Quiere a Robert como si fuera su hijo. Pero le vuelven locos los dulces y ya ha perdido varias muelas por ello. Su mujer no quiere que tenga que alimentarse el resto de su vida a base de sopa y se los ha prohibido.

Caroline sonrió abiertamente. En aquella casa todo era extraño y tierno a la vez.

—Supongo que te acordarás de que James era mi gran amor, por lo que no te sorprenderá mi pregunta. ¿Tienes intención de casarte con él?

Caroline sufrió un repentino y espontáneo ataque de tos que hizo que le saliera el café por la nariz. June le dio la servilleta riéndose a carcajadas.

—¡Madre mía! ¡Qué efusión!

Caroline siguió tosiendo aún un rato sin poder defenderse de su risa. Cuando pudo respirar bebió otro sorbo para que la ayudase a suavizar la garganta antes de poder hablar.

—¿Mejor? —preguntó la otra.

—Casi me ahogo —dijo limpiándose las lágrimas por el esfuerzo.

—Cualquiera diría que te he mentado al diablo. Ya que no voy a tenerlo yo, quiero asegurarme de que la que se lo quede lo merezca — sonrió abiertamente.

—No creo que a tu esposo le gustase oírte hablar así.

—¿Robert? —Se reclinó en el respaldo —. Mi marido está acostumbrado a mi labia.

June la miró con ojos entornados.

—Nunca te has enamorado, ¿verdad?

—Te recuerdo que estaba prometida con...

—Eso no significa nada —la cortó —. Y está claro que no estabas enamorada de él.

Caroline no fue capaz de contradecirla y se mantuvo inmóvil y en silencio para no ponerse en evidencia.

—Yo también creía que amaba a James. Siempre estábamos juntos, era lo más lógico que siguiéramos así para siempre. Pero cuando Robert me besó por primera vez me di cuenta de lo estúpida que había sido. Fue en una fiesta de la cosecha. Me pidió bailar cinco veces y cada una de ellas le dije que no. Yo estaba enfadada porque James no había querido ir y me pongo muy *especialita* cuando me enfado.

—¿Y te besó sin más?

—Bueno, sin más, no. Estábamos discutiendo detrás de las cuerdas. No recuerdo por qué me siguió ni por qué discutíamos, seguro que fue por James, pero del beso me acuerdo como si fuese ayer.

Caroline recordó cuando vio a su hermana con Edward antes de la boda. Ella no tenía ningún beso así. Movié la cabeza negando.

—¿No me crees?

—Oh, sí, claro que te creo...

June sonrió e inclinó la cabeza mirándola burlona.

—Entonces es que no te han dado uno de esos.

Caroline se puso roja, un rojo intenso que la avergonzó aún más.

—No estabas enamorada de él, así que deberías estar aliviada de que te dejara — se extrañó June —. ¿Es por tu orgullo herido por lo que alimentas esa falsa sensación de pérdida?

La pregunta la dejó confusa y no fue capaz de responder.

—Entiendo que te enfadaras, no digo que no, siempre es desagradable que nos pongan en evidencia en público, pero no que te importe de verdad. ¿Habrías preferido casarte con alguien que no te ama y al que tú tampoco quieres? Yo creo que no.

—¿Cómo estás tan segura de que no lo amaba? Ni siquiera nos has visto juntos. Además, no me dejas hablar.

June sonrió divertida con su reacción.

—Es evidente que no tienes ni idea de lo que es estar enamorada, Caroline.

—El amor no es solo un beso... especial — dijo consciente de que no tenía cómo describirlo.

—¿Especial? ¿Un beso especial? — soltó una carcajada —. Dime lo que es el amor según tú, si lo tienes tan claro.

—Pues... Complicidad, confianza, seguridad...

—¿Estás describiendo a tu esposo o a tu padre? Porque ahí faltan unas cuantas y succulentas cosas, querida Caroline. Cosas que, evidentemente, desconoces por completo. — Sonrió al tiempo que le ofrecía un nevadito —. No te preocupes, te aseguro que cuando te suceda, lo sabrás. No tendrás la menor duda.

Caroline dio un mordisco a su dulce sin poder aguantarle la mirada. De repente solo quería irse de allí.

* * *

—Deberías haberme avisado de que pensabas visitar a June hoy, te habría acompañado — dijo James cuando lo mencionó en la mesa durante la cena.

—Te habrás llevado un buen susto — se rio Thomas —. Esa casa es de locos. Robert es mi mano derecha y a June la aprecio sinceramente, pero desde luego esa pareja tiene una manera muy particular de ver el mundo. No sé cómo van a salir esos niños, creciendo con tan pocas reglas.

—June es muy especial —dijo James —. Lo que importa es lo que hace, no cómo lo hace. Ella y Robert están formando una familia maravillosa.

—Es cierto que parecen no dar importancia a cosas que para la mayoría de nosotros lo son mucho, como la etiqueta y el decoro — dijo Caroline al tiempo que pensaba en ello —, pero he visto que han inculcado a sus hijos cualidades importantes, como el respeto por sus semejantes o la generosidad. Cuando Paul y Blanche han regresado del estanque con su padre se han lamentado de que Víctor, el hijo de la cocinera, no los hubiese podido acompañar por estar

resfriado y le han dicho que no han cogido ni un sapo porque saben que a él le gusta mucho jugar con ellos. Lo trataban con tanto afecto que resultaba conmovedor.

—Así es —afirmó Thomas—. Por eso se lo perdonamos todo.

James sonrió al comentario de su padre y luego miró a Caroline con curiosidad. Por su expresión dedujo que June la había abrumado.

—June te habrá sometido a un buen interrogatorio.

Caroline negó con la cabeza.

—Me ha dicho que me daba un periodo de cortesía.

—¿Y cuánto dura ese periodo? ¿Un día? — se burló su amigo.

—Hasta que me aclimate. —Caroline sonrió—. También me ha recordado que cuando estuve aquí de niña no quería marcharme. Lo había olvidado por completo.

—Te escondiste en un baúl — recordó Frances riendo—. Tus hermanas te buscaron durante mucho rato por toda la casa.

—Eras muy pequeña —dijo Thomas con expresión reflexiva—. Veamos, vinisteis dos años seguidos y la última vez fue en el... ¿noventa y cinco? Acabábamos de comprar las tierras de lord Heyward. Lo recuerdo porque fue tu padre el que me aconsejó que plantara unos cuantos sauces junto al río.

—Tenías seis años —dijo James mirándola a ella.

Caroline asintió. *Y tú, catorce.*

—¿Irás a ver las rosas del concurso? — preguntó Thomas después de deleitarse con un pedazo de ciruela del pavo rustido—. Frances dice que te gustan mucho las rosas. Tenemos una yegua perfecta para ti, es mansa y obediente, no te dará ningún problema.

—¿Un concurso de rosas? —preguntó sin disimular su interés—. ¿Para qué necesito una yegua?

—¿No le has hablado del concurso? — preguntó a su esposa.

—Pensaba hacerlo, pero empieza mañana, ¿a qué tanta prisa? — Frances la miró sonriente—. James puede acompañarte, hay que ir de casa en casa y aún no conoces a todo el mundo. ¿Verdad que la acompañarás, hijo? Me encantaría ir a mí, pero este año no va a poder ser.

—¿Te apetece? —preguntó James.

—¿Rosas? ¡Claro que me apetece!

Capítulo 16



—No es un concurso al uso. Las flores no se podan hasta la última fase y hasta entonces hay que verlas en el rosal — explicó James cuando se dirigían a la primera propiedad —. Todo el que quiera puede participar y votar, pero la dueña de las rosas ha de apuntarte en una lista para que tu voto sea válido.

Caroline sonrió entusiasmada.

—¿Cuál es la última fase?

—Cuando pase una semana, el comisario cortará una flor de cada participante, la que ellos elijan, y se la llevará para exponerla en la iglesia. Al cabo de tres días más el pueblo se reunirá y hará una última valoración teniendo en cuenta la resistencia y estado de la flor. El ganador recibe una insignia y su nombre es incluido en una pared de la iglesia.

Ella arrugó el ceño y James sonrió al tiempo que asentía.

—Sí, graban los nombres con cincel. — Hizo el gesto como si una mano tuviese una maza y la otra un cincel y golpeó —. Somos un poco primitivos.

—Qué curioso.

—Curioso no es la palabra que yo emplearía, pero bueno. Así que te gustan mucho las rosas.

—Me fascinan. Su fragancia, su forma y que florezcan casi todo el año... Incluso preparo mi propia agua de rosas — dijo orgullosa —. Y pastillas para los quemadores, a mi madre le encanta cómo huelen.

—Pues vas a disfrutar mucho, entonces.

Siguieron avanzando tranquilamente, manteniendo un paso que les permitiese ir charlando. James esperaba que le hablase de June de manera espontánea, pero aunque le había dado varias oportunidades no parecía dispuesta a ello.

—¿Qué pasó con June?

Caroline lo miró sorprendida por una pregunta tan directa. Se había dado cuenta de que había intentado hacerla hablar del tema varias veces, pero no pensó que sería tan expeditivo.

—No pasó nada.

—Vamos, algo te molestó. Cuéntamelo para que pueda juzgar si eres demasiado susceptible o, lo que es más probable, June se pasó de la raya.

—No se pasó de la raya, solo dice lo que piensa.

—¿Qué? —insistió él.

—Dice que nunca estuve enamorada de Nathan.

—Ah, eso.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Ah, eso?

—Es evidente que no lo estabas — afirmó convencido.

—¿Evidente? ¿Para quién es evidente?

—Para todos. —Frunció los labios y se encogió de hombros —. No hay nadie que te conozca que piense que lo estabas.

—¿Cómo? —Abrió los ojos como platos —. ¿Y qué piensan los que me conocen que estaba haciendo con él?

—¿Pasar el rato?

—Muy bonito. —Lo miraba incrédula, pero a él no parecía afectarle.

—A mí no me mires, yo apenas lo conocí. Aunque por lo que me han contado, tampoco es que me perdiera mucho.

Caroline iba a protestar, pero cambió de idea.

—Tienes razón.

—¿En lo de que no estabas enamorada o en lo de que no me perdí mucho?

—Supongo que en las dos cosas. Lo cierto es que lo que más sentí de lo ocurrido fue perder la amistad de Edwina.

—No se pierde lo que se no se tiene.

—De nuevo tienes razón —sonrió Caroline —. Tienes muchos dones ocultos, James Crawford.

Él se rio a carcajadas. No estaba acostumbrado a recibir sus halagos.

—Esa es la casa de *lady* Cotham — dijo él señalando la enorme mansión que apareció ante ellos y guio a los caballos hasta la entrada.

—Bienvenida, señorita Wharton, es un placer tenerla en Berksham.

Lady Cotham era una mujer elegante y de sobrio aspecto que mostró su rosal con una solemnidad que a Caroline le resultó excesiva. Ciertamente sus rosas eran preciosas y el aroma que desprendían las habría hecho destacar en cualquier jardín.

Charlaron durante diez minutos sobre los cuidados que dedicaba a sus plantas y James tuvo que recordarles que todavía quedaba mucho por ver.

—La espero en el baile, dentro de diez días — dijo la mujer al despedirlos con una enorme sonrisa —. Usted será la novedad de este año.

Caroline agradeció la invitación con una sonrisa y se alejaron de allí.

—¿Un baile? —preguntó cuando ya no podía escucharlos.

—¿Pensabas que en Berksham no se celebraban bailes?

—Tenía la esperanza —se burló ella.

—Pues siento decirte que no solo los hay sino que suelen celebrarse a menudo. Y también tenemos un pícnic y varios eventos deportivos.

—¿De verdad? —Ya no era burla sino sorpresa.

Durante las dos horas siguientes visitaron al resto de participantes. James aprovechó para enseñarle los lugares más interesantes y Caroline descubrió a un hombre completamente distinto al capitán del ejército, estirado y severo, que conocía. Allí parecía solo un joven relajado, con una conversación interesante y una fina ironía que la hizo reír a menudo. Le contó anécdotas del ejército, le habló de June y de la mina y de Robert...

—El señor Wickam cuida el rosal de su mujer desde que esta falleció hace cinco años. Antes era ella la que participaba en el concurso y él ha seguido la tradición asegurando que no abandonará hasta que gane o muera, lo que suceda antes.

—¡Oh! ¡Qué bonito!

El señor Wickam era un anciano bajito y con una abundante mata de pelo blanco, que caminaba ayudándose de un bastón. Cuando Caroline vio sus rosas pensó que eran las más hermosas que había visto nunca. De un color rosa brillante y aterciopelado, desprendían una fragancia suntuosa e intensa que la embriagó al acercarse. El rosal estaba muy bien cuidado y en una zona perfecta para su óptimo crecimiento.

—Sus rosas son preciosas —dijo visiblemente admirada.

—No son más, yo solo las cuido.

—Su esposa se sentiría orgullosa de su trabajo.

Caroline sonrió con ternura y James entornó los ojos para mirarla con atención. ¿Siempre se le hacían aquellos hoyuelos en las mejillas cuando sonreía? Estaba seguro de que no se los había visto nunca.

—¿Ha visto las otras? —preguntó Wickam a James sacándolo de sus pensamientos.

—Sí, tan solo nos faltan las de *lady* Savage, pero las tuyas son mis favoritas, ya lo sabe.

El anciano no escondió su satisfacción ante el halago.

—Espero que a la señorita también le gusten — dijo después de apuntar sus nombres en la lista.

—¿Gustarme? Son las flores más perfectas que he visto nunca — dijo Caroline sincera —. Creo que después de ver las de su esposa ninguna rosa me parecerá lo bastante hermosa.

—Mi querida Rosalind no pudo ver su nombre en la pared de la iglesia, pero yo seguiré intentándolo hasta que me muera.

El anciano los despidió con la mano y Caroline se alejó de allí con una sentida emoción ensanchando su pecho.

—Qué historia tan preciosa y que hombre más maravilloso. Su esposa fue muy afortunada, desde luego. ¿No tuvieron hijos?

James negó con la cabeza.

—Solo se tenían el uno al otro.

—Qué triste —susurró apenada—. Ninguna de las rosas que hemos visto supera a las tuyas.

—Mi madre se sentirá decepcionada si no la tomas siquiera en consideración.

Caroline lo miró sorprendida y rápidamente se apareció ante ella el magnífico rosal de Frances.

—¿Tu madre participa? ¿Cómo no me lo dijo anoche?

—Supongo que no quería influenciarte — sonrió.

—Sus rosas son exquisitas, pero es que las del señor Wickam... — Se mordió el labio con preocupación.

James se echó a reír.

—Tranquila, en casa todos votaremos por él, lo tiene asumido.

—Es que son magníficas —dijo excusándose con la mirada —. ¿De verdad lo entenderá? Debe ganar.

La sonrisa de James se congeló en sus labios.

—Ni su esposa ni él han ganado ningún año.

—No sé cómo serían las rosas de los demás en años anteriores, pero este año no creo que haya duda. A no ser que las de *lady* Savage sean una auténtica obra de arte.

—Enseguida podrás comprobarlo. Su casa es la que asoma por detrás de esos árboles.

—Bienvenidos a nuestro humilde hogar — dijo *lady* Savage al recibirlos.

Humilde no era la palabra que Caroline habría escogido para describir aquella ostentosa casa en medio del campo. Parecía un palacio barroco sacado del mismísimo Versalles. La mujer se presentó como Georgia, esposa del juez Ethan Savage.

—¿Ha visto ya las rosas de mis competidores? — preguntó con estudiada timidez —. Imagino que se dará cuenta enseguida de por qué los rosales Savage han ganado este concurso durante décadas.

Caroline se detuvo ante la majestuosa planta, colocada en el interior de un cercado de madera labrada, más propio del salón de una casa que de estar a la intemperie. Las flores eran ciertamente impresionantes, de gran tamaño y lozana frescura. El rojo intenso de sus pétalos llamaba la atención y la suavidad de estos podía sentirse sin tocarlos. Se inclinó para percibir el aroma y, aunque la hizo cerrar los ojos para deleitarse, no percibió la dulzura que tanto le había gustado en las del señor Wickam. No, definitivamente, ninguna de las rosas que había visto podían compararse a las suyas. Sonrió amable ante la expectante expresión de la dueña.

—Son preciosas —afirmó.

—Desde luego —respondió la otra sonriendo —. ¿A quién debo apuntar en mi lista junto a James Crawford?

—Caroline Wharton.

Lady Savage levantó la mirada del papel que sostenía en las manos.

—¿Caroline Wharton? ¿De los Wharton de Harmouth?

—El barón es mi padre, sí.

—¡Oh! Qué maravilla que tengamos una invitada tan ilustre en Berksham. Mi marido me matará si no la invito a cenar.

—Estoy muy agradecida, pero...

—No puede rechazar mi invitación, por favor — suplicó la mujer —. No solemos recibir muchas visitas y ya le digo que mi marido se enfadará si no acepta.

Algo en su tono de voz hizo que Caroline se estremeciera. Miró a James que no movía un músculo.

—Estaré encantada de cenar con ustedes — dijo al fin.

—Oh, bien, bien —asintió con expresión aliviada —. ¿Qué le parece el sábado?

Caroline interrogó de nuevo a James con la mirada por si había algún inconveniente y al ver que no objetaba nada aceptó. Después de eso se despidieron de *lady Savage* para regresar a sus caballos. En el camino de vuelta, Caroline lo observó con ojo crítico. Parecía de mal humor.

—¿En qué piensas?

Sentía sus ojos clavados en él y eso lo ponía nervioso. Los ojos de Caroline tenían un modo de mirar muy poco apropiado, se dijo, parecían atravesarlo como si pudieran ver mucho más de lo que él quería mostrar. Frunció el ceño, molesto. ¿Desde cuándo se había vuelto tan perspicaz? ¿Y por qué se mordía el labio todo el tiempo?

Caroline no se mordía el labio todo el tiempo, por supuesto, pero sí lo miraba inquisitiva consciente del cambio de actitud que se había producido en él. Analizó lo sucedido aquella mañana tratando de averiguar si su comportamiento pudiera haber provocado ese cambio en él, pero la percepción que ella tenía de lo sucedido era de absoluta normalidad. De hecho, había sido una mañana de lo más agradable.

—Será emocionante ver ganar al señor Wickam. Lo estoy deseando — dijo ella con una sonrisa entusiasta.

—Lo siento por el señor Wickam, pero este año ganará *lady Cotham*.

—Imposible, sus flores son...

—El año pasado ganó *lady Savage* y este le toca a *lady Cotham*. — Su cínica expresión no dejaba margen para la duda —. Así es cómo funciona, Caroline. No es que falseen las votaciones, es que la mayoría de la gente solo las vota a ellas porque no quieren problemas con sus poderosos maridos.

—Pero eso es muy injusto. ¿Por qué no me lo dijiste? No habría aceptado... — Soltó un gruñido de impotencia.

—¿Qué ha sido eso? —James la miraba divertido.

—El señor Wickam se merece ganar.

—Desde luego.

—¿Y ya está? ¿No piensas hacer nada?

—¿Qué quieres que haga? ¿Que vaya casa por casa diciéndoles que no se dejen embaucar? La gente hace lo que más le conviene.

—Pero... —Se mordió el labio, esta vez sí, para contener la ristra de improperios que pugnaban por salir de su boca —. ¡Es muy injusto! ¿A ellas qué más les da? Tienen todo lo que quieren. El pobre hombre está solo y su única ilusión es conseguir que el nombre de su esposa acabe en la pared de esa iglesia.

James sintió un cosquilleo en la yema de los dedos al pensar en rozar sus labios con ellos y rápidamente apartó la mirada consciente de que algo muy malo le estaba pasando. ¡*Es Caroline, maldita sea!*, se gritó en silencio. *Pero ¿qué narices me pasa?*

—Podías haberme dado alguna excusa para rechazar su invitación a cenar. Ahora que sé que son unas tramposas aún me apetece menos ir — dijo enfurruñada y sin tener ni idea del caos mental que sufría su amigo.

—No sabía que no querías ir — respondió sin mirarla.

Otro minuto de silencio y de nuevo esos pensamientos inadecuados que tenían que ver con labios y tacto y...

—¿Hay algo más que deba saber? — interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué? —Su tono de voz sonó demasiado agudo y sobresaltado. Carraspeó como si hubiese sido algo fisiológico y se esforzó en mantener la compostura —. Pues... El hijo de *lady Savage* y yo no nos dirigimos la palabra. Por suerte vive en Brighton, eso lo hace más fácil. Que yo esté siempre lejos, también ayuda, la verdad.

Caroline abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar. Iba a preguntarle por qué estaba tan raro, pero no iba a responderle. ¿Por qué evitaba su mirada todo el rato y luego lo pillaba escrutándola con expresión malhumorada?

—Esa pobre mujer tiene un marido odioso y un hijo despreciable — dijo James —. Por una noche que cenes con ella no te pasará nada.

—¿Qué soy yo ahora? ¿Una hermanita de la caridad?

Él soltó una carcajada, pero rápidamente volvió a ponerse serio al ver el desconcierto en los ojos de Caroline.

—Será mejor que regresemos ya.

Puso su caballo al trote y Caroline lo siguió.

* * *

Berksham era un pueblo pequeño, con una calle principal y estrechas aceras que parecían llevar todas al mismo sitio: la tienda de la señorita Armitage. Caroline llevaba una lista de cosas para Frances y otra suya demasiado extensa. La repasó descartando mentalmente lo menos necesario. Holly la acompañaba para ayudarla con los paquetes, pero ni yendo las dos podrían con todo lo que había anotado.

—La tienda de la señorita Armitage es impresionante, señorita Caroline. — Holly no había dejado de sonreír desde el momento en el que supo que iba a acompañarla.

—Te gusta ir de compras —afirmó Caroline sonriendo —. A mí también. Mi hermana Emma lo detesta, algo que no he podido comprender nunca.

—Yo no tengo hermanas, solo un hermano. Me habría gustado mucho tener una hermana con la que hablar y compartir cosas.

—Yo solo tengo hermanas —explicó Caroline —. Y también me habría gustado tener un hermano. Como ves, nada es perfecto.

—Oh, no quiero que piense que no quiero a mi hermano. Adoro a Josh, pero no es lo mismo — dijo retorciendo el borde de una cinta.

—Lo imagino. —Caroline la miró con atención —. ¿Tu hermano está bien?

—Lo estará —afirmó rotunda—. Es muy inocente y se deja embaucar por cualquiera. Pero es un buen chico. Muy bueno.

El coche se detuvo y tuvieron que dejar ahí la conversación, aunque Caroline tenía la impresión de que Holly tampoco quería seguir con ella.

* * *

—Estas velas huelen maravillosamente, ¿verdad? — dijo la doncella aspirando el aroma a vainilla de la que sostenía delante de la nariz.

—Me llevaré algunas para mi madre — respondió Caroline metiéndolas en su lista —. Son sus preferidas y estas huelen demasiado bien.

—También son las preferidas de la señora Crawford — asintió Holly sonriendo —. Y mire estos pétalos, parecen de terciopelo.

—Señor Savage, bienvenido. — Se escuchó a la dueña de la tienda —. No sabíamos que estaba en Berksham.

El cambio en la expresión de Holly hizo que Caroline se girase para ver quién era el recién llegado y se sorprendió al ver a un hombre joven y de aspecto elegante que sonreía con amabilidad. Así que ese era el hijo de *lady* Savage...

—No podía faltar al baile de las rosas. Mi madre no me lo perdonaría.

—Desde luego, aunque este año le toca a *lady* Cotham, según tengo entendido.

—Así es —afirmó él.

Caroline desvió la mirada en cuanto los ojos del caballero se posaron en los suyos.

—Veo que Berksham tiene rostros nuevos. ¿Quién es esa encantadora joven a la que acompaña la doncella de los Crawford?

Caroline frunció el ceño sorprendida de su falta de decoro. ¿Es que pensaba acaso que estaba sorda? En cuanto pensó en ello se sintió mal por June y sacudió la cabeza distraída.

La señorita Armitage se acercó a ella acompañada del caballero.

—Señorita Wharton, permítame que le presente a Matthew Savage, el hijo del juez Savage.

—Señorita Wharton —saludó él cortésmente.

—Encantada —respondió ella con frialdad.

El hombre dio las gracias a la dueña de la tienda por sus servicios y la señorita Armitage volvió a sus quehaceres.

—Disculpe esta tosca manera de presentarme — pidió él mirando a Caroline con simpatía —. Mi madre no ha dejado de hablarme de usted desde que llegué ayer y me siento como si ya nos conociésemos.

—Apenas charlamos un momento.

—Pues ha dejado usted una impronta indeleble en ella, me temo. Tengo entendido que cenará con nosotros mañana. Si me lo permite, pasaré a recogerla.

—No será necesario, pensaba pedirle a James que me acompañase.

Él torció una sonrisa y Holly se giró a mirarla sorprendida.

—No creo que James ponga un pie en nuestra casa, señorita Wharton. Debe saber que su amigo me considera poco menos que un demonio. Si hemos cenado en la misma mesa ha sido porque no ha podido evitarlo, se lo aseguro.

Caroline frunció el ceño sin apartar la mirada.

—Algo habrá hecho para que lo juzgue tan severamente.

El otro balanceó la cabeza mordiéndose el labio.

—Entono el *mea culpa*, aunque mis fechorías datan de una época que dejé atrás hace muchos años. Entonces yo era estúpido y estaba enfadado con el mundo. Me gusta pensar que me he curado de ambas dolencias.

Caroline no sabía qué pensar. Parecía sincero, pero que James lo considerase su enemigo la hacía desconfiar.

—Si consigue que James acepte la invitación hágamelo saber, de no ser así pasaré a recogerla a las seis. La dejo para que siga con sus compras. Un placer conocerla. Holly.

Las dos respondieron al saludo como correspondía y se volvieron rápidamente como si aquellos pétalos fueran lo más interesante del mundo.

—¿Le conoces? —preguntó en voz tan baja que la doncella casi tuvo que adivinar lo que decía.

—Todo el mundo lo conoce.

Algo en su tono hizo que Caroline frunciera el ceño. ¿Era miedo lo que había detectado en su voz?

—Lleva estas cosas al coche, por favor, Holly — pidió a la doncella cuando terminaron sus compras, señalando los encargos de Frances.

—¿Se lo apunto en la cuenta de la señora Crawford?

—Esto de aquí cóbremelo ahora — pidió refiriéndose a sus propias compras.

Cuando salió de la tienda observó unos segundos la concurrida calle y vio a Robert salir de una de las casas de la otra acera. Iba a hacer gestos para llamar su atención, pero él agachó la cabeza y se ocultó bajo el sombrero con una actitud furtiva. Se metió por una calle lateral y desapareció con paso rápido.

—¿Ocurre algo? —preguntó Holly, que se había acercado a ella al ver que no cruzaba la calzada.

—¿Tú sabes quién vive en esa casa de allí? — Señaló con disimulo.

—¿La de las cortinas a cuadros? La viuda del coronel Fields.

—¿Viuda? —Imaginó a una venerable anciana. ¿Por qué Robert visitaría a esa dama?

—Se llama Keira y quedó viuda al poco de casarse. Su esposo era mucho mayor que ella.

Caroline frunció el ceño.

—¿Qué edad crees que tiene?

—Ahora no debe tener más de veintiocho años. — La criada la miró con una expresión que no dejaba lugar a dudas —. Señorita, no debe acercarse a ella, no tiene muy buena fama.

—¿Qué quieres decir?

—Recibe visitas de caballeros a horas intempestivas — dijo bajando el tono.

Caroline no entendía a qué se refería. ¿Visitas de caballeros? ¿Y para qué la...? Abrió los ojos enormemente y la doncella apartó los suyos visiblemente incómoda.

—Volvamos a casa, señorita — dijo la doncella y juntas atravesaron la calzada sin que Caroline pudiese emitir una sola palabra.

* * *

James la miraba con fijeza pero sin expresión alguna en el rostro. Lentamente negó con la cabeza.

—Por favor, James, no quiero ir sola — suplicó.

—Lo siento, pero no puedo acompañarte. — Dejó el libro a un lado y apoyó el brazo en su pierna doblada.

Lo había encontrado leyendo bajo un árbol como solía hacer todos los días. El mismo árbol, la misma hora... Caroline se arrodilló sobre la tela de su vestido y se sentó sobre sus pies sin variar su expresión suplicante.

—¿Qué te ha hecho? Cuéntamelo para que yo también pueda odiarlo.

James no pudo evitar su sonrisa.

—Digamos que de jóvenes tuvimos algunos encuentros desafortunados.

—¿De jóvenes? —Frunció el ceño incrédula—. ¿Me estás diciendo que porque os peleabais de niños ahora no os habláis?

—Algo así. No voy a ir a esa casa porque te estropearía la cena. Probablemente acabaríamos a golpes.

Caroline abrió la boca sin dar crédito.

—¿A golpes? Pero ¿qué clase de tontería es esa? ¿Cómo vais a acabar a golpes? Tú no eres así.

—¿No soy así? —sonrió burlón—. ¿Y cómo soy?

—Pues tranquilo, sosegado, firme...

—Acabas de describir este árbol — dijo señalándolo—. ¿Crees que no hay nada que pueda alterarme?

Caroline lo observó un momento antes de responder. Tenía la cabeza apoyada en el tronco con expresión relajada y una mano colgaba delante de su rodilla doblada. Llevaba solo la camisa, sin chaqueta ni pañuelo al cuello, y su aspecto era calmado y apacible. Como siempre. Asintió convencida.

—¡Vaya! —exclamó él poniéndose de pie—. Me halaga que creas que tengo tan férreo control de mí mismo. ¿O lo que estás diciendo es que soy muy aburrido?

Caroline también se levantó y sacudió su vestido consciente de que estaba jugando con ella para desviar el tema.

—¿No hay forma de convencerte de que me acompañes?

—Ninguna en absoluto.

—Eres...

James sonrió burlón incitándola a terminar la frase, pero Caroline apretó los labios para no darle gusto y se dio la vuelta para marcharse dejándolo atrás. La observó alejarse con las manos en la cintura en posición relajada, aunque por dentro estaba lejos de sentir tranquilidad. No contaba con que Matthew regresara a Berksham ese verano, pero tampoco podía hacer nada al respecto, así que cuanto menos se cruzasen, mejor. Pero la idea de que Caroline acudiese a esa cita lo inquietaba en exceso. ¿Entonces por qué la había empujado a aceptar? Su contradictoria actitud empezaba a pasarle factura. Era demasiado meticuloso, cuando seguía una línea, jamás se desviaba... Movié la cabeza para sacudirse esos pensamientos que lo atribulaban. No era cosa suya con quién cenase Caroline. No era su guardián. Ya no.

* * *

—¿Le apetece un jerez, señorita Wharton? — preguntó el juez.

Caroline negó con la cabeza mientras valoraba si merecía la pena mencionar que la señorita Wharton era su hermana mayor. Claro que Emma ya estaba casada y ahora era la señora Wilmot, así que optó por no decir nada al respecto y aceptar ese título como la hermana soltera de más edad.

—La moderación en un hombre es deseable, pero en una mujer es absolutamente necesaria, ¿verdad, Georgia? — Miró a su esposa con severidad y esta bajó la cabeza musitando un «sí»

apenas audible.

Caroline se había dado cuenta de la enorme diferencia entre la mujer que estaba en aquel salón y la que había conocido en su jardín. La primera vez que la vio le pareció una mujer tímida, pero ahora había temor en su mirada y sospechaba que era la presencia de su esposo la que la convertía en un ratoncillo asustado.

—Matthew, ¿un jerez?

—Sí, gracias —aceptó serio.

—Hacía mucho que no te veíamos — siguió el juez Ethan —. ¿Habías dicho que ibas a venir?

—Fue una decisión de última hora.

—Ya veo. —El juez miró a su esposa convirtiéndola en estatua de hielo.

A Caroline le pareció que había mucha tensión entre ellos, estaba claro que el juez no era un hombre muy querido, y tampoco parecía emanar de él ningún sentimiento de afecto hacia su familia.

—La cena está servida —anunció el mayordomo y se hizo a un lado para que pasaran a través de las puertas que comunicaban el salón con el comedor.

—Lleven sus copas —ordenó el juez.

En ningún momento tuvo ganas de asistir a esa cena y seguía enfadada con James por no querer acompañarla, pero desde que había llegado solo pensaba en salir corriendo lo más rápido que le permitiesen sus piernas.

—Así que su padre es el barón de Harmouth — dijo el señor Savage iniciando la conversación ya sentados a la mesa —. Espero que le dé saludos de mi parte. Aunque no tengo el gusto de conocerlo, estoy seguro de que me resultaría de lo más agradable. Solo hay que ver lo bien que ha educado a su hija. Hoy en día las jóvenes se han vuelto demasiado atrevidas, se creen demasiado listas. Da gusto ver que todavía quedan mujeres dignas de admiración.

Caroline trató de sonreír, aunque no tuvo mucho éxito.

—Por supuesto que se los daré — dijo escueta y dirigiéndose a la señora Savage añadió —: También le hablaré a mi madre de sus rosas, a ella le gusta mucho la botánica.

—Este año ganará el concurso *lady* Cotham, ¿no es así, querida? — mencionó el juez con cara de aburrimiento —. Ojalá esté usted aquí el próximo año, señorita Wharton, así podrá asistir al baile que organiza mi esposa.

—Oh, sería maravilloso —dijo la mujer mirando a Caroline con una sonrisa temblorosa.

—¿Cómo saben ya quién va a ganar? — preguntó Caroline tratando de dotar a su expresión de la mayor ingenuidad posible.

—*Lady* Cotham y yo hemos estado ganando alternativamente durante los últimos veinte años. Todo el mundo en Berksham piensa que las nuestras son las mejores rosas y como no pueden decidirse por una, pues, optan por premiarnos de manera alterna.

—Si no os tuvieran miedo, ganaría el señor Wickam — dijo Matthew sonriendo a Caroline que lo miró sorprendida.

—Matthew —susurró su madre—, no bromees con estas cosas.

—He visto las rosas del viejo Wickam esta mañana y las tuyas siguen siendo las más hermosas, mamá, como ya lo eran cuando vivía su esposa. Se merece el premio, pero nadie en Berksham se atrevería a molestar al juez Savage o a lord Cotham y por eso vuestros nombres

seguirán siendo los únicos labrados en la pared de la iglesia. Es una pena, pero así funcionan los pueblos como este.

El juez se mostró indiferente a las palabras de su hijo y siguió comiendo como si no hubiese oído nada. Cuando levantó la mirada de su plato la posó en su invitada con una expresión que mezclaba esa indiferencia con algo más inquietante y que Caroline no supo calificar.

—Lo que mi hijo ha querido decir es que así es como funciona el mundo desde que es mundo. Los poderosos ejercen su poder y los sumisos acatan su destino. El viejo Wickam puede tener unas preciosas rosas, pero a nadie le importa porque nada pueden obtener de él — sonrió perverso mirando a su hijo —. En cambio tú, sí te has beneficiado del poder de tu padre, ¿verdad, hijo?

La tensión dibujó una línea en la mandíbula de Matthew y a Caroline le pareció que dejaba el cubierto en el plato con excesiva calma.

—¿Está disfrutando de la cena, señorita Caroline? — preguntó dirigiéndose a ella e ignorando deliberadamente a su padre.

—Este pavo está delicioso — dijo ella sin saber si lo que decía era cierto, ya que apenas había probado la comida.

—¿Qué haces ahí parado? —espetó el juez a uno de los lacayos con voz atronadora —. ¡Ponme más vino! ¿Es que no ves que tengo la copa vacía?

Antes de que el nervioso muchacho pudiese hacer lo que le ordenaba, Matthew cogió la botella y vació el resto en su copa. El juez lo miró furibundo, pero a su hijo no pareció afectarle en absoluto.

—Esta es mi segunda copa, padre, y usted va ya por la cuarta. Creo que el agua le sentará mejor.

Su padre se puso rojo de ira, pero no quería ponerse en evidencia delante de su invitada y que luego fuese contándole al barón que el juez Savage había perdido los papeles en plena cena. Miró hacia el lacayo con evidente animosidad.

—Traed más vino, zoquetes.

—¿A qué debemos el placer de su presencia en Berksham, señorita Wharton? — preguntó Matthew mirándola con interés.

—Estoy visitando a los Crawford. Son buenos amigos de mi familia.

—¿Nada más? Creí que quizá James iba a dar el esperado anuncio de su boda.

Caroline abrió mucho los ojos con sorpresa.

—¡Oh! No, nada de eso, James y yo solo somos amigos. Es como un hermano para mí.

Que Matthew pareciese aliviado la desconcertó.

—Podrías acompañar a la señorita Wharton al baile de las rosas en casa de los Cotham — dijo *lady Savage* con evidente satisfacción.

Caroline sonrió sin humor, qué desagradable era que diesen el veredicto por seguro.

—El año pasado fue maravilloso. Vino incluso un *baronet*, el señor Meads, de Kleiton.

—Mamá, te recuerdo que tu invitada ha asistido a bailes con el príncipe regente.

—Entonces aún no era el regente — aclaró Caroline incómoda —. Y no asistí con él, él estaba allí y yo también, pero...

Todos la miraban con curiosidad y se sintió de lo más estúpida. Sonrió incómoda.

—Este pavo está delicioso.

* * *

—No es necesario que me acompañe a casa — dijo Caroline antes de subir al coche.

—Insisto —dijo Matthew ofreciéndole su mano para ayudarla.

Cuando estuvieron los dos sentados dio un golpecito en la puerta para que el cochero se pusiera en marcha.

—Me disculpo en nombre de mi familia por tan incómoda cena.

—Ha sido una velada muy...

—No sea condescendiente, señorita Caroline — pidió con una sonrisa —. Conozco a mis padres desde que nací y no hay una palabra agradable con la que pueda terminar esa frase para contentarme.

Ella casi sintió pena por él.

—Usted vive en Brighton.

Matthew asintió.

—Me trasladé en cuanto terminé mis estudios en Eaton. Mi intención es seguir los pasos de mi padre. En cuanto a la profesión a la que aspiro, no al modo de ejercerla — aclaró rápidamente.

Caroline no pudo evitar sonreír.

—¿Qué le hace gracia?

—Su insistencia en desligarse de su progenitor.

—¿Y soy eficiente al respecto?

Caroline asintió sin dejar de sonreír.

—Me quita usted un peso de encima. Supongo que James la habrá advertido contra mí y si encima viese algún parecido en mi persona con mi padre me temo que nuestra relación habría terminado antes de empezar.

—¿Relación?

—De amistad, por supuesto — aclaró él con un deje divertido en su voz.

Caroline entornó los ojos para mirarlo inquisitivamente.

—Diría que tiene sus ojos.

Él frunció el ceño sin comprender.

—Se parece a su padre en los ojos — aclaró ella.

—Acaba de darme un gran disgusto, pues no puedo hacer nada para solucionarlo. Arrancármelos me parece algo de lo más desagradable.

—Es usted un exagerado.

Los ojos es lo único bonito que tiene su padre.

—Para compensarme por su crueldad debería aceptar ser mi acompañante en el baile de las rosas.

Traer ese tema acabó con las ganas de Caroline de bromear.

—Es muy injusto —dijo sin poder contenerse.

—¿Se refiere al tejemaneje de las dos familias para repartirse el premio? Mucho.

Lo miró dudosa y finalmente lo encaró.

—¿De verdad le parece mal que el concurso esté amañado?

—Desde luego —afirmó rotundo—. Aunque sean los de mi padre, y ahora pensaré en ello cada vez que los mencione, tengo ojos, señorita Caroline. El señor Wickam se merece el premio sin dudarlo.

—¿Y por qué no hace nada? Usted también tiene poder.

—Mi poder en este pueblo es insignificante frente al de mi padre. Nada me gustaría más que ponerlo en evidencia, pero nadie me haría caso.

—Es lo mismo que dice James — musitó ella mirando por la ventanilla.

—Así que ya lo ha intentado con él.

Caroline lo miró de nuevo.

—Alguien debería hacer algo — afirmó rotunda.

Matthew sonrió.

—Tenga cuidado, señorita Caroline, mi padre cambia de opinión fácilmente sobre las personas. Sobre todo cuando lo contradicen.

Caroline no dijo nada y aceptó su advertencia. No podía ni imaginar cómo sería vivir desconfiando de tu propio padre. Comprendió que Matthew Savage no había tenido una vida fácil y se preguntó si James no estaba siendo injusto con él.

Capítulo 17



Era tarde y los Crawford ya se habían retirado a descansar. Encontró a James en la biblioteca disfrutando de un libro y una copa de vino. Entró sin llamar y se dejó caer en el sofá con evidente cansancio.

—¿Una cena agotadora? —preguntó burlón.

—No te imaginas cuánto. —Cerró los ojos recostando la cabeza en el respaldo.

Después de unos minutos de silencio volvió a abrirlos y lo miró con expresión burlona.

—Tú lo sabías.

—¿El qué?

—Que sería insoportable. Lo de la enemistad con Matthew era solo una burda excusa.

James negó con la cabeza.

—No negaré que aunque no nos detestásemos tampoco aceptaría una invitación a cenar en la que estuviese incluido el juez Savage.

Caroline se incorporó y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¡Es horrible! Tenías razón en lo de que su esposa es una pobre mujer digna de compasión. No entiendo cómo puede soportar que la trate con tanto desprecio.

Si solo fuese eso..., se dijo James.

—El error lo cometió hace muchos años al casarse con él — musitó.

—Matthew y su padre no se llevan nada bien. Estoy segura de que le pegaba cuando era niño.

James torció una sonrisa burlona.

—Pobre Matthew.

Caroline siguió mirándolo inquisitiva unos segundos más.

—¿Por qué querías que fuera?

Él se encogió de hombros sin modificar su expresión.

—Querías que viese cómo eran, ¿no? Pensaste que así me mantendría alejada de él.

¿Y ha funcionado? ¿Esa cabecita loca ya sabe dónde está el peligro?

—Deja ya esa pose circunspecta conmigo, James.

Ese arranque lo sorprendió.

—¿Pose circunspecta?

—Llevas unos días muy raro y haces que me sienta incómoda.

—Disculpe la señorita.

—¿Por qué no respondes simplemente a mis dudas y ya está?

—¿Qué dudas?

—¿Por qué odias a Matthew Savage?

Durante un momento se miraron en silencio. Caroline vio hacia dónde se dirigía su mirada y no pudo evitar humedecerse el labio con disimulo.

—Ha sido muy amable conmigo — siguió al ver que él no hablaba —. Y está de acuerdo con nosotros en que debería ganar el señor Wickam. No me parece alguien a quién...

—Dejó sorda a June.

—¿Qué? —Su tono de voz se elevó demasiado y se tapó la boca sobresaltada.

—No me apetecía contártelo, pero eres muy pesada.

—¿Cómo sucedió? Dime que fue un accidente.

—Le dio un puñetazo.

—¿Que le dio...? ¡James!

—Es cierto que pretendía golpearme a mí y June recibió el golpe porque se metió entre los dos, pero eso fue lo que pasó. Y no, no fue un accidente, lo siento.

—¿Lo sientes? —¿Qué significaba ese tono de reproche?

—Por estropear la romántica imagen que te has creado de él esta noche. No pensaba que sus artes funcionasen tan rápido contigo.

—¿De qué estás hablando? —Intentaba elegir entre el enfado y la incredulidad.

—Es evidente que te ha deslumbrado. Te brillan los ojos cuando hablas de él.

—Eso es mentira. —Enfado, sin duda.

—¿Seguro, Caroline? —sonrió cínico —. Ya he visto esa mirada antes. ¿Sopesando a un nuevo candidato?

Ella entornó los ojos poniendo atención. ¿De qué estaba hablando? ¿Y por qué parecía tan molesto?

—¿Qué pasó con June? Cuéntamelo, por favor.

—Como gustes. A los quince años iba a incorporarme al segundo regimiento de dragones para recibir instrucción y empezar así mi carrera militar. Mi padre me había conseguido un buen puesto, no sin esfuerzo. Para alguien sin familiares en el ejército, era una oportunidad irrepetible. Supongo que no lo recuerdas, nunca te interesaron mucho mis andanzas.

Caroline desvió la mirada para que no viese que tenía razón y James sonrió irónico.

—Robert organizó una celebración por mi partida y bebimos más de la cuenta, a escondidas, claro. La cuestión es que hicimos algunas trastadas y en una de ellas involucramos a Matthew sin que él lo supiera. Se metió en un lío, nada importante, pero su padre le dio una paliza por ello y su odio hacia mí creció como una nube de tormenta. El día antes de mi partida vino a cobrarse el pago que le debía y por supuesto no vino solo, lo acompañaron sus dos secuaces, los hermanos Poyser.

—¿Poyser? —Caroline frunció el ceño al recordar a una de las familias participantes en el concurso.

—Sí, esos Poyser —afirmó él—. Matthew les ordenó que me sujetaran y me estaba dando una paliza cuando June se interpuso entre los dos y recibió el puñetazo que la dejó sorda.

—Qué horror —musitó—. Es verdad que no te prestaba mucha atención, porque siempre estabas hablando del ejército y no era un tema muy divertido para una niña, pero no recuerdo que hablaras nunca de esto.

Él inclinó la cabeza a modo de aceptación mientras se fijaba en los reflejos cobrizos de su pelo a la luz de la lámpara. Agradeció la distancia que los separaba porque sus dedos se movieron imperceptiblemente deseando comprobar el tacto de esas brillantes hebras.

—No era un tema del que me gustase hablar.

—¿Qué le pasó? —preguntó inquieta por su escrutinio —. Supongo que habría un castigo.

—Ya lo creo que lo hubo. Perdí la ocasión de entrar en los dragones. El juez tenía buenos contactos y movió los hilos para privarme de ello.

Caroline abrió la boca y los ojos sin dar crédito.

—¡Será desgraciado! ¡Tú no tuviste la culpa!

—Me costó un poco más de esfuerzo, pero al final tuve suerte. A los dieciocho el conde de Balcarres me dio una nueva oportunidad, Savage no tenía ninguna influencia a ese nivel.

Caroline se sentía asqueada. Ahora el concurso de rosas le parecía una nimiedad. Esa familia era despreciable. Frunció el ceño al pensar en Matthew, le costaba relacionar al caballero amable y divertido que había conocido esa noche con el bravucón pendenciero que había descrito James.

—Deberías haberme contado todo esto. — Se lamentó mirándolo angustiada —. Me ha invitado a acompañarlo al baile de las rosas y le he dicho que sí.

James contuvo el gesto para no mostrar su disgusto, pero Caroline pudo percibirlo en la erizada piel de su nuca.

—Es culpa tuya —dijo molesta—. ¿Cómo iba a saber la clase de persona que era? Conmigo ha sido encantador, un caballero. Jamás habría podido ni imaginar...

—Quizá no deberías aceptar al primero que llega.

Caroline abrió la boca sorprendida.

—Eso ha sido desagradable e injusto.

—Has tardado poco en llamar su atención.

—¿Llamar su atención? ¿Qué crees que he hecho para llamar su atención, aparte de respirar para seguir viva?

—¿Crees que no conozco tus artimañas?

—Mis arti... ¡Oh! —Se levantó atragantándose con sus propias palabras.

James la imitó y su rostro no evidenciaba el más mínimo arrepentimiento.

—Solo te pido que tengas cuidado con lo que haces. — Dijo él con tono de advertencia —. No me gustaría que reprodujeses en Berksham tu comportamiento de Londres.

Aquel comentario le dolió a Caroline más de lo que podría reconocer.

—Estás siendo muy injusto — dijo mostrando sus sentimientos.

James sintió una punzada de culpa al ver su dolida expresión, pero se mantuvo firme. Estaba furioso, aunque nada en su expresión lo reflejase. Si hubiera podido analizar su estado de ánimo

en ese momento le haría resultado del todo incomprensible. Quería zarandearla y decirle que parase de hacer lo que hacía con él, aunque no tenía ni idea de lo que era.

—Sabes mejor que nadie mis motivos para comportarme como lo hice.

—¿Crees que eso lo justifica todo, Caroline? Tener un motivo para hacer algo no evita las consecuencias de tus actos. Y el mundo te juzgará por ellos, no por los motivos que los impulsaron.

—Como tú ahora mismo.

—Exacto. Lo que hacemos tiene consecuencias, por eso no podemos actuar de manera impulsiva siguiendo las emociones del momento. — ¿Estaba hablando para ella o para sí mismo? —. Hay que meditar cada paso que se da antes de levantar el pie del suelo. No podemos dejarnos arrastrar por peligrosas emociones que nos pueden llevar al abismo.

—No todos podemos ser tan fríos e insensibles como tú — masculló ofendida.

—Te recomiendo que al menos lo intentes. Tus acciones pueden traer serias consecuencias para los demás y, al menos por eso, deberías esforzarte un poco más. No quiero que mis padres pasen por lo que han pasado los tuyos.

Caroline se mordió el labio y contuvo la respiración. No iba a llorar, de ningún modo iba a darle ese gusto. James sintió de nuevo aquella punzada de culpa, pero no podía parar, de algún modo sentía que estaba luchando por su supervivencia. Que allí se estaba librando una batalla, feroz y silenciosa, de la que debía salir vencedor.

—Mañana le enviaré una nota rechazando su invitación — dijo ella —. Y si piensas que es mejor que me quede encerrada en esta casa sin ver a nadie, dilo y no pondré un pie fuera de aquí.

—No seas dramática, Caroline, no eres mi prisionera.

Si no salía de allí acabaría llorando.

—Buenas noches, James.

Él la sujetó del brazo lanzando mudas maldiciones contra su persona.

—Puedes ir al baile con Matthew, si es lo que quieres.

—¿Por qué haces esto, James? — Lo encaró sin protección —. Sabes que me estás haciendo daño y no entiendo por qué ahora. Creía que me entendías, que sabías que todo lo hice para proteger a mi familia...

—Te dejas llevar por tus sentimientos y eso es muy peligroso. Solo trato de impedir que vuelvas a cometer los mismos errores.

—Eres consciente de que si juzgas a los demás según tu código no tenemos posibilidad de salir victoriosos, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —preguntó con tono indignado.

—Esa contención. —Lo señaló con cierto resquemor —. Esa frialdad que no te deja ni respirar. Llevas una coraza de hierro pegada a la piel y crees que sentir debilidad es peor que la muerte. Y, no, yo no soy así. No quiero ser así. Quiero sentir, aunque para ello tenga que sufrir. Mi risa no sería tan plena sin mis lágrimas y no estaría completa si no las tuviera a ambas. Sentía rencor y dolor, es cierto — afirmó dejando ya que las lágrimas resbalaran por sus mejillas —. ¿Cómo no sentirlo? ¡Me traicionaron! Quería que el dolor parase y estaba enfadada con todos por no impedirlo, por arrinconarme tan incomprensiblemente. Pero no fue eso lo que guió mis actos y lo sabes, quería casarme con William porque creía que eso nos protegería. A mí, a mis hermanas... Era el único hombre en el que podía confiar porque es bueno y nunca me haría daño.

— Movi6 la cabeza demostrando con su mirada lo mucho que la hab6a decepcionado —. Ahora entiendo por qu6 en ning6n momento pens6 en ti para ese fin, a pesar de que estabas m6s cerca de mi familia. Eres duro como una roca, James, y escondes profundas y afiladas aristas que har6an sangrar a cualquiera que se atreviese a acercarse. No cometer6 ese e...

De pronto besarla era lo 6nico que pod6a hacer. Era eso o que su cabeza estallara y su coraz6n dejase de latir. Ten6a que besarla. Y la bes6. Un beso intenso y profundo que lo atraves6 de parte a parte haci6ndolo a6nicos y volviendo a construirlo como si fuese barro en sus manos. Ten6a alma de militar, estoico y firme en su comportamiento, con un control absoluto de las emociones. ¿C6mo si no iba a comandar una compa6a y a llevar a sus hombres a la victoria? Y de pronto era como si su vida no tuviese sentido, como si en aquella boca estuviese la 6nica verdad que importaba. Cuando separaron sus labios 6l sigui6 con los ojos cerrados unos segundos. No quer6a mirarla, no quer6a ver en sus ojos la decepci6n y el rechazo por su comportamiento.

—Lo siento —musit6 con voz profunda —. Lo siento mucho, Caroline.

Ella no dijo nada y sali6 corriendo de la biblioteca. James se llev6 los dedos a los labios reviviendo el contacto y supo que estaba perdido.

Capítulo 18



Encontraron la manera de no verse en todo el día siguiente. Uno madrugó en exceso y la otra se levantó tarde. Uno improvisó una ocupación inexcusable y la otra se agenció tareas domésticas del todo innecesarias. Pero la tensión y el temor de verlo aparecer en cualquier momento estaba acabando con sus nervios, por eso decidió que visitar a June y a los niños era lo único que podía distraerla de sus alocados pensamientos.

—Te quedas a cenar. —June la miraba ansiosa —. Di que sí, será divertido.

—Sí.

—¿Sí? Vaya, pensaba que tendría que suplicarte un poco más. — Se puso de pie —. Voy a decir que envíen a alguien a avisar a los Crawford.

—Ya he avisado yo.

La sorpresa de June iba en aumento.

—De hecho, le he dicho a Frances que me quedaría a pasar la noche. Si no te importa, claro.

—¿Ha ocurrido algo? —Volvió a sentarse —. ¿Es por James?

—¿Cómo lo...?

—Mamá... —Blanche estaba de pie en la puerta con ojos llorosos y con la señorita Molly colgando de su mano —. La señorita Molly ha tenido un accidente.

Caroline vio que a la muñeca le faltaba un brazo.

—Pobrecita señorita Molly — dijo su madre abriéndole los brazos para consolarla —. Vamos a ver ese brazo. ¿Qué opinas, Caroline? ¿Crees que puede arreglarse? A mí no se me da muy bien la costura.

—Tía Caroline, ¿puedes curarla, por favor? — pidió la niña con los ojos muy abiertos.

—Veamos... —Analizó bien el problema y una vez tuvo claro que con un buen zurcido y algunos pedazos de tela resistente se solucionaría, miró a la niña y asintió —. Podemos curarla, sí. ¿Qué ha pasado?

—Últimamente está muy desobediente — dijo la niña con expresión de suficiencia.

Las dos mujeres se miraron cómplices.

—No me digas. —Caroline levantó la muñeca y la miró de frente —. Eso no está bien, señorita Molly. Ser desobediente es un gran defecto, además de ser muy peligroso.

Blanche miraba a Caroline con sus grandes ojos y asentía convencida.

—Ya sé lo que vamos a hacer — dijo Caroline —. Le pondremos el botón de la obediencia.

—¿El botón de la obediencia?

Caroline asintió.

—Es un botón muy importante que solo debe usarse cuando es realmente necesario. Mi madre tuvo que coser uno en mi querida Lys y te aseguro que después de eso nunca volvió a desobedecerme. Eso sí, cuando le cosamos ese botón tendrás que tratarla con más respeto, porque ya no será una muñeca cualquiera.

—¿Nosotras tenemos ese botón, mamá? — preguntó la niña.

June miró a Caroline sin saber qué debía responder.

—Oh, no, tu madre no lo tiene. Hay que comprarlo, por supuesto. Mañana mismo iré a ver a la señorita Armitage y le preguntaré si tiene alguno en su tienda. Si no tendrá que traerlo del lejano oriente, que es dónde los fabrican. Ya ves que es un botón muypreciado.

La niña asentía con solemnidad.

—Yo coseré su brazo y arreglaré el vestido para que esté presentable cuando le pongamos el botón.

—¿Ahora? —suplicó la niña—. No puedo dormir sin ella.

Caroline sintió una enorme ternura y la abrazó antes de responder.

—Claro que sí, ahora mismo.

Disfrutó del rato que pasó con la niña y luego se unieron a ellas los dos muchachos que se empeñaron en enseñarle su colección de insectos. La tarde transcurrió rápidamente y no fue hasta que los niños estuvieron en la cama que las dos mujeres pudieron retomar la charla donde lo habían dejado.

—¿Se ha dormido? —preguntó June cuando Caroline entró en el salón.

—En cuanto ha puesto la cabeza en la almohada. — Se sentó en el sofá junto ella.

—Se te da muy bien tratar con niños.

—Tengo dos hermanas pequeñas — sonrió al pensar en ellas. Las echaba muchísimo de menos.

—Falta media hora para la cena, cuéntame ahora mismo lo qué ha pasado.

—Ayer cené con los Savage. — Lo dijo como si temiera que June se sintiera traicionada.

—Lo sé —afirmó sin inmutarse—. James me dijo que ibas a ir.

—Yo no sabía que Ma...

—No digas su nombre —la interrumpió —, aquí es el innombrable. ¿Viste el caldero en el que cocinan a sus víctimas antes de comérselas?

Caroline agradeció la broma, consciente de que intentaba calmar la tensión.

—El juez me dio la impresión de ser un hombre horrible y su esposa parecía temerle muchísimo.

—Es un hombre despreciable. En el fondo es normal que el innombrable haya salido tan mal. Con un padre como ese no tuvo muchas oportunidades de convertirse en una buena persona.

— La escudriñó de nuevo con la mirada —. ¿James se enfadó mucho? ¿Por eso quieres quedarte aquí?

—Algo así —respondió esquivando.

June vio en su expresión que estaba dolida, pero había algo más y eso era lo que más curiosidad despertaba en ella.

—James puede ser muy duro con quien le importa.

—Tiene una opinión horrible de mí. Y no digo que no tenga motivos, después de la ruptura de mi compromiso me comporté de un modo irracional.

—No creo que eso sea posible — sonrió con simpatía —. James es un hombre complicado. A simple vista parece muy... ¿cómo lo diría? ¿Básico? ¿Recto?

—Marcial.

—Eso, marcial. —Sonrió—. Pero hay aguas turbulentas bajo esa aparente calma. Creo que necesita de su código para mantenerse entero. Es su tabla de salvación en medio de un océano en el que se siente perdido y solo. No sé si me entiendes.

—No estoy segura —reconoció.

June lo pensó un momento antes de responder.

—Es hijo único y ha sentido siempre la presión de ser perfecto en todo. No puede fallar, ¿entiendes? Sus padres lo adoran, creen que es el ser más perfecto sobre la tierra, pero eso lo abruma porque ha de buscar permanentemente la excelencia en todo lo que hace.

Caroline asintió, empezaba a ver lo que quería decirle.

—¿Y crees que para él sería terrible romper ese código? ¿Se ahogaría en ese océano sin su tabla?

June sonrió al escucharla aceptar su alegoría.

—Creo que lo pasaría un poco mal, sí, pero tengo fe en que sabe nadar muy bien y acabaría por encontrar la playa.

—Ahora entiendo la mala influencia que he sido para él estos meses. Quizá por eso ha actuado de un modo tan... inesperado.

June la miró cautelosa.

—¿Ha ocurrido algo entre vosotros?

Caroline asintió levemente.

—¿James hizo algo... inapropiado?

Caroline volvió a asentir.

—Estáis aquí... —Robert entró en el salón sonriente sin percatarse de la mirada asesina de su esposa —. ¿Una copita de oporto antes de la cena?

—Yo sí —respondió Caroline rápidamente al tiempo que miraba a June suplicante para que no dijera nada.

—Caroline se quedará a dormir esta noche — explicó la otra después de respirar hondo.

—Sí, me lo ha dicho James.

Terminó de servir la bebida y le entregó una copita a cada una.

—¿James? —dijeron las dos a coro.

Como si fuese un conjuro, entró por la puerta.

—¿Oporto o prefieres algo más fuerte? — preguntó Robert que había vuelto para servirse la suya.

—Oporto está bien. June. Caroline — saludó inclinando la cabeza.

—Le he estado enseñado mi nuevo caballo. Mañana saldremos a cabalgar juntos, a ver qué tal se defiende — dijo Robert entregándole su bebida.

—¿Qué es eso de que te quedas a dormir? — preguntó el recién llegado sentándose en el sofá frente a Caroline.

—Le apetece mi compañía —intervino June.

James levantó una ceja para mirar a su amiga.

—¿Vas a dormir con ella?

—Podría hacerlo.

James se recostó en el respaldo con expresión burlona.

—No creo que tu marido esté de acuerdo con eso. ¿Qué dices, Robert?

—A mí no me metáis en vuestras rencillas — dijo el otro levantando la mano y escogiendo una butaca un poco más alejada para sentarse.

—¿Crees que no puedo decidir por mí misma? — June lo miraba expectante.

—Ya lo creo que puedes. Lo sé bien. — James se preguntaba si su evidente descontento tenía algo que ver con Caroline.

—La cena está lista —anunció Mark sin formalismos.

—Hay que poner otro servicio para James — advirtió Robert caminando hacia la puerta.

—Ya lo he puesto —dijo el criado con una sonrisa cómplice.

James le puso una mano en el hombro al llegar hasta él.

—Tan eficiente como siempre, Mark.

—Se hace lo que se puede —respondió el hombre.

—¿Cómo está ese dolor de espalda? — preguntó saliendo con él del salón.

—Mucho mejor, gracias.

—Me alegro.

June se volvió hacia Caroline al ver que no la seguía. Suspiró y volvió sobre sus pasos para agarrarla del brazo.

—¿Quieres que lo eche? —musitó.

—¡No, por Dios! —respondió la otra.

June la miró muy seria.

—¿Qué hizo?

—Me besó. —Se apresuró a salir del salón dejando a June petrificada.

Nadie se sentó a la cabecera de la mesa para que June no tuviese a ninguno de los comensales a su derecha. Caroline estaba frente a Robert y a la izquierda de June y James estaba frente a la anfitriona que en ese momento lo miraba con inquina.

—Eres un sucio mentiroso. Siempre aguantaba más que tú debajo del agua. Marido, ¿es cierto?

—Totalmente cierto —afirmó Robert —. Claro que yo no estaba siempre con vosotros.

Su esposa entornó los ojos para mirarlo con una velada advertencia.

—A tu caballo le irá bien que te quedas a vigilarlo esta noche.

Robert la miró con una sonrisa en los labios y a Caroline se le encogió el corazón. ¿Cómo podía mirar a su esposa de ese modo cuando la estaba engañando con otra? Miró a June y se sintió mortificada y culpable. ¿Cómo podía callárselo? Si le abría su corazón no podría

mantenerlo en secreto. Sería traicionarla. ¿En qué momento pensó que aquella visita era buena idea? Su cabeza no estaba funcionando bien, estaba claro.

—Si yo durmiese en la cuadra tú no pegarías ojo, amor mío — siguió Robert ajeno a los pensamientos de su invitada.

—Te aseguro que dormiré como un angelito.

—Estáis asustando a Caroline — dijo James —. No os conoce bien y se va a pensar que lo decís en serio.

June se giró a mirarla y comprobó que su amigo tenía razón.

—No nos hagas caso, Caroline, nos encanta discutir, pero la sangre nunca llega al río.

La invitada se esforzó en sonreír y lo único que consiguió fue una mueca ridícula. June malinterpretó sus pensamientos y puso una mano sobre la suya con afecto.

—Tuviste mucha suerte de librarte de ese Nathan — dijo —. El hombre con el que compartas tu vida debe ser digno de confianza. Como Robert.

—June... —James la miró con severidad.

—No pasa nada. —Su amiga le devolvió la mirada y luego se dirigió a Caroline de nuevo —. Tienes que hablar de ello, quitarle importancia.

—Dijiste que me darías un mes — dijo Caroline.

—¿Eso dije? —Frunció el ceño pensativa —. Un mes es demasiado tiempo. ¡Despellejémoslo!

—No merece la pena —dijo Caroline encogiéndose de hombros —. Me engañaron porque dejé que lo hicieran. No hay más.

—Una reflexión muy madura — dijo James burlón.

Ella lo miró consciente de la crítica velada.

—Supongo que las buenas gentes de Londres no habrán desterrado a esos dos de sus casas — dijo June convencida —. Odio eso. En serio, lo odio. Tanto convencionalismo, tantas normas y reglas para al final ser injustos y crueles con quien no lo merece. Cuánto me alegro de vivir aquí, marido. En Londres me apedrearían por la calle porque no podría callarme ante sus injusticias.

—Hay personas que tienen mucha facilidad para juzgar a los demás — dijo Caroline mirando a James —. Y no todas están en Londres.

—Esa flecha lleva tu nombre — dijo Robert soltando una carcajada.

El capitán no respondió, pero sostuvo su mirada.

—James cree que lo tiene todo controlado — afirmó June —. Siempre ha sido así. Sabía lo que quería ser, cómo sería su vida y que la viviría solo.

—Eso no vale —dijo Robert mirando a su esposa —. Si os ponéis de acuerdo para atacarlo voy a tener que intervenir.

—¿Atacarlo? —se burló June—. Míralo, está tan orgulloso. Se piensa que no casarse lo hace más inteligente.

—Sus circunstancias no son las nuestras, June.

—¿Ahora soy yo el tema de conversación? — preguntó el susodicho con una mueca.

—¿Cuándo vas a abandonar esa estúpida idea? — Le espetó su amiga —. Si te gusta alguien debes actuar en consecuencia.

James la miró sin una pizca de humor, pero June rara vez se dejaba intimidar y esa noche no iba a ser una de esas veces.

—Serías un esposo perfecto — insistió June —. Eres sólido como una roca y la persona más digna de confianza que conozco.

—¿Cómo la más digna de confianza? — preguntó Robert mirándola fijamente —. ¿Y qué pasa conmigo?

—No estamos hablando de ti, bobo.

Caroline miró entonces a Robert y a James no se le escapó su inquisitiva mirada.

—Tienes que casarte —siguió su amiga —. Si todos los soldados pensaran como tú el mundo se acabaría. Es absurdo y estúpido. Debes casarte.

—¿Es una orden? —preguntó cortante.

—Al parecer las órdenes son el único lenguaje que entiendes — dijo ella sosteniéndole la mirada.

James miró a Robert levantando una ceja.

—¿A qué viene este empeño ahora?

Su amigo se encogió de hombros.

—Créeme que no lo sé.

—Lleva a Caroline al baile de las rosas — dijo June cogiendo su copa de vino para beber un largo sorbo. Se le había quedado la boca seca.

—Yo no voy a ese baile y lo sabes.

—Estás en el momento justo para cambiar muchas cosas de tu vida.

—Este pastel de carne está delicioso — dijo Caroline preocupada por la deriva de la conversación —. Tiene una...

—No quiero pasarme la vida preocupada por ti — siguió June dejando la copa con brusquedad —, necesito saber que hay alguien a quien le importas.

—Tengo a mis padres, June, no seas dramática.

—¿En serio, James? ¿Tus padres?

—Métete en tus asuntos —dijo empezando enfadarse —. Yo no soy tu marido, que seamos amigos no te da derecho a hablarme así y menos delante de cualquiera.

—¿Caroline es cualquiera? Pues me parece que es la más indicada para oírlo.

—June, déjalo ya. —Sus acerados ojos la miraron amenazadores.

—Deberías casarte con ella.

—¿¡Qué!? —la mencionada la miró con los ojos a punto de salirse de sus órbitas y, sin querer, derribó su copa con un involuntario gesto de su mano —. ¿Te has vuelto loca?

—Es perfecta para ti. —June seguía con la mirada clavada en James.

Caroline tenía el rostro más blanco que el níveo mantel que acababa de adornar con una enorme mancha de vino, mientras que James se había puesto una máscara impenetrable.

—Esto ha sido... —Caroline se puso de pie nerviosa mirándola con expresión perpleja.

No podía creer que la hubiese puesto en evidencia de ese modo. Apartó la silla y salió del comedor.

Los dos hombres miraron a June con severidad.

—Esta vez te has pasado —dijo Robert.

—No vas a hacerme caso, ¿verdad? — June ignoró a su marido sin dejar de mirar a James.

—El mismo caso que te he hecho siempre — afirmó el otro poniéndose de pie.

—Lo imaginaba.

James tiró la servilleta a la mesa con los ojos clavados en June.

—No sé lo que te ha contado, pero deberías ocuparte de tu matrimonio y no intentar organizar la vida de los demás.

Salió del comedor dejándolos solos.

—June... —Robert sentía la mirada intensa de su mujer clavada en sus ojos.

—¿Qué ha querido decir?

Él apretó los labios, al final siempre tenían que salpicarle a él sus rencillas. No tenía ni idea de cómo se había enterado, pero sabía que ocurriría así que no le quedaba más que aceptarlo y enfrentarse a las consecuencias.

—Fui a ver a Keira.

Capítulo 19



James la vio alejarse a paso rápido y masculló algo entre dientes antes de echar a correr. La sujetó del brazo para que se detuviera y Caroline se soltó con brusquedad.

—He venido a caballo —dijo él.

—Me alegro mucho. —Trató de darle la espalda y seguir su camino, pero él volvió a sujetarla.

—Espera a que lo traiga.

—Prefiero caminar, gracias.

—¿Tan enfadada estás?

—¿Por qué has tenido que venir? — masculló con ojos brillantes —. Todo iba bien hasta que has venido.

—¿Me echas la culpa de lo que ha pasado? ¡Tú se lo has contado!

Caroline no pudo evitar el sonrojo y se enfadó aún más por ello.

—Ni siquiera lo habíamos hablado — siguió él —. No me dejaste explicarme.

—¿Había algo que explicar?

—Fue un acto irracional, no sé por qué te besé. Pero quiero que quede claro que nada ha cambiado entre nosotros.

Caroline se preguntó de qué estaba hablando. Ella no quería que nada cambiase.

—No tengo intención alguna de casarme — dijo rotundo.

—Ni se me había pasado por la cabeza — respondió ella.

—¿No? —Pareció sorprendido—. Perfecto, entonces estamos de acuerdo.

—Muy bien, pues ya puedes volver a por tu caballo y dejarme en paz. — Se dio la vuelta y echó a andar.

James miró hacia la casa y maldijo entre dientes antes de seguirla.

—No voy a dejar que camines sola de noche.

Ella no respondió y durante unos minutos caminaron juntos y en silencio. La tensión en el pecho de James se fue calmando y se sintió culpable.

—Lo siento, no quería ser tan brusco.

Caroline no se inmutó.

—June es capaz de sacarme de mis casillas.

—June te quiere mucho. Está claro que no piensa con claridad en lo que se refiere a ti. Ahora entiendo un poco más a Robert — dijo para sí.

James la miró frunciendo el ceño.

—¿A Robert? ¿Qué pasa con Robert?

—No he dicho nada, olvídalo — dijo rápidamente.

James se colocó delante de ella para obligarla a detenerse. Ella se resistió un segundo, pero estaba deseando compartirlo con alguien.

—Lo vi salir de casa de esa mujer, Keira Fields.

Fue como quitarse unos zapatos que te aprietan tanto que no te dejan caminar, el alivio la hizo soltar el aire de golpe.

—Iba a contárselo a June...

—Por eso no te preocupes. Me temo que yo he levantado la liebre antes de salir de su casa.

— Movió la cabeza con disgusto —. Esta noche no dormiré en su cama.

—¿Tú lo sabías?

—Es un cabezota y un infantil, siempre se ha creído esas patrañas, desde que era un crío. La primera vez que pagó a una gitana tenía ocho años y...

—¿Una gitana? —lo interrumpió sorprendida.

James entornó los ojos.

—¿No sabes que Keira Fields es gitana?

—No. Pero ¿qué tiene eso que ver? Es una mujer, da igual si es gitana o irlandesa.

—No creo que las mujeres irlandesas echen las cartas.

—¿Las... cartas?

—Por eso va Robert a verla. — La escudriñó con la mirada hasta que comprendió —. ¿Creías que Robert y Keira Fields...?

—Yo... —Miró a su alrededor. ¿No habría por allí un agujero de su tamaño?

—¡Pero si está loco por su mujer! — exclamó incrédulo —. Quiere a June más que a nada, jamás le haría eso. Cuando sepa que has pensado eso de él no le va a gustar nada.

—¡No puedes decírselo! —exclamó asustada —. Prométemelo.

Él sonrió y, viendo que lo necesitaba de verdad, asintió.

—¡Qué peso me he quitado de encima! — Se llevó las manos a la cabeza —. ¡Oh, Dios, qué alivio! — Lo miró de nuevo —. ¿Qué significa «echar las cartas»? ¿Adivina el futuro?

—Si quieres, te llevo un día para que lo veas por ti misma.

—No, por Dios. ¿Cómo voy a poder mirar a esa mujer a la cara después de lo que he pensado de ella?

—Deberías disculparte.

—¿Tú crees? —preguntó asustada.

James sonrió ante su inocencia.

—Serías capaz.

Ella no comprendió a qué se refería. Claro que sería capaz, había pensado que era una meretriz. ¡Qué vergüenza! Juzgar así a una mujer sin más prueba que su propia imaginación y las ambiguas palabras de Holly. Elinor se sentiría muy decepcionada de ella.

—No me has contestado, ¿es una especie de adivina?

—Eso dice ella —se burló—. Y ese pueblerino incauto se lo cree. Cada vez que ha ocurrido algo importante en su vida ha ido a verla. June se lo consentía porque le parecía un juego de niños, pero cuando perdió dinero jugando a los caballos por algo que salió en esas cartas le prohibió que volviera.

—¿Y no podrías habérmelo contado? Así no habría creído que...

Al ver que no terminaba la frase, se cruzó de brazos frente a ella y la miró burlón.

—Mira que pensar esas cosas de la pobre mujer.

Caroline se puso roja como un tomate y apretó los labios enfadada.

—Eres idiota.

Él abrió los ojos sorprendido.

—¿Por qué me insultas?

—Por reírte de mí.

—Es lo mínimo que mereces, después de haberme puesto en evidencia delante de June.

Ah, no, no iba a sacar el tema del beso otra vez. Aceleró el paso alejándose de él.

—No huyas, cobarde —le espetó él alcanzándola.

—Ya me has avergonzado bastante.

James sonrió para sí y optó por dejarla en paz. Parecía bastante claro que no había confundido lo sucedido con ningún ideal romántico. Había sido algo meramente físico y espontáneo que no tenía nada que ver con sentimientos incómodos y del todo innecesarios. Respiró aliviado y se dispuso a disfrutar del paseo. Hacía una noche preciosa y era agradable caminar bajo la luz de la luna.

—¿Podrías aminorar un poco la velocidad? — pidió con amabilidad —. Ni que llegaras tarde a una cita.

Caroline lo miró levantando una ceja.

—Tengo una cita —dijo muy seria —. Con los *Pensamientos inesperados de una siniestra comadreja*.

James se rio sorprendido.

—¿Estás leyendo a Bromeville? — preguntó perplejo.

—¿No te gusta?

—¿Gustarme? Me mata de aburrimiento.

—Pues a mí me resulta interesante — mintió ella.

—Sus libros son muy buenos para enderezar una mesa.

—No todos pueden percibir la sutileza — siguió fingiendo ella —. Hace falta mucha sensibilidad.

—¿Sensibilidad para leer la sarta de sandeces que pone en boca de una comadreja?

—Así que lo has leído —dijo ella sonriendo.

—Sí, lo he leído. Tengo avidez lectora, ya te lo dije. Los tiempos de espera de un soldado son interminables. Echas mano de cualquier cosa para entretenerte, aunque sea algo salido de la pluma de un borracho sin criterio como Bromeville.

Caroline no dijo nada y él la miró con el ceño fruncido.

—No puedo creer que te guste.

—¿Por qué? —preguntó ella sin mirarlo.

—Es demasiado... simple. Torpe, incluso. Tú eres demasiado inteligente para eso.

Caroline sonrió satisfecha y lo miró con curiosidad.

—Eso ha sonado como un halago.

—Es la verdad.

—¿Y un halago no puede ser verdad?

—La mayoría de las veces no — afirmó él.

—Vaya, no sé qué clase de halagos has recibido en tu vida, pero lo siento por ti.

—¿Crees que los que tú has recibido han sido siempre ciertos? Eso se llama vanidad.

—No soy vanidosa en absoluto — negó ella levantando la barbilla —. Soy la mediana de cinco hermanas. Podríamos decir que soy casi invisible.

—Eso no es cierto —dijo sincero —. Siempre has destacado entre ellas.

Caroline soltó una carcajada.

—Eso sí es un halago falso.

Él imitó su risa y después se puso serio.

—Supongo que alguien con tu profesión tiene que saber mentir — siguió ella —. No siempre podrás decirles la verdad a tus hombres.

Levantó una ceja sorprendido por su lucidez.

—Es cierto que a veces debo fingir seguridad y entereza cuando no la siento, pero procuro no mentirles nunca.

—¿Nunca? ¿Ni siquiera si los envías a una muerte segura?

—Procuro no hacer semejante cosa.

—Debe ser muy duro saber que tienes las vidas de esos hombres bajo tu responsabilidad.

Él afirmó con la cabeza. Los dos habían dejado a un lado la hilaridad.

—Lo es, porque no son solo sus vidas. Todos son el orgullo de alguien, ya sean padres, hermanos, esposas o hijos.

—Tus padres están muy orgullosos de ti — afirmó convencida.

—Sé que para mi padre fue una enorme decepción que prefiriera el ejército antes que seguir sus pasos. La mina era un entretenimiento para mí, pero yo quería vivir aventuras, hacer algo... glorioso — dijo con la mirada perdida —. Cuando me pongo el uniforme y tengo una misión sé cuál es mi sitio. Mi vida tiene un sentido trascendente, las cosas ocurren por algo ajeno a mí. Que es más grande que yo...

Se miraron con complicidad y James sintió una calidez desconocida. Nunca había hablado así con nadie. Ni siquiera con June.

—Estoy diciendo sandeces —se disculpó.

Caroline no dijo nada y fijó la vista en el camino para que él no viese que la había conmovido. Desde niña había sentido muchas veces que no había un lugar para ella en el mundo. Se sentía desubicada, como si actuara en una obra de teatro y la hubiesen colocado detrás de un biombo donde nadie podía verla ni escucharla, pero donde tendría que interpretar su papel igual. Era absurdo y lo sabía, por eso jamás se lo había contado a nadie, pero ahora al escucharlo hablar fue como si él la entendiera sin saberlo.

—No es ninguna sandez —musitó.

Y James la miró y se preguntó que significaba ese sentimiento extraño y profundo que empezaba a extenderse por su pecho. De repente Caroline cobró una nueva luz y cuando lo miró tuvo la sensación de que podía ver su alma.

—¿Te sientes bien? —preguntó ella al ver que empalidecía por completo.

Él desvió la mirada con el corazón latiendo desbocado en su pecho. Eso no podía estar pasando. De ningún modo podía estar pasando.

Capítulo 20



Cada verano se organizaba un pícnic al que todo Berksham acudía, sin importar su condición, un día antes de que se conociese el veredicto del concurso de las rosas. Caroline iría con James en el landó y más tarde acudirían los Crawford con la prima Rachel en el carruaje. Ella habría preferido ir a caballo, pero a James no le pareció buena idea.

Se contempló en el espejo. Era la tercera vez que utilizaba ese vestido blanco y se imaginó a su madre regañándola por poco previsor. ¿Cómo iba a saber que en Berksham tenían tanta actividad social? Desechó esos pensamientos y salió de la habitación para bajar al saloncito en el que esperaba Frances para darle el visto bueno.

—Estás preciosa, Caroline — dijo la mujer como saludo —. Hay que reconocer que el blanco te favorece especialmente.

—Me he traído muy poca ropa — se excusó con timidez.

—¡Oh, querida! No te preocupes. Podemos encargarnos unos vestidos a *Madame Vernier*. Tiene unos maniqués de París que son una delicia. Además sus costureras son muy rápidas y pueden tenerlo hecho en una semana.

—No creo que sea necesario — respondió con timidez —. Pronto tendré que marcharme, no quiero abusar de su generosidad.

—¿Abusar? —Frances se levantó para ir a abrazarla —. No sabes la alegría que me da cada mañana cuando me despierto y sé que estás aquí. Adoro a mi hijo y amo a mi marido, pero te aseguro que me he sentido sola muchas veces, sin poder hablar de cosas de mujeres más que con la prima Rachel. Es un poco anticuada para mí y casi nunca estamos de acuerdo.

Caroline asintió sonriendo. Vivía rodeada de mujeres muy distintas, sabía muy bien a lo que se refería.

—Ni se te ocurra hablar de marcharte, me darás un gran disgusto cuando llegue ese momento — confesó la mujer.

Caroline la cogió del brazo y caminó con ella hasta la puerta.

—Entonces me quedaré todo el verano — sonrió —. Y en cuanto a los vestidos de la prima Rachel, creo que es usted muy dura con ella.

—¿Dura? Se empeña en llevar esos volantes que tan poco le favorecen y ensanchan su figura.

—Entonces quizá deberíamos llevarla a ella a ver a *Madame Vernier*, ¿no cree?

—Tienes toda la razón —afirmó riendo.

Caroline le dio un beso antes de salir y Frances se llevó la mano a la mejilla en un acto espontáneo. Realmente iba a disgustarse mucho cuando esa niña se marchara de Berksham.

* * *

—Mi madre estaba muy contenta — dijo James cuando se alejaban en el carruaje.

—Le he dicho que me quedaré todo el verano.

—Ya veo. Ayer me preguntó si sabía cuándo querías marcharte. Ha estado fingiendo esa ligera cojera para que te compadecieras de ella.

—Ya me lo parecía —sonrió divertida —. Podría habérmelo dicho claramente. Estoy muy bien aquí.

Respiró hondo mirando al exterior. El sol no se había dejado ver en toda la mañana.

—Espero que no nos mojemos — deseó sin mucho convencimiento.

—No sería un picnic en Berksham si no acabáramos mojados — afirmó él.

—¿Siempre llueve?

James asintió.

—Es parte de la tradición.

Caroline miró su vestido y suspiró. Al final iba a necesitar de verdad ver a *Madame Vernier*.

* * *

—Yo soy Bruce y él es Brandon — dijo uno de los jóvenes que acababa de presentarle James como «los gemelos Price».

—No somos tan idénticos como parece la primera vez que nos ven — aclaró Brandon —. Si tiene dudas fíjese en esta cicatriz de mi ceja, me la hice al chocar contra el tronco de un árbol caído cuando tenía doce años.

—Es muy torpe —dijo Bruce—. En eso no nos parecemos.

—Es cierto —confirmó Brandon—. Él es el atleta y yo el inteligente.

—Yo soy inteligente —dijo Bruce empujándolo ligeramente.

—También es el susceptible — añadió Brandon sin dejar de mirar a Caroline que sonreía abiertamente.

—Conozco a dos jovencitas que estarían encantadas de conoceros — dijo pensando en las hermanas de Alexander —. Ellas también son gemelas.

—¿Gemelas idénticas? —preguntó Bruce interesado.

Caroline asintió.

—Harmouth está muy lejos —dijo Brandon mirando a su hermano.

—No viven en Harmouth, sino en Whitefield.

—Claro, son las hijas del duque Greenwood — afirmó Brandon pensativo —. Leí un artículo en el que hablaban de su casa, al parecer el príncipe regente quería que copiaran algunas

cosas en Carlton House.

—Sí, a su padre, el rey, también le gusta mucho esa casa — afirmó orgullosa.

—Me encantaría verla —dijo Brandon.

—Es que quiere ser arquitecto — afirmó su hermano.

—Pues entonces es primordial que la vea — dijo Caroline convencida —. Cuando regrese convenceré al duque para que os invite.

Los dos hermanos sonrieron satisfechos.

—James Crawford le hace señas — dijo Bruce.

Caroline siguió su mirada y vio que June, Robert y los niños acababan de llegar. Se despidió de los gemelos y fue con ellos.

—Señorita Caroline. —Blanche corrió a recibirla —. Vamos igual vestidas.

Caroline miró el vestido blanco de la pequeña y asintió.

—Tu vestido es muchísimo más bonito, pareces una princesa.

La niña la cogió de la mano y la llevó hasta los demás.

—¿A que somos iguales? —dijo una vez frente a su madre.

—Igualitas —afirmó June sonriendo a su hija al tiempo que extendía un mantel para colocar las cosas que habían traído.

Caroline tuvo la impresión de que estaba de mal humor y Robert tampoco parecía muy contento. Se preguntó si la viuda gitana tendría algo que ver.

—¿Hacemos una carrera? —Propuso el padre a los niños —. James y yo contamos hasta diez para daros ventaja. ¿Verdad, tío James?

—Ya estoy contando —dijo el otro muy serio —. Uno... Dos...

Los niños echaron a correr con toda su energía y Caroline los animó gritando mientras se colocaba delante de los dos hombres para tratar de obstaculizar su salida. Robert consiguió esquivarla, pero James tuvo que regatear un poco antes de lograrlo lo que la hizo reír a carcajadas. Cuando se dio la vuelta June la miraba con atención.

—¿Qué?

—Nada —dijo June escondiendo una sonrisa.

Caroline se dijo que era mejor no preguntar y la ayudó a sacar las cosas de las cestas que habían llevado.

—¿Pasa algo entre Robert y tú? — preguntó sin poder contener la curiosidad.

—No te hagas la tonta.

June se arrodilló sobre el mantel y Caroline se sentó de lado frente a ella con la mirada baja.

—Seguro que James te lo ha contado.

Caroline la miró evidenciando su desconocimiento.

—¿No te ha hablado de Keira? Esa bruja...

—Ah, eso.

—Lo sabía. Tuvimos una discusión terrible esa noche y sigo enfadadísima.

—Puedes... desahogarte conmigo — dijo Caroline con timidez.

—Míralo —señaló a Robert que hacía monerías con sus pequeños —. Es el más pequeño de los tres. Tengo tres hijos. Así me siento.

Caroline sonrió abiertamente. Su madre también hablaba así de su padre a veces.

—¿Por qué ha ido a verla?

—Quiere más hijos, ¿te lo puedes creer? Está convencido de que le pasa algo malo y por eso no me quedo embarazada. Solo él podría pensar así, la mayoría de los hombres echarían la culpa a su mujer.

—Pero tenéis dos hijos. Si hubiese un problema...

June se encogió de hombros.

—Lo cierto es que yo estoy la mar de contenta. No quiero quedarme embarazada otra vez, Caroline. Adoro a mis hijos, son lo que más quiero en este mundo, pero necesito un poco de paz.

—No tengo experiencia en estos temas, pero supongo que debe de ser muy absorbente ser madre, sobre todo una madre como tú.

—Robert es un buen padre, me llena de orgullo verlo con sus hijos, pero él está todo el tiempo en la mina, ocupándose de los negocios del señor Crawford. No es consciente de que yo soy madre las veinticuatro horas del día. Ya ni tengo ganas de cumplir con mis obligaciones maritales.

Caroline apartó la mirada para ocultar lo incómoda que la ponía hablar de eso.

—Perdona, se me olvida que tú no... — Se dio un golpe en la pierna y la miró de frente —. ¿Lo ves? Deberías casarte con James, así tendría con quién hablar de estas cosas.

—Eso es una soberana estupidez.

—¿Qué tiene de estúpido? ¿Crees que encontrarás en Londres o en Harmouth a un hombre mejor que él? Ya te lo digo yo: jamás. No lo hay.

—Si te oyese Robert no se sentirá muy halagado.

—Amo a mi marido con todo mi ser, pero ni siquiera él puede superar a James.

—Tú lo conoces mejor que nadie. No es que yo tenga interés, pero si lo tuviera, que no lo tengo — insistió —, sería inútil.

—Mientras esté en el ejército.

Caroline sonrió burlona.

—Nunca dejará el ejército.

—Si está lo bastante motivado para ello, quizá sí lo haga.

—¿Motivado?

—Si se enamora.

—¿Y cómo va a enamorarse? Ni que eso fuese una cuestión de planificación. Nos conocemos desde hace años y te aseguro que ni yo lo he mirado nunca así ni él ha pensado en mí de ese modo.

—Y aun así, te besó —sentenció June.

¿Por qué tuve que decírselo?

—Ve con ellos —dijo June de pronto —. El innumerable viene hacia nosotras. Si se acerca a mí, Robert lo retará a un duelo y no estoy muy convencida de su puntería. Ahora. Ve.

Caroline iba a reírse de semejante ocurrencia, pero vio que era cierto que Savage se acercaba y se apresuró a obedecer.

—Señorita Wharton —saludó interceptándola.

—Señor Savage.

—Tenía ganas de volver a verla.

—Precisamente quería decirle que no podré asistir al baile... con usted.

—Veo que ya le han hablado de mí — sonrió burlón —. Qué pena, una amistad truncada.

—Así es, lamento mucho haberme confundido.

—Supongo que no le habrán dicho que lo que ocurrió fue un accidente.

—Si propinar un puñetazo a una joven indefensa y dejarla sorda lo considera usted un accidente...

—No pretendía golpearla, se interpuso entre James y yo de manera irremediable.

—¿Le parece un comportamiento razonable ir golpeando a la gente?

—Éramos demasiado jóvenes y arrastrábamos una animadversión de años. ¿Sabe que James intentó matarme a golpes después de eso?

—En cualquier caso, él lo hizo por defender a su amiga.

—Una amiga que yacía inconsciente en el suelo mientras él se preocupaba de darme mi merecido. ¿No debería haberse ocupado de ella? Si piensa ser tan dura conmigo, al menos debería ser justa. Además, no sabe los motivos que me llevaron a actuar de un modo tan estúpido.

Caroline no iba a dejarse manipular.

—Incluso si James no actuó bien eso no limitaría su responsabilidad en los hechos. Y no olvide que él sí recibió un castigo propiciado por su padre, no como usted.

—Yo acabé con dos huesos rotos y sin poder levantarme de la cama en varias semanas.

Caroline habría querido decirle que eso no era suficiente, pero se contuvo.

—No me odie sin conocerme, señorita Wharton — pidió —. Al menos deme la oportunidad de demostrarle la clase de persona que soy ahora. No creo que ningún hombre pueda pasar la prueba de ver analizada su infancia y salir victorioso.

Caroline desvió su mirada hacia el lugar en el que James levantaba a Blanche para colocarla sobre sus hombros, mientras la niña reía a carcajadas por haber retado a su padre y a su hermano a una carrera. Matthew comprendió el mensaje que le dieron sus ojos al volver a posarlos sobre él.

—No idealice a James Crawford, también tiene sus demonios. Como todos.

—Permítame que lo dude. Lo conozco desde hace muchos años y sé la clase de persona que es. Nada que usted diga podrá cambiar eso.

La expresión en el rostro de Savage se transformó en una máscara taimada y perversa que provocó un escalofrío en la espalda de Caroline.

—Sepa que soy un cazador nato y que rara vez abandono una presa. — Inclino la cabeza ligeramente con una sonrisa burlona y se alejó.

—¿Qué te ha dicho Savage? — James la recibió con expresión preocupada.

—Creo que se ha disculpado — respondió escueta. Miró hacia Robert que llevaba a sus dos hijos a la espalda y relinchaba como un caballo y luego de nuevo a él —. ¿Damos un paseo?

James avisó a Robert y se alejaron de allí.

—June está muy enfadada con Robert — dijo ella.

—Se le pasará.

Entraron en el sendero y avanzaron entre los árboles con paso tranquilo. Caroline jugaba con uno de los lazos de su vestido y James percibía el nerviosismo que emanaba de su cuerpo.

—¿Qué te ha dicho Matthew de verdad? — repitió la pregunta.

Caroline lo miró un momento y sus ojos mostraron más de lo que hubiese querido desvelar.

—¿Es cierto que querías matarlo?

—¿Querer? ¡Oh!, sí, ya lo creo que quería — afirmó rotundo —. Quería y mucho, pero no tenía intención de hacerlo. Tan solo intentaba asegurarme que no se iba sin su merecido.

—¿Y June? —Se detuvo para enfrentarlo —. ¿Dejaste a June tirada en el suelo mientras desahogabas tu rabia?

Él la miró desconcertado y después de un instante comprendió.

—¿Eso te ha dicho? Que maniobra más estúpida. — Torció una sonrisa de desprecio —. Robert apareció y le ordené que se llevase a June de allí, sabía que si no le daba algo que hacer él sí lo mataría.

—Sabía que mentía.

—Me alegra ver que me conoces. — Retomaron el paseo —. Matthew es un encantador de serpientes. Mantente alejada de él, Caroline.

—Vayamos juntos al baile —dijo sorprendiéndolo.

—Yo no voy a...

—Lo sé, lo sé. Pero... Me ha dicho algo que... Vayamos juntos para molestarlo.

James apretó la mandíbula con mirada helada.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha llamado presa.

—¿Qué?

—Dice que es un buen cazador y que jamás abandona una presa.

—Le voy a romper la crisma — masculló furioso.

—Vayamos juntos —insistió ella agarrándolo del brazo —. Por favor, James, así le responderemos como se merece.

Lo pensó un momento. Se imaginó deslizándose en la pista con ella en los brazos.

—Está bien —afirmó decidido.

Caroline sonrió satisfecha sin saber que acababa de abrir la caja de los truenos. Siguieron caminando y ella empezó a hablar de sus hermanas y de lo mucho que las echaba de menos. Esperaba recibir carta pronto en respuesta a la suya. Mencionó lo bien que se llevaría Harriet con June y James asintió distraído mientras en su mente veía a Savage corriendo delante de él como un zorro asustado.

Capítulo 21



... y son muy divertidos. Ayer me llevé a Blanche y a Paul a pasear conmigo hasta el estanque y a punto estuvieron de convencerme de que me bañara con ellos...

—¡Dios bendito! —exclamó la baronesa asustada—. Y será capaz de hacer algo tan poco apropiado...

Elizabeth miró a su cuñada con una enorme sonrisa y siguió:

Decidle a mamá que no se sulfure, no he perdido la poca cordura que me queda...

—¡Menos mal! —dijo aliviada—. Con esta niña ya no sabe una qué pensar.

Sin más, me despido de todas vosotras esperando que estéis bien y deseando volver pronto a casa.

*Con mucho cariño,
Caroline.*

—Todas estas tarjetas son para ti, Harriet — dijo su madre mostrándoselas después de dejar la carta de Caroline sobre la mesita.

Su hija se levantó del sofá para revisarlas una a una.

—No. No. No. No. No y no.

—¡Harriet!

—Lo siento mamá, pero todas son un *no* rotundo.

—Elizabeth, ayúdame, por favor. Esta niña va a acabar con mi paciencia.

—Harriet, ¿de verdad no hay ninguno mínimamente aceptable?

Su sobrina volvió a coger las tarjetas.

—Waterman es demasiado viejo para mí. El vizconde de Mildford huele mal. Pinkerton es tan soporífero que aburre a las piedras. Havisham es el único con una conversación mínimamente interesante, pero...

—Ese de ninguna manera —la interrumpió su madre—. Se sabe que frecuenta lugares de mala reputación.

Harriet la señaló para dar a entender que esa era su justificación para el rechazo.

—¿Y qué tiene de malo Blayney? —preguntó la baronesa—. Es un joven de buena familia, educado, bien parecido y con buena conversación.

—Le gusta demasiado escucharse —respondió Harriet—. Durante toda la pieza que bailamos en Carlton House me hizo un detallado resumen de todo lo que cambiaría del libro que acababa de leer. ¿Quién hace eso para conquistar el corazón de una mujer? ¿Y si yo quería leerlo?

Elinor soltó una carcajada, pero enseguida enmudeció al ver la expresión severa de su madre.

—Falta uno —dijo la pequeña con curiosidad—. Has dicho no seis veces.

—Es Colin, ese no cuenta.

Elinor abrió los ojos como platos y se levantó rápidamente para quitarle la tarjeta de las manos.

—¿Colin te ha dejado una tarjeta? ¿Por qué ha hecho eso?

—Deberías preguntárselo a él —respondió su hermana.

—Eso pienso hacer en cuanto lo vea.

Harriet detectó cierto pesar en su voz. Dejó las tarjetas sobre la mesilla y la cogió del brazo.

—Vamos a dar un paseo, necesito que me ayudes a aclarar mis ideas.

Elinor la miró sorprendida de que la quisiera a ella para eso, pero dejó que la sacara del salón sin protestar.

—Yo también me retiro —dijo Elizabeth—. Voy a echarme un poco, a ver si se me quita este dolor de cabeza.

La baronesa se quedó sola en el salón dándole vueltas a la situación que había en la casa. Elizabeth era un alma en pena desde que William se marchó. Harriet la llevaba por la calle de la amargura y Elinor... A Elinor le pasaba algo. Nunca estaba tan callada como las últimas semanas. Apenas encontraba motivos para discutir y eso era lo que más la preocupaba. Se levantó y salió del salón con paso ligero y ánimo resuelto.

El barón levantó la mirada de sus papeles al oírla entrar en el despacho.

—Meredith...

—Tengo que hablar contigo, Frederick, estoy muy preocupada —dijo sentándose en una de sus butacas.

El barón suspiró levemente y dejó la pluma en su sitio antes de acompañarla.

—¿Qué ha hecho Harriet ahora?

—No es Harriet. Estoy preocupada por Elizabeth. Verla siempre de gris me pone mala.

—Ha habido muchos cambios en su vida. Necesitará tiempo para retomar sus rutinas. Estar en Londres tampoco la ayuda con eso.

Su esposa asintió con tristeza.

—Debemos hacer algo más por ella —dijo convencida—. No podemos dejar que se convierta en una solterona. Es una mujer maravillosa y merece tener su propia familia.

—Poco más podemos hacer. He tratado de darle todo aquello que aportase seguridad a cualquier hombre que la pretendiese. Pero no ha servido de nada. ¡Su dote será mayor que la de cualquiera de nuestras hijas!

Su esposa comprendió que lo estaba apesadumbrando injustamente. Él cargaba con ese peso desde hacía años, a pesar de no ser responsable de nada.

—Y luego está Elinor...

—¿Qué le pasa a Elinor?

—No lo sé, no quiere decírmelo, pero soy su madre, a mí no puede engañarme. Le pasa algo y Colin tiene que ver en el asunto.

—Colin siempre tiene que ver en los asuntos de Elinor. Nuestra hija quiere casarse con él.

—¿Será por eso? ¿La habrá rechazado?

—Sería un estúpido si lo hiciese, no creo que haya muchas jóvenes interesadas en él, dadas sus *peculiaridades*.

Su mujer frunció el ceño sin comprender.

—Harriet ha recibido hoy una tarjeta suya. ¿Crees que puede estar interesado en...?

Su esposo negó con la cabeza.

—Eso ha sido un mensaje para Elinor, no me cabe duda.

¿De dónde sacaba su marido tan enorme seguridad?

—¿Quieres que hable con ella? — preguntó solícito.

La baronesa negó con la cabeza, pensativa.

—Creo que Harriet también se ha dado cuenta de que algo le pasa. Ahora mismo están juntas, espero que ella consiga hacerla hablar.

* * *

—¿Qué le pasa a Colin? —preguntó Harriet después de cerrar la puerta de su habitación.

—Yo qué sé —respondió Elinor molesta—. ¿Te crees que me cuenta algo? Me he quedado de piedra cuando he visto su tarjeta.

—Era un mensaje para ti, estoy segura.

—¿Para mí?

—Está claro. Te pasas la vida diciendo que te casarás con él, creo que esta es su respuesta.

—¿Cortejarte a ti es su respuesta? — preguntó con mirada cínica.

Harriet le sostuvo la mirada con intensidad y Elinor se vio derrotada. Fue hasta la cama y se dejó caer hacia atrás sobre ella.

—¿Qué pasó en la carrera de esquifes? ¿Qué fue eso que le llamaron?

Su hermana giró la cabeza para mirarla.

—*Macceroni*.

—¿Qué significa *Macceroni*?

—Es como llaman a los caballeros que son... afeminados. Esos a los que les gusta acicalarse y que se exceden con los brocados o los colores.

—¿Qué tiene eso de malo? —Harriet frunció el ceño.

Se quedó unos segundos pensativa. Era cierto que Colin no se parecía a los otros jóvenes de su edad, pero eso solo lo hacía especial y agradable. No veía nada malo en él. Elinor se sentó y dio unas palmadas en el colchón para que se sentara. Se miró las manos unos segundos antes de atreverse a tener aquella conversación.

—¿Sabes por qué siempre digo que me casaré con Colin?

—Pues no, porque no creo que lo ames. A ver, lo quieres, eso lo sé, pero como a un hermano.

—Exacto.

Harriet frunció el ceño.

—¿Exacto? ¿Entonces por qué quieres casarte con él?

—Para que no le hagan daño como se lo hicieron ese día que lo llamaron *macceroni*.

—¿Y cómo vas a evitar eso porque te cases?

—A la gente no le gusta que haya personas diferentes. Quieren que todos seamos iguales, que vistamos igual, que comamos lo mismo... Rechazan a todo aquel que se sale de la norma. Y Colin no puede seguir la norma.

—¿A qué norma te refieres?

—A la de casarse con una mujer.

—¿No quiere casarse? Emma tampoco quería y...

—Harriet, presta atención. — Se impacientó su hermana —. Colin no se siente atraído por las mujeres, ¿lo entiendes?

Harriet no quería entenderlo, pero sus ojos parecían no poder abrirse más.

—Si yo me caso con él, lo dejarán en paz.

—Pero... Eso no... Seguirá... ¡Elinor, no! ¿Y qué pasa contigo?

—No te pongas a llorar, Harriet.

—Es que... —Respiró hondo varias veces tratando de no perder el control —. ¡Eres demasiado buena!

—No seas tonta, nunca he querido casarme y lo sabes. Si me caso con él me ahorraré pasar por todo eso de la presentación, el cortejo y todo lo de después.

—Elinor... —Harriet la miró con fijeza —. ¿Tú eres... como Colin? Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir. No, no soy como él. Que no quiera casarme no es una cuestión de gustos, es porque no quiero ser dominada por ningún hombre. Si existiese uno capaz de tratarme como a un ser inteligente, me enamoraría de él de inmediato.

—¿Y qué pasará si llega ese caso y estás casada con Colin?

La pequeña de las Wharton lo pensó un momento y se encogió de hombros.

—Supongo que tendré que vivir con ello.

—Eso es muy injusto para ti, no me extraña que Colin no quiera permitirlo.

—Querrá, yo lo convenceré.

—¿Su hermano lo sabe?

—Henry no sabe nada de Colin, no lo entiende ni le importa. Está demasiado preocupado por el dinero, es lo único que le importa.

—Elinor, eso es muy cruel.

—Colin es un artista extraordinario y podría llegar muy lejos si Henry se lo permitiese. ¿Y qué hace él? Lo obliga a hacer de recadero, a ir de casa en casa exponiéndolo a las críticas y las ofensas de los que son como él. Esos hombres se burlan de su hermano. ¡Lo detesto!

—Henry ha tenido que ocuparse de su familia desde muy joven, supongo que es normal que le preocupe el dinero. Y no creo que sepa que se burlan de él, ¿se lo has dicho? Además, Colin lo quiere mucho, si fuese como tú dices no lo querría.

—Colin es demasiado bueno.

Harriet no lo dijo en voz alta, pero se preguntó si no sería mejor que Colin fuese un menos bueno y más valiente.

Capítulo 22



—Te preocupas por nada, como siempre. — James miraba a su padre sonriente.

—Me estoy haciendo viejo, aunque tú no quieras verlo.

—Siempre se te han olvidado esas cosas, no pretendas hacer ver que es culpa de la edad para presionarme. La mina es cosa tuya y de Robert. Si pusieras más atención en lo que haces no te olvidarías.

—¡Yo pongo atención!

—Oh, sí, seguro —se burló—. Como cuando me dejaste en casa de los Price olvidado.

—Eso no fue así.

James se rio sin dar crédito.

—¿Que no fue así? Yo estaba allí, ¿recuerdas?

—Quisiste quedarte a jugar con su hijo mayor y yo te dejé.

—¿Que me dejaste? —Soltó una carcajada.

—Thomas, no sigas por ahí — aconsejó su mujer.

—¿Te vas a poner de su parte?

—Te olvidaste de él. *Lady Price* mandó a uno de sus criados a avisarme de que mi hijo estaba en su casa, por si necesitaba saberlo.

Thomas contenía la risa fingiendo no acordarse.

—Se olvidó de mí —dijo James mirando a Caroline que se estaba divirtiendo —. Y no fue la única vez.

—Bueno, pero lo que me pasa ahora...

—Lo que te pasa ahora es lo mismo — lo cortó su hijo —. Y cuando de verdad estés viejo tendrás a Robert para coger las riendas.

—Este muchacho no da su brazo a torcer.

James se encogió de hombros sin borrar su sonrisa.

—Anda, vayámonos a la cama, abuelo — dijo Frances cogiéndose del brazo de su marido para salir del comedor —. Estoy muy cansada y mañana será un día agitado en Berksham. ¿Vendréis a la iglesia para ver cómo le dan su insignia a *lady* Cotham?

Caroline negó con la cabeza y James sonrió.

—Iremos, descuida, mamá.

—Así me gusta —aprobo su madre satisfecha.

Caroline no daba crédito, pero no dijo nada para no disgustarla.

—¿Y al baile? —preguntó su padre.

James asintió.

—¡Vaya! Menuda sorpresa. ¿Tú sabías algo? — le preguntó a su esposa cuando salían de la biblioteca.

—Nada de nada.

Cuando se quedaron solos Caroline lo miró interrogadora esperando una aclaración.

—No pienso ir a la iglesia a ver cómo gana *lady* Cotham, no deberías haberlo dicho.

—Quizá cambies de opinión — dijo él ambiguo.

Ella levantó una ceja y sonrió con ironía. Eso no iba a pasar. Se levantó de la butaca y se acercó a las librerías dispuesta a escoger su nueva lectura.

—¿Ya has terminado con la comadreja de Bromeville?

Caroline asintió mientras pasaba suavemente los dedos por encima de los tomos que iba descartando.

—¿Oporto o Jerez? —preguntó él acercándose al mueble de las bebidas.

—Jerez.

James le llevó su copa y se fijó en el libro escogido.

—*Castle Rackrent*, buena elección.

Caroline sonrió y se lo llevó hasta el sofá. Se sentó y dobló las piernas bajo su vestido antes de abrir el libro.

—Hacía tiempo que quería leer algo de Maria Edgeworth — confesó hojeándolo —. Tengo curiosidad.

—Esa es una novela interesante — reconoció él dejando su copa sobre la mesilla, después de sentarse en la butaca —. Me gusta su fino humor y la sutileza con la que describe personajes oscuros.

Caroline sonrió, mirándolo con ojos adormilados.

—Deberías irte a dormir —dijo él —, pareces cansada.

Ella se reclinó en el respaldo y lo miró por encima de su copa dejando que el libro resbalase sobre el asiento a su lado.

—Háblame de tu compañía.

James sonrió divertido.

—¿Quieres que te hable de mis soldados?

Ella asintió y se llevó la bebida a los labios atrayendo su mirada hacia ellos de manera involuntaria.

—Pues... Está compuesta por ciento cincuenta hombres. Aunque algunos son tan jóvenes que no sé si se les puede considerar así — sonrió.

—Háblame de su capitán. Quiero saber si es tan duro como dicen.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que dicen?

—Bueno, tengo entendido que tiene un código de conducta muy estricto y exige que sus hombres sean disciplinados y que cumplan con su honorable código sea cual sea la situación. Trata a los prisioneros con respeto y cuentan que es justo pero inflexible.

James recostó la cabeza inclinándola hacia el lado para mirarla con atención y sus ojos tenían una expresión que provocó un sofoco en Caroline. Se mordió el labio inquieta y la temperatura de la habitación subió unos cuantos grados. James carraspeó y se aflojó el pañuelo del cuello.

Deja de mirarlo así, solo es James, ¿recuerdas?

—¿Tienes algún amigo, alguien en quien confíes ciegamente? — Se centró en la conversación.

Una sombra de tristeza oscureció los ojos del capitán y la magia se esfumó de un manotazo.

—Lo tenía. Se llamaba Harrison Tuckey, murió de disentería hace unos meses. Era mi segundo al mando y mi amigo.

—¡Oh! Lo siento.

—Fue un duro golpe, llevábamos muchos años juntos — afirmó sincero y de pronto sonrió —. Era un granuja de mucho cuidado y muy supersticioso, pero tenía un corazón enorme. Estaba obsesionado con Santa Eanswythe.

—¿Quién?

—Si Harrison te oyera, se levantaría de su tumba. Eanswythe era la hija de Eadbald, rey en el siglo VIII.

—Conozco nuestra historia — sonrió ella.

—Eanswythe no aceptó casarse con ninguno de los candidatos propuestos por su padre y fundó el primer monasterio femenino de Inglaterra.

Caroline se acurrucó como si tuviera frío y lo observó con suma atención.

—Harrison afirmaba —continuó James — que era el encargado de custodiar el paradero de los restos de la santa. Según él, los que la enterraron hicieron un juramento por el cual transmitirían su localización a un elegido en el momento de su muerte y solo él conocía el lugar exacto en el que estaba.

—Qué curioso, me has recordado a nuestra cocinera — dijo ella con una sonrisa malévola —. No le cuenta a nadie su receta de pastel de zanahoria porque dice que ha permanecido en su familia de generación en generación y solo se lo contará a su hija en su lecho de muerte. Hace años le dije que podría morir atragantada por el hueso de una cereza y que entonces su secreto se perdería para siempre. Así conseguí que aceptara contármelo y Emma lo escribió para que perdurara. Creo que la ubicación de los restos de la santa de tu amigo habría estado más segura de ese modo.

—No creo que a él lo hubieses convencido tan fácilmente.

—Soy muy persistente.

—Oh, sí, desde luego.

—Y entonces, ¿qué pasó con el secreto? ¿Te lo contó a ti en su lecho de muerte? — se burló.

James asintió levantando una ceja.

—¡Madre mía! —exclamó ella exagerando un poco —. ¡Conoces un secreto que ha permanecido oculto durante siglos! ¡Tienes que contármelo!

—¿No conoces el significado de la palabra «secreto»?

—Ya, ya, lo entiendo, pero aquí estamos tú y yo solos, ¿quién va a enterarse?

—Lo siento mucho, pero mis labios están sellados.

La burla desapareció por completo del rostro de Caroline. ¿En serio no iba a contárselo? Ahora se moría de curiosidad.

—¿Tuviste que hacer algún tipo de ritual de sangre? ¿Morirán tus descendientes si me lo cuentas?

—Se lo juré en su lecho de muerte. Aunque, para serte sincero, no estoy seguro de que mi juramento tenga validez, pues consta de dos partes y la segunda no voy a poder cumplirla.

Ella frunció el ceño interrogándolo con la mirada y él negó impertérrito.

—¿Me vas a dejar con la intriga para siempre?

—Eso me temo, sí. —Frunció los labios con expresión de fingido disgusto.

—Eres... ¿Por qué me lo has contado entonces?

—Por esto —señaló su cara—. Ver cómo te mueres de ganas de saberlo, no tiene precio.

—Me las pagarás.

Durante unos segundos lo miró como si sus ojos pudiesen lanzar agujas, pero él no pareció inmutarse y tuvo que darse por vencida. En realidad su secreto le traía sin cuidado.

—Al menos podrías contarme algo emocionante y no secreto. Si te has enfrentado a Napoleón, por ejemplo. A Harriet le encantaría saberlo.

James sonrió al pensar también en ella.

—Directamente a él, no, pero lo he tenido bastante cerca. Y Harriet ya lo sabe, por cierto, hablamos bastante de estas cosas.

—Hablando de Harriet, hace tiempo que quería preguntarte algo. ¿Conoces al capitán Chantler?

James asintió.

—¿Y qué opinas de él?

—Produce ese efecto en las mujeres.

—¿Qué efecto?

—El que ha provocado en tu hermana. Una rendición total.

Caroline ensanchó su sonrisa.

—Harriet es capaz de enamorarse de un rayo de luna o de sus propias fantasías. Pero ese enamoramiento suele desaparecer tan rápido como llega.

—Sé de lo que hablas.

—Me odió cuando quise emparejarte con Edwina — confesó divertida.

Él abrió los ojos fingiendo cara de susto.

—No sabía que me deseases tanto mal.

—Entonces no sabía cómo era ella de verdad. Y tampoco sabía cómo eras tú.

Bebió de su copa y una gota resbaló por su labio, la cazó con la lengua para que no cayera sobre su vestido y James tuvo una instintiva reacción en cierta parte de su anatomía. Tragó saliva, desvió la mirada y se removió incómodo en el asiento.

—Es curioso —dijo Caroline ajena por completo a sus pensamientos—. No me había dado cuenta de que ya no siento rabia al pensar en ella. Todavía duele, pero ya no tengo esa opresión en el pecho que me provocaba impotencia. ¿Alguna vez has sentido algo así?

Él asintió y después bebió con fruición para calmarse.

—James...

—¿Sí? —La miró con ojos penetrantes.

—¿Qué se siente cuando matas a alguien? — Su mirada la cohibía —. No pienses que es una pregunta macabra, no es una curiosidad malsana. Lo que quiero es entender cómo podemos ser capaces de quitarle la vida a otro ser humano en circunstancias inevitables.

Lo pensó unos segundos antes de responder y su voz le sonó a Caroline más íntima, como si las palabras viniesen de un lugar muy profundo.

—Mi vida está construida sobre compartimentos estancos. Cuando estoy en el campo de batalla no pienso en esto y cuando estoy aquí procuro no pensar en aquello. ¿Quieres más vino? — dijo levantándose.

Caroline negó con la cabeza y se giró, apoyándose de lado en el respaldo para poder seguirlo con la mirada.

—Pero entonces debes sentirte muy solo en todas partes.

James no respondió, pero era evidente que no le gustaba hablar de ello.

—Hablar de las cosas que nos atormentan puede ayudarnos a superarlas más fácilmente. Estoy segura de que tú...

—Compartir las cosas que he vivido no me ayudaría en nada y tampoco te ayudaría a ti, te lo aseguro — la cortó tajante —. Y, si pensara en momentos como este cuando estoy esperando para entrar en combate, las emociones podrían minar mi fortaleza y aumentar la angustia y el terror previos a una batalla haciéndolos insostenibles. No necesito hablar de ello, Caroline.

En ese momento deseó poder abrazarlo.

—No me tengas lástima, Caroline — pidió él muy serio.

—Es que lo que dices es muy triste.

—Es la vida que yo he elegido y no quiero involucrar a aquellos que quiero en ella. Sería demasiado aterrador para los que me quieren y cuando me marchase soportarían mi ausencia imaginando toda clase de cosas terribles. Mis padres, June, Robert... — Negó con la cabeza —. No podrían continuar con sus vidas como si nada.

—Al menos puedes contármelo a mí — dijo Caroline dolida —. Ya que yo no estoy en esa lista.

James no disimuló su sorpresa y la miró con algo ardiendo en sus ojos.

—¿Quieres estar en esa lista?

Caroline sintió un vuelco en el estómago y negó rápidamente.

—Y tú tampoco quieres que esté — dijo ella.

Ahora fue él el que negó. Caroline recuperó el libro del sofá y acarició la tapa para deshacer el hechizo.

—Siempre creí que la lectora de las Wharton era Emma — dijo él volviendo a sentarse.

—Ya sabes que ser la hermana mediana tiene la ventaja de hacerte invisible. Nadie sabe muy bien lo que te gusta ni lo que haces... Eso da mucha libertad.

¿Invisible? No podría verte más, Caroline Wharton.

—Estos días en Berksham deben haber sido muy aburridos para ti — dijo en tono burlón —, has acabado varios libros. Imagino que echarás de menos a tus hermanas.

Ella asintió.

—Es imposible no echarlas de menos — sonrió —, pero me gusta mucho Berksham. No sé de dónde sacas que me he aburrido. Leer es una de mis pasiones, así que siempre encuentro tiempo para hacerlo.

—Pronto volverás a tu vida de siempre.

Caroline se sintió molesta porque insistiera en alejarla de allí.

—No, eso no es cierto. Ya nada es igual. Echo de menos cómo era nuestra vida antes de que Katherine y Emma se casaran. Y no solo añoro las risas, también las discusiones porque servían para desatar nudos que una tiene dentro bien apretados.

James frunció el ceño como si le costara entenderla.

—¿No has sentido alguna vez un nudo en el estómago? ¿O aquí? — Se puso la mano por debajo del ombligo.

El oficial carraspeó inquieto. Cuando notaba un nudo tan abajo normalmente no podía desatarlo con una discusión, pero eso no podía decírselo a ella, así que se limitó a no decir nada.

—No me habría comportado como una estúpida inmadura de haber estado Katherine y Emma en casa, estoy segura.

—Así que lo reconoces.

Ella asintió con humildad.

—Espero que me hayas perdonado por todas las cosas horribles que te dije.

Él torció una sonrisa sin dejar de mirarla.

—Pensaré en si te pongo una penitencia o lo dejo pasar.

Ella bajó los pies al suelo y colocó las manos en el borde del asiento balanceándose suavemente.

—¿De verdad tengo que ir mañana a esa iglesia? — preguntó frunciendo la nariz.

—Por supuesto.

—Pues has de saber que no pienso quedarme callada.

—Te aseguro que te quedarás sin palabras.

Caroline entornó la mirada para escudriñarlo.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada.

—Tramas algo.

—¿Yo? No sé de qué me hablas. — James desvió la mirada hacia una cómoda situada en la esquina.

Caroline se levantó rápidamente para ir hasta el mueble, pero él la alcanzó antes de que lograra tocar las asas de los cajones. Tiró de ella caminando hacia atrás.

—¿Qué guardas ahí? —preguntó divertida.

—Nada que te interese.

—James...

El otro sonreía también, pero no la soltó.

—No vas a poder retenerme todo el tiempo — advirtió ella —, en cuanto me sueltes...

—No te soltaré.

Lo dijo de un modo que le provocó un estremecimiento. La sonrisa de James desapareció y sus ojos la miraron como si a su alrededor solo hubiese oscuridad. Caroline se mordió el labio

instintivamente y ese gesto aceleró los latidos del corazón del oficial hasta hacerlo retumbar contra su pecho. Estaba pasando otra vez.

Caroline lo escudriñó de nuevo y sus ojos se quedaron atrapados en aquellos labios entreabiertos que se habían quedado secos. Como un acto reflejo humedeció los suyos y él juró en arameo conminándose a borrar las imágenes con las que su mente se empeñaba en torturarlo. Si se acercaba no iba a poder...

—Hay un cincel y una maza. — Soltó de golpe volviendo a la realidad.

Caroline lo miraba confusa y él señaló la cómoda.

—He escondido un cincel y una maza — siguió —. Voy a ir esta noche a la iglesia y grabaré el nombre de Ruby Wickam en la pared.

—¡Oh! —exclamó ella con gran alegría —. ¡Sí! Voy contigo.

—Estás loca —negó él—. Si me pillan será bochornoso, no puedes...

—Quiero ir —insistió—. No trates de impedírmelo.

James comprendió enseguida que no habría modo de hacerla cambiar de opinión. Pero cualquier cosa era mejor que lo que había estado a punto de pasar.

—Sé que estoy loco por aceptar, pero vamos, iremos en mi caballo.

Capítulo 23



La misión de Caroline debía ser la de vigilar mientras él, maza y cincel en mano, se dedicaba a esculpir el nombre de la esposa del señor Wickam en aquella pared, a continuación de los nombres de *lady* Cotham y *lady* Savage.

—¿Lo habías hecho antes? —preguntó Caroline en voz baja.

—¿Qué? —Detuvo el trabajo para escucharla.

—¿Que si lo habías hecho antes?

—¿Para eso me haces parar? — preguntó volviendo al trabajo.

—Yo no te he dicho que pares.

—¿Qué? —Volvió a detenerse.

—¡Oh, déjalo! —Se apartó de él para no interrumpirlo más y caminó alrededor de la iglesia asegurándose de que no se acercaba nadie atraído por el ruido que hacía.

Los minutos se le hicieron eternos y cuando el sonido de la maza paró, respiró aliviada. Con una enorme sonrisa, James le hizo un gesto para que se acercase. Caroline abrió los ojos como platos y se rio a carcajadas.

—¡Es enorme! Y un poco... desigual.

—Seguro que tú lo habrías hecho mejor.

—Yo no podría ni sostener la maza — dijo ella sin dejar de reírse.

—Lo importante es el gesto.

Caroline lo miró con una mezcla de admiración y agradecimiento y sin pensarlo lo abrazó.

—Lo siento. —Lo soltó avergonzada, pero no dio un paso atrás —. Yo... Disculpa.

Él dejó caer las herramientas al suelo, su mirada lo había atrapado sin remedio. Caroline no se movió, sentía que sus pies habían quedado clavados al suelo y contuvo el aliento sin darse cuenta. Sintió su mano en la nuca y como su rostro se acercaba despacio.

Di algo, por Dios, no te quedes callada. Di que no...

La besó. Suavemente. Un roce apenas, y su mundo se volvió del revés. Era la segunda vez de algo que no estaba segura que pudiese llamarse beso. No era nada parecido a lo que hasta ese momento había definido con esa palabra. Lo de Nathan fue algo así como una fricción, más o menos agradable, con el añadido de una lengua jugueteando por ahí dentro sin el menor aliciente. El beso de William... ¡Puaj! Su aliento era como una botella de *whisky* y él no colaboró mucho en el intento. El primer beso de James fue algo distinto, más pasional y con un toque de sofisticación, como de alguien que ha practicado mucho, pero ella no estaba preparada, la pilló por sorpresa. La asustó y quiso borrarlo enseguida de su mente. Aunque, ciertamente no lo consiguió. Y esto... Las piernas le temblaron. ¡Oh, Dios! No tenía nombre para esto. Y no podía dejar de pensar en eso mientras él la devoraba con pasión y su lengua la hacía flotar en el espacio. «Beso» era demasiado pequeño, demasiado insignificante para la fogata que ardía en su vientre y el estruendo de su cabeza.

James tenía su propia experiencia reveladora de aquel momento y se encontraba tan abrumado por lo que sentía que apenas era dueño de sus pensamientos. Quería experimentar como un adolescente que descubre al fin lo que tanto ha anhelado en secreto. Deslizó la lengua alrededor de sus labios, atrapó el inferior entre los dientes con suavidad y lo dejó escapar con un gemido. Aspiró el aroma dulce de su aliento y un torrente se desató en su interior. Rodeó su cintura y la atrajo hacia sí, quería sentir su cuerpo tan cerca que no cupiese ni un suspiro entre ellos.

Y un suspiro fue el que los separó. Un sonido, áspero y entregado, de total rendición que entró por los oídos de James, atravesó su sangre convertida en lava y llegó hasta su cerebro como el grito de un explorador, que avisa de un ataque inminente por la retaguardia.

Se apartó de ella tan bruscamente que Caroline perdió el equilibrio y tuvo que ayudarla a estabilizarse.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—¿Bien?

Se sentía confusa. ¿Qué significaba «bien»? ¿«Bien» era una palabra acaso?

—Yo...

James se llevó las manos a la cabeza y le dio la espalda mientras trataba de calmar el torbellino que había desatado en su cerebro aquel beso. ¿Había bebido demasiado? Desde luego que no. Entonces... ¿la cena tenía alguna clase de alucinógeno? Había tomado alguno en sus viajes y no era ese el efecto que producían. Además, ¿quién iba a poner un alucinógeno en su cena? Estaba seguro de que la señora Boden no sabía ni que existían. Su mirada se fijó entonces en la maza y el cincel que había dejado caer al suelo. Verdaderamente había perdido la cabeza. ¿De dónde había salido aquella idea de escribir el nombre de la señora Wickam en la pared de la iglesia en plena noche y acompañado por...? Volvió a poner sus ojos en Caroline y el calor lo envolvió como si estuviese frente a una hoguera. ¿Por qué lo miraba así? ¿Es que no era consciente del peligro que corría?

—Volvamos —dijo cogiendo las herramientas del suelo y llevándolas hasta el caballo que esperaba paciente junto a un árbol.

Caroline apresuró el paso al ver que tenía tanta urgencia y dejó que la subiera al caballo intentando no pensar en sus manos rodeándole la cintura. Él subió tras ella y dirigió al animal hacia el sendero con ademanes tensos. Vio cómo se inclinaba hacia su izquierda evitando el

contacto en una pose peligrosamente forzada y eso lo irritó. La rodeó con un brazo y la obligó a colocarse con la espalda relajada. Ella contuvo la respiración, tenía el brazo debajo de su pecho y no parecía que fuese a quitarlo de ahí.

—Acabarás haciéndote daño si no dejas de retorcerte así — advirtió al tiempo que separaba su brazo —. Respira.

Caroline cogió aire con fuerza.

—¿Cuánto rato llevabas conteniendo el aliento? — preguntó él con tono malhumorado.

¿Desde que separaste tu boca de la mía?

—No volverá a ocurrir —dijo él continuando con el hilo de sus propios pensamientos, que habían empezado con un insulto hacia su persona y terminado con una maldición irreverente hacia el dios que jugaba con su vida —. Te pido disculpas y no...

—No ha sido culpa tuya —lo cortó antes de que dijera algo de lo que tuviese que arrepentirse —. Yo también... te he besado.

El sonido que emitió James se parecía más al gruñido de un animal que al de un ser humano y eso la hizo sonreír. Giró la cabeza hacia el sendero para que él no pudiese verla.

—Ha sido fruto de la excitación del momento. Olvidémoslo.

Caroline asintió, aunque en su fuero interno sabía que no iba a intentarlo siquiera. ¿Olvidarlo? No era estúpida, no iba a olvidarlo. Nunca. No pensaba desechar un recuerdo tan placentero, por mucho que James quisiera.

El balanceo del caballo la atraía contra su cuerpo y cada vez que se producía el contacto y sus ojos se fijaban en la delicada línea de su cuello, el corazón del oficial amenazaba con detenerse. Sintió una gota de sudor resbalando por su nuca y respiró hondo por la nariz esforzándose en pensar en otra cosa que no fuese lo fácil que sería levantar la mano y acariciarla...

—Me ha gustado mucho —dijo Caroline sin saber que definitivamente uno de los dos corazones presentes había dejado de latir —. Ha sido muy divertido.

¿Divertido? No era ese el adjetivo que él emplearía para describir...

—Nunca había hecho algo así. ¿Se puede considerar un delito? — Caroline clavó sus ojos en él y James apretó los labios para no sentir su aliento en la lengua —. ¿Nos podrían detener por dañar la fachada de la iglesia?

El oficial frunció el ceño. ¿Estaba hablando de...? *¡Por supuesto, imbécil!, ¿de qué creías que hablaba?*

—Probablemente, por eso es mejor que nadie sepa que hemos sido nosotros.

En cuanto lo dijo se preguntó qué narices significaba ese «nosotros». Había sido él, Caroline solo estaba allí porque él la había llevado, no tenía nada que ver en el asunto. En ninguno de los dos «asuntos».

—No pienso decírselo a nadie — afirmó rotunda —. Al menos en Berksham.

James frunció el ceño y la imagen de las otras Wharton se materializó ante él con extraordinaria nitidez.

—No puedes contárselo a nadie en ninguna parte.

—¿A Elizabeth tampoco? —Frunció los labios mirándolo suplicante —. Por favor, James, nunca había hecho nada igual en mi vida.

—Que quede claro —dijo tirando de las riendas para detener al caballo —, tú no has hecho nada.

—Por supuesto que sí —dijo ofendida—. He vigilado.

La tenía tan cerca que podía verse en sus ojos gracias a la luz de la luna.

—Mira hacia delante —ordenó con voz ronca.

—Pero reconoce que he hecho...

La enmudeció con su boca y Caroline gimió sorprendida antes de rodearle el cuello con sus brazos por temor a caerse del caballo. La estaba besando. ¡Otra vez! Y el calor que se extendía por su cuerpo como una mancha de aceite la hizo sentir más viva que nunca. Entreabrió los labios ansiosa porque él avanzase. No quería que nada le hiciese pensar que ella no lo deseaba y por eso acarició la base de su pelo enredando sus dedos en él.

James se estaba volviendo loco, percibía las señales que indicaban su entrega y sabía que no debería atender a dichas señales. Pero de pronto se sentía como un adolescente imberbe y sin experiencia. Un crío estúpido que se emociona por la respuesta espontánea a uno de sus torpes besos.

Caroline percibió un murmullo, apenas audible y escondido en lo más recóndito de su cerebro, que repetía que lo detuviese cuanto antes. Pero no quería escucharlo y lo sepultó bajo capas de sonidos mucho más placenteros, como sus propios suspiros o los gemidos de él mientras se la bebía con fruición. Aquello no podía ser malo, ese placer intenso que viajaba desde su boca, pasaba por su pecho y se perdía en algún lugar secreto de su vientre era demasiado delicioso para renunciar a ello.

James no podía detenerse. ¿Cómo había podido vivir sin esa delicia? Era la boca más dulce que jamás hubiese besado, y su cuerpo... Lo sentía entre sus brazos, entregado y tan hambriento como el suyo. Sin pensarlo, deslizó sus labios por la curva de su cuello y bajó peligrosamente hasta su escote. Caroline dejó caer la cabeza hacia atrás y se agarró a la crin del caballo para mantener el precario equilibrio, pero el animal no estaba de acuerdo con la actividad que se estaba produciendo sobre su lomo y se movió inquieto al tiempo que relinchaba para advertirles de ello. James maldijo entre dientes al tiempo que apartaba su boca del delicioso manjar que atisbó a ver apenas bajo la tela. Caroline se arregló el vestido devolviendo cada cosa a su sitio evitando mirarlo. Ninguno de los dos dijo una palabra y regresaron a casa en absoluto silencio.

Cuando el caballo se alejó lo bastante una sombra emergió de detrás de uno de los árboles y sus ojos los siguieron hasta que se perdieron en un recodo del camino. Matthew Savage torció una perversa sonrisa.

—Así que esas tenemos. James se está beneficiando a la hija del barón de Harmouth.

— Chasqueó la lengua al tiempo que negaba con la cabeza —. El recto e íntegro oficial, orgullo de Berksham y paladín de las causas perdidas, es en realidad un simple hombre.

Miró hacia la iglesia.

—Un crápula y un vándalo —murmuró dando vueltas a su sombrero—. Holly, Holly... Más vale que tengas los ojos bien abiertos esta noche.

* * *

Cerró la puerta de su habitación y se recostó en ella con la mano estrujando su vestido a la altura del pecho. ¿Qué le estaba pasando? El corazón le latía a tal velocidad y golpeaba tan fuerte que podía sentirlo en su mano. Aquello no podía ser bueno, iba a darle un ataque o algo. Soltó el aire

de golpe con un fuerte sonido y comenzó a pasearse por el dormitorio de un lado a otro como si no encontrase el camino de salida. Y es que no lo había. No había una posible salida para lo que había hecho esa noche. ¡Dios Santo! ¿Qué clase de besos eran aquellos? ¿Cómo podía hacer que sintiese que lo que ocurría en su boca pasaba también en...? No, de ninguna manera iba a pensar en ello. Eso era indecente. Total y absolutamente indecente.

Se sentó en la cama y respiró varias veces por la nariz tratando de calmar el ansia desconocida que la atormentaba. ¡Quería más! Ahora mismo miraba la puerta con la absoluta necesidad de que James entrase por ella para terminar lo que había empezado. Se había vuelto loca.

—Esto no está pasando —dijo en voz alta mirando a su alrededor—. Yo no soy así, tengo una educación exquisita. Por Dios, casi me ha besado en...

Bajó la mirada a su pecho y el rubor se extendió por su cuerpo como una llamarada. Bufó dejando escapar el aire con violencia y se levantó dispuesta a ponerse el camisón y meterse en la cama. Cuanto antes se durmiese antes olvidaría todo aquello.

—¿Olvidarlo? —musitó—. Ni en mil años podré olvidar algo así. ¿Qué clase de...? ¿Por qué...?

No le salían las palabras por más que necesitase decirse algo que la sacase de ese torbellino de emociones que la atormentaba. ¿Amor? ¿Era eso?

—No —negó en voz alta con rotundidad—, esto no es amor, es otra cosa. Es algo... físico, primitivo...

Terminó de desvestirse y ya con el camisón puesto se quedó de pie en medio de la habitación imaginando a las Wharton sentadas en su cama y mirándola interrogadoras.

—¿Es que acaso te ha pedido que te cases con él? —preguntaría Elizabeth decepcionada.

—James es un caballero. Jamás haría nada indebido sin casarse.

¡Ay, Emma! Ese beso ha sido de lo más indebido, te lo aseguro, pensó en silencio.

—¿Qué quiere de mí? —Volvió al soliloquio—. ¿Acaso es un canalla?

No iba a funcionar. Sabía muy bien la clase de hombre que era James y no había modo de que se autoconvenciese de que ella no se había entregado por completo a ese beso y estaba más que dispuesta a todo lo que venía detrás. ¿En qué la convertía eso? Se tapó la boca para ahogar un grito de angustia. ¿Acaso era una...? Sacudió la cabeza, eso era llevarlo demasiado lejos. Insultarse a sí misma tampoco iba a resolver el verdadero problema. Y ese era que vivía en casa de los Crawford y al día siguiente iba a tener que verlo en la mesa del desayuno y fingir que todo era normal delante de sus padres. Sentiría sus ojos acusadores sobre ella por permitirle llegar tan lejos. Y lo peor de todo: vería esos labios que la habían extasiado de un modo desproporcionado y todos se darían cuenta de lo sucedido. Hasta los criados.

Estaba enferma, eso era. Tenía histeria femenina. Edwina le habló de esa enfermedad cuando tuvieron que ingresar a la hija de los Sanders en una casa de reposo. Al parecer se había comportado de manera indecente con varios miembros del servicio, hasta el punto de abordarlos en sus dormitorios a altas horas de la madrugada. Según Edwina era una enfermedad espantosa que provocaba efectos horribles si no se recibía ayuda enseguida.

Se metió en la cama rápidamente y se cubrió la cabeza con las sábanas como cuando era niña y algo la asustaba. No había funcionado entonces y tampoco ahora, así que salió de su escondite y clavó la mirada en el techo mientras sus pensamientos prohibidos tomaban de nuevo el control

de sus emociones. No había dónde esconderse, tendría que enfrentarse a James al día siguiente y aguantar su desprecio como mejor pudiese. Dejaría pasar unos días y entonces mencionaría la posibilidad de regresar a Londres para disfrutar del final de la temporada. Sí, eso haría. Se colocó de lado mirando hacia la ventana con los ojos muy abiertos y el cuerpo enfriándose lentamente.

Un minuto. Dos. Media hora... Se sentó en la cama de golpe y apoyó las manos en sus piernas bufando con fuerza. No iba a funcionar. Los nervios iban a hacerle estallar la cabeza si no hacía algo para distraerse de sus pensamientos. Bajó los pies al suelo, se puso las zapatillas y la bata y salió del cuarto esforzándose en no hacer el menor ruido. Se deslizó por el pasillo con pasos diminutos y silenciosos, sobre todo al pasar delante de las habitaciones de los Crawford. Se detuvo frente a la de James y fantaseó con entrar en ella y ofrecerse sin recato. Su corazón se aceleró peligrosamente y no se calmó hasta estar en las escaleras. Se sentía como un ladrón huyendo del lugar del delito, pero una vez en la planta baja respiró aliviada y casi pudo calmarse. Atravesó el *hall* y se fue directa a la biblioteca. Seguiría con su lectura de *Castle Rackrent* y quizá las horas pasaran así un poco más rápido.

Capítulo 24



Cuando abrió la puerta lo primero que vio fue que había luz y lo segundo los ojos de James muy abiertos observándola. Cerró rápidamente y después de unos segundos en los que se quedó paralizada se dio la vuelta para correr hacia las escaleras y huir lejos, a cualquier lugar...

—Caroline. —La voz de James la atrapó como una red —. Entra, tenemos que hablar.

¿Hablar? ¿Eso que se hace con la boca? ¡Oh, no! Nada de bocas.

Se dio la vuelta despacio y lo miró con un intento de sonrisa.

—Hace frío, voy a por algo para abrigarme — dijo con voz de estúpida dispuesta a echar a correr en cualquier momento.

James se apartó indicándole que pasara delante de él y su mirada no dejaba lugar a dudas: si lo intentaba, la atraparía. Como un corderito, agachó la cabeza y pasó junto a él poniendo buen cuidado en no rozarlo siquiera.

—Siéntate, por favor.

Ella obedeció en su papel de manso ovino y se sentó tan en el borde del sofá que James temió que acabaría con el trasero en el suelo.

—Siéntate bien —dijo con la misma voz de mando.

Cuando estuvo debidamente colocada él comenzó a pasearse de un lado a otro frente a ella, con las manos a la espalda y actitud circunspecta. Caroline observó que no se había cambiado y que tenía el pelo despeinado, casi podía imaginarlo mesándosele mientras preparaba ese discurso.

—Está claro que hay una fuerte atracción física entre nosotros — empezó sin mirarla —. No tiene sentido seguir negándolo y hacerlo podría llevarnos al desastre a los dos.

Caroline sintió ahora sus ojos como un dedo acusador.

—¿Estás de acuerdo conmigo?

Ella asintió sin saber ni que aquella cabeza que se movía arriba y abajo era suya.

—Bien. Ninguno de los dos quiere casarse, eso está claro. Y, menos aún, el uno con el otro.

Caroline frunció el ceño. *¿Ha dicho casarse? ¿Quién va a casarse? No he traído vestido para un evento semejante. Presta atención, Caroline, se va a enfadar si no lo haces.*

—¿Me estás escuchando? —James se había detenido y la miraba con fijeza.

Sonrió tímidamente para darle pie a que continuase.

—Bien. He estado pensando sobre esto detenidamente y, aunque es cierto que mi código era estricto respecto a la idea de atar a una mujer a una vida dura y solitaria como la de esposa de un soldado, reconozco también que tu caso es especial. Lo bastante especial como para replantearme dicho código.

¿Mi caso? ¿Qué caso? Estoy enferma, ¿verdad? Es eso, está claro.

—Estás en una situación extraña. En tierra de nadie, podríamos decir. La ruptura de tu compromiso con Nathan te dejó a expensas de las habladurías y, como ambos sabemos, eso te llevó al ostracismo y a la consiguiente mala conducta que propició que estés ahora aquí.

¿Me estás haciendo un resumen de mi vida? Eres consciente de que yo estaba allí, ¿verdad?

—Por otro lado, no me amas. — La miró de nuevo con fijeza estudiando su reacción —. ¿Estoy en lo cierto?

—Totalmente —afirmó rotunda—. Nada de amor. Cero amor. ¿Amor? ¡*Puaj!*

—Me ha quedado claro, gracias — dijo irónico —. Bien, eso lo hace todo mucho más fácil.

—Muchísimo, desde luego —volvió a afirmar sin tener ni idea de qué iba aquello.

—Entonces, estamos de acuerdo. Nos casaremos.

—¿Qué? —Caroline se levantó de golpe y lo miró asustada —. ¿Casarnos? ¡No! ¿Por qué?

—Creía que había quedado claro.

—¿Claro? ¿Qué ha quedado claro? No hay nada claro. Nos hemos besado, pero no hemos hecho nada... más.

—Porque yo no he querido.

—¿Cómo? —Abrió la boca con sorpresa.

—No te he oído decir en ningún momento que parase.

—Pero... Pero...

James se acercó a ella y Caroline dio un brusco paso atrás cayendo en el sofá. Él se inclinó hacia delante y habló casi rozando su boca.

—¿Querías que parase? Sé sincera.

Se mordió el labio asustada de su propio deseo. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué su corazón se aceleraba de ese modo?

—Estoy enferma.

—¿Qué? —Él se irguió de nuevo, perplejo.

—Tengo histeria, está claro. Tengo todos los síntomas. Excepto el desvanecimiento, aunque creía que iba a desmayarme cuando...

—No estás enferma, Caroline. — Sonrió conmovido.

—Que sí —insistió angustiada—. ¿Cómo si no se explica lo que me pasa? Una mujer decente no piensa en esas cosas. No quiere que le hagan esas cosas.

—No estás enferma, simplemente me deseas y eso es algo normal — susurró volviendo a inclinarse hacia ella —. Yo te deseo.

Lo besó. ¿Qué otra cosa podía hacer? Lo tenía ahí delante y sus labios la llamaban a gritos. Tuvo que besarlo y el mundo desapareció a su alrededor. Ni biblioteca, ni casa... nada. Solo una boca ansiosa y unas manos que la tumbaron en el sofá sin que ella supiese que no estaba flotando en el aire. Las mismas manos que apretaron sus pechos sobre la tela del camisón, libre ya de la bata.

—¿Lo sientes? —preguntó él con voz ronca —. ¿Sientes el ansia?

—¿Sentir? ¡Dios santo! —exclamó ella pegándose contra aquella parte dura y extraña que oprimía su vientre.

—No hagas eso —masculló él casi sin voz —. Me estás matando, Caroline.

Ella lo besó de nuevo sin poder resistirse y comprendió que él tenía razón. Había algo animal en lo que sentía, una fuerza intensa y devastadora que la arrollaba y no la dejaba pensar. Su cuerpo tomaba el control de sus actos si él estaba cerca y su sangre bullía como si él fuera una llama ardiendo.

—Tenemos que casarnos —musitó él —. Di que sí.

—¿Por qué?

—Porque quiero hacerte mía y no soy un canalla.

—¿Hacerme... tuya? —Abrió mucho los ojos —. ¿Ahora?

—Ahora.

Caroline contuvo la respiración sin apartar la mirada de sus ojos. Necesitó unos segundos, no muchos, pero sí suficientes para construir la imagen en su mente. «Hacerme mía». No estaba segura al cien por cien de lo que eso significaba, pero sí sabía que era irremediable y contundentemente definitivo.

—Sí.

James cerró los ojos para no ver su mirada inocente y se levantó del sofá como si alguien tirase de él contra su voluntad.

—Vete —exigió.

—He dicho que sí —dijo desolada —. Me casaré contigo.

Tuvo que hacer acopio de toda su resistencia para no tomarla allí mismo.

—No sabes de lo que hablas — dijo entre dientes, furioso consigo mismo.

—Quiero ser tuya, James. Ahora.

La miró fijamente durante un tiempo que a ella le pareció interminable y lo vio luchar y caer derrotado ante ella. La cogió en brazos y la sacó de la biblioteca evitando mirarla. Ella, en cambio, le rodeó el cuello y clavó sus ojos en él como si estuviera leyéndolo. Estudió cada marca, cada línea de expresión y cada facción. Sus ojos azules, su nariz afilada, sus labios... Quería besarlo otra vez. Un millón de veces.

La llevó a su cuarto, al de ella, y cerró la puerta suavemente con el pie. No quería despertar a nadie. La dejó en el suelo con cuidado, tan cerca que tenía que sujetarla para que no perdiese el equilibrio. Ella seguía aferrada a su cuello con los brazos para asegurarse de que no se apartaba. Porque no quería que se apartase.

—No deberías mirarme así —dijo él con voz ronca —. Nunca.

—¿Cómo te miro?

—Como si me vieras por dentro.

Caroline sonrió.

—¿Y eso es malo?

—Muy malo.

Se puso de puntillas para rozar su boca con los labios.

—Debería irme ahora mismo — dijo él abrazándola más fuerte —. Dime que me vaya, Caroline, por Dios, dímelo.

—Has dicho que vamos a casarnos.

—Lo he dicho.

—Has dicho que me harías tuya.

—Lo he dicho.

¿Por qué su voz sonaba como un lamento?

—Entonces, debes cumplir tu palabra.

Lo primero que hizo él fue desnudarla. En mitad de la habitación, Caroline levantó los brazos y él deslizó el camisón por encima de su cabeza. Se quedó sin aliento y la prenda cayó al suelo desde sus temblorosas manos. Era lo más hermoso que había visto jamás. El deseo lo arrolló como un alud y lo sepultó bajo capas y capas de lava hirviendo. Sin decir una palabra acarició uno de sus senos y rozó la piel rosa y delicada del pezón con el pulgar. Caroline se agarró a él atravesada por un rayo de placer.

James la llevó hasta la cama, la hizo tumbarse y se colocó a horcajadas sobre ella. La observó unos segundos, expuesta para él y tan delicada que solo se atrevió a tocarla con las yemas de los dedos. Suavemente la deslizó sobre su piel y la vio estremecerse con una mezcla de temor y deseo en la mirada.

—Tienes el cuerpo de una diosa — murmuró inclinándose lentamente hasta que su boca atrapó uno de aquellos pezones.

—¡Oh! —gimió ella al tiempo que su cuerpo intentaba arquearse.

La lengua de James trazó círculos sobre aquel botón rosado y la respuesta de Caroline fue tan inmediata que lo abrumó.

—Por favor... —suplicó ella sin saber qué era lo que pedía.

Él no pudo contener una sonrisa divertida y se irguió para quitarse la camisa. Se bajó de la cama para desnudarse.

—¿Qué haces? —preguntó ella incorporándose de golpe —. ¿Vas a... desnudarte?

Ahora sí que no pudo contener la risa.

—¿Crees que puedo hacerlo con la ropa puesta?

—No, pero... —Ella se mordió el labio nerviosa —. ¿No deberíamos meternos bajo las sábanas? Es muy... inquietante.

—¿Te parece inquietante que me desnude, pero no que te vea desnuda?

—Es que nunca...

—¿Nunca has visto a un hombre desnudo?

Caroline negó con la cabeza y él sonrió con ternura.

—Me alegra ser el primero también en eso — dijo y sin más pausas se libró de la ropa mostrándose orgulloso ante ella.

Caroline lo miró de arriba abajo y su expresión habría excitado a un muerto.

—Eso... —Su mirada clavada en la parte baja de su vientre no necesitaba más descripción.

—Tranquila, todo irá bien — dijo subiendo a la cama de nuevo.

Se tumbó a su lado y colocó una mano en su abdomen para deslizarla lentamente hacia abajo hasta la mata de vello que anunciaba su entrada al paraíso. Caroline contenía el aliento con las manos juntas y apretadas sobre el pecho. Con delicadeza él se abrió paso entre los labios y la acarició suave y delicadamente, consciente de la enorme sensibilidad que iba a provocar. Caroline cerró los ojos y gimió abrumada. Quería que parase, pero al mismo tiempo no. Quería abrir las piernas y cerrarlas con fuerza. Sus sentidos navegaban por un mar caótico y solo podía pensar en ríos de agua fresca cayendo sobre ella, deslizándose por su cuerpo, entrando por todas las aberturas que lo conformaban, llenándola y enfriando el fuego que la consumía.

James siguió acariciándola. Separando, encontrando y torturándola. Introdujo un dedo allí donde ansiaba meterse y siguió el recorrido con la mente puesta únicamente en su disfrute. Quería que supiera lo placentero que podía llegar a ser antes de tomarla, pues temía que el dolor de su primera vez la asustase. Cuando la sintió preparada y al borde del abismo ahogó sus gemidos con su boca y mientras su lengua tomaba el control su mano aceleró su actividad hasta que no hubo vuelta atrás. Caroline gimió al sentir las contracciones que trataban de atraparlo. Se sacudió como una hoja al viento y después de unos segundos agónicos su cuerpo quedó desmadejado y exhausto sobre las sábanas sin que él apartase su boca.

—Ya estás preparada —musitó contra sus labios al tiempo que acariciaba su rostro con ternura.

—¿Preparada? —Lo miró con la vista nublada —. ¿Qué me has hecho?

James sonrió y se colocó sobre ella separándole las piernas.

—Lo haré despacio... mientras pueda — dijo mirándola a los ojos y colocándose en posición.

Sintió cómo algo la presionaba allí donde aún sentía las contracciones. Aquello era demasiado grande y Caroline se mordió el labio asustada.

—¿Te ha gustado hasta ahora lo que te he hecho sentir?

Ella asintió.

—Pues eso no es nada comparado con lo que viene ahora. ¿Confías en mí?

Volvió a asentir. Él colocó sus manos en los senos de ella y pellizcó sus pezones primero suavemente. La respuesta en su sexo fue inmediata. Todavía quedaban los vestigios de ese primer orgasmo y los ecos se unieron rápidamente a la fiesta. Presionó ligeramente y pellizcó de nuevo, la comunicación arriba abajo fue instantánea. James se sorprendió de la naturalidad con la que lo recibía y eso lo excitó más si cabe. Avanzó un poco más presionando con más firmeza al tiempo que tiraba de esos sensibles botones y los soltaba. Caroline gemía consciente de que todo aquello que había sentido unos minutos antes se agitaba de nuevo en su vientre como una ola. Apretó allí abajo sin darse cuenta y James empujó con un jadeo. Ella sentía que debía ensancharse, abrirle paso y separó las piernas dobladas, dejando caer las rodillas a ambos lados. Él negó con la cabeza y volvió a colocárselas como antes.

—Así podría hacerte daño —dijo con voz ronca. Ya apenas podía hablar.

—¿Te duele? —preguntó ella con preocupación.

—¿A mí? —Cerró los ojos un instante —. No es dolor lo que siento. Me muero un poco, solo eso.

—¿Por qué?

—Porque te deseo y me estoy conteniendo.

—No te contengas —pidió ella con simpleza —. Haz lo que tienes que hacer.

Él la miró perplejo y ella asintió como respuesta. En un momento de cordura previo a perder la razón James se llevó el dedo pulgar a la boca y lo chupó para después acariciarla allí donde antes había desatado sus sentidos. Caroline gimió al notar el contacto y se arqueó empujándolo y haciendo que entrase un poco más. Siguió acariciándola y ella volvió a arquearse. James gimió apretando los dientes y sin poder contenerse más apoyó las manos en el colchón y empujó con fuerza hasta penetrarla por completo.

—¡Dios mío! —balbució ella cuando él se alejó y volvió a penetrarla.

Aquel movimiento la sacudió por dentro y la fricción que ejercía en la sensible protuberancia que él había excitado hasta el límite hizo que se olvidara por completo del dolor inicial. Los jadeos de él se aceleraron cuando ella comenzó a seguir el ritmo. Era como un baile, se dijo, moviéndose al unísono y con la misma cadencia. Y siguieron bailando juntos durante el tiempo que pudieron soportarlo, hasta que él tapó su boca con la mano para ahogar un grito extasiado y unos segundos después la siguió.

—¿Estás bien? —preguntó él deslizándose para colocarse a su lado.

Caroline tenía los ojos cerrados y respiraba agitadamente. Él se incorporó apoyándose en el codo para mirarla.

—¿Caroline?

—Mmmm.

James sonrió.

—¿Estás bien?

Ella abrió los ojos y lo miró con timidez.

—¿He gritado?

Él asintió levemente.

—Eso me parecía.

—He tenido que taparte la boca. Lo siento.

—No, no, has hecho bien. No querría que tus padres me hubiesen oído.

—Por suerte su habitación está al final del pasillo — dijo él.

—Por suerte —murmuró ella mirando hacia la puerta.

—¿Estás bien? —repitió la pregunta.

Ella volvió a fijar sus ojos en él y asintió.

—Muy bien. No imaginaba.

—Lo supongo.

—Creí que no... cabría.

La sonrisa de él se amplió un poco más y acercó un dedo para dibujar el contorno de uno de sus senos.

—La naturaleza es sabia —dijo.

—Muy sabia —afirmó Caroline con el vello erizado —. ¿Cómo si no iba a hacer esto tan placentero?

Él la miró aliviado.

—Me alegra que te sientas bien.

—Entonces, ¿no estoy enferma? — preguntó y se mordió el labio preocupada por su respuesta.

—No, no lo estás —sonrió él—. Es cierto que no todas las mujeres son tan... apasionadas como tú, pero no te ocurre nada malo.

Ella sonrió con algo extraño bailando en sus ojos que lo hizo apartarse de golpe. Se levantó de la cama y comenzó a vestirse.

—¿Te vas?

Él la miró con preocupación al notar un deje lastimoso en ella.

—No deben encontrarnos juntos y podría dormirme fácilmente.

—Vamos a casarnos —dijo ella apoyándose en los codos.

James observó sus turgentes pechos y sintió una punzada dentro de los pantalones que despertó una nueva erección.

—Tápate, Caroline.

Ella fue consciente de lo que sucedía por resultar muy evidente.

—Será mejor que me ponga algo — dijo levantándose para recoger el camisón de donde él lo había tirado.

Cuando pasó por su lado lo rozó con su cuerpo desnudo, él farfulló una maldición y ella se rio.

—¿Te hace gracia?

La cogió por la espalda y pegó su trasero a la erección.

—No juegues con fuego, niña.

Ella se dio la vuelta dentro de sus brazos y lo miró con deseo.

—Madre mía, eres un demonio — murmuró él antes de besarla.

Capítulo 25



Cuando Caroline entró en el comedor, la silla que James ocupaba a la hora del desayuno estaba vacía. Intensamente vacía.

—Buenos días, saludó.

—Buenos días, Caroline. Los huevos revueltos están deliciosos — dijo Frances con una sonrisa.

Thomas levantó la vista del periódico y sonrió.

—Buenos días, Caroline. ¿Has dormido bien?

Ella se sirvió un poco de esos huevos y una tostada.

—Muy bien, gracias. ¿James aún no se ha levantado? — preguntó aprovechando que estaba de espaldas y no podían ver su expresión.

—Ha salido temprano esta mañana — respondió su madre con expresión confusa —. No le ha dicho a Finley adónde iba. ¿Te dijo algo anoche?

—No —respondió escueta poniendo toda su atención en su plato.

—Haya ido donde haya ido llegará a tiempo para llevarte al baile, tranquila — dijo su padre —. Cuando James dice algo siempre lo cumple.

Frances asintió.

—¿Quieres que vayamos juntas a la iglesia esta mañana?

—¿A la iglesia? —Caroline la miró con temor.

—Sí, mujer, para lo del concurso. Hija, qué cara de susto has puesto, ni que te hubiese mentado al demonio.

Caroline trató de sonreír.

—El señor Wickam se sentirá menos solo si estamos con él — respondió asintiendo. *Y quiero ver la cara que ponen todos cuando vean lo que hicimos.*

Frances sonrió satisfecha.

—¿Y James no ha dicho nada antes de irse? — preguntó mirando su plato.

—¿Nada de qué? —Thomas la miró con curiosidad.

—No sé... de cualquier cosa.

El hombre miró a su esposa interrogador.

—¿Tú lo has visto, querida?

—No, ya se había marchado cuando he bajado. Solo lo ha visto Finley.

—Ya veo —musitó Caroline.

Se mantenía aparentemente serena, aunque por dentro aguantaba un torbellino de emociones.

—Saldré a caminar un rato, si no le importa — dijo mirando a *lady* Frances —. Tengo tiempo hasta que vayamos a la iglesia, ¿verdad?

—Claro, pero antes cómete todo el desayuno. Estás muy pálida esta mañana. ¿Has pasado una mala noche?

El rubor fue más evidente en contraste con la palidez de su rostro y Caroline bajó tanto la cabeza para ocultarlo que casi dio con la frente en el plato. Frances frunció el ceño desconcertada.

—¿Hay alguna noticia interesante? — preguntó Caroline para distraer la atención de la mujer.

—Las protestas de los luditas están aumentando — explicó Thomas.

—Me da mucho miedo —confesó su esposa —. Esas revueltas no acabarán bien.

Caroline dejó de escucharlos y sus pensamientos regresaron a la noche anterior y a todo lo que había sucedido en aquella cama. Todavía estaba abrumada y confusa por su comportamiento. ¿De dónde había salido aquella Caroline? ¿Cómo podía haberse desinhibido de esa forma? ¿Se había entregado a un hombre que aún no era su marido! Un hombre, que, por cierto, no estaba allí para mirarla a los ojos y decirle que todo estaba bien. ¿Adónde se había ido?

* * *

Robert miraba a su amigo con expresión divertida.

—¿Qué vas a hacer qué?

—Voy a casarme con Caroline.

—No. —Negó con la cabeza riendo.

—Sí.

—Imposible.

—¿Vamos a hacer esto mucho rato? Porque necesito un amigo en este momento y Edward está demasiado lejos.

—¡Dios! June va a dar una fiesta cuando se entere.

—Ahórrate tus sarcasmos —dijo el otro cogiendo la botella de *whisky* para servirse él mismo un vaso —. No he pegado ojo en toda la noche.

—Cuando June lo sugirió no pareció gustaros la idea.

—Ya sabes lo que pienso del matrimonio.

—Por eso no entiendo nada.

—Si me caso es única y exclusivamente porque sé que no me ama.

El otro abrió los ojos sorprendido.

—Bonita razón.

James apuró el contenido de su vaso y lo dejó sobre la mesa con cierta violencia.

—Y porque me acosté con ella anoche.

—¿Qué? —Robert cambió su expresión por una mucho menos divertida —. ¿Qué has hecho qué?

—¿Ahora lo entiendes?

—Pero ¿cómo has podido hacerle eso? ¿Y ella...?

—Ella estuvo de acuerdo.

Robert se llevó las manos a la cabeza mirando hacia la puerta con preocupación.

—A June de esto ni una palabra — le advirtió —. Te mata como se entere.

—Lo sé.

—Tenemos que decirle que os habéis enamorado.

—Vamos, Robert, June me conoce, no podría engañarla, aunque quisiera. Y, además, no quiero.

—Pues prepárate —advirtió su amigo —. ¿Cuándo vais a anunciarlo?

—¿Anunciar el qué? —June entró en el salón y los miró con fijeza.

—Cariño... —Robert se acercó tratando de sonreír —. ¿Los niños ya han desayunado?

Su mujer miraba a James inquisitiva.

—¿Anunciar qué? —repitió.

—Caroline y yo vamos a casarnos.

—¡Sí! —exclamó dando una fuerte palmada —. ¡Es mara...! — De pronto se puso seria —. Espera, ¿qué? ¿Cuándo has cambiado de opinión? ¿Qué ha pasado?

—Me he dado cuenta de que tenías razón, es perfecta para mí.

—Y una mierda.

—¡June! —exclamó su marido que parecía haberse vuelto invisible.

La mujer se sentó junto a James en el sofá sin dejar de mirarlo.

—¿Qué has hecho? Habla, James.

—Nos acostamos anoche.

—¡No! —Robert se llevó las manos a la cabeza.

June apretó los labios con tanta fuerza que se quedaron blancos.

—No la obligué a nada, ella también quería.

—¿Que quería? —Negó con la cabeza —. ¡Pero si esa muchacha no sabía ni lo que era un beso de verdad! James, no me lo puedo creer.

—Te he dicho que voy a casarme con ella.

—¡Solo faltaría! —Echaba chispas por los ojos —. Por supuesto que vas a casarte y cuanto antes. ¡Te marchas en un mes!

—¿Hay tiempo de preparar una boda? — preguntó Robert con preocupación.

—Tendrá que haberlo —dijo su esposa poniéndose de pie —, porque este no se va sin casarse, como que me llamo June Shelby.

James se levantó también.

—No digáis nada, tengo que contárselo yo a mis padres.

June se llevó la mano a la frente y su amigo vio que estaba temblando.

—Tranquila, seré un buen esposo — dijo con tono suave —. Todo irá bien. ¿No es esto lo que querías para mí? Pues alégrate, tenías razón, Caroline es perfecta.

Ella lo miró con fijeza y negó con la cabeza.

—Está claro que no la amas. — Se lamentó —. Si la amaras no la habrías puesto en esta situación. Podrías caerte del caballo y romperte la crisma antes de darle tu apellido y su vida sería un infierno. Podría estar embarazada.

—Es cierto, no lo habría hecho, pero esto es todo lo que puedo ofrecer y ella está encantada con el trato — dijo él con sarcasmo —. Hablaré con mis padres, con los suyos y con el obispo, si hace falta. Nos casaremos cuanto antes.

June respiró hondo y asintió.

—Es lo único que puedes hacer ya. Pero quiero que sepas que me has decepcionado. Mucho. Caroline se merecía mucho más de ti.

Salió del salón dejando a los dos hombres con ánimo fúnebre.

* * *

—Este es un acto de vandalismo — atronó la voz del juez Savage —. El culpable será castigado como merece en cuanto demos con él.

Los vecinos que habían acudido a la iglesia para la ceremonia habitual de cada año se habían encontrado con la sorpresa del nombre de Ruby Wickam inscrito en la pared de honor, duplicando en tamaño a los de *lady* Cotham y *lady* Savage.

—Yo no he tenido nada que ver en eso — dijo el anciano con preocupación —. Soy demasiado viejo y ni siquiera alcanzo tan alto...

—Por supuesto que no, señor Wickam. — Lo tranquilizo Frances dándole unos golpecitos en el brazo.

—Nadie piensa semejante cosa — añadió la prima Rachel con rotundidad.

—Si el culpable confiesa delante de todos, tendremos piedad de él — siguió el juez —. De no ser así, haré que el peso de la ley lo aplaste en cuanto lo descubramos.

A Caroline no le pasó desapercibida la expresión divertida en el rostro de su hijo.

—¿Y bajo qué acusación, padre?

Todos se volvieron hacia Matthew sorprendidos.

—¿Cómo dices? —preguntó el juez.

El otro se apartó de la pared en la que se apoyaba y se acercó al grupo de personas principales que se situaban alrededor de su padre.

—Pregunto bajó que acusación vas a hacer caer el peso de la ley sobre la persona que ha grabado ese nombre. Porque, según tengo entendido, una vez el párroco dio autorización para que se inscribiesen nombres en la pared, anuló cualquier restricción al respecto. Y en caso de que se estableciese una nueva norma, ¿no tendría que quitar también los nombres que estaban con anterioridad? ¿O acaso van a decretar por ley que los únicos nombres que pueden estar ahí son los de *lady* Cotham y *lady* Savage? Porque es lo único que falta para que este concurso se convierta definitivamente en una pantomima.

Todos los presentes miraron al juez con evidente interés.

—El pastor dio permiso para que se inscribiese el nombre del ganador del concurso.

—Y todos los presentes sabemos que eso es lo que ha ocurrido, ¿verdad? — dijo mirando a los asistentes —. Además, estoy seguro de que a *lady* Cotham no le importará que el nombre de

la señora Wickam permanezca ahí a título póstumo. De hecho, hablé ayer mismo con ella de esto y me comentó que le cedería su puesto como ganadora de este año con mucho gusto. ¿Verdad, *lady Cotham*?

La mujer asintió con una sonrisa.

—Las rosas de su esposa son las más bonitas que he visto nunca, señor Wickam — afirmó mirando al anciano con simpatía —. Se merece ver su nombre en esa pared.

Caroline miró al hombre que tenía los ojos llenos de lágrimas y comenzó a aplaudir, primero con timidez y luego con entusiasmo contagiando a todo el mundo de su satisfacción. Miró a Matthew agradecida y este le hizo un gesto con la cabeza.

* * *

—¿Puedo aspirar a que mi gesto haya mejorado su opinión respecto a mí? — Matthew la miraba con expresión irónica.

—Debo reconocer que sus palabras me han dado mucho en lo que pensar.

—Señorita Wharton, no puedo borrar lo que hice en el pasado, pero espero cierta comprensión por su parte.

—No es ante mí ante quién debería excusarse — dijo entornando los ojos.

—Pero es de usted de quién ansío comprensión. No puedo soportar la idea de que, precisamente usted, tenga una mala opinión sobre mí.

—Mi opinión no debería importarle, señor Savage.

—Por favor, no sea modesta.

—No lo soy —negó convencida—. Pero no lo entiendo muy bien, es usted demasiado contradictorio. ¿No me amenazó en el pícnic?

Él frunció el ceño desconcertado.

—Es usted extremadamente sensible, por supuesto que no la amenacé. Tan solo era un juego sin ninguna maldad. Una clase de juego muy común entre hombres y mujeres que practican el cortejo.

—Yo no hago semejante cosa, señor Savage — dijo sin acritud —. Y creo que he sido bastante clara al respecto. No he venido a Berksham a encontrar esposo y, si es lo que se pensaba, se equivoca.

—¿Está intentando desilusionarme? — sonrió sarcástico —. Sepa que no me amilano fácilmente. Me voy con la esperanza de hacerla cambiar de opinión mientras bailamos esta noche. Que tenga un buen día, señorita Wharton.

Caroline inclinó la cabeza a modo de saludo evitando responder y sin más regresó con sus amigos.

—¿Qué quería el hijo del juez Savage? — preguntó Frances bajando el tono.

—Absolutamente nada.

Capítulo 26



Si Caroline esperaba que un baile en Berksham fuese más sencillo que los que se daban en Harmouth se equivocaba y mucho. Los Cotham eran únicos organizando fiestas y aquella era la más multitudinaria del año, así que no se estuvieron de nada. Tenían invitados de muchos lugares y entre ellos algunos de gran renombre como el conde de Livemore o los duques de Hothfam cuyas hijas, además, estaban en edad casadera y no solían visitar Londres para la temporada social.

Como invitada especial, Caroline fue presentada a todo el mundo sin descuidar a nadie y al cabo de una hora ya estaba agotada de saludar, sonreír y fingir que su único interés no era saber dónde se había metido James Crawford. Hasta tal punto llegaba su ansiedad que llegó a pensar si habría reunido a su compañía y partido hacia España para luchar contra los franceses.

—Esa seda azul te favorece extraordinariamente.

June estaba frente a ella con expresión severa y Caroline comprendió que sabía algo, aunque en su fuero interno esperaba que no estuviera al tanto de todos los detalles. La amiga de James miró a su alrededor con desgana.

—¿Aún no ha vuelto?

Caroline frunció el ceño y la escudriñó con interés.

—¿Tú sabes dónde está?

—En Londres.

Abrió los ojos sorprendida. ¿Se había ido a Londres? Maldito embustero. Así que siempre cumplía su palabra, ¿eh? Se golpeó la falda del vestido imperceptiblemente y volvió la mirada hacia los invitados que bailaban en el salón.

—No ha huido, si es lo que estás pensando — dijo June colocándose a su lado.

—Eso es exactamente lo que ha hecho — dijo entre dientes tratando de que su expresión no la delatase.

—El conde de Livemore se acerca — anunció June para prevenirla.

—Señorita Caroline, ¿me haría el honor de concederme este baile?

—Estaré encantada, lord Livemore.

Caroline apoyó su mano en la del conde y caminó con él hasta la pista para unirse a una cuadrilla. Pero enseguida que empezó el baile se dio cuenta de que algo raro pasaba. Los otros bailarines cuchicheaban al tiempo que la miraban, unos con expresión reprobadora y otros con una risita perversa.

—Espero no llevar nada enganchado a la espalda — dijo el conde cuando estuvieron cerca.

—Me temo que me miran a mí — musitó ella con una sensación de fatalidad.

Cuanto más avanzaba la pieza más insegura y tensa se sentía. Cada vez que le tocaba cruzarse con otro bailarín este desviaba la mirada o sonreía de un modo burlón. Lo sabían, sabían lo que había hecho. No había más que ver sus caras. Pero ¿cómo? ¡No podían!

Tranquilízate, estás siendo irracional. Ocurrió en la intimidad de tu alcoba, nadie sabe nada. Pero entonces, ¿qué es? ¿Por qué me miran de ese modo? Lady Cotham está muy nerviosa, si sigue retorciéndose las manos de ese modo se va a hacer daño. ¿Los músicos han acelerado? Tengo la impresión de que cada vez van más rápido y el conde ya no está para estos trotes. ¡Ay, Dios, como tropiece!

Finalmente la pieza terminó y los bailarines se saludaron como correspondía. El conde dijo algo de descansar y se apartó de allí algo aturdido y ella se disponía a regresar con June, pero alguien la detuvo.

—Creo que yo puedo explicárselo. — La voz de Matthew cerca de su oído la sobresaltó —. Bailemos.

Sin esperar su aceptación la cogió de la mano y la llevó hasta el centro de la sala cuando empezaba a sonar un vals. ¡Un vals! Caroline no se lo esperaba en un pueblo como Berksham. Al príncipe le gustaba mucho y por eso en los salones de Londres solían hacer caso omiso a los que decían que esa danza era demasiado atrevida y poco adecuada para ellos. Pero no imaginaba que esa mentalidad hubiese llegado hasta allí.

—No ha sido usted muy galante arrastrándome hasta aquí sin mi aprobación — dijo molesta.

Matthew torció una sonrisa.

—¿No tiene curiosidad por saber de qué habla todo el mundo? Seguro que se ha dado cuenta de cómo la miran.

Ella apretó los labios y levantó la barbilla.

—No puedo decidir lo que mira o no mira cada quién. No es de mi...

—Los vieron anoche —la interrumpió —. En la iglesia. Alguien estaba allí, agazapado entre las sombras y lo vio todo.

Caroline frunció el ceño. Ese «todo» le había sonado sucio y mezquino.

—Cuando dice «alguien» ¿quiere decir usted?

—Es difícil engañarla, señorita Wharton.

Caroline hizo ademán de soltarse para abandonar el baile inmediatamente, pero él apretó su mano y la miró con fijeza.

—Espere a escuchar lo que tengo que decir. Estoy seguro de que me lo agradecerá... de algún modo.

Ella apretó los dientes y respiró hondo para calmarse.

—No solo vi lo que hicieron en esa pared. También lo de después. — Sonrió —. Una escena de lo más apasionada, debo decir.

Caroline tragó saliva y contuvo el temblor de sus labios.

—Y, sí, también sé lo que sucedió más tarde en su dormitorio — musitó solo para ella —. Debería haber recogido las sábanas, por cierto. Los criados siempre hablan, ¿sabe?

Las piernas le flaquearon y habría caído de rodillas de no estar bien sujeta por las despreciables manos de Savage.

—No se ponga en evidencia — sonrió —. Estropeará mi plan.

—¿Qué quiere?

—¿No lo sabe?

Su lujuriosa mirada le provocó deseos de vomitar.

—Tranquilícese, no voy a abalanzarme sobre usted en medio de este salón repleto de gente. Ya habrá tiempo para eso. Déjeme disfrutar del momento. No todos los días se ve caer a un hombre de la talla del capitán Crawford ante los ojos de su delicada damisela.

—Vamos a casarnos.

—Oh, sí, estoy seguro de que eso fue lo que le dijo para conseguir... lo que usted quiso darle. — Miró a su alrededor —. No lo veo por ninguna parte, por cierto.

—Ha tenido que ausentarse por un motivo ur...

—¿Ausentarse? —Matthew sonreía perverso —. No sabe dónde está, ¿verdad? Vaya con James, ha tardado poco en salir huyendo.

—Deje que me vaya —pidió con voz temblorosa —. Ya me ha humillado bastante.

—Solo estamos bailando, señorita Wharton — dijo con frialdad —. Me miró con desprecio cuando yo solo trataba de ser amable con usted. Es algo que no soporto, ¿sabe? Que la gente me desprecie sin darme siquiera la oportunidad de demostrar si lo merezco.

—Y, por lo que veo, ha querido dejarme claro que lo merece — respondió contenida mordiendo cada palabra.

Él rio a carcajadas llamando la atención de algunos invitados.

—Mírelos —dijo burlándose—, siempre interesados por las vidas ajenas. Buscando, a través de los visillos, secretos de los que alimentarse. Hablarán durante días de lo que saben y durante meses de lo que descubrirán pronto. — Volvió a mirarla como si estuviera desnuda en medio del salón —. A no ser que usted me haga cambiar de opinión. Conozco algunos lugares discretos que podría mostrarle...

Caroline no pudo soportarlo más y con gran brusquedad se soltó de su agarre y dio un paso atrás mirándolo con repugnancia.

—Es usted el hombre más despreciable que he conocido jamás.

Hubo exclamaciones de horror y de sorpresa, incluso alguna risita nerviosa. Matthew Savage inclinó la cabeza levemente a modo de saludo como si fuese un actor en el escenario. Sería divertido levantarse al día siguiente sabiendo que todo Berksham y sus alrededores comentaban la aventura del capitán James Crawford con una de las hijas del barón de Harmouth. La misma a la que su prometido había abandonado antes de la boda. ¿Estarían relacionados ambos sucesos? ¿Sería que los juegos de cama eran su debilidad? Sonrió perverso y se dirigió hacia uno de los camareros que portaba copas de champán. Aquello bien merecía un brindis.

Caroline abandonó el salón a toda prisa.

—¿Adónde vas?

La voz de June a su espalda la hizo detenerse, pero no se volvió para que no viese lo furiosa que estaba.

—A casa —dijo con voz tensa.

—¿Qué te ha dicho ese desgraciado para que tengas que huir así?

Caroline se volvió despacio y con una mirada de lo más elocuente.

—No estoy huyendo.

—Sí lo haces. —Entornó los ojos —. ¿Lo sabe?

—Tengo que irme de Berksham, no puedo hacerle esto a los Crawford.

—Ese hombre es una mala persona y será él el que se ponga en evidencia si habla.

—Sabes que eso no es cierto — dijo con mirada cínica —. A la gente no le importa quién tiene la razón, solo quieren que sigas sus normas. Tú no sabes lo que he hecho...

—Sí lo sé —la interrumpió—. James vino a nuestra casa esta mañana temprano y nos contó que vais a casaros.

—Eso creía yo, pero ya no estoy tan segura — musitó la otra desviando la mirada —. También me dijo que vendría al baile y, ¿tú lo ves por algún lado?

—Y aquí estoy. —James avanzaba con paso decidido hacia ellas —. Siento llegar tarde, lo que tenía que hacer me ha llevado más de lo que esperaba.

—Justo a tiempo —dijo sarcástica —, yo ya me voy.

—No podemos irnos —dijo él señalando su atuendo —. Me he vestido para la ocasión.

—Muy guapo. —Pasó a su lado para marcharse.

James miró a June y le hizo un gesto para que los dejara solos. Su amiga apretó los labios y se fue.

—¿Adónde vas? —La detuvo antes de alcanzar la puerta.

Ella miró la mano con la que la sujetaba y él la soltó.

—Te he dicho que me voy.

—¿Ha sido Savage?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Cómo lo...?

—Holly me lo ha contado todo.

—¿Holly? ¿De qué hablas?

—¿Cómo crees que se ha enterado él?

—No puede ser. ¿Por qué iba Holly a hacer eso? Me consta que quiere mucho a tu familia.

—Josh, su hermano está en la cárcel.

—¿Qué?

James asintió.

—Matthew la amenazó con hacer que se pudiese allí dentro si no accedía a espiar para él.

—No puede ser tan miserable.

Él volvió a asentir.

—Te equivocas. Puede y lo es.

—Pero... —Se puso las manos en la cintura y se dio la vuelta deseando volver al salón para decirle lo que opinaba de él en su cara y delante de todo el mundo.

—No es buena idea —dijo James leyéndole el pensamiento.

—¿Que no es buena idea? Todo el mundo debería saber la clase de hombre que es.

—¿Crees que no lo saben? Los que no le tienen miedo lo desprecian profundamente, pero todos saben cómo se las gasta su padre y no quieren problemas.

—¿Y qué hacemos? ¿Dejamos que se salga con la suya?

James sonrió.

—Por supuesto que no. Lo que vamos a hacer es seguir con nuestros planes.

La cogió de la mano y tiró de ella para llevarla de vuelta al salón y no se detuvo hasta estar delante de los músicos, a los que pidió que parasen de tocar.

—Lord y *lady* Cotham, permítame que detenga un momento el baile para hacer un anuncio: La señorita Caroline Wharton y yo nos casaremos dentro de dos días en la iglesia de Santa Maria a las tres de la tarde. Considérense invitados, aunque la iglesia es modesta y no podrá admitirlos a todos — aclaró y con una sonrisa se dirigió a los músicos —. Y ahora, ¿podrían tocar un vals para que pueda bailar con mi futura esposa?

Algunos invitados aplaudieron ligeramente otros cuchichearon y unos pocos movieron la cabeza con desagrado, pero Caroline solo tenía ojos para él. Sintió su mano deslizándose por su cintura hasta la espalda y se mantuvieron inmóviles y expectantes hasta que la música comenzó.

—¿Dónde has estado? —preguntó Caroline tras los primeros compases.

—Tenía cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Necesitábamos un permiso especial por casarnos tan precipitadamente. Y también la autorización de tu padre.

—¿Has visto a mi padre? —preguntó asustada.

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? ¿Creías que íbamos a casarnos a escondidas?

—¿Y le has contado...? Oh, no me respondas.

—Le he dicho que hemos decidido casarnos y que queremos su bendición.

—¿Y lo ha aceptado así?

—Así, así... no.

Estaba a punto de tener un ataque de nervios.

—He tenido que insinuarle que era urgente que nos casáramos, a causa de unos inesperados acontecimientos que podrían tener consecuencias en un futuro no muy lejano.

Caroline sintió que la cabeza le daba vueltas y no era por el baile.

—Voy a desmayarme —dijo en un susurro.

—Mejor hablamos más tarde con calma.

Siguieron danzando por la sala en silencio... durante cinco segundos.

—¿Qué ha dicho mi padre? Se habrá sentido terriblemente decepcionado de mí. ¿Cómo voy a mirarlo a la cara?

James desvió la mirada.

—¡Dios Santo! —gimió ella en susurros —. Es peor de lo que imagino, ¿verdad? No quiere volver a verme.

Se dio por vencido, la cogió de la mano y la llevó hacia la puerta para salir de allí cuanto antes.

—James... —Su padre los interceptó —. ¿Esa es la manera de dar una noticia como esta? ¿No tendrías que haber hablado con nosotros antes, hijo?

—Lo siento, papá, tienes razón. Después os lo contaré todo. Ha sido inesperado y era urgente que hablase con el padre de Caroline. Lo entendéis, ¿verdad?

Su padre lo miró a él y luego a Caroline, que parecía profundamente conmovida.

—Ya me lo explicarás con detalle — dijo apartándose para dejarlos pasar.

—¿Mamá?

Frances tenía los ojos húmedos de haber llorado, pero sonreía.

—Claro, hijo. Estoy muy feliz por vosotros — dijo esto último en apenas un murmullo.

—¿Os parece bien si nos llevamos el carruaje? He venido a caballo. Os lo enviaré de vuelta en cuanto lleguemos.

Sus padres asintieron y salieron de allí a toda velocidad.

* * *

Ya sentados en el coche uno frente al otro, Caroline esperaba una detallada explicación de lo sucedido.

—Tu padre se ha enfadado, por supuesto, pero conmigo, no contigo. Está decepcionado porque cree que he traicionado su confianza. Y más cuando le he dicho que no nos amamos. — La miró interrogador, pero Caroline parecía estar en trance —. Después se lo hemos contado a tu madre y...

—¿Le has dicho a mi madre que no me amas?

—No, tu padre ha dicho que debíamos ocultárselo para que no sufriese.

—Oh, pobre mamá. —Se lamentó ella sinceramente —. Qué disgusto se habrá llevado al saber que la tercera de sus hijas, tampoco va a casarse como ella desearía. Empiezo a pensar que es una maldición.

—Eso mismo ha dicho ella, pero al contrario que tu padre se ha alegrado bastante.

Lo miró sorprendida.

—¿Se ha alegrado? Está claro que pensaba que no iba a conseguir esposo después de lo sucedido. — Movié la cabeza sin dar crédito. ¡Su madre la había desahuciado!

—Al contrario, creo que es porque piensa que soy un buen partido — dijo sonriendo orgulloso.

—¿Bueno en comparación con quién? En realidad sabe que eres el único candidato.

James la cogió de las manos y tiró de ella para que se sentara sobre sus piernas.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendida.

—Estabas demasiado lejos —dijo él acariciándole el cuello con la nariz —. Me encanta como hueles.

—Estate quieto. —Lo apartó sonriendo y volvió a su sitio —. Nos casamos mañana, puedes aguantar hasta entonces.

—No estoy seguro de eso —dijo él con una mirada intensa —. Y no pienso comprometerme a ello.

Caroline desvió la mirada hacia la ventanilla. Toda la angustia y la preocupación habían desaparecido de su ánimo. Estar con James le daba la paz que necesitaba. ¿Quién quiere amor si puede tener todo lo demás? Lo miró con fijeza y James frunció el ceño interrogador.

—¿Qué?

—Tenemos que ayudar a Holly.

Él no disimuló su sorpresa.

—¿Quieres ayudarla? Pensé que me pedirías que la despidiera.

Caroline negó con la cabeza.

—Debe haber sido un infierno para ella.

James sintió que se le calentaba el corazón.

—¿Qué te ha dicho Sa...?

—Shssss —lo interrumpió—. Para mí también será el innombrable desde hoy.

James sonrió divertido.

—Está bien, pues, ¿qué te ha dicho el innombrable?

—Que si accedía a aceptar sus atenciones no me delataría ante todos.

James levantó una ceja con expresión de desprecio. Realmente era de lo más rastrero si tenía que utilizar semejante artimaña para conseguir lo que quería.

—Has llegado en el momento oportuno — dijo ella sonriendo.

—Te marchabas.

Caroline asintió.

—Estaba tan furiosa con él que no estaba muy segura de poder reaccionar con inteligencia.

—Creía que te ibas a llorar.

—¿Llorar? —Lo miró con franqueza —. Si hubiese llorado sería de rabia. Ese hombre no me haría llorar por mucho que lo intentase. El llanto solo puede provocártelo aquellos que te aman, porque solo ellos tienen el poder de tocar tu corazón.

De pronto se sintió afortunado por tener cerca a una persona como ella. Alguien con quien podría hablar sin tapujos, que nunca lo trataría con falsedad y que convertiría su lecho en el paraíso en la tierra. Alguien a quien no temería dejar sola y que no lo añoraría ni lloraría por su ausencia. Se echó hacia delante y la besó en los labios. Un beso rápido que la cogió por sorpresa. Cuando se separó de ella, Caroline lo miraba interrogante, pero él desvió la mirada hacia la ventana y sonrió.

—Ese es el último hasta después de nuestra boda — dijo sorprendiéndola —. Desde ahora y hasta entonces mantendremos las distancias.

Caroline frunció el ceño. Si esperaba que protestase se iba a quedar con las ganas. Por mucho que le disgustase la idea, tenía orgullo.

—Estoy de acuerdo —aceptó.

Capítulo 27



Caroline iba a probarse el vestido de novia de June y estaba nerviosa, no debería estarlo, pero lo estaba. No iba a ser una boda real y no paraba de repetírselo, pero se sentía como cualquier novia el día de antes: preocupada, ansiosa, emocionada... Y sola, sobre todo sola. Por eso cuando oyó cascos de caballos corrió a la ventana y sacó medio cuerpo fuera. Si la viese su madre le iban a doler los oídos del grito que le iba a dar.

—¡Caroline! —Harriet sacó el cuerpo por la ventanilla del carruaje y agitó los brazos bamboleándose peligrosamente —. ¡Estamos aquí!

—¡Harriet! —exclamó emocionada—. ¡Oh, Dios mío!

—¡Niña, te vas a caer!

El grito de su madre fue música para sus oídos. Caroline lloraba y reía al mismo tiempo, corriendo hacia las escaleras. Tan emocionada estaba que no se dio cuenta de que enaguas y corsé no era la mejor vestimenta para pasearse por la casa de los padres de su prometido, pero si se la hubiese dado tampoco está claro que le hubiese importado. Cuando llegó abajo Harriet, Elinor y Elizabeth ya corrían a abrazarla. Risas, llanto y palabras que se solapaban sin concierto ni respuesta alguna. Esa explosión de emociones duró un rato antes de que pudiera organizarse una conversación más o menos inteligente.

—¡Habéis venido! —Lloraba abrazada a su madre —. Creí que iba a estar sola, pero habéis venido.

—Tontita, ¿cómo iba a dejar que mi hija se casara sin su madre? De ninguna manera.

—Papá. —Lo abrazó también—. ¿Estás muy enfadado?

—Ya hablaremos de eso, hija, ya hablaremos. Ahora deberías ponerte lo que va encima de eso. — La señaló de arriba abajo con una sonrisa.

Caroline se limpió las lágrimas sonriendo también.

—¿No te gusta la nueva moda recién llegada de París, papá? Eres un anticuado. Ahora lo más chic es ir con enaguas y corsé a todas partes.

—¡Frederick! —Thomas Crawford saludó a su amigo con gran alegría —. Bienvenidos a esta vuestra casa. ¿Habéis tenido buen viaje?

Caroline abrió mucho los ojos asustada, no quería que su futuro suegro la viese en paños menores. Elizabeth se colocó delante de ella con disimulo.

—Bienvenidas, niñas. —Frances cogió a su amiga del brazo —. Vamos, Frances, tenemos mucho de qué hablar. He encargado unas flores preciosas y el señor Wickam ha traído un ramo de rosas que es una maravilla. Ven te lo enseñaré. No ha habido tiempo de hacer gran cosa, pero la iglesia de Santa Maria es tan bonita que lucirá igual. ¡Caroline, ve a vestirme!

Los mayores desaparecieron y Caroline las miró ruborizada, agradecida y nerviosa.

—No sabéis...

—Vamos. —Elizabeth la cogió de la cintura —. Dejemos las lágrimas para la boda. Ahora subamos a ver lo que va encima de esas enaguas.

* * *

Caroline se dio la vuelta para que vieran el vestido y sus hermanas la contemplaron emocionadas. Elizabeth terminó de colocar la parte de atrás y se apartó para verla también.

—Serás una novia bellísima.

—Qué pena que Katherine y Emma no puedan venir. — Se lamentó Harriet tumbándose en la cama bocabajo y mirando hacia las demás.

Caroline ladeó la cabeza.

—¿No me odias por casarme con James?

—¿Odiarte? ¿Por qué iba a odiarte? Me gusta James. — Miró a las demás —. A todas nos gusta, ¿verdad?

Las otras asintieron con firmeza.

—Si lo dices por su encaprichamiento con él — intervino Elinor sentándose en una butaca —, ahora tiene a otro capitán en mente.

—Lo cierto es que James es demasiado viejo para mí — dijo Harriet sentándose con las rodillas dobladas.

Caroline sonrió al recordar lo mucho que se enfadaba cuando se lo decía.

—El capitán Chantler tiene su misma edad.

—Se nota que no has visto al capitán Chantler. — Suspiró extasiada.

Caroline miró a Elizabeth y esta se encogió de hombros.

—Está tramando algo —dijo Elinor señalándola y su hermana le lanzó una mirada asesina —. El otro día la pillé disfrazada de hombre.

—¿Qué? —Caroline miró Harriet interrogadora.

—Estaba jugando —dijo conteniendo su enfado.

—Se había recogido el pelo para meterlo dentro de una horrible gorra que no sé de dónde ha salido y llevaba un traje que le iba enorme. Estaba ridícula.

—No me lo habías dicho —dijo Elizabeth con mirada interrogadora.

Elinor se encogió de hombros.

—Me pidió que no lo hiciera. Y tampoco quería que mamá empezara con sus monsergas.

—Os he dicho que fue un juego. Ya me conocéis, me gusta hacer estas cosas.

—¿Qué cosas? —Caroline seguía sin entenderlo.

—¡Oh! —Puso los ojos en blanco—. Dejadme en paz, no hago daño a nadie. No hemos venido aquí para hablar de mí. Tú eres la protagonista, no escurras el bulto.

—Es cierto —dijo Elinor mirándola con interés—. ¿Por qué te casas tan rápido? ¿Hay algo que nos quieras contar?

Caroline se sonrojó sin poder evitarlo y después de darle unas cuantas vueltas arrastró una silla y se sentó indicándole a Elizabeth que hiciese lo mismo con otra.

—Se te va a arrugar el traje.

—Llevaré el vestido de novia de otra, no es que me importen mucho unas pocas arrugas — confesó—. Además Holly lo dejará como nuevo, últimamente no se le escapa nada.

—¿De quién es el vestido?

—De June.

—Me acuerdo de June. Era la amiga de James que parecía un chico — dijo Harriet.

—Yo no me acuerdo —dijo Elinor.

—Tenías dos años —explicó Elizabeth—. Harriet tampoco se acuerda, sabe lo de June porque nos oía a nosotras.

—¿En serio? —preguntó Harriet con expresión pensativa—. ¿Cómo puedo estar tan segura? Lo sabré cuando la vea. Va a venir a la boda, ¿verdad?

—Por supuesto —afirmó la novia.

Elizabeth miró a Caroline con atención y observó cómo la alegría por verlas se estaba tornando poco a poco en melancolía.

—¿Dónde está James?

—En casa de June y Robert, precisamente. Sus padres lo hicieron trasladarse tras el anuncio. No quieren más habladurías.

—¿Habladurías? —preguntó Harriet con curiosidad.

—Si están en la misma casa, podrían suceder cosas — dijo Elinor.

Harriet frunció el ceño y miró a la novia interrogadora.

—Este no es un matrimonio normal — dijo Caroline con timidez—. James y yo no nos amamos.

—¿Y qué tiene eso de anormal? — La interrumpió Elinor—. Es lo que sucede la mayoría de las veces. Yo misma, no amo a Colin y voy a casarme con él. Si sois buenos amigos, puede ser mejor matrimonio que otros que conocemos.

—¿Lo sois? —preguntó Harriet—. Buenos amigos, digo.

Caroline asintió.

—Sí. Pero hay algo más. —Bajó la mirada, le daba muchísima vergüenza—. Él y yo ya... hemos...

Las tres jóvenes esperaban la continuación de la frase con mucha atención, pero la novia no parecía tener intención de añadir nada más.

—¿Ya habéis qué? —Harriet frunció el ceño.

—Han compartido el lecho —dijo Elinor sorprendiéndolas a todas.

Elizabeth se llevó la mano a la boca para ahogar su sorpresa y Harriet abrió los ojos como platos al ver que Caroline asentía.

—¿Cómo que has...? —Harriet no encontraba las palabras—. ¿Qué significa que...?

—Mamá tendrá una conversación contigo, tranquila — dijo la novia —. No me había dado cuenta de que me he librado de eso.

—No creo que te hayas librado — dijo Elizabeth que aún estaba en *shock* —. Nos ha dicho que os dejemos unos minutos solas mañana antes de la boda.

Caroline puso los ojos en blanco.

—No le digáis nada, por favor. Se sentiría muy decepcionada de mí.

Harriet entendía que había hecho algo indebido, aunque no tuviera mucha idea de lo que sucedía la noche en cuestión sí comprendía el contexto y que se había adelantado a los acontecimientos. Miró a su hermana pequeña sorprendida de que lo hubiese entendido la primera y se preguntó cuánto sabía del tema ya que parecía la mar de tranquila. Elizabeth, en cambio, se había quedado completamente pálida.

—Has dicho que no os amáis — dijo Elizabeth —. Entonces, ¿por qué...? Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir y yo misma no lo entiendo. Cuando estamos juntos es como si mi cuerpo no me perteneciera.

—Está claro que ya no te pertenece — dijo Elinor con una risita traviesa. Las otras tres la miraron sorprendidas —. ¿Qué? Ya han consumado el matrimonio.

—¿Qué significa eso? —preguntó Harriet con curiosidad —. ¿Cómo se «consume» exactamente? Alguien me lo tendrá que explicar, digo yo.

Las otras la miraron aún más sorprendidas.

—Mejor espera a que te llegue el turno — dijo Elizabeth.

—¿Por qué tengo que esperar? Elinor ya lo sabe y es un año menor que yo.

Otra vez las miradas se fijaron en la pequeña.

—Deberías leer más —aconsejó la mencionada —. En la biblioteca de papá hay libros suficientes para aclarar todas tus dudas. Si te interesan puedo decirte cuáles leer.

—¡Elinor! —exclamó Caroline—. ¿Cuándo has leído tú esos libros?

—Después de la boda de Emma.

—¿Por qué? —Elizabeth no atinaba a comprender su interés.

La pequeña se encogió de hombros con expresión pensativa.

—Era algo que no sabía. —Simplemente —. Tampoco es para tanto. Una cuestión fisiológica que atañe a todos los seres vivos de manera más o menos curiosa. Hemos visto a los perros hacerlo, no sé por qué os escandalizáis.

—¿A los perros? —Harriet se quedó boquiabierta.

—No es exactamente igual —aclaró Elinor con la expresión de alguien entendido en el tema —. Las mujeres no so...

—¡Basta, Elinor! —Caroline se sintió en la obligación de detenerla, como la única allí con conocimiento empírico del asunto —. No es un tema para hablar así. Y no sé si es bueno que sepas tanto sobre ello.

Su hermana pequeña torció una sonrisa malévola.

—Claro, es mejor que vayamos al matrimonio sin saber qué nos va a suceder ni cómo debemos actuar. Una idea aterradora, se mire por donde se mire.

Caroline no lo definiría como aterrador, en ningún momento tuvo miedo de él, al contrario, lo único que la aterró aquella noche fueron sus propias emociones y las reacciones de su cuerpo.

Pero ella no tenía el desparpajo de Elinor, que estaba segura que lo habría contado con todo lujo de detalles de haber estado en su lugar.

—Quiero ver esos libros en cuanto regresemos — musitó Harriet a lo que Elinor asintió.

—¿De verdad estás bien? —preguntó Elizabeth a Caroline.

—Estoy un poco triste, pero no es por este matrimonio, os lo prometo. Os echo de menos. Echo de menos nuestra vida de antes, las seis juntas. Teneros cerca cuando me siento perdida o asustada. También echo un poco de menos a la antigua Caroline, la ingenua que creía en la amistad sincera, la bondad y el amor.

—¿Ya no crees en eso?

—No, Harriet —confesó sin ambages.

—Y entonces, ¿en qué crees? — preguntó Elizabeth.

Caroline lo pensó unos segundos antes de responder.

—Pues creo en la utilidad de las cosas. En lo confortable y en lo práctico. Creo en las acciones y en no prestar mucha atención a las palabras.

—¿Y casarte con James es lo práctico? — preguntó Harriet.

La novia asintió.

—Es un hombre bueno, sólido en sus creencias y valores.

Y me ha descubierto un mundo desconocido y apasionante en el que quiero experimentar. Pero eso no puedo decirlo en voz alta.

—¿Confortable y práctico? — Harriet frunció la nariz. No quería a un hombre del que solo pudiese decir esos dos adjetivos. De ningún modo. Como mínimo: valiente y audaz.

Las otras no dijeron nada. Las tres pensaban en lo que dirían Katherine y Emma al respecto y no tenían la menor duda de que no describirían a sus esposos como «confortables y prácticos».

Caroline se dio cuenta de que la compadecían, lo veía en sus ojos. Quizá fuese digna de compasión, pero ella se sentía bien con sus nuevas certezas. Eran algo que podía manejar. No tendría el amor que sus hermanas habían conquistado, era cierto. James no la miraría nunca como Robert miraba a June. Pero podía conformarse con el compañerismo que había entre ellos. Y con la pasión en el lecho. Su corazón se aceleró al pensarlo y suspiró en silencio. ¿Qué sabían ellas? Porque dos de las seis lo hubiesen encontrado no significaba que fuese a estar ahí para todas. Elizabeth se quedaría sola por esperarlo. ¿Y qué pasaría con Harriet y sus locuras? ¿O Elinor y su obsesión por cambiar las cosas? No, no tenía nada por lo que sentirse desgraciada. Sería feliz porque ella así lo había decidido.

—Nos quedaremos unos días — dijo Elinor de pronto —. El viaje dura cinco horas, no es como para ir y venir tontamente. Además Londres está muy raro estos días con las extravagancias del príncipe y su agitada relación con el señor Brummell.

—Pero si son amiguísimos —dijo Caroline volviendo de sus pensamientos.

—Al parecer ha habido alguna fricción entre ellos desde que el príncipe se convirtió en regente — intervino Elizabeth —. Brummell sigue tratándolo con la misma familiaridad que antes, como si no se diera por enterado de que ahora ejerce de monarca. Y con lo molesto que está el príncipe porque hayan limitado sus poderes...

—Beau Brummell siempre ha sido muy atrevido — dijo Caroline.

—Pues al parecer al príncipe ya no le hacen tanta gracia sus «peculiaridades». Al menos eso se dice en Londres.

—A mí me encanta estar en Londres — dijo Harriet sonriendo como una boba.

—¿El capitán Chantler tiene algo que ver? — preguntó Caroline burlona.

—¡Es tan guapo, Caroline! — Suspiró —. Me habló de su barco, una poderosa fragata de treinta y ocho cañones. ¿Te la imaginas?

—No para de insistir en que vayamos a los muelles a verla — explicó Elinor —. Como si fuera tan fácil, con la cantidad de barcos que entran y salen de esos muelles a diario.

—¿No trabaja para la Compañía de Indias? — pregunto Caroline a lo que su hermana asintió —. Entonces su barco estará en los muelles de la compañía. Ni se te ocurra ir por allí, esa zona es peligrosa y está demasiado lejos de casa.

—Ya se lo he dicho —intervino Elizabeth —. Y nunca haría semejante tontería, ¿verdad Harriet?

La otra se cruzó de brazos enfurruñada.

—Quizá él quiera enseñármelo algún día.

Las tres la miraron con severidad.

—Vale, vale... —Levantó las manos en señal de rendición.

—Voy a casarme —murmuró de repente Caroline —. ¡De verdad voy a casarme!

Las otras tres asintieron con la misma sensación de solemnidad y finalmente se echaron a reír.

* * *

Que Edward Wilmot estaba profundamente enamorado de su esposa, todo el mundo lo sabía, pero su paciencia tenía un límite y cuando Emma manifestó su deseo de viajar a Berksham para la boda de su hermana no tuvo más opción que prohibírselo terminantemente. Y claro, si algo tenía Emma Wharton, ahora Wilmot, era su nula predisposición a acatar las prohibiciones de nadie; especialmente las de su esposo, ya que le gustaba demasiado empujarlo, suave e incansable, hacia el abismo para acabar deteniéndose justo en el momento en el que lo veía dispuesto a saltar. Pero esta vez Edward no cedió un milímetro y ninguna de sus tretas funcionó con él. Se mantuvo estoico y firme en su decisión y Emma tuvo que aceptar que no viajaría, hasta que la criatura hubiese abandonado su cuerpo debidamente.

Perder no fue plato de gusto para su joven y muy embarazada esposa, cuya incomodidad dificultaba su correcto descanso nocturno y empeoraba su estado de ánimo. Dos días sin hablarle le parecía a Edward un castigo desproporcionado. Ni respondía a sus preguntas, ni colaboraba en sus intentos de iniciar conversación. Ni siquiera le daba las buenas noches antes de acurrucarse en su lado de la cama. Y todo tenía un límite, su paciencia también.

—¿Vas a seguir así mucho tiempo?

La miró desde su altura tratando de imprimir severidad a su voz para no sonar como un cachorro desvalido, que era exactamente como se sentía. Estaba de pie frente a ella que tejía una labor sentada en su butaca y Emma no mostró en sus gestos o expresión que lo hubiera escuchado siquiera.

—¿De verdad piensas seguir castigándome de este modo por protegerte a ti y al bebé? ¿Qué clase de padre quieres que sea? ¿Uno que se desentiende o uno como el tuyo? ¿Crees que el barón habría permitido a tu madre hacer un viaje de tantas horas en tu estado?

Una ligera elevación lateral de la deliciosa boca de su esposa lo hizo albergar esperanzas.

—Iré a Berksham y traeré a Caroline, a James y al pastor para que se casen aquí, si es necesario, pero no me tortures más, Emma, por Dios.

Su esposa dejó la labor sobre la mesita y levantó la mirada para clavar sus penetrantes ojos en él.

—Las mujeres han parido desde que el mundo es mundo — dijo con voz suave y a Edward le pareció que era el sonido más hermoso del universo, pero también el más peligroso, pues dicha suavidad antecedió muchas veces a la tormenta.

Apoyándose en los brazos de la butaca Emma se puso de pie rechazando su ayuda con mirada severa.

—Me tratas como si estuviera enferma. O inválida. Ahora mismo. Cada vez que me muevo apareces a mi lado para sujetarme. Cuando quiero hacer algo te adelantas y lo haces tú. ¡No lo soporto, Edward!

Él la miró perplejo.

—Lo de la boda de Caroline ha sido la gota que ha colmado el vaso — siguió ella —. Lo habría aceptado si no hubiese estado el vaso lleno.

—¿De qué estás hablando?

—Me siento gorda, fea, cansada, aburrida y un millón de cosas más. Me despierto aterrada en plena noche porque esto ya no tiene marcha atrás. Y lo último que necesito es que tú me hagas sentir débil, enferma e inútil. ¿No lo entiendes?

—No, no lo entiendo. Creía que te estaba cuidando.

—Cuidarme es ayudarme cuando necesito ayuda, no vigilarme constantemente para adelantarte a mis deseos. Puedo servirme el café y puedo levantarme de la butaca. Puedo coger el libro de la mesa donde lo dejé y caminar más de cien pasos.

Su expresión mortificada la conmovió y supo que no podía seguir más con aquella actitud. Se acercó a él y lo abrazó con ternura.

—No quería torturarte, solo quería que notaras mi ausencia.

Él la rodeó con sus brazos y la besó en la frente con un beso largo y sentido.

—¿Tu ausencia? ¿Quieres matarme? No vuelvas a hacerme esto, Emma. Prefiero que discutas conmigo. Cualquier cosa antes que este aislamiento.

—¿Dejarás de tratarme como a una inválida?

—¿Me dirás lo que necesitas?

—Lo prometo —dijo ella levantando la mano con solemnidad.

—Entonces dejaré de atosigarte con mis atenciones y esperaré a que me pidas ayuda.

— Sonrió visiblemente aliviado.

—Vas a ser el mejor padre de la historia. No me cabe la menor duda.

Edward le acarició el pelo sin apartar la mirada de sus ojos.

—Te amo tanto, Emma, que todo me da miedo. Dices que te despiertas en plena noche aterrada. ¡Yo también! Muchas noches no me puedo ni dormir. Temo que te ocurra algo a ti o al bebé, imagino cosas espantosas y estúpidas como que pierdas el equilibrio al levantarte de la butaca, te golpees la cabeza con una mesa y te...

Emma lo besó para hacerlo callar. Un beso lento y profundo con el que resarcir los silencios que le había brindado esos dos días.

—No va a pasar nada malo, amor mío, todo irá bien. — Le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano mientras lo miraba con una enorme sonrisa.

La abrazó cerrando los ojos.

—Tienes que escribir esa historia — dijo sorprendiéndola —. La de ese conde de Kenford que tanto te atrae.

Ella lo apartó para mirarlo con atención.

—¿Lo dices en serio?

Su esposo asintió con expresión severa.

—Te prohíbo que te enamores de él.

—¡Murió hace más de...!

—Por eso —la cortó—. Es muy difícil competir con un ideal si está muerto. No puedes evidenciar sus debilidades y defectos.

Emma sonrió divertida.

—¿Por eso no te gustaba la idea?

—Por eso y porque seguro que nos vas a meter en problemas — afirmó convencido —. Pero está claro que necesitas escribir.

Ella asintió repetidamente y él volvió a abrazarla.

—Ojalá se te hubiese ocurrido antes lo de que se casaran aquí — dijo ella sin apartarse —. Ahora ya no hay tiempo de traerlos.

Él la balanceó en sus brazos para consolarla.

—Katherine estará muy disgustada también — añadió mimosa.

Espero que Alexander haya tenido más suerte que yo, pensó Edward.

* * *

—¿Cómo iba a ir sin ti? —Alexander la miraba divertido mientras ella acariciaba a Cien Ojos que estaba tumbado a su lado en el sofá.

—Deberías estar allí en mi nombre — insistió —. Edward y tú deberíais haber ido.

—De ningún modo te dejaría sola en un estado tan avanzado. Y Edward pensará lo mismo.

—Este niño está muy bien aquí dentro, no tiene ninguna prisa por salir.

—Eso nunca se sabe. Ya oíste lo que dijo la señora Higgins. Y creo que ha atendido muchos más partos que tú o que yo.

—Que tú seguro, porque no vas a atender ninguno.

—¿De verdad no me vas a dejar estar a tu lado?

—¿A mi lado? Por lo que dicen todas, voy a querer matarte cuando llegue el momento.

— Sonrió y le hizo una mueca al perro que la agradeció con un lametón en su mano.

—Ha sido muy precipitado todo, ¿no te parece? — Alexander se recostó en el respaldo de la butaca y colocó los pies en el escabel en actitud relajada.

Katherine asintió ligeramente e intentó colocarse para aliviar una molestia en la espalda.

—Lo cierto es que no me ha sorprendido — confesó en voz alta algo en lo que llevaba pensando todo el día —. Quiero decir que James es perfecto para Caroline.

—¿Tú crees?

Su esposa asintió convencida.

—Mi hermana es muy juiciosa y ordenada. Y James... Bueno, ya sabes cómo es James.

—No estoy muy seguro —negó Alexander—. Para mí es un misterio. Es demasiado hermético para saber cómo piensa realmente. Aunque ser amigo de Edward le otorga mi total confianza, por supuesto.

—Si tuviera que decir algo de él sería que es un hombre de fiar.

Su marido sonrió divertido.

—Espero que pienses eso de mí también.

—Por supuesto, tonto —se burló—, pero en él es algo más profundo, no sé cómo explicarlo. Es como un estandarte, como si para él fuese muy importante que los demás se sientan seguros a su lado. Y Caroline necesita eso después de lo que le ocurrió.

—¿Crees que tu hermana amaba a Nathan Helps?

Katherine negó con la cabeza.

—Estoy segura de que no, pero sí confiaba en él. Caroline siempre fue la más ingenua de todas nosotras. Creía de verdad en la bondad de la gente. Si hubiese sido de otro modo Edwina no habría sido su mejor amiga. Era evidente que la envidiaba, aunque estoy segura de que nadie imaginó nunca que fuese tan perversa.

Alexander asintió distraído y Katherine sonrió consciente de por dónde iba el derrotero de sus pensamientos. Con suavidad hizo que Cien Ojos bajara del sofá y dio unos golpecitos en el asiento para captar la atención de su marido.

—Ven —pidió y él respondió enseguida sentándose a su lado.

—Será una criatura sana y fuerte — dijo acariciándose el abultado vientre.

Alexander asintió y sin decir nada se recostó apoyando la mejilla en su barriga.

—Mamá y papá están aquí —musitó—. Te esperamos con muchas ganas, ¿sabes? Vamos a cuidar de ti y a quererte muchísimo.

Katherine le acariciaba el pelo mientras lo escuchaba y sus ojos se llenaron de lágrimas. Últimamente lloraba por cualquier tontería. Pero es que escuchar a Alexander hablar con tanta ternura a su barriga la conmovía de un modo insoportable. Estaba segura de que no podría quererlo más, pero él siempre se las ingeniaba para hacerla dudar de ello.

Y entonces la atmósfera de paz y amor que se había creado en aquella sala se rompió con un gemido, casi un grito. Alexander levantó la cabeza bruscamente y la miró asustado.

—¿Te he hecho daño?

Katherine tenía la cara contraída de dolor.

—Creo que algo no va bien — dijo y de nuevo aquel dolor intenso y penetrante que la atravesaba por dentro, mientras su vientre se ponía duro y tenso.

Alexander se levantó y la cogió en brazos para llevarla a su cuarto. Al salir del salón se encontraron con una criada.

—Que vayan a buscar a la señora Higgins. ¡Ya! — gritó subiendo las escaleras.

Katherine gimió entre dientes y Alexander aceleró el paso.

—¡El bebé ya viene! —gritaba la criada—. ¡El bebé ya viene!

Capítulo 28



El miércoles veinticuatro de julio de 1811 Caroline Wharton se convirtió en Caroline Crawford. Y ese mismo día nació Andrew Greenwood, futuro duque Greenwood, un niño perfecto y aparentemente sano. Emma y Edward lo supieron esa misma tarde, pero para los invitados a la boda la noticia no llegaría hasta el día siguiente.

—Parecen felices. —Le decía Harriet a Elinor en la recepción que había organizado Frances en su jardín para agasajar a los asistentes a la boda.

La pequeña de las Wharton asintió pensativa. James le caía bien, aunque no había sido nunca un candidato según ella para ninguna de sus hermanas. Le recordaba un poco a Henry, el hermano de Colin, y por eso lo había descartado sin tenerlo en cuenta. Demasiado recto y responsable. Pero Caroline parecía satisfecha con su elección, aunque estaba segura de que también a ella le había sorprendido cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Entornó los ojos para mirarlos con atención. ¿De verdad era tan importante lo que sucedía en la cama entre un hombre y una mujer? Sus gestos y la manera en la que se habían rozado la mano cuando creían que nadie los miraba le resultó inquietante. Ella estaba dispuesta a renunciar a ello por Colin, no tenía intención de acostarse con él y tampoco entraba en sus planes tener hijos. Una cosa era casarse para que tuviera un lugar tranquilo y seguro en el que vivir en paz y crear su arte y otra muy distinta... lo demás. Negó con la cabeza sin darse cuenta.

—¿No, qué?

Harriet la sacó de sus pensamientos.

—Nada, tonterías mías.

—¿Vas a contármelo? —preguntó la otra siguiendo la dirección de su mirada hasta los novios —. Lo que es «consumar el matrimonio». Tengo una ligera idea, no soy estúpida, pero quiero los detalles.

—¿Aquí? ¿A la vista de todos? ¿Quieres que a mamá le dé un ataque si alguien nos oye?

—Vamos a la biblioteca. —La cogió del brazo y la arrastró hacia la casa —. A nadie le interesan los libros en una boda, seguro que allí no hay nadie.

Elinor se dejó llevar sin demasiadas ganas, pero lo cierto es que esa clase de celebraciones tampoco es que le gustaran mucho.

—¿Qué estarán tramando esas dos? — musitó James al oído de su ya esposa.

—Me gustaría saberlo —respondió ella y aprovechando que Robert se acercaba, se excusó para seguirlas.

Cuando entró en la biblioteca las vio a las dos inclinadas sobre un libro abierto colocado encima del escritorio. Las dos levantaron la mirada con sobresalto y suspiraron aliviadas al ver que era ella y no su madre.

—¿Qué hacéis? —preguntó la novia acercándose.

—Harriet no ha querido esperar — se excusó Elinor adelantándose a la regañina —. Y resulta que los Crawford también tienen un libro muy ilustrativo.

Caroline miró el papel y vio dos grandes ilustraciones sobre anatomía humana masculina y femenina.

—¡Elinor!

—A mí no me regañes, ya te he dicho que no quería esperar. El libro estaba en la estantería, lo habría podido mirar ella sola.

—Pero... Harriet... —Cerró el libro y lo llevó de nuevo a su sitio —. No tengas tanta prisa, las cosas...

—Ya sé lo que necesitaba saber — la cortó su hermana —. Tampoco es para tanto.

Caroline se volvió y la miró boquiabierta, pero no intimidó a Harriet que se encogió de hombros con expresión tranquila.

—Tiene lógica. Ahora entiendo por qué somos como somos. No sé a qué viene tanto misterio.

Caroline colocó el libro y se mordió el labio consciente de que estaba en peligro.

—Ahora deberías contarnos cómo es exactamente en la práctica. Eres la única de nosotras que lo sabe de verdad.

La novia se sonrojó hasta tal punto que temió que le saliera vapor por los ojos, y Elinor sonrió divertida al ver el mal rato que estaba pasando.

—Si has podido hacerlo también puedes contarlo, ¿no?

—¡Elinor! —Caroline no daba crédito al desparpajo de sus hermanas pequeñas —. Pero ¿cómo podéis hablar así de esto? Nosotras nunca...

—¿Qué hacéis aquí las tres? — Elizabeth entró en la biblioteca.

Las otras la miraron, pero fue Caroline la que respondió.

—Estaban consultando un libro de anatomía.

—¿Ahora? Pero que... —Abrió los ojos al comprender —. ¡Harriet!

Elinor se rio a carcajadas.

—No me extraña que los hombres se aprovechen de nosotras — dijo moviendo la cabeza sin dejar de reír —. Si nos empeñamos en seguir siendo estúpidas. Bueno, os empeñáis, yo no me incluyo.

—Yo tampoco. —Se unió Harriet.

—Ser cautelosa no es ser estúpida — afirmó Elizabeth —. Cuando llegue el momento de saber...

—¿Y cuándo es ese momento? ¿En la noche de bodas? ¿En serio? — Elinor no daba crédito —. ¡Ellos incluso lo practican antes!

—¿Tú cómo sabes eso?

—Lo he visto.

—¿Que lo has visto? —Su tía estaba cada vez más sorprendida —. ¿Cuándo lo has visto? ¿Dónde? ¿Quién?

—Hace más de un año. En el despacho de Henry Woodhouse. Y ya imaginaréis a quién vi.

—Pero... —Elizabeth no encontró las palabras.

—Tenía curiosidad por saber qué era aquello — dijo levantando una ceja —, me pareció una escena un tanto... grotesca y que fuese Henry, precisamente, lo hizo más raro. Pero no parecía estar pasándolo mal.

—Henry Woodhouse es un hombre — afirmó Harriet.

—Sí, claro, pero estaba con una mujer y ninguno de los dos parecía disgustado con lo que hacían. Me dio la impresión de que no era la primera vez.

—Dios Santo, Elinor, dime que no has estado espiándolo — pidió Caroline.

—Al contrario, me he esforzado mucho en no volver a verlo. — Volvió a encogerse de hombros —. Pero gracias a eso busqué la manera de saber qué era exactamente lo que sucedía y ahora tengo la información completa. Eso no me ha hecho ningún daño, al contrario.

—Eso es algo que deben explicar las madres... — argumentó Elizabeth sin mucho convencimiento.

—Esa idea es aún peor —dijo Caroline recordando la incómoda conversación que había tenido con su madre unas horas antes, mientras trataba de disimular lo bien informada que estaba del asunto.

—Quizá no sea la mejor forma de enterarse — respondió Elizabeth —, pero tampoco creo que un libro de anatomía o espiar al hermano de Colin...

—No sé por qué os escandalizáis tanto — intervino Harriet —. Si lo piensas bien tiene mucha lógica, los animales lo hacen y no pasa nada. Saberlo no me hará daño. Además, es una cosita muy pequeña. Diferente sería si aquello tuviese un gran tamaño. — Estiró los dedos para marcar un palmo.

Caroline abrió los ojos como platos y Elinor se rio a carcajadas al ver la conmoción en el rostro de Elizabeth.

—¿Qué? —Harriet fruncía el ceño —. ¿Es que acaso no habéis visto el dibujo?

—Es así. —Mostró el dedo índice acercándose al pulgar.

Las tres miraron a Caroline que ni en sus peores pesadillas se imaginó teniendo aquella conversación con sus hermanas pequeñas y su tía. Le ardía la cara y con gusto habría aceptado un abanico, o un caballo para huir lejos de allí.

—¿Es muy molesto, Caroline? — preguntó Elinor con gran maldad.

—Yo... es... no...

—Deja de balbucear y responde, no es tan difícil — la apremió Harriet —. ¿Resulta incómodo? ¿Duele?

—No puedo hablar de esto, me da muchísima vergüenza.

—¿Por qué? —Su hermana se había acercado a ella y la miraba con fijeza.

—¡Harriet, por Dios!

—Está bien, no nos cuentes los detalles — dijo Elinor acercándose también —. Solo responde a esto: ¿es placentero?

—¿Te dan ganas de repetir? — preguntó Harriet con enorme curiosidad.

Caroline asintió sin verbalizarlo y Elizabeth se tapó la boca para ocultar su sorpresa.

—Me dejas muy tranquila —dijo Harriet sonriente.

—Tengo hambre —dijo Elinor dirigiéndose a la puerta —. ¿Vamos a comer algo?

Harriet la acompañó y Caroline se quedó a solas con Elizabeth.

—Están locas —musitó su tía—. No entiendo cómo pueden hablar de estas cosas con tal desparpajo. Está claro que no son como nosotras. De repente me he sentido vieja.

Caroline se dirigió a la ventana para mirar al exterior. Buscó a James entre los invitados y lo vio elegante y atractivo con su traje de gala. El corazón se le caldeó y su cuerpo empezó a reaccionar ante los pensamientos que la llevaban hasta esa noche. Su primera noche de casada. Sonrió aliviada, temía que aquel ansia que la abrasaba por dentro desapareciese después de los votos matrimoniales. Que se produjese alguna clase de exorcismo que expulsase al demonio de la lujuria que se había instalado en ella. Pero no, allí seguía, intacto y en plena forma, esperando el momento de disfrutar en los brazos de su esposo. Su esposo. Sonrió.

Elizabeth la observó con atención, recortada contra la luz de la ventana se veía preciosa. Ni Katherine ni Emma tenían esa expresión en su rostro el día de su boda. Ese brillo en los ojos... Suspiró satisfecha y sin decir nada salió de allí dejándola sola con sus pensamientos.

—Aquí estás. Llevo un buen rato dando vueltas como una tonta por toda la casa.

Caroline se giró al escuchar la voz de la prima Rachel, que llevaba en las manos la preciosa caja de música de estilo barroco que tanto le gustaba.

—Habría querido regalarte algo especial y con las prisas no me habéis dado tiempo de comprar nada — dijo con una enorme sonrisa —. Así que he pensado regalarte esta cajita que te gusta tanto.

—¡Oh! —Caroline la cogió de sus manos con mucho cuidado y la abrió para ver a la pequeña bailarina con su vestidito rojo —. Pero no puedo aceptarla...

—Por supuesto que puedes y para mí será una alegría que la tengas — dijo Rachel con una gran sonrisa —. Ni a June ni a mis hijas les interesa mi colección en absoluto, ya lo sabes, así que será tuya cuando yo muera. Esto es un adelanto.

Caroline cerró la cajita y la abrazó agradecida. La prima Rachel la miró con ternura cuando se separaron.

—Eres una buena niña, Caroline, y me siento muy feliz por vosotros, sé que os va a ir bien juntos. Cuida bien a ese muchacho, vale su peso en oro.

Caroline asintió y juntas salieron de allí para regresar con los demás.

* * *

Caroline abrió la puerta del dormitorio y asomó la cabeza fuera. Después de unos segundos volvió a cerrarla y se apoyó en ella mirando a James que estaba sentado en la butaca colocada junto a la ventana.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Compruebo que Harriet y Elinor no están al acecho.

—¿Qué? —Sonrió.

Caroline se mordió el labio y se apartó de la puerta quedándose en mitad de la habitación. James trató de no pensar en su cabello suelto ni en el fino camisón que dejaba vislumbrar cada una de sus curvas. Bendita June y sus regalos inesperados.

—Están obsesionadas con saber lo que ocurre en la alcoba de un matrimonio — dijo ella ajena a sus ardientes pensamientos.

James frunció el ceño asustado.

—¿Les has contado que...?

Su esposa asintió antes de responder.

—No podía fingir con ellas. Bastante he tenido con mi madre y su charla.

James le hizo un gesto para que se acercara y cuando la tuvo a su alcance la sentó en su regazo.

—Ahora entiendo algunas miradas de Harriet — dijo rozando su oreja con la nariz.

Caroline se apartó para mirarlo.

—Te han molestado, ¿verdad? — Se levantó de golpe y caminó por la habitación —. Esa niña está completamente descontrolada. Si la vieras cómo hablaba de... esto.

—Preferiría no pensar en Harriet en este momento — murmuró él con evidente incomodidad.

Caroline sonrió con timidez.

—Claro, qué tonta soy. Esta es nuestra... noche.

James asintió con la cabeza.

—Una de ellas, sí.

—Claro, porque en realidad ya lo hemos hecho — siguió ella.

James sonrió ahora abiertamente.

—Vamos a hacerlo muchas veces. Espero.

—¡Oh, sí, claro! —exclamó y se puso roja por demostrar su entusiasmo al respecto —. Quiero decir... Es lo normal, ¿no? Es lo que hacen todos los matrimonios.

—Me estás volviendo loco —dijo él poniéndose de pie y llegando hasta ella.

Caroline no se movió cuando él cogió su mentón y lo levantó un poco, lo justo para tener su boca donde quería. Entreabrió ligeramente los labios consciente de que allí empezaba. Esperó. Ansiosa. Hambrienta. Y, sobre todo, aterrada.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó él al descifrar su expresión.

—De que esto que siento me mate — dijo en un susurro.

James sonrió con una calidez desconocida y ordenó a su otra mano que le sujetara la cabeza. Primero fue un roce sutil, una caricia suave y delicada para tomar contacto con la sedosa dulzura de sus labios. Caroline sintió de nuevo aquel anhelo escondido que se avivaba con el recuerdo y se agarró a su camisa apretándola hasta que los dedos se le quedaron blancos. Su mente se nubló, su cuerpo se debilitó y la sangre corrió veloz por sus venas tratando de apagar el fuego que él había desatado con su lengua. James deslizó la mano que sujetaba su barbilla, la llevó hasta su espalda y la usó para apretarla contra su cuerpo, mientras su boca le exigía y le daba en un baile imparable.

Cuando él se apartó se sintió huérfana, abandonada y sola en medio de aquel cuarto. Lo miró con ojos vidriosos y un ansia primitiva en la mirada. James sonrió henchido de pasión y sin decir nada le quitó el camión y lo tiró al suelo. Después la contempló y abrió los ojos sorprendido al ver que ella se erguía mostrándose sin pudor ante él. Caroline estiró el brazo y cogió su mano para llevarla a su pecho. Cuando James sintió el cálido contacto de aquella delicada pieza se sintió el más afortunado de los hombres. Pero cuando ella se dispuso a desabrochar los botones de su pantalón la erección aumentó de manera peligrosa.

—Creo que esta vez vas a tener que perdonarme — dijo con voz ronca y con urgencia la llevó hasta la cama y la penetró de una sola embestida. Estaba tan mojada que no hubo resistencia alguna.

—¡Ooooh! —exclamó abriendo los ojos sorprendida.

Había pensado cómo lo haría, cada caricia, cada palabra... Pero allí estaba, completamente dentro de ella y con el corazón latiendo desbocado como un caballo salvaje. Y Caroline... La miró sorprendido. Se estaba moviendo. Se aferraba a las sábanas con la cabeza ladeada para no mirarlo. ¿Le daba vergüenza? Y aun así arqueaba sus caderas con una cadencia lenta empujándolo hasta donde podía y alejándose de él lo que el colchón le permitía. Sintió deseos de reír y de llorar de tanto que lo conmovió.

—¿Quieres esto? —preguntó haciendo el trabajo.

Caroline sonrió y él la obligo a mirarlo.

—Dímelo.

—¿Qué?

—Lo que quieres.

—No sé...

—Sí lo sabes —sonrió—. Lo sabes muy bien.

Ella se mordió el labio mirándolo con excitación y delirio.

—Quiero desintegrarme. Quiero que me partas por la mitad y vuelvas a construirme. Quiero sentirte dentro y perder el control de mi cuerpo.

James no necesitó más. De hecho aquello ya era demasiado para su resistencia. Se aplicó poniendo toda su atención en ella para no dejarse ir sin remedio. Y embistió y aguantó para volver a empezar una y otra vez hasta que la vio desintegrarse, partirse y volver a construirse en pleno orgasmo.

—James... —gimió ella.

Y solo entonces él se rindió, derramándose dentro de ella con lentas sacudidas.

Caroline lo observaba con la barbilla apoyada en su puño que a su vez estaba apoyado en el pecho masculino. James tenía los ojos cerrados con una mano debajo de la cabeza, y respiraba suavemente.

—¿Estás dormido? —susurró ella.

—Ya no —dijo sin moverse.

Caroline sonrió.

—Hace una noche preciosa —dijo ella sin apartarse.

James abrió un ojo y la miró con curiosidad.

—Estás de espaldas a la ventana.

—No me hace falta verla para saberlo.

Él abrió los ojos y la atrajo hacia su cuerpo para después posar la mano en una de sus nalgas. Caroline se ruborizó.

—¿Te sonrojas porque te toque el culo? ¿Después de lo que acabamos de hacer?

—No puedo controlarlo.

—¿Sabes lo mucho que me excita verte sonrojarte? Te aconsejo que trates de regular esa condición ya que podría llevarnos a situaciones complicadas. Te he visto sonrojarte en incontables ocasiones.

Caroline sonreía como una tonta. No podía evitarlo.

—Tampoco deberías morderte el labio, pasar tu lengua por encima de él...

—¿Respirar puedo?

—Siempre que no lo hagas demasiado fuerte — advirtió tocándole la punta de la nariz —. Podría confundirlo con un jadeo y entonces me lanzaré sobre ti inmediatamente.

—Pareces muy necesitado.

—No sabes cuánto.

Ella entornó los ojos y su expresión cambió dejando a un lado la hilaridad. Se apartó y se incorporó para sentarse sobre sus pies.

—Dios, no —negó él tapándose los ojos —. Está claro que quieres matarme.

Caroline no sonrió.

—¿Soy normal, James?

Él frunció el ceño sin comprender.

—¿Qué quieres decir? Claro que eres normal.

Ella entornó los ojos para mirarlo con fijeza.

—¿Todas las mujeres son como yo? ¿Disfrutan tanto de esto?

James sonrió con ternura.

—No.

—Entonces no soy normal.

—No, en esto no eres normal.

—Sabía que había algo malo en mí.

—No hay nada malo en ti —dijo y estirando el brazo la agarró de la mano y tiró de ella para que cayera sobre su cuerpo —. Eres apasionada. Algunas mujeres lo son.

—Pero no es lo normal —dijo frunciendo la nariz.

—Bueno, según mi experiencia, creo que el hombre tiene mucho que ver en eso.

—¿El hombre?

—Sí. Las destrezas amorosas no se presuponen. Hay hombres que no saben darle a su mujer lo que ella necesita.

Caroline se quedó unos segundos pensativa, tras lo cual volvió a sentarse sobre sus pies para mantener las distancias con él.

—¿Con cuántas mujeres has estado? — preguntó.

Esa pregunta no se la esperaba.

—¿Quieres que te dé un número?

Ella asintió y él siguió mirándola con interés.

—No lo sé —confesó—. Nunca he llevado la cuenta.

—Y piensas seguir haciéndolo con otras, a pesar de... esto — dijo señalando la cama.

—Estaré lejos durante bastante tiempo. — Parecía confuso.

—¿Por qué los hombres podéis hacer eso y nosotras no? A mí también me gusta. Mucho. Y aun así tendré que esperarte.

Se bajó de la cama y buscó su camisón para ponérselo.

—Deberías vestirme —dijo lanzándole la camisa a la cara.

James se levantó rápidamente y fue hasta ella abrazándola por la espalda. Caroline sintió su erección allí donde no hacía mucho él tenía su mano.

—¿Qué ocurre? ¿Te importa que haya otras? — La giró hasta tenerla de frente —. Tú serás mi única esposa.

—Qué honor.

—¿Qué ocurre, Caroline? ¿De qué va esto? No lo entiendo.

—¿Cuando estés en casa tampoco me respetarás? Necesito saber si voy a ser el hazmerreír de todo el mundo.

—Claro que te respetaré.

—Pero no cuando estés lejos.

—¿Quieres que sea célibe? ¿Y si tardo un año o más en volver?

Ella apretó los labios mirándolo con fijeza.

—Tienes razón, ¿por qué habríamos de esperar?

—¿Habríamos? —La soltó y de repente su propia desnudez le resultó de lo más incómoda.

Miró a su alrededor para buscar sus pantalones y se los puso rápidamente.

—No hablas en serio —dijo tosco.

—Sí hablo en serio. El nuestro no es un matrimonio como los demás. En ningún aspecto. Ni para ti ni para mí. Yo no te amo y tú a mí tampoco, no tenemos por qué guardarnos fidelidad.

—Los matrimonios de conveniencia también han de respetar unas reglas.

—Pero las reglas deberían ser iguales para los dos, ¿no crees?

—Yo soy un hombre.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Podrías quedarte embarazada — dijo perplejo.

—No deberíamos habernos casado — masculló ella sacudiendo la cabeza —. ¿En qué estaba pensando?

Buscó la bata para ponérsela. Quería salir de la habitación, necesitaba pensar y con él allí no iba a poder. James la cogió del brazo al ver que se dirigía a la puerta.

—¿Qué haces? —le espetó ella—. ¡Suéltame!

—¿Adónde vas?

—Adonde quiera. ¿O es que tampoco puedo salir de la habitación?

—No, no puedes irte de este modo. Acabemos esta conversación para que podamos continuar con... lo que sea.

—¿Lo que sea? ¿Piensas que voy a dejar que me toques sabiendo que no tendrás problema en meterte dentro de otra?

—¿A qué viene esto? Creía que los dos teníamos clara la situación, Caroline. Este no es un matrimonio por amor, nos va bien en la cama y somos buenos amigos, nada más. No tienes derecho a pedirme nada por qué nada te prometí.

Ella empalideció y su corazón se saltó un latido.

—Tienes razón —dijo asintiendo—. No sé qué me ha pasado, disculpa.

—No tienes que disculparte.

—Por supuesto que sí. —Su expresión era la de alguien que descubre que ha perdido el juicio —. Bajaré a prepararme una infusión y reflexionaré sobre mi comportamiento. Lo siento mucho.

—Caroline. —La detuvo y cuando se volvió le lanzó la bata —. Ese camisón es demasiado transparente.

Ella se la puso rápidamente y salió de la habitación dejándolo tan desubicado que apenas fue capaz de encontrar el camino de vuelta a la cama.

Capítulo 29



Caroline preparó el agua del té, aunque para un espectador externo parecía haberse propuesto comprobar cuántas cosas era capaz de golpear sin que se rompiesen. Una vez llegó a sus manos la primera taza el propósito quedó suspendido y la taza hecha añicos la miró lastimosa desde el suelo. Recogió los pedazos rezando porque no fuese un recuerdo importante para Frances y una vez hubo limpiado todo y estuvo sentada frente a la humeante taza ya no tuvo excusa para seguir evitándose a sí misma.

—En serio, debo de estar loca como una cabra — susurró —. ¿A qué ha venido eso? Menuda manera de cargarme mi noche de bodas. A ver cómo hago ahora para retomar las cosas donde las dejamos. ¡Dios! Es que no puedo ser más estúpida. Como si no supiera lo que es esto. ¡No estamos enamorados! ¿Qué me importa a mí que quiera disfrutar del lecho con otras mujeres? ¿Y cómo se me ocurre decir que yo haría lo mismo? Como si eso no pudiera tener consecuencias. Claro que para esas otras mujeres también podría tenerlas, ¿no? Quizá hay algo que yo no sé... Seguro que hay algo que yo no sé. De hecho, hay demasiadas cosas que no sé.

Frunció el ceño con desagrado. No le hacía especial ilusión que su esposo tuviese hijos por medio mundo. Desechó esa idea rápidamente, James no haría eso, era demasiado responsable. Además Edward era su amigo y él sabía lo difícil que había sido su vida por no tener una familia estable. Su ceño se marcó aún más y se mordió el labio reflexiva. Debía de haber algún modo de evitarlo y seguro que James lo conocía. No es que ella quisiera evitar quedarse embarazada, por supuesto que no. Sonrió y se tocó la inexistente barriga pensando que eso podría estar sucediendo en ese mismo instante. Quería tener hijos, muchos hijos. De sus hermanas era la única que siempre quiso tener una familia numerosa. Le encantarían tres niños y tres niñas... Aunque, el hecho de que tuviesen que salir de dentro de su cuerpo no le hacía tanta ilusión. Su sonrisa se ensanchó al pensar en Katherine y en Emma. Se imaginó a sí misma sentada en el salón hablando de las molestias de su embarazo y recibiendo los consejos de las dos primerizas madres y su pecho se inflamó de amor. Las había echado muchísimo de menos en ese día. Ojalá

hubiesen podido asistir a la boda. La boda. Miró la taza de té y después de unos segundos se decidió a dar el primer sorbo. Su noche de bodas y estaba allí, sola en la cocina, tomándose un té. En lugar de...

—Está claro que me he vuelto loca, pero loca de atar. No me extraña que se haya enfadado. Aunque no parecía enfadado, más bien sorprendido. Supongo que no se esperaba haberse casado con una loca. Subiré y le pediré perdón. Seguro que puedo arreglarlo y continuar con nuestra... noche.

No se movió, al contrario, apoyó los codos en la mesa y se aguantó la cara con las manos mirando fijamente el humo que se elevaba desde la taza.

—¡Uy! Niña, ¿qué haces levantada a estas horas? — Frances entró en la cocina con intención de prepararse un té —. Y esta noche, nada menos. ¿Todo va bien?

Caroline se sonrojó inevitablemente y asintió.

—Me he despejado y creí que algo caliente me sentaría bien.

—Ya veo —dijo poniendo el agua en el fuego.

—¿Y usted?

—Oh, yo me desvelo a menudo, tengo el sueño ligero y me despierto con cualquier cosa.

—Espero no haber sido yo la causante esta vez.

—Me inclino a pensar que los ronquidos de mi marido tienen más peso en este caso. — La miró con una enorme sonrisa.

Terminó de preparar el té y llevó la taza a la mesa, sentándose frente a ella.

—Me gusta estar aquí. Es reconfortante este espacio, ¿no te parece?

Caroline asintió.

—Mi madre siempre dice que en la cocina se oculta el alma de la casa.

—Pienso lo mismo.

Caroline bebió un sorbo de su bebida sin dejar de mirarla con curiosidad. Frances sonrió animándola a hablar.

—Su matrimonio fue concertado...

—Sí, Thomas y yo no nos amábamos como James y tú.

Si supiera lo equivocada que está, pensó Caroline sin mover un músculo.

—Nuestros padres organizaron nuestro enlace cuando éramos apenas unos niños.

—Debió de ser difícil, aunque está claro que al final resultó bien — dijo sonriendo con afecto.

Frances bebió un sorbo de té antes de responder.

—Pues lo cierto es que sí lo fue, sobre todo para mí. — La miró unos segundos como si estuviese sopesando qué contarle —. No he hablado de esto con mucha gente. La prima Rachel y mi esposo, nada más. En aquel entonces yo estaba muy enamorada de otro joven.

Caroline abrió los ojos enormemente y Frances no pudo evitar reírse de su sobresalto.

—Pero... ¿Cómo...? ¿Y usted...? — ¿Es que no iba a acabar ni una frase?

—¿Quieres que te cuente la historia?

—Me encantaría escucharla — dijo asintiendo vehementemente.

Frances no necesitó más.

—Conocí a Harvey cuando yo tenía quince años, era una niña aún en cuanto a experiencias, pero ya empezaba a fijarme en los muchachos con otros ojos. Él era fuerte, guapísimo y muy

divertido y tuve la suerte de que se fijara en mí. Su familia estaba bien situada, lo bastante como para que mis padres me permitiesen saludarle y charlar un poco al salir de la iglesia. — Sonrió —. Por aquel entonces mi mejor amiga era Rachel. Desde niñas fuimos inseparables, pasaba más tiempo en mi casa que en la suya propia.

Caroline desvió la mirada al recordar a Edwina.

—Me enamoré perdidamente de él — siguió Frances, ajena a sus pensamientos —. Nos encontrábamos a escondidas e imaginábamos que pasaríamos el resto de nuestra vida juntos. Ya sabes, sueños de juventud. Pero las cosas no iban a ser como nosotros pensábamos y al cumplir los dieciséis mis padres me dieron la noticia de mi compromiso con Thomas Crawford, un joven al que ni siquiera había visto una vez. Como imaginarás, se me cayó el mundo encima. Creo que no he llorado tanto en toda mi vida como en aquellos días. No hacía otra cosa más que llorar. Me imaginaba un hombre feo y aburrido, uno que no era capaz de encontrar una joven que de verdad deseara casarse con él. Sabía que tenía veinticuatro años, ocho más que yo, lo que a esa edad me pareció demasiado. Sí, no te rías, ya te he dicho que ni siquiera lo había visto nunca, solo mi padre lo conocía. Yo era una hija obediente y respetuosa, pero desde el momento en el que supe cuál sería mi destino no hice más que buscar el modo de librarme de esa condena tan injusta.

—¿Cómo se llamaba él?

—Robert.

Caroline sonrió, era un nombre muy común.

—Le dije que debíamos escaparnos, ir a Gretna Green y casarnos antes de que fuese demasiado tarde. Él se asustó, o no me quería tanto como yo pensaba, pero lo cierto es que me dijo que no, que esa no era la manera en la que él hacía las cosas y que yo debía acatar los deseos de mi padre o más tarde lo lamentaría. Le dije cosas horribles que sé que le hicieron mucho daño y aguantó estoicamente mi arrebato. Rachel fue la única que supo lo que yo estaba sufriendo. Estuvo a mi lado durante el proceso de duelo y me ayudó a superarlo. Resultó que Thomas Crawford no era ni feo ni aburrido y, mucho menos, viejo. Era un joven apuesto y risueño que había heredado una mina y tierras y quería una esposa para formar una familia. Así me lo dijo cuando lo conocí. También me dijo que no se casaría conmigo contra mi voluntad, que si después de un año pensaba que no sería feliz con él debía decírselo. No quería escuchar lamentos ni quejas en su casa.

—¿Se enamoraron?

Frances negó con la cabeza.

—Nos vimos muy poco ese año, pero aunque no lo amaba sí me resultaba muy agradable estar con él.

—¿Y qué pasó con Robert?

—Un año después de mi boda se casó con la prima Rachel — dijo sonriendo al ver su cara de sorpresa —. Sí, era ese Robert.

—¿Y usted no se sintió...?

—¿Traicionada? —Negó con la cabeza —. Tenía derecho a hacer su vida, yo me había casado con otro.

—Pero ¿cómo se acercó a la prima Rachel?

—Cuando yo me marché, Rachel se quedó muy sola, ya te he dicho que estábamos muy unidas. Ella dice que eran dos almas solitarias que tenían algo en común: a mí. — Sonrió con

ternura —. Y se enamoraron. Algo parecido a lo que nos pasó a Thomas y a mí.

Caroline asintió pensativa.

—No tiene nada que ver con lo que te pasó a ti — aclaró Frances —. Lo que te hicieron esos dos fue una crueldad y no merecen tu perdón, aunque, si me aceptas un consejo, yo te diría que los perdonaras. No por ellos, sino por ti. Cargamos con nuestras emociones, ya sean buenas o malas. Es mejor que las malas las desechemos cuanto antes y así dejar espacio para las más satisfactorias, ¿no crees?

—Creo que ya no les odio —reconoció serena —. Esa emoción se ha ido diluyendo desde que estoy aquí.

—Me alegro. —Le dio unos golpecitos en la mano con cariño.

—¿Y cuándo supo que amaba a su esposo?

—Fue algo extraño, ¿sabes? — dijo mirándola con fijeza, pero con un velo reflexivo en su mirada —. Thomas dice que construimos la casa empezando por el tejado y que tuvo que sostenerse en el aire durante un tiempo, hasta que fuimos capaces de colocar los cimientos. Creo que es la mejor alegoría que podría hacerse de nuestra relación.

—¿Quién fue el primero en darse cuenta de que algo había cambiado? — preguntó con mucha curiosidad.

—Yo. —Sonrió—. Las mujeres tenemos un sexto sentido para el amor. Fueron pequeños detalles, pero que saltaban a mis ojos como luces de colores. Una mirada, una caricia inesperada. Una pregunta nerviosa... Seguro que me entiendes. Tú y James os conocéis desde siempre y, mírate, ahora eres su esposa.

Caroline volvió a sonrojarse y se preguntó cuántos años tendría que esperar para que su cuerpo dejase de traicionarla de un modo tan estúpido.

—¿Y no resultaba violento ver a Robert y a la prima Rachel juntos?

—Al principio, sí. Sobre todo, si Thomas estaba presente.

—¿Él sabía?

Frances asintió con la cabeza.

—A todo se acostumbra uno — sonrió —. Al final se hicieron buenos amigos. Los dos eran buenas personas y esas cosas acaban por resolverse.

—Tengo entendido que tuvo un accidente al caer del caballo.

—Así es. Se rompió el cuello y quedó tirado en la hierba hasta que lo encontraron horas después. Rachel quedó destrozada, como puedes imaginar, y con tres hijos pequeños no podía permitir que se quedase sola.

—Y vinieron a vivir a Berksham. Me consta que todos la quieren mucho en esa familia.

—Es como una hermana para mí y sus hijos son como el mío. Yo no tengo hijas y mis sobrinas compensaron un poco esa falta, aunque Robert era el que más horas pasaba aquí.

—Porque era el mejor amigo de James.

—Así es.

—Pobre prima Rachel. —Se lamentó Caroline —. Quedarse viuda siendo tan joven y con tres hijos que criar.

—Siempre fue una mujer fuerte y supo afrontar su desgracia sin convertirse en una amargada. Suele decir que no sirve de nada atormentarse por el pasado, y tiene razón.

Caroline asintió y bebió un sorbo de su taza con los recuerdos de ese pululando por su cabeza. El día en que conoció a Edwina en la clase de la señorita McCrudden. Lo tímida y apocada que era por ser hija única. Enseguida decidió que sería su mejor amiga. Con aquellos rizos perfectos y una mirada entre inquieta y curiosa, le gustó de inmediato. ¿Se enamoró Edwina de Nathan sin buscarlo? Llegaron a su mente imágenes y detalles que iban en esa dirección. Ella no había prestado la suficiente atención y por eso no los vio, pero estuvieron allí todo el tiempo. Cómo se reían juntos, que ella siempre estuviese de acuerdo con él. Los halagos corteses de Nathan hacia su vestimenta o que hiciese a menudo hincapié en que sus comentarios eran de lo más acertados... ¿Por qué no se fijó en nada de eso? Entornó los ojos reflexiva. Estaba clara la respuesta: porque no le importaba.

—El amor es complicado y extraño, tiene unas reglas difíciles de predecir y entender — dijo Frances en voz alta —. Recuerdo que cuando me di cuenta de que amaba a mi esposo fue como si lo viera por primera vez. Una sensación mágica, diría yo. Supongo que es diferente cuando te casas enamorada y todo sigue su curso normal. Yo lo descubrí poco a poco y de pronto estaba allí, ante mí y el corazón me explotaba de emociones y sentimientos abrumadores.

Caroline se sintió perturbada, era como escuchar a su propio cerebro expresando lo que ella había sentido esa misma noche.

—Será mejor que suba —dijo poniéndose de pie —. James podría despertarse y...

—Claro, claro, ve.

Caroline se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por contármelo —dijo con cariño.

La otra la miró emocionada y asintió con la cabeza. Cuando se quedó sola en la cocina, su corazón estaba henchido de felicidad con la certeza de que James no podía haber elegido mejor.

* * *

James cerró la ventana, ya se había refrescado bastante y Caroline no regresaba. Pensó en bajar a buscarla y arrastrarla hasta esa cama deshecha que parecía estar burlándose de él. Se puso las manos en la cintura con actitud pensativa y después de unos segundos de impaciencia se dejó caer en el lecho cuan largo era. ¿Qué narices había pasado allí? Todo iba como la seda. Seda... ¡Dios! Nunca había tocado nada tan deliciosamente suave como su piel. En especial la de sus pechos y la de... La sentía en la punta de los dedos y en los labios. Se sentó en la cama, de nuevo excitado.

—Esto no es saludable —dijo mirando hacia abajo para contemplar su prominente erección.

Miró hacia la puerta imaginando que se abría y aparecía su esposa al fin, pero por mucha insistencia con que la mirara la puerta ni se inmutó.

—Maldita sea —masculló entre dientes —. ¿Quién quiere un té en esta situación? Un *whisky* sí me iría bien para calmarme.

Se colocó los pantalones de manera que le resultase menos molesto y apoyó las manos en la cama recostándose un poco hacia atrás. ¿A qué había venido todo aquello? Estaba claro que disfrutaba con lo que él le hacía.

—Ya lo creo que disfruta —musitó —. Nunca había visto a una mujer disfrutar de ese modo. Es como si estuviese hecha para el amor...

¿Amor? Se sentó erguido. ¿Amor? Allí no había amor de ninguna clase. Esa emoción no entraba en sus planes, estaba prohibida. El amor lo complicaría todo. Haría su partida insoportable, su ausencia insoportable. No, de ningún modo había nada de amor en eso. Solo era placer y deseo. El mismo placer que podría disfrutar con una prostituta. Igual. Exactamente el mismo. Su corazón se aceleró vertiginosamente y su respiración se agitó también haciéndose dificultosa. Iba a marcharse, pronto. La dejaría en aquella casa, con sus padres. ¿O era mejor que volviese a Harmouth con su familia? Allí estaría menos... sola. Se puso de pie y comenzó a pasear por la habitación para calmar sus nervios. Se llevó la mano a la cabeza y tiró del pelo hacia atrás. Pensar en marcharse le supuso de repente un suplicio. Movi6 la cabeza ansioso. ¿Cuánto tiempo tardaría en volver? ¿Cómo podría soportar estar lejos de ella? De esos labios. De su cuerpo... Bufó con fuerza y se detuvo. No deberían malgastar ni un segundo del tiempo que tenían. No deberían salir de esa habitación hasta que no les quedase ni un ápice de piel que descubrir. Hasta que estuviesen tan exhaustos que desearan descansar el uno del otro. Sonrió con sarcasmo, ¿descansar? Jamás se cansaría de ella, estaba seguro. Cada vez que la tomaba lo hacía más suyo.

—¡Dios Santo! —exclamó asustado —. ¿Qué me está pasando?

Se sentó de nuevo en la cama y se cubrió la cara con las manos.

—No, no, no, no, no —musitó imparable.

* * *

Caroline entró en el dormitorio con timidez, se sentía como cuando era niña y se disponía a confesarle una travesura a su madre. Lo encontró sentado en la cama, de espaldas a la puerta y se acercó, pero quedándose detrás para no verle la cara.

—Siento lo que ha ocurrido — dijo en voz queda —. No sé qué me ha pasado. Supongo que han sido muchas emociones. Por supuesto que puedes estar con quien quieras cuando te marches y no te reprocharé... nada. En cuanto a mí... me comportaré como es debido, no te pondré en evidencia ni me arriesgaré a... bueno, ya sabes, a quedarme... embarazada de otro.

James sintió que una espada le rebanaba el corazón y luego hacía picadillo. Se levantó y sin decir nada fue hasta ella, la rodeó con sus brazos y la besó. Caroline sintió que ese beso era diferente, más sentido, más intenso. Era un lamento y una súplica y respondió a él desde las entrañas con todo su ser. Él gimió contra su boca con una abrumadora sensación de pérdida. Pérdida de sí mismo, de su verdadero yo. En aquel momento se estaba entregando y no quería hacerlo, quería resistirse, pero ella lo subyugaba, lo anulaba por completo. Quiso maldecirla, pero de su mente solo salían bendiciones. Quiso dominarla, pero estaba completamente rendido ante ella. La besó más profundo e intenso y se movió sin saber a dónde iba hasta que la espalda de su esposa chocó contra una pared. Se apretó contra ella sin dejar su boca, mientras sus manos la buscaban, la reconocían como suya. Caroline se sentía embriagada y presente, muy presente. Lo deseaba tanto que le dolía el alma. Cuando él metió las manos bajo su camisón y la tocó su cuerpo estalló en llamas y su cerebro colapsó sin remedio. Lo deseaba de un modo tan atroz que se habría asustado de poder pensar en ello. James le quitó el camisón y cogió sus pechos con firmeza, los acarició y después los torturó con su lengua y sus labios. Era presa de una desesperación desconocida, sintió deseos de llorar y de gritar cuando ella lo despojó de sus

pantalones. Segura y resuelta, con una mirada que no dejaba lugar a dudas. Lo deseaba todo de él y supo que no había esperanza para ninguno de los dos. Agarró sus nalgas y la elevó hasta tenerla a la altura necesaria y la penetró sin dejar de mirarla. Quería que lo supiese, aunque no iba a decírselo. Jamás se lo diría y tampoco quería oírlo de ella.

—Quiero atravesarte sin freno — musitó contra su pelo —, y acunarte en mis brazos como a una niña. Quiero hacerte suplicar y después darte tanto placer que no puedas pensar en otra cosa que no sea esto. — Se movió dentro de ella.

Caroline agarró su cabeza mirándolo a los ojos con fiera.

—Quiero volverte loco —su voz sonó intensa y sensual —, montarte como un caballo salvaje y arrastrarte al abismo conmigo. Quiero que me desees tanto que no puedas comer ni dormir ni pensar en otra cosa que no sea mi cuerpo, mi boca... — Pasó la lengua por encima de sus labios —. Tú, dentro de mí.

James gimió escondiendo la cara en su pelo y aceleró las embestidas haciéndola subir con cada una de ella y llevándola cada vez más alto.

—No pares —pidió ella sin voz—. Dios mío, no pares nunca...

Los dos alcanzaron la cima en el mismo momento y cualquier cosa que hubiesen sentido hasta ese momento quedó reducida a cenizas. Y lo supieron, aunque no lo dijeran, lo supieron. Una sensación desconocida y familiar a la vez. Un anhelo que permanecería escondido en un lugar recóndito a la espera de ser desvelado. Una palabra prohibida que no pronunciarían, pero que a partir de ese momento se convertiría en su mayor castigo.

Capítulo 30



—¿Lo tenéis todo, niñas? —La baronesa miraba a sus hijas pequeñas que asintieron firmemente antes de subir al carruaje.

—Elizabeth podría venir en nuestro coche — sugirió Caroline —. Así iríais más anchas y en el nuestro hay sitio de sobra.

Su tía miró a Meredith interrogadora y la baronesa asintió.

—Como deseas. Tú decides.

—¿De verdad no os importa? — preguntó Elizabeth y aceptó la sonrisa de James como repuesta.

La comitiva se puso en marcha hacia Netherfield y los Crawford los despidieron con la mano. En cuanto llegó el aviso del nacimiento del bebé de Katherine y Alexander todos se pusieron manos a la obra para organizar el viaje.

—¿Crees que papá está decepcionado porque no lo hayan llamado Frederick? — preguntó Caroline a su tía, sentada a su lado.

James iba situado frente a su esposa y miraba por la ventanilla con expresión circunspecta.

—En absoluto —respondió Elizabeth —. Está encantado con que hayan elegido Andrew, dice que es un nombre regio. Tu padre no valora demasiado esa clase de tradiciones, ya lo sabes. Es un hombre pragmático.

Caroline asintió sonriente, estaba totalmente de acuerdo.

—¿Vosotros habéis pensado nombres para vuestros futuros hijos? — preguntó Elizabeth.

James miró a Caroline con sobresalto.

—Aún es pronto para pensar en eso — dijo ella fingiendo naturalidad —. Ya habrá tiempo.

—Por supuesto.

—Estoy muy emocionada por verlas — dijo Caroline asegurándose de que cambiaban de tema —. Supongo que Emma también estará allí.

—Seguro. No creo que Edward haya podido convencerla de no ir, aunque en su estado debería estarse quietecita en casa. Aún le falta más de un mes, no es cuestión de que el parto se adelante a estas alturas.

—Haddon Castle está muy cerca de Netherfield. Aquí no podían venir porque eran muchas horas de viaje y no era seguro para el bebé.

Elizabeth asintió al tiempo que miraba a James. No parecía tener ganas de participar en la conversación. Había notado un cambio en el flamante matrimonio. Durante el desayuno se habían mostrado excesivamente alegres cuando sus ojos no parecían partícipes de dicha alegría. Y James había ido entrando en un mutismo que no parecía tener visos de acabar próximamente.

—Supongo que para vosotros este viaje habrá resultado una molestia — dijo indagando.

—¡Oh, no! —Aseguró Caroline—. Estoy deseando ver a ese niño.

James no movió un músculo y siguió con su observación el paisaje. Elizabeth se dio mentalmente por vencida y las dos mujeres pasaron las siguientes horas charlando de temas variados e intrascendentes con periodos más o menos largos de silencio en el que cada una pensó en sus propios asuntos.

* * *

—Es la cosa más bonita que he visto en mi vida. — Caroline sostenía en brazos a su sobrino y jugueteaba con los diminutos deditos del bebé completamente rendida de amor —. ¿Cómo puede ser tan precioso?

—Se parece a su madre —dijo Alexander con cara de felicidad, sentado en la cama, al lado de su esposa, en actitud relajada.

—Es cierto, tiene tus ojos. — Apoyó su hermana.

—Los labios son de Alexander — dijo Katherine.

Los papás se miraron emocionados, y Caroline le sonrió a Emma con complicidad.

—Pronto tendrás uno igual — dijo.

—Igual, igual no —respondió la mayor de las Wharton sin apartar la mirada del bebé. ¿De verdad son así de grandes?

Katherine comprendió enseguida lo que estaba pensando.

—Tranquila, todo irá bien.

—¿Cuántas horas ha durado? — preguntó la embarazada con evidente temor.

Katherine miró a Alexander interrogadora.

—Unas seis desde que empezó — dijo él —. La señora Higgins dice que nunca había asistido a un parto tan rápido. Los síntomas suelen empezar entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas antes, pero Katherine no tuvo ningún aviso hasta ese momento.

—Tuve suerte de que la partera no estuviese atendiendo a otra mujer, si no, habríamos tenido que apañarnoslas solos.

Todos miraron al bebé con el que Caroline seguía jugando.

—¿Por qué no vas a ver a James y a Edward? — animó Katherine a su esposo —. Seguro que están hablando de cosas de hombres.

—Queréis que os deje solas, ya veo — dijo su esposo poniéndose de pie sin hacerse de rogar.

Cuando hubo salido de la habitación las dos hermanas mayores miraron a Caroline expectantes.

—¿Qué? —preguntó ella y enseguida volvió a poner toda su atención en la criatura —. En serio, este niño es lo más bonito...

—Deja a Andrew en su cunita, que lo vas a malacostumbrar — ordenó su madre —. Es lo que más me ha repetido la madre de Alexander desde que me quedé embarazada. Quiero poder dormir por las noches, así que déjalo un rato y siéntate para que podamos hablar.

Caroline obedeció a regañadientes y después se sentó a los pies de la cama dispuesta a soportar el interrogatorio. Las dos mayores la miraban expectantes.

—¿Qué?

—¿Cómo ha sucedido esto? —preguntó Emma.

—¿A qué te refieres?

—¿A qué me refiero? —Emma miró a Katherine incrédula —. Que a qué me refiero, dice.

—La boda, Caroline —aclaró Katherine, aunque estaba segura de que no hacía falta.

—Ah, eso. Pues, no sé cómo explicarlo. Sucedió sin más.

Emma se echó a reír y Katherine movió la cabeza sin apartar la vista de su hermana recién casada.

—Nos pareció una buena idea a los dos, después de...

Emma dejó de reír y las dos la miraron con mucha atención. Caroline se dio cuenta de que no tenía sentido retrasarlo más.

—Lo hicimos antes de estar casados.

—¿Que lo hicisteis? —Katherine abrió los ojos sorprendida.

Caroline asintió y Emma volvió a reír a carcajadas.

—¿De qué te ríes? —preguntó Katherine sin dar crédito —. Mamá se muere si se entera.

—Entonces no se lo diremos — dijo Emma sin dejar de reír —. No me lo puedo creer. ¿De verdad James ha sido capaz de...? En serio, no me lo puedo creer. Debe estar muy enamorado si has conseguido que deje a un lado su estricto código de conducta.

—No es propio de James —afirmó Katherine.

—¿Y de mí sí? —Caroline no sabía si debía ofenderse.

—Pues no, tampoco —negó Katherine —, pero es que James... Emma tiene razón, debe estar muy enamorado de ti.

—Pues os equivocáis, el nuestro es un matrimonio de conveniencia. No nos amamos.

—¿Cómo que no os amáis? —preguntó Katherine.

—Bueno... —Caroline las miró alternativamente y sus ojos se llenaron de lágrimas sin que pudiera impedirlo —. En realidad, no sé...

Rompió a llorar y Emma se levantó lo más rápidamente que pudo para acercarse a ella y abrazarla.

—Estás muy gorda —sollozó Caroline al ver lo que le costaba rodearla con los brazos.

—Vaya, gracias —dijo la otra acariciándole el pelo.

Katherine miró a Emma con complicidad y la dejaron llorar hasta que se calmó.

—Está claro que lo necesitabas — dijo Emma cuando volvió a sentarse.

Caroline asintió limpiándose la humedad de la cara con el pañuelo que le dio Katherine.

—Necesitaba hablar de esto con alguien, pero no tenía con quién. — Las miró compungida —. He estado muy asustada.

—¿Asustada por qué? —preguntó la mayor de las Wharton.

—¡No soy normal! —exclamó y después se mordió el labio mirando a Andrew para asegurarse de que no lo había asustado —. No soy normal — repitió en voz baja —. Me gusta mucho... eso.

—¿Eso? —Katherine tenía el ceño muy fruncido.

—Hacerlo. Antes de casarnos ya lo deseaba. Desde que me besó no pude dejar de pensar en ello.

—¡Vaya! —exclamó Emma—. Esto sí que no me lo esperaba.

—¿A vosotras no os gusta?

Las otras dos se miraron y asintieron.

—Pero no tanto como a mí —dijo Caroline desviando la mirada, mortificada.

—A mí me gusta mucho, pero amo a Edward profundamente. No creo que pudiera hacerlo con alguien que no fuese mi marido.

—Ni yo —afirmó Katherine.

—¿Lo veis como no soy normal? Yo deseaba a James, aunque no lo amaba. Hasta el punto de poner en peligro mi honra.

—O sea que James se ha casado contigo para protegerte — dijo Emma asintiendo —. Eso encaja mejor con él.

—Desde luego —corroboró Katherine.

—¿De verdad eso es lo único que os importa? ¡Os estoy contando que tengo un problema muy grave!

—No es grave —negó Emma—. Ni siquiera es un problema. Te gusta hacer el amor con tu esposo, eso no puede ser malo, lo mires por donde lo mires.

—Además —añadió Katherine—, has dicho que «no lo amabas». En pasado.

—Por eso nos casamos.

—¿Porque no lo amabas?

Caroline asintió.

—¿Qué significa eso? —preguntó Emma —. Expílicate de una vez porque no estamos entendiendo nada.

La novia resopló impaciente.

—Está bien, os lo contaré todo, pero dejadme hablar, ¿de acuerdo? Y quitad esas caras. — Esperó a que las dos adoptaran una expresión indiferente —. Ninguno de los dos quería una relación basada en el amor. Él es oficial del ejército y estará siempre lejos y en peligro, y yo no quería vivir permanentemente en espera, ansiosa y triste sin saber si mi esposo volvería sano y salvo a casa. Así que James no era en absoluto el hombre del que me iba a enamorar.

—Como si eso pudiésemos controlarlo — dijo Emma, que jamás pensó que Edward conquistase su corazón como lo hizo.

—Yo sí podía —afirmó la novia rotunda —. De hecho, lo hice. No amaba a James y por eso acepté casarme con él. Por eso y por lo otro que ya os he dicho.

¿En serio iba a sonrojarse cada vez que lo mencionara?

—¿Y él? —preguntó Katherine interesada.

—Él siempre dijo que no se casaría mientras estuviese en el ejército — respondió Emma, que había hablado de eso con él alguna vez —. Decía que no quería dejar atrás a una familia, que era injusto para ellos, pero en el fondo creo que temía que eso lo debilitara.

Caroline asintió.

—Así es. Sería mucho más difícil para él enfrentarse a los peligros a los que estará expuesto si ama a alguien, si tiene una familia que depende de él y que sufrirá si le ocurre algo.

Emma asintió.

—Pues es una suerte que no os amarais, ya que disfrutáis tanto en la cama.

—¡Emma! —Katherine se echó a reír.

—No seas mojigata —dijo Emma—. Ni que tú no disfrutaras. Pero Caroline, todo esto no explica por qué te has puesto a llorar.

—Es que ayer pasó algo.

—¿Te refieres a la boda?

—Me refiero a la noche de bodas. — Hizo una pausa elocuente —. Después de... ya sabéis, discutimos porque dijo que pensaba estar con otras mujeres cuando estuviese lejos.

—¿Qué? —Katherine la miró con disgusto —. ¡Cómo no vas a enfadarte! Si Alexander me diese algo así...

—Ellos no se aman —le recordó Emma.

—Vale, sí, es cierto —respondió Katherine —. Supongo que en tu caso es distinto.

—Pues al parecer no lo es, porque perdí la cabeza y dije cosas muy estúpidas, como que yo también estaría con otros hombres.

—Y supongo que a James no le hizo gracia la idea de ser el padre de un hijo que no sea suyo.

—Pero qué bruta eres, Emma — dijo Katherine.

—Tiene razón —afirmó Caroline—, fue una estupidez, pero estaba tan enfadada que habría dicho cualquier cosa.

Emma la miró con fijeza.

—Estás enamorada. Por eso las lágrimas.

Caroline asintió, desvió la mirada hacia la cunita de Andrew y sus ojos volvieron a humedecerse.

—Mi vida será un infierno cuando él se vaya, justo lo que no quería que me pasara.

Sus dos hermanas comprendieron la angustia que sentía y se miraron conscientes de lo afortunadas que eran.

—¿Y él? —preguntó Emma—. ¿Qué dijo cuando le confesaste lo que sentías?

Caroline negó con la cabeza.

—Tienes que decírselo.

—No. Primero porque él no siente lo mismo y segundo porque eso haría que se preocupase por mí. Ya le conoces.

—¿Cómo estás tan segura de que él no te ama? — preguntó Katherine —. Si a ti te ha pasado, quizá a él también.

—No es posible —musitó Caroline limpiándose las lágrimas y mirándolas con determinación —. No pensaría en estar con otras si me amara. No hay duda de que no me ama y es mejor así. Mucho mejor.

—¡La amo! ¿Os dais cuenta? ¡La amo irremediablemente!

Sus dos amigos lo miraban muy serios. Sabían bien lo que eso significaba para él y ninguno tuvo ganas de burlarse.

—Sé lo que piensas —dijo Edward—. Pero no es propio de ti ser un cobarde.

—Es justo lo que necesitaba oír para animarme.

—No pretendo animarte, pretendo que afrontes las cosas como vienen porque no hay más remedio. Te he visto poner tu vida en riesgo para salvarme y enfrentarte a enemigos armados cuando habías perdido tu espada. ¿Y te da miedo sufrir por amor?

—Nunca quise esto —dijo entre dientes mordiendo cada palabra—. Nunca lo quise, maldita sea. ¿Es que no puedo tener el control de mi vida?

Se puso de pie furioso.

—Ahora, cada vez que me enfrente a esas situaciones que has descrito la tendré a ella presente, lo que he dejado atrás y a dónde quiero volver. ¡Caroline me hace débil!

Edward sonrió burlón y se puso de pie también.

—¿Y? Pues te aguantas. Es lo que hay. — Se encogió de hombros—. Deja el ejército, en unos meses vence tu contrato. Vende tu rango y dedícate a llevar los negocios de tu padre como él siempre quiso. Vive una vida tranquila con tu esposa y ten hijos. No me vengas con monsergas.

—Amo mi profesión y lo sabes. Servir a mi país siempre ha sido mi vocación.

—No se puede tener todo en la vida —dijo Alexander—. Tienes que elegir: Caroline y el ejército, aunque sufráis los dos...

—O dejas el ejército y vives una vida tranquila con Caroline —repitió Edward.

—Es una Wharton —afirmó Alexander—, si te ama será capaz de soportarlo.

—Claro que me ama —musitó malhumorado—. Y ese no era el trato.

—¿Hicisteis un trato? —Edward no sabía si reírse o lanzarlo por la ventana.

—Mira que somos complicados —dijo Alexander moviendo la cabeza—. ¿Os dais cuenta? La gente tiene una vida mucho más sencilla que la nuestra.

Los otros dos lo miraron pensativos.

—¿Tú crees? —preguntó Edward no muy convencido.

—Los soldados se casan —siguió Alexander.

James asintió. Él lo sabía bien. De hecho, tenían que pedir un permiso para ello porque había un cupo, así que se casaban menos de los que querían hacerlo.

—Son unos inconscientes —dijo convencido—. Es una irresponsabilidad.

—Te recuerdo que estás casado —dijo Edward burlón.

—Pero no quería estarlo, tuve que hacerlo para proteger su honra.

—Serás...

—¿Qué? Es la verdad. Desde el momento en que la besé ya no hubo vuelta atrás.

—Te entiendo bien —afirmó Alexander.

—Y yo. —Cedió Edward.

—¿No deberíamos brindar por Andrew? —preguntó James que necesitaba un *whisky* desesperadamente.

Alexander sonrió y se levantó para servirlo. Cuando los tres tuvieron el vaso en la mano se

quedaron un momento en silencio, perdidos en sus pensamientos. Hasta que Alexander tomó la palabra.

—Espero que William no tarde demasiado en recuperarse.

Los otros lo miraron y asintieron.

—¿Veis como el amor es muy peligroso? — dijo James y después bebió un largo trago para calmar su ansiedad.

—Yo no lo cambio por nada — confesó Alexander —. Incluso aunque lo perdiera, haberlo sentido haría que mi vida mereciese la pena.

—Estoy de acuerdo —corroboró Edward —. Y no es que yo fuese propenso a esto, los dos lo sabéis.

James asintió y dejó que la imagen de Caroline ocupase toda su mente. Los tres suspiraron sin darse cuenta y rápidamente adoptaron posturas masculinas y despreocupadas.

—¿Más *whisky*? —preguntó el anfitrión levantándose de nuevo.

—Desde luego —afirmó el capitán —. Pienso emborracharme.

* * *

Esa noche James pasó la borrachera en el sofá del despacho de Alexander y Caroline durmió sola. Apenas pegó ojo preguntándose si se había dado cuenta de sus sentimientos y por eso la evitaba de un modo tan descarado. A la mañana siguiente bajó a desayunar y la alegró ver allí a tanto Wharton. Exceptuando a Katherine y James, todos estaban allí.

—Buenos días, Caroline. ¿Se te han pegado las sábanas? — preguntó su madre risueña.

—¿El bebé ha dormido bien? ¿Y Katherine? — Cogió una taza de café.

—Estupendamente —respondió Alexander, que le había dejado la cabecera de la mesa a su suegro.

—Parece que ese *Bluejacket* ha vuelto a desplumar a Burford — dijo el barón leyendo la noticia en el diario —. Ya van unas cuantas veces. Debe estar furioso.

Todos miraron a Edward esperando que dijese algo al respecto.

—Al final va a ser cierto que va a por él — dijo Alexander burlándose.

—Burford es el hombre más odiado que conozco — afirmó Edward sin dejar de prestar atención a su desayuno —. Que ese *Bluejacket* la haya tomado con él puede ser por dos motivos: o le debe algo o sabe que tendrá a mucha gente de su lado si lo pillan, cualquiera de los dos me vale para afirmar que estamos ante un hombre inteligente.

—Parece que te alegres —dijo Harriet inclinándose hacia delante para sortear a Emma y mirarlo a la cara —. Creía que te había robado a ti también.

—A mi padre —aclaró con una sonrisa —. Yo no metí un penique en ese barco, no soy tan estúpido como para asociarme con semejante sabandija.

—¿Por qué todo el mundo odia a Burford? — preguntó Elinor —. Oí una vez a Henry hablar de él con evidente desprecio.

Edward miró al barón solicitando su permiso para hablar. Frederick asintió.

—Jacob Burford es un hombre sin escrúpulos. Algunos de los que han hecho negocios con él han ganado mucho dinero, pero a costa de su honor y su tranquilidad. Comercia con esclavos y con todo aquello que pueda venderse. Es traicionero y abusa de la buena fe y la ingenuidad de

alguna gente. Por eso yo no quería involucrarme en negocios con él, pero engatusó a mi padre y cayó en su trampa a pesar de mis consejos. Perdió mucho dinero, pero lo doy por bien empleado porque no ha vuelto a querer tener tratos con él.

—Pero ese pirata es un asesino y un traidor — apuntó Harriet —. El capitán Chantler dice que lanza a los prisioneros por la borda después de cortarles los pies para que los tiburones acudan al olor de la sangre. Y al parecer secuestran a mujeres y se las llevan para venderlas después como...

—¡Harriet! —Su madre la calló a tiempo —. No hace falta que entres en detalles, hija, todos sabemos las fechorías que hacen los piratas.

—El capitán Chantler debería vigilar a quién le cuenta esas cosas — dijo Alexander con expresión crítica.

—No me lo contaba a mí, hablaba con el señor Burford — aclaró ella.

—Ese capitán es el que ha contratado Burford para que dé caza a *Bluejacket*, ¿no? — preguntó el barón ignorando a propósito las palabras de su hija. No quería tener que regañarla tan temprano y menos después de la alegría que imperaba en familia.

Edward asintió.

—Tiene su barco esperando en los muelles y no creo que tarde mucho en partir hacia Jamaica. Dicen que es allí donde se esconde ese *Bluejacket*.

—¿Alguien sabe dónde está James? — preguntó Caroline sin poder contenerse más.

Alexander y Edward la miraron con expresión culpable.

—Anoche se quedó en mi despacho — dijo Alexander —. Bebió demasiado y no quería importunarte.

—Debe seguir allí —añadió Edward.

Caroline se levantó.

—Iré a ver si necesita algo.

—Háblanos de Jamaica, Edward — pidió Harriet —. Tú estuviste allí unos años...

Caroline cerró la puerta del comedor y avanzó por el pasillo en dirección al despacho de Alexander. Cuando llegó tocó suavemente con los nudillos en la puerta y esperó respuesta, pero dentro no se escuchaba nada. Abrió despacio y asomó la cabeza. La habitación estaba en penumbra y apenas pudo ver un bulto en el sofá. Entró con cuidado de no hacer ruido y se acercó para asegurarse de que su marido respiraba. Sus ojos se acostumbraron a la escasa luz que entraba a través de las contraventanas cerradas y lo vio tumbado bocarriba con la ropa desarreglada y el brazo izquierdo colgando hasta el suelo. Le cogió la mano y se la colocó sobre el pecho y él la sujetó cuando iba a darse la vuelta para marcharse. Abrió los ojos y la miró somnoliento.

—Caroline —musitó.

Ella sonrió tímidamente.

—Solo quería saber que estabas bien.

Tiró de ella y se encontró tumbada sobre él.

—Siento no haber dormido contigo anoche — dijo él cerrando los ojos de nuevo.

—Parece que estuviste de celebración — sonrió.

—¿Te parece mal? —Volvió a mirarla con ojos vidriosos —. Serías un buen general, eres inflexible.

Su esposa le puso una mano en la mejilla y lo acarició con ternura.

—Deberías desayunar algo y cambiarte de ropa — sugirió con delicadeza.

—¿Ya se han levantado todos?

Ella asintió.

—Están en el comedor —explicó—. Si te das prisa en cambiarte aún los alcanzarás.

James entornó los ojos y Caroline vio una mirada traviesa en ellos.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

Ella frunció el ceño.

—No lo sé exactamente, pero... ¡Oh, no! — exclamó tratando de ponerse de pie entre risas.

—¿Adónde se cree usted que va, señora Crawford? — preguntó rodeándola con sus brazos para inmovilizarla —. De aquí no se mueve. Aunque, si se quita la ropa puede moverse encima de mí todo lo que quiera.

—¡James! —Se ruborizó intensamente.

—No te beso porque mi aliento te emborracharía — dijo él sonriendo al ver que escapaba rápidamente en cuanto la soltó —. Entonces, ¿tendré que esperar a esta noche?

Caroline sintió que el calor la arrollaba sin remedio y se llevó la mano al cuello respirando profundamente. A James no le pasó desapercibido su sofoco y sonrió para sí.

—¿Te darías un baño conmigo? — preguntó mirándola perverso —. Sería divertido.

—James, por Dios, para ya y ve a cambiarte.

Él levantó una ceja e hizo una reverencia antes de dirigirse a la puerta.

—Te veo en unos minutos, esposa mía.

Ella lo vio desaparecer por la puerta y miró a su alrededor sin saber muy bien cómo se sentía. Era una mezcla extraña de regocijo y angustia. Dejó salir el aire de sus pulmones y abrió las ventanas para que entrara el sol y el aire fresco. Mucho aire, eso necesitaba.

Capítulo 31



—¿De verdad no os quedáis un día más? — Katherine los miraba compungida.

—Tienes aquí a toda la familia — dijo Caroline.

—Hija, tu hermana acaba de casarse — intervino la baronesa —. Los novios necesitan intimidad, sobre todo al principio, no finjas no saberlo. Además, a James apenas le queda un mes para marcharse, tienen que disfrutar un poco de su vida juntos.

Katherine miró a su hermana con complicidad y asintió.

—Entonces debéis marcharos ya para que no se os haga de noche por el camino.

Se despidieron de todos dentro de la casa, pero Elizabeth quiso acompañarlos hasta el coche y le dijo unas palabras al oído que le dejaron un regusto amargo.

«Cuando tengas a tu hijo también iré a cuidarte. No dejaré que estés sola».

—Estás muy callada —dijo James mirándola relajado.

—Pensaba en Elizabeth.

Él asintió.

—Va a quedarse con tu hermana para ayudarla con Andrew.

—Sí.

—¿Te preocupa?

—Sí.

—Lo entiendo. Es una mujer joven, debería estar cuidando de sus propios hijos.

—Pero ningún hombre se ha interesado por ella en ese sentido, ¿verdad? — dijo un poco arisca.

James suspiró pensativo antes de hablar.

—Supongo que le tienen miedo.

—¿Miedo a Elizabeth? ¡Pero si es la persona más amable y dulce que conozco!

—No a ella concretamente, a la situación. Nuestra sociedad es muy simple, se sustenta sobre valores básicos que hacen que la gente se encuentre cómoda en su papel. Eso se ve muy claro

estando en el ejército. Cada uno tiene su papel y sabe lo que tiene que hacer desde que se levanta hasta que se acuesta. Por eso es tan importante que nada altere esas rutinas y se cumplan a rajatabla.

Caroline lo escuchaba atentamente, pero no entendía la similitud.

—Tu tía es una alteración. La ignoran porque no saben cómo encajarla en sus normas. Para que un hombre se acerque a ella tiene que ser alguien a quien esas normas no le importen excesivamente, que tenga una capacidad excepcional para enfrentarse a imprevistos.

—¿Conoces a alguien así?

Lo pensó un momento y negó con la cabeza.

—Yo tampoco —musitó ella volviendo a fijar la mirada en el paisaje.

James la observó con interés. Era realmente hermosa. La conocía desde que era una niña y nunca llamó su atención de manera especial. Era una Wharton y las Wharton eran intocables. Ahora era su esposa y estaba a su cargo. Él debía procurarle bienestar y felicidad, pero iba a dejarla en un mes para marcharse lejos sin saber cuándo regresaría. Y podrían herirlo. O matarlo. Sacudió de su cabeza esos pensamientos y cerró de nuevo los ojos para no verla. Necesitaba llegar a casa cuanto antes. Necesitaba estar solo y pensar. Tenía mucho que decidir.

* * *

—¡Qué contenta debe estar Meredith! — se alegró Frances —. Aunque algún día le diré a tu hermana lo que pienso de que se pusiera de parto justamente el día de vuestra boda. Yo que creía que iba a poder disfrutar de las Wharton en esta casa unos días...

—Me consta que no lo hizo a propósito — dijo Caroline sonriendo —. El bebé es precioso, Frances, no había visto un niño tan bonito jamás.

—Lo ha tenido en brazos todo el tiempo — dio James —. Estoy seguro de que Katherine se alegró al saber que nos íbamos porque temía que acabase malcriándolo.

—Es que era tan dulce y pequeño... Cuando nacieron Harriet y Elinor yo era una niña y no lo viví igual.

—Normal —afirmó Frances—. No es lo mismo cuando tú misma ya puedes ser madre.

Caroline se ruborizó y James tuvo que mirar hacia otro lado para no fijarse en ello.

—Frederick estará muy orgulloso — dijo Thomas contento por su amigo —, aunque no sé por qué tu hermana no le ha puesto su nombre.

—Andrew es muy bonito —dijo su esposa.

—Y no digo lo contrario, pero Frederick es más... contundente, ¿no creéis?

—Mi hijo no se llamará Thomas, papá, espero que lo tengas claro.

—¿Qué tiene de malo Thomas?

—No tiene nada de malo, pero ya hay uno en la familia, no necesitamos más.

—¿Y James?

—Tampoco.

—Supongo que yo podré decir algo al respecto — intervino Caroline.

Su esposo sonrió y le hizo un guiño para que supiera que estaba bromeando.

—¿Queréis cenar algo? —preguntó Frances —. Podemos pedirle a la señora Boden que os prepare algo frío.

—Yo no tengo hambre —dijo Caroline mirando a su esposo —. ¿Y tú?

—No. Lo que quiero es irme a la cama, estoy molido.

—Claro, no habréis dormido mucho con el ajetreo y las novedades. Id a descansar, mañana nos contaréis más detalles. — Los aventó con las manos —. Id, id tranquilos.

Los dos salieron del salón como si alguien los empujara. Caroline subió las escaleras sintiéndolo detrás de ella, cerca, pero sin tocarla. Su corazón se aceleró antes de entrar en el cuarto y en cuanto cerraron la puerta ninguno de los dos dijo nada, sus bocas se ocuparon rápidamente de otros asuntos.

* * *

—¿Crees que esto es lo que pasa en todas las alcobas conyugales? — preguntó Caroline, sudorosa y exhausta, acurrucada en su pecho.

Ya no le avergonzaba su desnudez y necesitaba el contacto de su piel cuando estaban en la misma cama.

—Me temo que no —afirmó él.

Ella lo miró con curiosidad inclinando la cabeza hacia atrás.

—¿Los hombres habláis de estas cosas?

—Hablamos de muchos temas. De esto, alguna vez.

—¿Y qué os contáis? —Se incorporó apoyándose en sus codos y lo miró preocupada —. ¿Les hablarás de mí a tus hombres?

—Jamás. Pero pensaré en ti todo el tiempo.

Lo dijo de un modo que la hizo sonreír. Le gustaba la idea de que pensara en ella.

—Espero que no le cuentes nunca a nadie lo que he hecho aquí.

—¿A qué te refieres exactamente? Has hecho muchas cosas.

Ella chasqueó la lengua y lo miró con reproche.

—Así no se le habla a una dama.

Él bajó la mano que tenía en su espalda y agarró una de sus nalgas apretándola con firmeza.

—¡Oh! —exclamó ella tratando de zafarse.

James se rio a carcajadas y a Caroline su risa le sonó a música celestial.

—Mañana me gustaría llevarte a un sitio — dijo él cuando se estuvo quieta.

—¿A un sitio?

James asintió sin dar más explicaciones y cogió un mechón de su pelo para jugar con él entre los dedos. Caroline se tumbó bocarriba a su lado y se pasó los dedos por el abdomen acariciándose distraída. James dejó el mechón en suspenso colgando de su mano y quedó hipnotizado por sus movimientos.

—¿Qué harás? —preguntó de repente.

—¿Qué haré con qué? —preguntó ella a su vez.

—Cuando me vaya.

Lo dijo de un modo que la piel de Caroline se llenó de puntitos como si una corriente de aire frío hubiese pasado sobre ella. Sus manos se detuvieron y contuvo la respiración.

—¿Quieres irte a Harmouth?

Caroline no tuvo que pensarlo mucho, asintió levemente.

—¿Cuánto tiempo...? —Carraspeó para suavizar su voz —. ¿Cuánto tardarás en volver?

—Si las cosas no se complican quizá pueda estar aquí el próximo verano.

—¿Ya sabes tu destino?

—No. Probablemente España.

Caroline desvió la vista hacia la ventana, él se deslizó hasta apoyar la cabeza en su pecho y la abrazó sin decir nada. Caroline sintió que los ojos se le humedecían y se mordió el labio para contener un sollozo. No podía dejar que la viese llorar, eso la dejaría aún más expuesta de lo que ya estaba. Por suerte él permaneció en esa posición hasta que su respiración se volvió suave y acompasada y el cansancio lo venció. Su esposa lo abrazó acunándolo como haría con un niño y cuando las lágrimas se secaron, también se durmió.

Capítulo 32



Bajaron por el acantilado con cuidado. El terreno era abrupto y James no la soltó de la mano hasta que estuvo seguro de que no había peligro. Caroline se detenía a cada momento para contemplar el paisaje, no quería perderselo por tener que prestar atención a dónde ponía el pie, y James no estuvo tranquilo hasta que llegaron al fin a la arena.

—Esto es precioso —dijo ella contemplando la pequeña cala y las rocas que la rodeaban.

Su esposo volvió a cogerla de la mano y tiró de ella suavemente llevándola hacia la pared del acantilado. Caroline lo seguía con creciente curiosidad.

—¿Vamos a entrar ahí? —preguntó delante de la boca de una cueva.

—Tranquila, es segura. Robert, June y yo solíamos jugar aquí de niños.

—¿Bajabais aquí solos?

Asintió con expresión divertida.

—La llamábamos la cueva del contrabandista, aunque, en realidad, no le interesó a ninguno jamás. Está demasiado expuesta.

Era pequeña y fría, pero su tamaño permitía que la luz entrase lo suficiente como para ver el suelo y no tropezar con las piedras que lo conformaban. James la llevó hasta un rincón y la hizo sentarse delante de él. Desde ahí se veía el mar como si la entrada de la cueva fuese una ventana. La estampa era preciosa. La rodeó con sus brazos y ella se recostó contra su pecho, relajada. Durante unos minutos ninguno de los dos dijo nada.

—Háblame de tu infancia —pidió ella cuando el silencio se volvió espeso a causa de sus agitados pensamientos.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Cómo conociste a June?

—Sabía que me preguntarías eso.

Ella giró la cabeza para mirarlo sorprendida.

—¿Lo sabías? —James asintió—. ¿Por qué?

—Porque no me lo habías preguntado aún.

—Hay muchas cosas que no te he preguntado — dijo ella volviendo a su posición anterior.

—Cierto. Vayamos poco a poco. A June la conocí en el pícnic de las rosas cuando yo tenía cinco años. Seguro que nos habíamos visto antes, pero no hablé con ella hasta entonces.

—¿Y a Robert?

—Robert es mi primo, ya lo sabes, a él lo conozco desde siempre.

Caroline se acomodó mejor y él la apretó instintivamente contra sí. Ella suspiró sin darse cuenta, se sentía tan bien que quería que ese instante no acabase nunca. James aspiró el aroma de su pelo y cerró los ojos.

—¿Por qué querías ser soldado?

—No lo sé. Creo que fue por un libro que leí cuando era un crío. Me inculcó el valor que tiene el sacrificio que hace un soldado al dedicar su vida a proteger y defender su país.

— Sonrió al escucharse —. Suena demasiado ampuloso, pero no sé expresarlo de otra forma.

—Quiero leer ese libro —dijo ella y él comenzó a balancearse suavemente con ella.

Permanecieron unos minutos más en silencio, hasta que Caroline no pudo contener más la pregunta, que llevaba queriendo hacerle desde que lo encontró en el despacho de Alexander.

—¿Cuándo...?

—¿Cuándo qué? —preguntó él con una sonrisa en la voz.

—No he dicho nada, perdona. — Se puso de pie rápidamente.

James se levantó también y la miró tranquilo.

—¿Cuándo qué, Caroline?

—Iba a preguntarte algo estúpido.

—Pregúntame lo que quieras.

—No, en serio, olvídalo. —Se mordió el labio nerviosa.

Él la cogió de los brazos y la obligó a mirarlo a los ojos. Le sostuvo la mirada y supo que no la dejaría hasta que la hiciese.

—¿Cuándo dejarás el ejército?

Ya está. Lo había hecho. Él la soltó despacio mirándola con fijeza.

—No quiero decir que lo dejes ahora. Ni luego. Solo quiero saber si tú quieres dejarlo. Si piensas dejarlo. — Se ruborizó avergonzada —. ¿Ves cómo es una estupidez? No debería habértelo preguntado. Salgamos de aquí, empiezo a tener frío.

Él la vio caminar hacia la entrada con un batiburrillo de pensamientos chocando dentro de su cabeza. Cuando salió ella había empezado a subir y tuvo que echar a correr para alcanzarla y asegurarse de que no sufría un percance. Una vez arriba la cogió del brazo y la detuvo, pero ella se soltó y volvió a alejarse con paso rápido y firme.

—¿Qué es lo que pasa, Caroline? — dijo elevando la voz.

Al ver que no pensaba detenerse corrió hasta ella de nuevo, la agarró del brazo y esta vez no dejó que se soltara.

—Me haces daño —dijo mirándolo a los ojos con evidente emoción.

—No salgas huyendo y te soltaré.

—¿Ahora eres mi dueño? ¿No puedo ir donde me parezca?

—¿Necesitas preguntarme eso? — dijo él con expresión sarcástica —. Por supuesto que soy tu dueño.

Ella respiraba agitada y estaba enfadada por no poder comportarse como una persona normal. ¿Cómo iba a poder hacerlo? ¿Qué día era? ¿Veintisiete de julio? Quedaba poco más de un mes para que él se marchara. Ese era todo el tiempo que tenían. Después subiría a su caballo y se alejaría de allí hasta no se sabe cuándo. Estaría lejos durante meses, o quién sabe si más. Amenazado por no sabía cuántos peligros. En brazos de otras...

James la veía negar con la cabeza sin haber emitido el más mínimo sonido. Y de repente los ojos de su esposa se anegaron de lágrimas y los sollozos sacudieron su cuerpo.

—Caroline...

Ella trataba de soltarse, necesitaba huir de él, alejarse tanto como le fuera posible para poder llorar de amargura en algún agujero oscuro y solitario donde nadie la viese. Porque no tenía derecho a sentirse así, ese había sido el trato y no quería que viese que era incapaz de cumplirlo.

—Por favor... —musitó entre hipos —, por favor, deja que me vaya.

No la soltó. En lugar de eso la abrazó y la acunó contra su pecho. No le preguntó nada, no dijo nada, tan solo la sostuvo mientras su mano acariciaba su espalda suavemente. Caroline lloró como no había llorado nunca, con desesperación y angustia. Lloró hasta quedar tan exhausta que su esposo tuvo que cogerla en brazos para llegar hasta su caballo. Después regresaron a casa en un atronador silencio que ninguno de los dos fue capaz de romper.

* * *

Esa noche Caroline le pidió que la dejase dormir sola y James salió de la habitación sin protestar. Tumbada en la enorme cama se dejó empapar por la soledad y el sentimiento de abandono que había experimentado todo el día. Así iba a ser su vida en cuanto él se marchara. No más besos, no más caricias. No ver aquella infantil sonrisa que lo iluminaba todo. No escucharía su profunda voz susurrándole al oído o hablándole de cualquier cosa. Se había casado para vivir sola. Volvería a Harmouth y dormiría en su antigua cama. Miraría el mismo techo que había mirado desde que era una niña y pensaría en él. Todo el tiempo pensaría en él. Lo añoraría. Lo anhelaría. Y acabaría secándose por dentro de tanto que lo echaría de menos. Sentía que se le había abierto un boquete en mitad del pecho y el dolor resultaba insoportable.

—¡Maldito sea el amor por hacer que me sienta así! — gimió escondiendo la cara en la almohada.

Y de repente se sentó en la cama sobresaltada. ¿Y si se lo decía para que viera que no estaba loca? Podía decírselo, confesarle lo que sentía. Se llevó las manos a la cabeza y se agitó el pelo con desesperación.

—Estúpida, estúpida, estúpida — repitió una y otra vez al tiempo que sacudía las piernas —. ¿Quieres que sufra? ¿Que se marche sabiendo que deja atrás a una mujer rota de dolor? ¿No es eso lo que él más temía? ¿No era ese el motivo por el que no quería casarse?

Se dejó caer de nuevo en la cama tesa como un junco con los ojos muy abiertos clavados en el techo. ¿Eso era el amor? ¿Preocuparse por el bienestar del otro anteponiéndolo al propio? Sonrió mientras las lágrimas huían de sus ojos sin que nada las detuviera. Al fin lo comprendía. No había sido fácil el camino hasta allí, pero al fin dejó que aquella cálida e intensa sensación la inundase. Se acurrucó de lado mirando hacia la ventana. Haría que aquellos días antes de su partida fueran un recuerdo maravilloso para cuando él los necesitase. Y al volver lo recibiría con

una sonrisa y los brazos abiertos. Sin preguntas ni reproches. Cuidaría de él, incluso estando lejos, porque su felicidad era ahora su razón de ser.

—Esto es el amor —musitó con voz ronca. Y entendió por qué era la emoción más poderosa de la tierra.

Capítulo 33



—Buenos días —dijo Caroline sonriente al entrar en el comedor.

James levantó la vista del periódico que compartía con su padre y la miró sorprendido de su buen humor.

—Buenos días —dijo comedido.

Su padre los miró sorprendido, ¿es que acaso no se habían visto ya? Frunció el ceño y se encogió de hombros para sí.

—Pareces haber descansado bien — dijo con una sonrisa.

—Estupendamente —dijo ella abriendo un bollo para untarlo de mantequilla —. James, ¿te apetece que vayamos a ver esas ruinas de las que me hablaste? Me gustaría mucho.

Él frunció el ceño sorprendido de su entusiasmo.

—Claro.

—Bien. ¿Te preparo uno? —preguntó mostrándole el bollo.

Él asintió con el mismo desconcierto.

—Tengo un hambre canina —dijo ella y le dio un mordisco a su *brioche* antes de preparar el otro —. Me he despertado pensando en estos bollos...

James y su padre se miraron.

—¿Dónde está Frances? —preguntó ajena a sus pensamientos.

—Se le han pegado las sábanas — dijo su esposo mirando con satisfacción como daba otro enorme mordisco a su desayuno.

—Toma. —Se lo puso en el plato—. Como te gusta, con una buena capa de mantequilla y mermelada.

—Gracias —respondió James.

—¿Será mucho si me como dos? Normalmente no desayuno tanto, pero como vamos a ir de excursión no creo que importe — dijo abriendo el bollo para rellenarlo.

Thomas sonrió ampliamente y le dio unas palmadas a su hijo en el hombro al levantarse de la silla.

—Bien hecho, hijo —dijo al salir—. Bien hecho.

Caroline miró hacia la puerta y luego a su esposo.

—¿Qué es lo que has hecho tan bien?

—Mi padre cree que estás embarazada.

Caroline se atragantó y James se apresuró a darle un vaso de agua sin moverse de su lado hasta que dejó de toser.

—Lo siento, no pretendía...

—¿Embarazada? ¿Ya? ¿Eso es posible?

—Posible... sí —afirmó burlón—. Hemos hecho lo que hay que hacer en estos casos.

Ella volvió a toser, pero esta vez se recuperó enseguida.

—No puedo estar embarazada tan pronto, creerán que ocurrió antes.

Él levantó una ceja con la misma burlona expresión.

—Ya me entiendes. Fueron solo dos días antes.

—Si quieres hago un anuncio en el periódico.

Ella frunció la nariz sopesando sacarle la lengua.

—No será necesario, gracias.

—Te has levantado de muy buen humor esta mañana.

Su esposa asintió con una gran sonrisa.

—¿Has dormido bien sin mí? —preguntó entornando los ojos.

—No volverá a pasar —dijo muy seria—. No quiero volver a dormir sola.

—Me alegro.

—Siento lo de ayer, no sé qué me pasó.

—Si quieres decirme algo...

Ella negó con la cabeza haciéndolo callar.

—Está bien —aceptó él—. Lo haremos como tú quieres.

Caroline dio un enorme mordisco a su bollo sin dejar de mirarlo y él se rio divertido.

—Va a ser verdad que estás embarazada. Nunca te había visto comer con tantas ganas.

—¿Te apetece ir a las ruinas?

Él lo pensó un momento antes de responder.

—En realidad, me gustaría ir a otro lugar, pero para ello tendremos que pasar la noche fuera.

Ella dejó de masticar un momento.

—¿Adónde quieres ir?

—Prefiero que sea una sorpresa. ¿Quieres?

Caroline asintió repetidamente.

—Me encanta la idea.

Rolkston era un pueblo costero situado en el borde sur de North Downs, entre dos acantilados. El viaje había sido largo y habían parado a comer por el camino. Caroline se había empeñado en hacerlo en un lugar desde el que viesen el mar y habían dejado el coche y caminado un buen trecho para cumplir sus deseos.

Llegaron a su destino a media tarde. Al día le quedaban pocas horas de luz y James quería enseñarle las vistas que, según él, eran espectaculares, por lo que no podían perder mucho tiempo

en cumplir el cometido que los había llevado hasta allí.

—Muy bonita —dijo ella cuando se detuvieron frente a una iglesia—. ¿Querías enseñármela? ¿Es algo que...?

James la cogió de la mano y la llevó hacia uno de los laterales del templo.

—Según tengo entendido esta puerta siempre está abierta —dijo a modo de explicación y, después de comprobar que así era, entraron.

El templo era hermoso y Caroline se paseó por su interior con la actitud reverente y respetuosa que requería la visita. Le había sorprendido que James quisiera ir tan lejos para visitar una iglesia, pero los símbolos tienen el valor que uno les da y por lo que fuese ese lugar tenía un valor para él. Llegado un momento de la visita James se acercó al altar de piedra y se arrodilló ante él. Caroline frunció el ceño totalmente desconcertada y se mantuvo a una prudencial distancia hasta que terminó lo que fuera que hiciese.

—Ya podemos irnos —dijo al llegar junto a ella.

Una vez fuera del templo, y sin prestar atención a la interrogadora mirada de su esposa, James propuso ir caminando hasta los acantilados, que eran muy diferentes a los de Berksham y, según él, merecían la visita. Caroline tuvo que darle la razón y durante unos minutos disfrutaron del paisaje sin decir nada. La atmósfera entre ellos se fue cargando de un sentimiento de trascendencia que Caroline no fue capaz de explicarse. ¿Por qué sentía aquella presión en el pecho y aquella profunda tristeza de repente? Los dos se giraron a la vez quedando frente a frente, como si alguien los hubiera sujetado del brazo obligándolos a mirarse.

—James...

—Déjame hablar a mí primero —pidió él interrumpiéndola.

Caroline se ruborizó al tiempo que asentía.

—¿Cuántas veces te he dicho que no te ruborices ante mí si no es en la intimidad de nuestra alcoba? —sonrió—. Me pones en una situación muy difícil, ¿lo sabes?

Ella se mordió el labio en un gesto involuntario y entonces se echó a reír al recordar que eso tampoco ayudaba. James la miró de un modo que elevó sus pies del suelo un palmo.

—Debes estar preguntándote por qué te he traído aquí sin explicación alguna y seguro que mi comportamiento te ha parecido extraño. —Sonrió—. No me he vuelto loco, ni católico, tranquila.

Hubiera querido decirle que no estaba nerviosa, pero habría sido mentira.

—Una vez te hablé de Harrison Tuckey, ¿te acuerdas?

—El secreto ancestral —sonrió burlona—. ¿El tesoro está en esa iglesia?

—Te dije que al aceptar dicho secreto debía realizar un ritual que constaba de dos partes y que una de ellas nunca iba a poder cumplirla.

Caroline frunció el ceño confusa. Parecía estar hablando en serio.

—Lo recuerdo.

—Antes de dar por hecho que me he vuelto loco, espera a escuchar lo que tengo que decir. Me temo que es peor de lo que crees y desde ya solicito tu indulgencia. —Ignoró su desconcierto y continuó—. La primera parte del ritual era jurar ante él que jamás revelaría dicho secreto a nadie más que a mi primogénito. Eso lo he cumplido y no me ha supuesto excesivo problema. Pero la segunda era algo más complicada.

—¿Tenías que venir aquí y arrodillarte frente a ese altar? — Se adelantó Caroline como si fuese un juego de adivinanzas —. Podrías haberlo hecho sin...

—Debía venir y arrodillarme, sí, pero no podía hacerlo solo.

Ella frunció el ceño confusa.

—¿Por eso me has traído?

Él asintió y Caroline sonrió.

—Y yo que pensaba que era un lugar especial y resulta que me has utilizado. ¿No tenías a nadie a quién pudieses engatusar para que te acompañase hasta aquí? Reconozco que está lejos, pero es verdad que estos acantilados son...

—¿Te puedes callar un momento? — pidió él conteniendo la risa —. Se suponía que esto tenía que ser solemne.

—¿Esto? —Señaló el mar sonriendo también —. Sí que he sentido algo extraño, la verdad. Es un lugar...

—Te amo, Caroline.

¡Por fin algo la hacía enmudecer!

—El segundo juramento debía hacerlo en ese altar, acompañado de la mujer que amase. Creía que no podría cumplirlo jamás, pero no ha habido manera de resistirse a ti.

¿El suelo estaba temblando? ¿Ese sonido en su cabeza era el anuncio de un colapso? ¿El mundo se acababa en ese instante y esa era la manera que tenía el destino de reírse de ella?

—Te amo, Caroline, por si no lo has oído la primera vez.

—Lo he oído.

—Bien, me alegra saberlo.

—¿Por qué? —preguntó sin atinar a entenderse a sí misma.

—¿Por qué? —repitió él perplejo. ¿Estaba enfadada? Parecía enfadada.

—Sí, ¿por qué? ¿Por qué me amas?

—Pues, no sé, ¿porque eres maravillosa?

—¡No soy maravillosa! —exclamó inquieta —. Soy cualquier cosa menos maravillosa.

—Caroline...

—No, James, no. No puedes amarme. Ese no fue el trato que hicimos. Nada de amor, ¿recuerdas?

—Caroline...

—Volvamos a casa —dijo caminando.

—Espera. —La alcanzó y la agarró suavemente del brazo.

—Si salimos ahora...

—Son ocho horas de viaje, Caroline.

—No me importa, ya descansaremos cuando lleguemos.

—¿Tan terrible te parece estar enamorada de mí?

Ella lo miró asustada. Y asintió con la cabeza.

—Pues me temo que no hay remedio. — La rodeó con sus brazos atrayéndola hacia sí para asegurarse de que no huía —. Lo vi en tus ojos la noche que discutimos. Fue una milésima de segundo, una chispa apenas, pero lo vi, Caroline.

—No... —gimió escondiendo la cara en su pecho.

—No voy a decir que lo siento, porque me alegro demasiado.

Ella lo miró con ojos vidriosos.

—¿Te alegras? ¿De qué te alegras? Será espantoso para ti.

—No será espantoso para nadie.

—Tendrás que marcharte.

Él negó.

—No iré a ninguna parte.

Ella frunció el ceño. No estaba segura de que sus sentidos estuviesen funcionando correctamente por lo que hizo que la soltara y se apartó unos centímetros para asegurarse de que no había contacto.

—¿Qué significa eso?

—Venderé mi comisión a mi segundo al mando, hace tiempo que quiere ocupar mi puesto.

—¿Qué? ¿Eso se puede hacer? Quiero decir, sé qué se hace, pero ¿tú? ¿Quieres? No puedo permitirlo, el ejército es tu pasión. Me odiarás por ello, no puedo...

James soltó una carcajada y la atrapó de nuevo entre sus brazos.

—Jamás podría odiarte. Es verdad, el ejército fue mi pasión. — Le acarició el pelo con ternura —. Hasta que llegaste tú.

—Pero encargarte de la mina... Eso no es glorioso — dijo recordando lo que le dijo.

—Ya no necesito eso, ahora sé adónde pertenezco. — Su mirada no dejaba lugar a dudas —. Y hay mucho trabajo que hacer, te recuerdo que mi padre también es terrateniente. Hasta ahora ha podido encargarse de todo con la ayuda de Robert, pero se hace mayor, ya oíste lo que dijo.

Caroline lo miraba extasiada, no quería creerlo porque temía estar soñando y tener que despertar sería muy doloroso.

—Te amo, mi dulce Caroline, y no podría estar alejado de ti. Sería un peligro para mí y para mis hombres. Ha llegado el momento de retirarme, ahora que aún conservo cada cosa en su sitio.

Ella lo abrazó con tanta fuerza que lo sorprendió.

—¿Vas a decírmelo de una vez? — pidió él conteniendo la risa.

—Te amo. —Levantó la cabeza para mirarlo y se mordió la sonrisa —. Te amo muchísimo.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Caroline negó con la cabeza y poniéndose de puntillas, lo besó apasionadamente.

* * *

Miraba el cielo y su media luna con los brazos de James rodeándola bajo el pecho desnudo. Se habían amado hasta la extenuación, habían comido, bebido y conversado hasta que los encontró la madrugada.

—Has arruinado nuestro pacto — dijo ella girándose y rodeándole el cuello con sus brazos.

—¡Dios, Caroline! —gimió entrando en calor de nuevo.

—¿Vas a contarme el secreto? — Se mordió el labio con mirada perversa.

—¿Qué secreto?

—El que te transfirió Harrison antes de morir. — Incluyó la cabeza y se pasó la lengua por encima de los labios.

La erección presionó contra su vientre y soltó una carcajada divertida.

—Eres arcilla en mis manos — dijo sin parar de reír —. Si no me lo cuentas voluntariamente, tendré que torturarte.

—¿Te burlas? —La llevó hasta la cama y cayeron uno encima del otro —. Veremos quién ríe el último.

Bajó una mano y la introdujo entre sus piernas para empezar su ataque.

—¿Qué me dices ahora?

Ella gimió y se abrió para él. No dejaba de sorprenderle lo rápido que prendía la llama en ella.

—Aún me acuerdo cuando creías que estabas enferma — se burló —. Mi adorable tontita. Y lo que no sabías era que estabas hecha para el amor.

Se deslizó hasta quedar de rodillas en el suelo y tiró de sus piernas con violencia atrayéndola hasta su boca.

Caroline lanzó un gritito cuando sus labios la capturaron y se agarró fuertemente a las sábanas al sentir su lengua.

—¡Cielo santo! —soltó una exclamación agónica.

Cuando se cansó de oírla gemir la empujó hacia el fondo de la cama y volvió a colocarse sobre ella.

—La hostelera se va a pensar que te hago daño si sigues gritando así.

—Me haces daño —dijo mirándolo con ojos extraviados de pasión —, mucho daño.

Él sonrió perverso.

—Y más que te voy a hacer — advirtió.

Entonces la besó de todas las formas posibles y en todos los lugares que encontró a su paso. La besó, la acarició y Caroline se rindió por completo en sus manos, esforzándose en respirar y rogando a su corazón para que no se detuviera.

—Eres tan hermosa —musitó en el intervalo que hubo entre liberar uno de sus pezones y capturar el otro —. Tu corazón late muy deprisa.

—Voy a morir esta noche, ¿verdad? — susurró.

Él levantó la cabeza y la miró un instante antes de apoyarse sobre sus manos para elevar el torso. En esa posición su erección la presionaba peligrosamente.

—¿Qué decías de torturarme? — preguntó con mirada pícara.

Ella masculló algo entre dientes y de manera inesperada le rodeó el trasero con sus piernas y se arqueó para hacerlo entrar sin remedio. James gimió sorprendido y empujó buscando refugio mientras se cuestionaba su vida hasta ese justo instante. ¿Cómo pudo siquiera llamar vida a lo que había tenido antes de ella? El ritmo de sus movimientos se volvió frenético, los deseos de ambos luchaban por hacerse con el control del otro y salir victoriosos de aquella batalla.

De pronto, ella se detuvo y lo miró con fijeza.

—Nunca —dijo respirando agitada —, nunca volverás a hacerle esto a otra.

Él negó con la cabeza.

—Júramelo —exigió.

—Te lo juro.

Su mujer sonrió con picardía y se mordió el labio mientras comenzaba a acariciarse los pezones. Pellizcándolos y gimiendo con cada movimiento que se producía en su interior.

—No podré aguantar mucho más — advirtió él sintiendo que moría de lujuria.

Sus movimientos se hicieron salvajes, aparentemente descontrolados, pero en realidad seguían los mandatos de su propio cuerpo. La sintió sacudirse y apretarlo con sus músculos internos hasta estrangularlo. Deslizó las piernas hasta la cama, plena y satisfecha. El mundo se detuvo y él la contempló extasiado. Sus ojos cerrados, el latido en su cuello, sus pezones erguidos y desafiantes... Era lo más bello que había visto jamás. Agarró sus caderas y se sumergió de nuevo en ella hasta desintegrarse.

Caroline se recostó en él y James la envolvió en un tierno y cálido abrazo.

—Voy a necesitar mucho descanso — musitó.

—Intentaré contenerme un poco — respondió ella cerrando los ojos.

James inclinó la cabeza para mirarla.

—Ni se te ocurra —advirtió.

Caroline sonrió y se removió como un gato buscando su sitio.

—Te amo —dijo él con los labios rozando su frente.

—Lo sé —dijo ella antes de quedarse profundamente dormida.

Epílogo

—¿Dónde está Harriet, mamá? — Elinor entró en el salón en el que su madre trataba sin mucho éxito de deshacer una bufanda con demasiados nudos.

—Pues, ahora que lo dices, no la he visto desde el almuerzo.

Elinor frunció el ceño. Sacudió la cabeza dando por sentado que su hermana estaba tramando algo que tenía que ver con el *jō*, el arco o cualquiera de sus «objetos del infierno». Necesitaba hablar con alguien sobre la charla que había tenido con Colin y no había nadie más en la casa, aparte de su madre, claro, pero ella no contaba.

El primer lugar en el que buscó fue en su cuarto, pero allí no había ni rastro de ella, aunque le sorprendió que hubiese dejado el vestido tirado sobre la cama. Frunció el ceño, juraría que era el que llevaba esa mañana. ¿Se había cambiado? ¿Para qué? Se encogió de hombros y continuó sus pesquisas hasta la biblioteca, pasó por la cocina y subió a la buhardilla... Frunció el ceño en medio de aquella habitación grande y destartada. El rincón en el que guardaba el *jō* y el arco con su carcaj estaba vacío. ¿En serio se había llevado las dos cosas? Estaba claro que ella no necesitaba a nadie para entretenerse. Se encogió de hombros, pues iba a tener que dejar de escabullirse sola si no quería que ella la borrara de su lista de personas que importan. Bajó las escaleras y salió de la casa. Nada, no estaba en el jardín trasero ni en los alrededores. ¿Adónde narices había ido? No saldría de casa sin decir adónde iba. A no ser... Levantó la mirada al cielo y dedujo que debían ser cerca de las cinco. Arrugó la frente preocupada. Eso no era normal. Miró hacia la casa y deseó que Elizabeth estuviera allí, ella sabría qué hacer. ¿Su padre? Negó con la cabeza, el barón había salido y no regresaría hasta la hora de la cena. ¿A quién podía pedirle ayuda? Si se lo contaba a su madre solo serviría para que las dos estuvieran preocupadas. Se puso las manos en la cintura y después de sopesar las pocas opciones que tenía se decidió por ir a ver a las gemelas. Quizá ellas supiesen algo. Asintió como si se respondiese a sí misma, y si no, pediría ayuda al duque, porque desde luego, eso no era normal. Harriet estaba haciendo una de las suyas y esta vez tenía el pálpito de que era una de las gordas.

* * *

Agazapada detrás de unas cajas esperaba el momento de cruzar al otro lado. Había esperado durante dos horas a que los hombres que descargaban el barco que impedía su avance hasta el principio del muelle terminasen el trabajo. No imaginaba que le resultaría tan difícil acercarse a la fragata del capitán Chantler. Ni la vigilancia que protegía la entrada a los muelles. Lo de tiznarse la cara, había sido buena idea, pero no estaba segura de si se había pasado con la voz

porque el marinero que le preguntó adónde se dirigía la miró con desconfianza. Por suerte sabía el nombre del barco y el del capitán, así que no tuvo más remedio que aceptar que era uno de los marineros y la dejó pasar.

Miró por encima de unos sacos y pudo distinguir la bandera ondeante del *HMS Augusta* y casi imaginó a su heroico capitán, en el castillo de proa, oteando el horizonte presto a partir. Se colocó la cincha de la bolsa que llevaba a la espalda y que le aplastaba un pecho por haberse torcido. Le estaba haciendo una rozadura en el cuello y apenas la había llevado tres horas. Le dolía la espalda y le picaba todo el cuerpo por la cantidad de insectos asquerosos que había visto en aquellos muelles. Se rascó la cabeza con cuidado de no desmontar el tinglado que tenía bajo la gorra. Meter una melena como la suya en un espacio tan pequeño no había sido tarea fácil, pero hacerlo sin que nadie en casa se percatase de ello, eso sí fue un reto digno de encomio. Esperaba que no encontrasen su nota hasta que el barco hubiese zarpado, para lo cual no faltaban más de hora y media. Lo tenía todo muy bien estudiado. Lo más difícil sería subir al barco. Aprovecharía que estaban cargando suministros y se haría pasar por uno de los mozos. Una vez dentro se escabulliría y se escondería en la bodega, detrás de algún barril. Pero ahora tenía que llegar hasta el lugar en el que estaba atracado y no llamar la atención de nadie. Edward le había contado que ese era el modo en el que más polizones se colaban a bordo de los barcos. Había estado tomando notas de todas sus conversaciones para preparar su aventura. Sonrió perversa, Edward se iba a enfadar mucho cuando lo supiera, pero esperaba que a su regreso, ya casada con el capitán Chantler, la perdonase. Había pensado tanto en el momento en el que el capitán la encontrase que se estremecía de ansiedad por vivir ese momento. Después iría con él hasta Jamaica y juntos atraparían al malvado *Bluejacket* y se lo entregarían al príncipe Regente. Seguro que Jorge IV se sorprendería al ver a la jovencita que tropezó en su debut convertida en toda una corsaria de su majestad.

Los hombres trabajaban rápido. Cogían un bulto, lo colocaban sobre su hombro y subían al barco sin que nadie los interceptase. Así una y otra vez. Harriet los estudió un par de minutos, tampoco es que haga falta más, se dijo. Se caló la gorra asegurándose que le tapaba bien lo que tenía que tapar y se dispuso a coger uno de los fardos. El primero ni siquiera se inmutó cuando trató de levantarlo, miró a su alrededor después del segundo intento y comprobó de nuevo que nadie la veía. Buscó algo que pareciera más liviano y vio un saco más pequeño, pero cuando intentó levantarlo tampoco pudo. Lo arrastró hasta detrás de unas cajas y desató la cuerda que lo cerraba para ver qué contenía. Alubias. Puaj. ¿A quién le gustan las alubias? Tumbó el saco para dejar unas pocas, pero al final el montón fue considerable y algunas escaparon de su escondite. Ató el saco de nuevo y lo dejó a un lado para recoger las que se habían esparcido y comenzó a barrerlas con el pie, aunque no era lo más eficiente, a juzgar por las muchas que se le escapaban.

—Tienes que dejar de hacer esto, vas a conseguir que nos atrapen y yo ya no disfruto tanto del peligro como antes.

Harriet se quedó paralizada. ¿De dónde venían esas voces? Miró hacia el lugar por el que ella había llegado y vio a dos hombres que se acercaban. Tuvo una milésima de segundo para pensar qué hacer y no le quedó otra que esconderse detrás de las cajas y rezar por que no mirasen al suelo y tampoco pisaran ninguna de aquellas alubias del infierno.

—No seas miedica, creía que los hombres de las tierras altas eran curtidos y valientes, no unas damiselas asustadas.

—Al final nos cogerán, ya lo verás. Y entonces ya no podréis encontraros furtivamente en esa taberna.

Las voces se detuvieron delante de las cajas y Harriet apretó los labios para no emitir el más mínimo sonido. Deslizó suavemente la cabeza hacia el lado y se asomó lo justo para verlos un instante. Vio a uno de ellos, el más grande y, a juzgar por la conversación, era escocés de las tierras altas. Sonrió, además era pelirrojo, como ella. ¿Formaban parte de la tripulación del *Augusta*? Si estaban allí, debían formar parte, sí.

—Burford tiene a hombres buscándote por todas partes, eres un insensato.

—Ni en sus peores sueños mi padre sospecharía que yo soy *Bluejacket*, Dougal. Si me pillaran hablando con mi hermana todos creerían que he vuelto y yo fingiría que es así. Ya lo hemos hablado muchas veces. ¿Por qué crees que me quito la chaqueta al ir a verla?

Harriet empezó a temblar y su frente se perló de sudor. Asomó la cabeza de nuevo y volvió a ocultarse. Respiraba como un pez fuera del agua y el corazón le latía tan deprisa y tan fuerte que creyó que la delataría. Ese que hablaba era Joseph Burford, el hijo de Jacob Burford y acababa de decir que él era... No, eso no podía ser cierto, la tensión del momento le estaba jugando una mala pasada.

—Aun así, es demasiado riesgo — insistió el otro —. Por favor, Blue, prométeme que no volveremos a Londres hasta que Burford haya caído.

—No abandonaré a mi hermana a su suerte.

—¡Maldita sea mi estampa!

Harriet cerró los ojos un instante con un millón de preguntas en su cabeza. ¿Qué hacía *Bluejacket* allí, junto al atraque del *HMS Augusta*? ¿Si gritaba como una loca llamaría la atención del capitán Chantler y así podría atraparlo? ¿Eso valdría como colaboración? ¿Qué pasaría si esos dos hombres la encontraban? Conocía a Joseph Burford, lo había visto una vez. Hace mucho. Y ella era una niña. Seguramente él no la recordaría. Pero era un caballero, no le haría daño, ¿no? ¿Un caballero? ¡Es un pirata, idiota! ¡Un corsario a sueldo de los franceses!

—¿Qué es eso?

Bluejacket señaló una alubia en el suelo y frunció el ceño al ver otra. Dio dos pasos y ya no le quedó duda.

—Alguien ha vaciado uno de nuestros sacos de suminis... — Se detuvo en seco al ver una sombra medio oculta tras las cajas —. ¿Quién...?

Harriet supo que estaba perdida y echó a correr con tan mala pata que la cuerda de su bandolera se enganchó en una astilla provocando un derribo estrepitoso y dejándola completamente expuesta. Perdió el equilibrio un momento, pero se recuperó enseguida dándose impulso con las manos. Apenas dio un paso alguien la cogió de la cintura y la elevó por los aires sujetándola con fuerza. Trató de liberarse retorciéndose como un gato y al ver que no podía intentó coger el *jō*, también sin éxito.

—Córtale el gaznate —dijo el escocés.

—Si se estuviera quieto...

—Dale con la cabeza en esas cajas y verás como se está quieto.

Bluejacket se giró dispuesto seguir su consejo y la gorra salió volando de su cabeza justo cuando la empotraba contra esas cajas.

—¡Mierda! —Fue lo último que oyó Harriet antes de desmayarse.

Los dos hombres se miraron perplejos.
—¿Una mujer? —preguntó el escocés acercándose a verla.
Bluejacket asintió con las manos en la cintura y expresión furiosa.
—Peor. Una Wharton.



Nota de la autora

¿Tenéis a mano café, té o lo que os guste tomar? Pues charlemos un poco.

Vaya con Caroline, no se esperaba todo lo que James podía enseñarle. Creía que era aburrido y excesivamente estricto, pero ya hemos visto que el oficial se guardaba unos cuantos ases en la manga. Espero que os hayáis encariñado con esta pareja, les tengo un cariño especial.

No era nada fácil para una mujer del siglo XIX confesar que disfrutaba del sexo. Hoy en día lo vemos como algo normal, pero entonces era un tema tabú que podía derivar incluso en enfermedad.

La «histeria femenina» era el nombre dado a esta patología que cursaba con los siguientes síntomas: desmayo, insomnio, espasmos musculares, dolor de cabeza y falta de apetito, y que procedía de la insatisfacción sexual de las mujeres. El tratamiento consistía en que el médico estimulase a la enferma, de manera mecánica (con la mano al principio y con artilugios, más adelante) hasta llegar al orgasmo, aunque ellos lo llamaban paroxismo histérico para que no tuviera connotaciones sexuales, ya que podía afectar a mujeres solteras, casadas o viudas. Esta enfermedad no nació en la época que describo, se remonta a la antigüedad y ya fue descrita por Platón. Así que ya veis, cuando alguien os llame «histérica» seguramente no sepa el origen de esa palabra.

La historia de Caroline es un homenaje a esas mujeres que no tuvieron reparos en pedir lo que querían y tuvieron la suerte de tener a su lado a un hombre dispuesto a dárselo sin acusarla de sufrir «histeria femenina».

En cuanto a Elizabeth, lo sé, no os gusta eso de que haya vestido de gris y haya renunciado a todo. Pero ¿qué queréis? Está cansada de esperar. Aunque... no sé si conocéis el refrán que dice: cuando menos lo esperas, salta la liebre.

La que no tiene remedio es Harriet. ¿Cómo se le ocurre...? Esta niña necesita un buen escarmiento, ¿a que sí? Y me da a mí que alguien se lo va a dar.

Elinor sabe lo que le sucede a Colin y lo quiere tanto que solo piensa en él. Claro que ella todavía no ha sentido esas mariposas en el estómago, ni ha tenido la oportunidad de saber lo que va a perderse. Quizá las cosas no salgan como ella espera. O sí, nunca se sabe, ¿verdad?

Una aclaración: Todas mis novelas van precedidas de una profunda documentación. Conozco bien la época y el contexto, pero de vez en cuando me tomo alguna licencia literaria por el bien de mis personajes o de la trama.

Bien, pues hasta aquí esta charla, ya me he terminado el café y me espera una ardua tarea de documentación. No sabéis la cantidad de nombres raros que hay en la jerga naval. Patrick

O'Brian está impaciente por explicármelo con todo lujo de detalles.

Voy a trabajar con entusiasmo y mucho cariño para seguir trayéndoos historias que os emocionen, porque, de verdad, de todo corazón, las de romántica sois las mejores lectoras del mundo.

Nos vemos para Navidad. No faltéis a la cita.

Besos, Jana.

JANA WESTWOOD (Tarragona, España, 1992). Empezó a escribir cuando era una niña, aunque hasta ahora no se había atrevido a dar el salto de publicar.

Es una apasionada de la novela romántica, a la que no considera un género menor.

Actualmente, vive en un pueblecito de la costa catalana donde trabaja en su siguiente novela.

Índice de contenido

Cubierta

No tendrás mi corazón

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Epílogo

Nota de la autora

Sobre la autora